

Juan Díaz Fernández

OBRA LITERARIA



Instituto de Estudios Ceutíes

JUAN DÍAZ FERNÁNDEZ

OBRA LITERARIA



INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES
CEUTA 2025

© De las imágenes y textos, sus autores, 2025

© EDITA: INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES

Apartado de correos 593 • 51080 Ceuta

Tel.: + 34 - 956 51 0017 •

E-mail: iec@ieceuties.org

www.ieceuties.org

Comité editorial:

José Luis Ruiz García • Adolfo Hernández Lafuente

María José Fernández Maqueira • Guadalupe Romero Sánchez

María Jesús Fuentes García

Jefa de publicaciones:

María Teresa Cuesta Chaparro

Diseño y maquetación:

Enrique Gómez Barceló

Realización e impresión:

Papel de Aguas S. L. - Ceuta

ISBN: 978-84-18642-70-8

Depósito Legal: CE 7 – 2025

Quedan reservados todos los derechos:

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, ni transmitida por, un sistema de recuperación, ni por ningún medio, sea mecánico, foto-químico, electrónico, magnético, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Estudios Ceutíes.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Ricardo Lacasa..... 9

JUAN DÍAZ FERNANDEZ. SEMBLANZA 11

NARRATIVA..... 15

Los peces y la esperanza 17

Frasco, uno más o uno menos 23

K.O. para un negrito..... 29

A través de la mira telescópica..... 33

El río y los hombres 37

Cuando es la hora de hacerse a la mar 43

El tren azul no para en Vadorrillo 49

Cambio de residencia..... 55

Búhos 61

El piano 65

Byroniana..... 69

El ascensor 75

La mecedora..... 81

Un cierto olor a rosas 83

Secuencia con saxofón..... 85

Las otras vidas de Gildo..... 87

Luna llena..... 91

Nocturno con Robert Redford al fondo 95

Cena con Mario..... 105

¡A ver, un voluntario! (Cuento estudiantil)..... 113

El asilado de las clínica mental (Narración novelada)..... 117

La aparecida del caserón. (Leyenda)	125
Lo que nos contó el Padre Tomás. (Cuento de colegio).....	131
La muñeca que quiso ser pájaro. (Cuento infantil)	139
Romance marinero	143
Tres helados	149
Un perro y un gato que se asustan de un zapato. (Cuento infantil)	153
Confiteor. (Relato inconcluso)	157
Parguín. (Memoria de un pequeño pez). (Cuento inconcluso)	165
El informe. (Cuento inconcluso).....	169
Los otros niños	171
TEATRO	183
Juicio y condenación de Sísipho Smith	185
Nocturno para un barrendero. (Monólogo).....	227
El desfile. (Pantomima).....	233
El atracador. (Pantomima)	235
El enamorado. (Pantomima)	237
Hermano Toro. (Pantomima)	239
OBRA POÉTICA	241
Poemas años 40	243
Ofrecimiento	243
Dintel	243
Llamada	243
Iniciación	244
Te esperaba	245
Confidencia	246
Dentro de ti	247
Bendita	247
Dos paréntesis	248
Intermedio místico	249
Retazos.....	249
Soportales.....	250

Quisiera.....	250
Remanso.....	251
Camino largo.....	251
Romancillo en A.....	252
Atlante.....	253
Pobreza.....	253
Pájaros.....	254
Poema íntimo	254
Paisajes en el café	254
(La belleza verdadera)	255
El bosque. (meditación)	255
Poema de la fraternidad	256
(Mariposillas).....	256
Evocación del "largo" de Händel.....	257
Poema de la pereza	257
Poema de la armonía.....	258
(Yo quisiera volar solo).....	258
Sueños.....	259
(Yo quisiera que una noche)	260
La corta. (Improvisación)	260
La campana rota. (Improvisación).....	261
Allegretto	261
Romancillo marinero	262
Romancillo del loco.....	263
Profecía a un niño moribundo.....	264
Alas	265
Vagabundo	267
Poemas años 50.....	269
Canción tonta de atardecer.....	269
Poemas de los niños lejanos.....	269
Recuerdos de una madre	270
Poema del niño enterrado	271

Nocturno a un niño	271
Canción pequeña.....	271
Ofrenda de los gritos.....	272
Mensaje al Hijo Pródigo	272
Oración por unos hombres.....	273
Poema de la laguna	274
Poema del niño gemidor	274
Ven, hermano	275
Poema de las calles	275
(Barquilla).....	276
Presentimiento del hijo	276
(Antorcha).....	277
Calles	277
Romance del preso.....	278
Rondeñas.....	279
Sevillanas "Caballas"	280
Canción para un sueño de Navidad.....	281
Villancico del viejo pastor	282
Romance	283
OTROS GÉNEROS LITERARIOS.....	285
Discurso de agradecimiento por la concesión del "Faro de Oro"	287
Pregón de la Navidad ceutí 1991	289
Paisaje con abogado.....	299
José María Arévalo entre dos primaveras	313
Educación y tiempo actual.....	317
Lección ("El reencuentro")	325
Lección Aniversario Promoción 1971 de Magisterio	327
Los Majaras.....	329
Conferencia en la Casa de Ceuta en Barcelona	337

PRÓLOGO

MI VECINO JUAN

Fuimos vecinos durante dos décadas. Él en el primero, yo en el tercero, en nuestra común y venerada ‘Casa de los Púlpitos’. *Yo la veo como una de esas viejas damas empingorotadas de pelo blanco violáceo, con gargantilla de terciopelo en el cuello pellejado, camafeo de ónice colgándole sobre el pecho (...), que se mantienen a despecho del tiempo con su arrogante dignidad y sus recuerdos.*

Qué suntuosidad de escritura y estilo el suyo. Juan, para mí, fue siempre un vecino muy singular. Cuando se percató de que la firma de aquel crío del tercero había irrumpido en ‘El Faro’, no dudó en seguirme, recordando quizá también, sus propios comienzos en ‘La Voz de Ceuta’, aquel semanario en el que se fraguaría la gran pasión de su existencia: el arte de escribir.

Baja esta tarde a mi casa, que quiero hablar contigo, me dijo una mañana al cruzarnos por la escalera. Y yo que, por mi padre, intuía por dónde podría ir la cita, me puse a temblar. Que me llame D. Juan, ese escritor al que, con deleite y devoción, leo puntual y fielmente en el periódico, al que tantas noches, desde el balcón, me pongo a escucharle el repiquetear de su máquina de escribir...

Vete a esa papelera y fíjate bien qué hay en su interior, me dijo muy serio.

Para mi sorpresa, allí fenecían folios y más folios de un mismo artículo, plagados de correcciones y llamadas. Una impactante primigenia lección para aquel *juntalettras* que hoy, a pesar de las ventajas de las nuevas tecnologías (que ya las hubiera querido para sí el inolvidable docente y escritor), sigo fielmente cual dogma de fe.

Quién me iba a mí a decir por aquel entonces que, muchísimos años después, iba a tener al maestro en un programa radiofónico, mío, en directo, ‘El Rebellín’, que le dediqué en COPE y cuya grabación conservo íntegra y a buen recaudo. Creo que por deferencia hacia mí accedió acudir a la emisora. *Es que la radio ya no la oye casi nadie, es un medio extraño para mí al que nunca me dio por acercarme.* Y habló, vaya si me habló, de una Ceuta que decía “*ver atormentada*”, frente a

la de ayer, que “*era más hermosa*”. Y así fueron fluyendo de su voz encantadores recuerdos e idílicos paraísos perdidos.

Por la Marina, mi calle, como el mar estaba debajo de la muralla, olía a piedra y a limo, a cangrejos y burgaíllos; debajo del Puente Almina, a brea; por la Almadraba, a salazones. Otro olor típico era el de los pinos que traía la brisa que nos acariciaba desde el Hacho o desde los montes de alrededor. Ahora el mar está más lejos y además contaminado. Ya no huele a mar, y de los pinos del Hacho, mejor no hablar.

Como refinado y exquisito prosista costumbrista que era, su intervención caló en la audiencia, como pudo comprobar él mismo por los testimonios de quienes le manifestaron haberle seguido. Fue cuando, Juan, pudo descubrir las posibilidades de ese medio, la radio, que él creía en declive. A partir de entonces, y tras aceptar encantado la invitación del director, Higinio Molina, siguió acudiendo con frecuencia a los micrófonos de COPE, recuerdo, con la ilusión y el empuje de un principiante.

Pero lo suyo siguieron siendo los periódicos. Yo he tenido una verdadera pasión por escribir en ellos. Lo mío es contar cosas breves. Tengo una novela que empecé hace muchos años, que no la terminaré [como así ocurrió], porque soy incapaz de hacer relatos largos. Lo mío son los cuentos, las narraciones, los artículos, las cosas breves.

Así se lo reconoció ‘El Faro’, el periódico de toda su vida, cuando en 1992 le impuso su máximo galardón, el Faro de Oro, por su prolongada y activa producción escrita en el diario. Plausible distinción como antes lo habían sido el Premio Ceuta de Periodismo y Literatura, los dos ‘Hucha de Plata’ o el propio Escudo de Oro de la Ciudad, entre tantos otros. Y, por supuesto, el de dedicarle una calle que lleva su nombre, prerrogativa que desgraciadamente, él ya no pudo ver.

A propósito, y si se me permite, nunca mejor que aprovechar este prólogo a la edición de su Obra Literaria para reivindicar para él algo más. Una placa en su memoria en la ‘Casa de los Púlpitos’, aquella desde cuyo piso 1º derecha se engendró la producción literaria de mi inolvidable vecino Juan Díaz Fernández.

Dicho queda.

Ricardo Lacasa

JUAN DÍAZ FERNÁNDEZ

SEMBLANZA

Juan Díaz Fernández nació el 16 de septiembre de 1925 en Tetuán, por circunstancias familiares, debido al destino de su padre como militar en la ciudad. A la edad de cuatro años, su familia se mudó a Ceuta, donde desarrollaría su vida profesional y personal, dejando una impronta significativa en los ámbitos de la educación, la literatura y el periodismo.

Completó sus estudios de bachillerato en el Colegio San Agustín y en el Instituto Hispano-Marroquí. Posteriormente se trasladaría a Granada para comenzar los estudios universitarios de Filosofía y Letras, estudios que finalizaría en Madrid, en la especialidad de Geografía e Historia.

A lo largo de su desempeño como profesor (desde sus inicios en la población de Arcila en Marruecos, pasando, ya en Ceuta, por el Colegio de San Agustín, la Escuela de Maestría Industrial, el Instituto de Enseñanza Media, hasta finalizar su trayectoria docente como Profesor Titular de Universidad en la Facultad de Educación de Ceuta), Juan Díaz Fernández dejó una marca imborrable en sus alumnos, no solo por los conocimientos académicos que les transmitió, sino también por fomentar en ellos un amor profundo por las artes, la música y la literatura.

En los primeros años de la democracia española, fue designado Delegado Provincial del Ministerio de Cultura en Ceuta, puesto que ocupó entre 1978 y 1981, desempeñando un papel clave en la creación de la primera Feria del Libro de la ciudad en 1978.

A lo largo de su carrera literaria, Juan Díaz Fernández publicó cuatro libros. Dos de ellos fueron recopilaciones de relatos breves (*Relatos*, en 1987, y *Cambio de residencia*, en 1996), y los otros dos consistieron en selecciones de sus artículos periodísticos más destacados (*Torre del Faro*, en 1992, y *Todavía se ve el Hacho*, en 1994). Su labor fue reconocida con varios premios, entre ellos el Premio Ceuta de Literatura en 1974 y el Premio Ceuta de Periodismo en 1976. También recibió el galardón Hucha de Plata en narrativa breve en dos ocasiones (1974 y 1976), otorgado por la Confederación Nacional de Cajas de Ahorro. Sin embargo, el premio que más le llenó de orgullo fue el Premio Nacional de Narrativa Día del Mar, que recibió en 1984, debido a la constante influencia del mar en su obra.

Asimismo, como colaborador del periódico *El Faro de Ceuta*, Díaz Fernández ofreció su perspectiva sobre diversos temas relacionados con la vida local, como la cultura, la política y las tradiciones marineras. A través de numerosos artículos de opinión, crítica y costumbres, compartió sus reflexiones y análisis sobre la ciudad y su entorno. Es por ello por lo que le fue concedido El Faro de Oro.

En reconocimiento a su vasta trayectoria y a su contribución a la cultura local, el Ayuntamiento de Ceuta le otorgó el Escudo de Oro de la Ciudad. Juan Díaz Fernández siempre se consideró un caballa, alguien profundamente vinculado a Ceuta, y dedicó gran parte de su vida a mejorar la ciudad mediante su participación activa en diversas iniciativas culturales y sociales.

Su inquietud intelectual lo llevó a ser mucho más que un profesor respetado y admirado en el ámbito de la Geografía, la Historia y la Literatura. Además de su colaboración durante años con *El Faro de Ceuta*, fue miembro activo de diversas asociaciones, como Amigos de la Música y la Tertulia Flamenca. También ejerció la presidencia de la Federación Ceutí de Piragüismo, durante cuya etapa como presidente el piragüista ceutí José Ramón López Díaz-Flor lograría una medalla olímpica. Su vínculo con el deporte también se reflejó en su participación en clubes como el CAS, Club Natación Caballa, mientras que su pasión por la pesca deportiva completaba su perfil multifacético. Además, a través de su labor como conferenciante -en entidades como, por ejemplo, el Centro de Hijos de Ceuta- compartió su vasto conocimiento y su amor por Ceuta, un tema que siempre estuvo presente en sus charlas, pregones, intervenciones y escritos.

Uno de sus logros más significativos fue su papel como cofundador del Instituto de Estudios Ceutíes (IEC), junto con otros escritores, docentes, artistas y pensadores que se propusieron arduamente establecer en la ciudad de Ceuta un centro destinado a reunir a los investigadores e intelectuales locales, similar a los existentes en otras ciudades de España.

El 21 de octubre de 1996, tristemente lejos de su amada ciudad, en Málaga concretamente, nos dejaría Juan Díaz Fernández. Sus restos descansan frente al Estrecho de Gibraltar, a los pies del majestuoso Monte Hacho, que siempre representó su vínculo con Ceuta.

El 7 de junio de 2010, el Ayuntamiento de Ceuta le rindió merecido homenaje al dedicarle una calle en el corazón de la ciudad, en reconocimiento a su legado como escritor, profesor y hombre polifacético, profundamente enamorado tanto de la ciudad en la que transcurrió casi toda su vida, como del mar que siempre inspiró su obra.

JUAN DÍAZ FERNÁNDEZ
OBRA LITERARIA



NARRATIVA

LOS PECES Y LA ESPERANZA

**Premio “HUCHA DE PLATA” 1973 de la
Confederación Española de Cajas de Ahorros**

*A Francisco Rodríguez Aguilera, “Pacorro”, en su silla
de ruedas, por su coraje y voluntad de superación.*

Las piernas le colgaban del asiento, bamboleándose flácidas, como si en vez de carne y hueso aquellas dos fundas de piel tuvieran dentro solo algodón o serrín. Su hermano, casi de su misma edad, doce o trece años, le empujaba la silla de ruedas y lo llevaba por toda la feria.

Primeramente, estuvieron durante un largo rato junto al tióvivo. A él le gustaba escuchar aquella música del manubrio que sonaba igual que la de una cajita que le habían regalado las monjas del hospital cuando lo operaron la última vez. Los caballitos de colores, clavados en la plataforma giratoria por unas barras doradas, simulaban su imposible galope en el carrusel, pero si él cerraba los ojos podía imaginar que galopaban de verdad por un bosque iluminado, llevando sobre sus lomos a niños felices con trompetas y estandartes, e incluso a él mismo sobre uno blanco de larguísimas crines.

Fueron después a los columpios de barcas. Aquellas pequeñas naves con añoranzas de mar bailaban un desacompasado ballet de péndulos gigantes: las más tímidas oscilaban en un breve arco; las más audaces, con el ansia de escaparse, casi cerraban el círculo en el vaivén y llegaban hasta poner sus quillas frente al océano inalcanzable del cielo, pero, en cada vuelo, las tirantas de hierro las anclaban al revés, o sea, desde las bordas a la punta del mástil, fijándolas así a su corta navegación por el aire.

Luego, se dirigieron a la noria de las cuatro cunas. Dos hombres la volteaban a brazos mientras un muchacho pelirrojo hacía sonar rítmicamente un bombo y unos platillos. De vez en cuando, el muchacho dejaba de tocar y preguntaba gritando: “¿Queréis mááas?...” Todos los que iban en las cunas contestaban gritando también: “¡Sííí!...” Y continuaba el “chin–chin–chin–pum” mientras la noria giraba y giraba entre risas y chillidos.

Cuando había mucha gente delante del sitio a donde él quería asomarse, su hermano pedía por favor a los de más atrás que le hiciesen un hueco y por allí iba metiendo la silla, como una cuña en la muralla de cuerpos, hasta situarla en la primera fila. Esto le divertía, las maniobras que realizaba su hermano para abrirle

paso como a un rey. ¡Qué tío mi hermano –pensaba–, cómo se las ingenia para colarme por todas partes!

Lo que menos le gustaba eran los grandes aparatos de vértigo y zarandeo: le aturdían. Y las tómbolas donde rifaban toda clase de objetos y muñecos enormes. En ellas –pensaba– no había que hacer más que comprar unas ristras de números y esperar a que una rueda gigante se detuviera. Lo que importaba a la gente era el premio, no la manera de conseguirlo. Tampoco le gustaban las casetas donde se exhibían los monstruos, una mujer barbuda, un niño con una cabeza descomunal y sin piernas, un cordero sin ojos... Solamente con ver las pinturas o fotografías que los anunciaban, ya se sentía conmovido. Así que pidió a su hermano que le llevase al puesto de las cañas de pescar.

El hombre tenía el gesto hosco de cansancio o desaliento, malhumorado quizá por las escasas ganancias de aquella tarde.

–¡Por un duro, premio seguro!... –voceaba de mala gana con una bocina de latón. Y ofrecía a los transeúntes unas cañas con hilo y anzuelo para pescar en un estanque portátil donde flotaban en el agua unos pececillos de corcho, pintados de colorines, que escondían un número. Pero los altavoces de una tómbola vecina atronaban el espacio con tanta potencia que la voz del hombre se quedaba encuevada en la bocina sin atreverse a competir en el aire de la feria con todos los otros sonidos estruendosos.

Detrás del puesto, ante una vieja y despintada furgoneta que servía de vivienda y para cargar los bártulos, la mujer recosía una lona para el tenderete, cuidando además de tres críos churretosos y sanotes que, medio desnudos, se revolcaban por el suelo a su vera.

–¡Hoy no vamos a sacar ni los veinte duros, maldita sea!... –mascullaba el hombre. Y la mujer apartaba entonces los ojos del remiendo y de la prole para mirar a su marido, o bien se levantaba para llevarle un vaso de vino y permanecía después un rato a su lado.

Cuando llegaron al puesto, el niño dijo a su hermano que él también quería probar, a ver si pescaba uno de aquellos pececillos.

–oOo–

Un día, su padre los llevó consigo a pescar desde el muelle. Lo de menos es el pescado que podamos coger –les explicó–, pues lo que en verdad importa es la esperanza de cogerlo, mientras contemplamos el mar y los barcos que entran o salen del puerto, y las gaviotas, y nos pasamos la tarde en calma y sin prisas.

Si cogemos algunos peces, eso será algo además, pero si no los cogemos, nada habremos perdido de todas las otras cosas, ni el regusto de haber estado esperando a cogerlos.

Su padre lanzó un aparejo al agua y cuando ya la plomada había llegado hasta el fondo, le puso a él en la mano el hilo para que, desde su silla, pudiera notar en los dedos los tironcillos temblorosos que avisaban de que ya en el otro extremo del hilo había unos peces mordisqueando la carnada.

Le resultaba emocionante sentir en su mano la palpitación de otra vida. Aquel fino hilo le unía, a través del agua, a otro mundo diferente, extraño y lleno de misterios. ¿Qué pequeño habitante de la profundidad acudía, por entre algas y oscuras rocas fantásticas, al encuentro de una muerte cierta para que él, otro infeliz, cumpliera una esperanza?, se preguntaba.

De pronto, el hilo se tensó. Y él notó en la mano un tirón violento: un pez se había clavado en el anzuelo.

—¡Ve recogiendo el hilo poco a poco y con suavidad! —le advirtió su padre. Y empezó a cobrar el hilo. Percibía claramente la resistencia del animal y sus cabezadas hacia el fondo, tratando de zafarse del minúsculo garfio hincado en su boca que lo subía hacia el pavoroso resplandor. Su padre le dijo que mirase en el agua siguiendo la dirección del hilo sumergido. Entonces pudo vislumbrar una mancha plateada y rosa que zigzagueaba ascendiendo hacia la superficie. Era su pez. Pero, al instante, el hilo se le quedó lacio en las manos, destensado, aliviado de peso, mientras aquella mancha brillante desaparecía en lo oscuro del fondo.

—¡Ya se te ha escapado! —oyó decir a su padre. Y sintió una extraña alegría.

—oOo—

Su hermano le aproximó la silla de ruedas todo lo más posible a la empalizada que circundaba al estanque portátil donde flotaban aquellos peces de corcho. Le resultaba incómoda la postura, con aquella valla delante, así que tuvo que agarrarse con la mano izquierda al brazo de su hermano para avanzar el cuerpo y mantenerse en equilibrio, mientras que con la derecha empuñaba la caña. A pesar de que el hombre había removido el agua del estanque con una paleta para que los peces se balanceasen y fuese más difícil ensartar con el anzuelo las argollas que todos tenían en sus lomos, él estaba seguro de que podría conseguirlo. Le animaba esa esperanza. Pero falló en los primeros intentos y empezó a pensar que aquello era más complicado de lo que parecía. Tenía el pulso torpe y, además, no podía avanzar mucho el brazo por encima de la valla. El hombre lo advirtió en seguida

y le cambió la caña por otra más larga. Luego, acercó uno de los peces hacia el borde del estanque.

Pronto se fueron congregando los curiosos en torno al niño y unos cuantos de ellos pidieron también cañas al hombre. Al poco tiempo, todo el círculo vallado se completó de pescadores y no quedó una caña libre. Las quince cañas disponibles arbolaron el redondel con sus puntas en alto y sus quince hilos pendiendo verticales sobre aquel diminuto mar. La bandada de pececillos, rojos, amarillos, azules, plateados, se mecía en el temblor del agua, y por vez primera en toda la tarde el hombre sonreía satisfecho. De cuando en cuando, algún pescador alzaba su caña y arrancaba del agua un pez. Entonces el hombre se lo descolgaba del anzuelo, miraba el número que tenía debajo el pez, y buscaba en una lista el premio que le había correspondido: un llavero, un bolígrafo, un pito, una pequeña pelota. Luego, volvía a posarlo en el agua, preparado ya para una nueva aventura.

El niño no cesaba en sus infructuosos intentos, pero cada vez se le escurría la argolla cuando ya parecía que la punta del gancho la iba a atravesar. ¡Animo, Paquito!... le decía su hermano. Y aunque ya empezaba a cansársele el brazo y le dolía un poco la cintura, él seguía insistiendo con el mismo afán que al principio.

Uno de los médicos que le atendieron en el hospital, le había dicho durante los ejercicios de rehabilitación que la fuerza de voluntad y la esperanza valían, a veces, tanto como la salud. Y él aplicaba aquello a todas las cosas que hacía, incluso a las más insignificantes, porque quería acostumbrarse a esa conducta para cuando necesitase aplicarla a pruebas más duras. Lo de menos –pensaba ahora, recordando las palabras de su padre cuando lo llevó un día a pescar desde el muelle– era aquel escurridizo pez de corcho y el premio que le correspondía; lo que le importaba era el empeño por atraparlo con su anzuelo y lo bien que lo estaba pasando allí, con toda aquella gente a su alrededor esperando a ver lo que él era capaz de hacer desde su silla de ruedas.

Al fin, cuando ya le parecía imposible ensartar a algún pez de aquellos y estaba a punto de darse por vencido, consiguió introducir el anzuelo por una argolla, y elevó la caña con un pez rojo colgado del hilo. Luego, radiante el rostro de júbilo, mantuvo la caña en alto como una bandera, mientras el hombre comprobaba el número del pez.

El hombre repasó la lista de premios y vio el que le había correspondido: un peine de bolsillo que, al por mayor, había costado unos cincuenta céntimos. Y se quedó dudando, antes de comunicar al niño cuál era su trofeo. ¡Si se lo cambiara por otra cosa mejor!... –pensó–. ¡Pero es que aquella feria le estaba yendo tan mal!... Luego volvió la cara hacia donde estaban su mujer y los tres retoños que se revolcaban por el suelo, jugando como tres infatigables cachorrillos de

león. Miró de nuevo al niño que aguardaba su decisión, y vio sus grandes ojos resplandecientes. Entonces, sin pensarlo más, cogió del estante uno de los premios mejores, expuestos allí como señuelo: una estupenda linterna de pilas que le había costado cuarenta pesetas en un bazar de Valencia. Y se la entregó al niño ceremoniosamente, como si le entregara una medalla de oro. Otro de los pescadores que acababa de obtener por su pez un pequeño pito, comentó en voz alta: ¡Vaya suerte la que ha tenido ese!...

El niño se alejó del puesto en su silla de ruedas, encendiendo y apagando su linterna como una pequeña luciérnaga entre los cientos y cientos de bombillas que ya brillaban en la incipiente noche de la feria. El hombre lo fue siguiendo con la mirada hasta que se perdió entre la gente. Y sonriendo de verdad, porque volvía a encontrarle un sentido a su oficio, cogió la bocina y voceó sin temor a los altavoces de la tómbola:

—¡Por un duro, premio seguro!... ¡Por un duro, premio seguro!..

Cuando la mujer se acercó otra vez a su marido, lo halló transfigurado y hermoso, como un ángel: había encontrado de nuevo la esperanza.

FRASCO, UNO MÁS O UNO MENOS

(Premio “Hucha de Plata 1975 de la
Confederación Española de Cajas de Ahorro)

A Frasco se lo llevaron un día de agosto. Llegaron unos que él no conocía, de la ciudad quizá, y le dijeron ¡eh, tú, tira *p’alante!*, y lo obligaron a subir a un camión, sin darle tiempo apenas más que para entrar en la casa a coger cualquier cosa y despedirse. Él había empezado a decir ¡pero es que yo!... y aquellos hombres le hicieron callar a empujones, ¡que tú aquí no tienes nada que hablar, que hala y sube al camión, que ya volverás cuando todo termine!... Y al echar a andar el camión pudo ver, por entre la nube de polvo que dejaba atrás, a su madre que lo seguía corriendo y que se caía y que gritaba desesperadamente desde el suelo, hasta que ya la primera vuelta de la carretera la tapó, y tapó también el pueblo, quedando solo la torre de la iglesia que aún asomó un poco más por encima de un ribazo. Después nada, solo el toldo del camión sobre su cabeza y el ruido sordo del motor, y unos desconocidos a su lado que cantaban ¡Si me quieres escribiir, yaaa sabes mi paradeeero!...

Al rato, uno de aquellos hombres le dijo ¡eh, tú!... y le dio para que liase un cigarro. Pero con los tumbos del camión y el nerviosismo y la rabia que tenía, todo el tabaco se le derramaba entre los dedos y acabó rompiendo el papel; el otro le dijo ¡que no es para tanto, hombre!... ¡que tienes que ser un macho!... ¡que sólo se trata de pegar cuatro o cinco tiros y ya está, y cuando vuelvas, ya verás cómo no tienes que seguir destripando terrones, *so desgraciao!*...

Pero él tenía como un nudo en la garganta, y para no llorar miraba por la embocadura del toldo hacia las lomas que se iban quedando atrás y hacia la pequeña mancha blanca en lo alto de una de ellas que era ya el pueblo, y pensaba en lo poco que quedaba para la recogida de la almendra y de la uva. Luego, cuando los hombres dejaron de cantar y no se siguió escuchando más que el ronroneo del motor y los golpes de las piedras que rebotaban por debajo del camión, se le escapó el primer sollozo y, como vio que todos le miraban y se reían, empezó a tragarse la saliva y a apretar las mandíbulas para que no se notase el temblor que tenía, hasta que le vinieron ganas de vomitar, y entonces lo cogieron entre dos y lo mantuvieron asomado por encima de la barda trasera del camión mientras estuvo vaciando el estómago en la carretera. Cuando al fin lo dejaron tumbado en el suelo, creyó que se iba a morir, por el sudor frío que le entró, pero ya no se dio cuenta de más hasta que sintió que lo sacudían y luego le hacían bajar junto a unos barracones grises de madera.

Allí estaban ya muchos como él, y otros con fusiles que andaban dando voces de un lado para otro, y unos que iban diciendo a los nuevos ¡eh, tú!, ¿cómo te llamas?... y apuntaban sus nombres en una lista. Y cuando él fue y dijo ¡a mí no me tocaba venir todavía!... todo el mundo se echó a reír con grandes risotadas, y el que apuntaba los nombres le contestó sin parar de reírse también ¡eso vas tú, muchacho, y se lo cuentas al Presidente!... Luego dieron a cada uno un mono oscuro, unas botas, un gorro, un correa con cartucheras, un plato de latón, un vaso, una cuchara y un fusil.

La primera tarde la pasaron todos los nuevos dentro de los barracones, ¡para que os vayáis tranquilizando, muchachos, y veáis que aquí no nos comemos a nadie!, les dijeron, y algunos se quedaban sentados en el suelo contra la pared, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre las rodillas, mientras que otros miraban por las ventanas, con la mirada perdida en la pared del barracón de enfrente o arriba en el azul del cielo, como si ya estuvieran ausentes del mundo. Y cuando llegó la noche y se apagaron las luces, ya nadie podía hacer ningún ruido y todos trataron de dormir sobre las tarimas de madera, pero en medio de la oscuridad se escuchaban de vez en cuando algunos sollozos, algunos incontenibles suspiros, incluso algún rezo musitado, como si en el aire aleteasen las invisibles mariposas de la angustia, hasta que ya todo quedó en absoluto silencio y solamente los negros pájaros del miedo velaban por entre las vigas del techo.

Durante los días siguientes, por la mañana, llegaban los instructores, por aquí se meten las balas, por aquí se apunta, y así se dispara!... Luego los llevaban a disparar contra unos muñecos de madera pintados de blanco, y el instructor decía ¡imaginaos que son el enemigo y que tenéis que meterle una bala en la cabeza antes de que os la meta él!... así que vamos: apunten... ¡fuego!... otra vez, apunten... ¡fuego!...otra vez, apunten... ¡fuego!... Y por la tarde llegaba uno que les hablaba durante más de una hora, que si patatín, que si patatán, cosas de política o algo así, pero Frasco no entendía nada, o era quizá que no le prestaba mucha atención porque el pensamiento se le iba a otras cosas, a su madre caída en medio de la carretera, al pueblo, a los bancales de parras y a los almendros que ya estaban prestos para la recogida de las almendras, y al final solo sabía que estaba allí vestido como de soldado y que ya no podía protestar, ni llorar, ni escaparse: esto mucho menos porque a uno que lo intentó lo cogieron y lo fusilaron allí mismo, eso decían, detrás de un barracón.

Una semana después subieron de nuevo a los camiones, y uno dijo que ya iban al frente. Por la carretera, atravesando los pueblos y los campos, todos iban cantando ¡si me quieres escribiir, yaaa sabes mi paradeeero!...

Frasco tenía entonces dieciocho años. A él, la verdad, no le iba nada en todo aquel jaleo, o al menos así lo creía hasta que llegaron a buscarlo con el camión. Si lo hubiera sabido aquella mañana cuando los vio llegar, habría ido a esconderse en la vieja mina y no lo hubieran encontrado ni los mismos del pueblo, porque nadie conocía como él los vericuetos para llegar hasta ella y el laberinto de galerías que había dentro, con las bocas de salida a otros lados del monte, tan pequeñas e invisibles como agujeros de culebra. ¿Pero cómo iba él a pensar que le irían a buscar, si todavía quedaban dos o tres años por delante para que llamaran a su quinta? Además, y esto sí que lo sabía todo el mundo en el pueblo, que él no entendía nada de ninguna otra cosa que no fuera escardar un terreno, podar unas plantas, sulfatar las parras, cavar en los bancales... ¡como que ni siquiera había aprendido a hacer bien las letras de su nombre, y solo garabateaba algo que con mucha buena voluntad podría leerse Francisco López, y que pasaba por su firma, con una especie de tirabuzón debajo!

Lo suyo era todo aquello que se le fue quedando atrás aquella mañana, cuando el camión lo sacó del pueblo, o sea: su madre, viuda y con otros dos hijos menores que él; su casa a la salida del pueblo, enjalbegada siempre, que daba gloria verla, con el emparrado en la parte delantera y el pozo hondo que hicieron en tiempos del abuelo porque un zahorí dijo que allí mismo estaba el agua; y los bancales de parras que daban unas uvas alargadas como lágrimas *verdiclaras*; y los ciento cincuenta y tres almendros que llegando el final del verano se recogían en ellos hasta treinta sacos de almendras; y el huerto detrás de la casa, sembrado de patatas, lechugas, tomates, pimientos y cebollas para el avío de la familia; y el campillo de cebada; y los cuatro guarros en la cochinería con sus lechoncillos hozando siempre, que cuando él llegaba con los desperdicios se apelotonaban ante la portezuela levantando las cabezas y chillando como condenados; y las siete cabras que dejaba a cargo de Mateillo, el pastor giboso que siempre estaba afilando un palo con su navaja o haciendo cuerdas de esparto; y la mula, y el carro, y los tres perros, “Palomo”, “Lobillo” y “Blanquita”; y un sombrero de paja para taparse del sol; y todo el aire de la sierra para llenarse los pulmones... ¡todo eso era lo suyo, y nada más deseaba para sentirse a gusto!

La aparcería venía ya de antiguo, de cuando el abuelo, y las tierras pertenecían a Don Pedro, que vivía en la ciudad y muchas tardes subía hasta allí con su coche, solo por sentarse bajo el emparrado a respirar el aire serrano que le daba media vida, según decía. Las cuentas las sacaba el mismo Don Pedro con lo que ellos le declaraban, y si el año remataba malo no quería nunca para él más que unas ristras de morcilla de la matanza y una talega de almendras para que le hicieran ajoblanco, que tanto le gustaba... Y jamás hubo ni un sí ni un no que disgustase a nadie, aunque ellos, Frasco y los suyos, eran los que tenían que doblar el espinazo

sobre los terrones y quemarse bajo aquel sol de plomo hirviendo por los bancales, y estar a que de pronto rompiera a llover, como llovía allí de fuerte, y el agua lo arramblase todo hacia el mar. Las cosas habían sido así siempre, y no iban a cambiar con todo aquel jaleo, pensaba Frasco mientras los demás iban cantando en el camión, camino del frente.

En el frente ocurría que estaban en una trinchera con sacos delante, rellenos de tierra para que las balas del enemigo se metieran en ellos, aunque muchas pasaban por encima de sus cabezas con un silbido seco y agudo, y siempre había alguno que decía ¡ésa ya no me da!..., o estaban apostados en una loma al amanecer para dar lo que llamaban un golpe de mano por sorpresa, o marchaban por una carretera en dos filas, una por cada borde, y de pronto... ¡hala!... se formaba un zipizape de mil demonios, y las ametralladoras tac-tac-tac-tac-tac-tac-tac-tac-, y las bombas boombaa-boombaa-boombaa-boombaa... y todo el mundo corriendo y pegando tiros... y por arriba los aviones... y por abajo los tanques... y un tío que abre los brazos y cae para atrás, y otro que se dobla llevándose las manos a la barriga y cae rodando... y por todas partes los muertos, en todas las posturas, boca abajo, de costado, boca arriba, algunos con los ojos muy abiertos mirando a sabe Dios dónde, y los heridos gritando ¡por vuestra madre, ayudadme!... y el sudor frío por todo el cuerpo, y el temblor, y el miedo en el alma, y las tripas que se sueltan... Y cuando llegaban esos momentos, él no sabía muchas veces quiénes eran los suyos y quiénes eran los otros, y entonces, más que de darle a uno, se cuidaba de que ninguno le diese a él, de tal modo que cuando ya todo se acababa y los demás se ponían a decir que si me he cargado a tantos, que si me he cargado a cuantos, él nunca decía nada y se quedaba como distraído, pensando en que una de aquellas balas que oyó silbar, pudo haberle entrado en la cabeza o en el corazón y ya todo habría terminado para él, aquella guerra, la madre, el pueblo, la aparcería, el aire puro de la sierra, el agua fresca del pozo... y la vida a los dieciocho años.

Así que decidió andarse listo y con ojo para cuando las cosas se pusieran feas, porque ¿y a mí qué con que ganen unos u otros?, se decía, ¡que no me pille una bala ni me explote encima una bomba, eso es lo que más me importa!... Por eso llegó a la conclusión de que en aquella guerra lo mismo daba uno más que uno menos para morir o para vivir, y ya que el resultado final no iba a depender de él, o sea, de su muerte o de su vida, y puesto que de estas dos cosas, a los dieciocho años, es preferible hacer por la segunda, lo mejor sería escabullirse siempre que pudiera, de tal modo que nadie, ni de los suyos ni de los otros, reparase en él, y escaparse definitivamente cuando encontrara la ocasión, y huir por los montes, por las trochas y las barrancadas, como un lobo perseguido, hasta llegar al pueblo y esconderse en la mina, porque él no quería ni matar ni que lo matasen por algo que ni siquiera entendía ni era lo suyo.

La noche en que se escapó estuvo caminando durante más de seis horas por laderas y vaguadas entenebrecidas hasta que el alba comenzó a clarear por encima de unas crestas. El aire fresco de la noche tenía fragancias de romero y de espliego, y por los olivos y encinas ululaban los mochuelos desvelados.

Los pies le dolían, torturados por la dura y larga caminata en la oscuridad. Pero estaba contento porque al fin se sentía libre y dueño de su vida. Pensaba en que no tenía la culpa de que otros se quedasen atrás matándose mientras que él huía hacia su paz. Sin embargo, seguía viéndolos tendidos en la tierra, boca arriba y con los ojos muy abiertos, como preguntando sorprendidos por qué la vida se les había tenido que acabar así. Eso le hacía detenerse y vacilar entre seguir corriendo hacia adelante o regresar de nuevo junto a aquellos hombres a los cuales estaba unido por el mismo triste destino. Pero cada vez que se detenía, una fuerza que estaba más allá de su razón y de su conciencia le obligaba a reanudar la marcha, obsesivamente, hacia su vida.

Llegó a una casa solitaria destruida por las bombas y se echó a dormir entre los escombros mientras el amanecer empezaba ya a iluminar tenuemente las mutiladas paredes, los techos abiertos con las vigas de madera apuntando rotas hacia el cielo púrpura, los restos de muebles y enseres esparcidos, la pequeña era próxima con un trillo abandonado, y el campo desolado por donde chillaban ya las alondras.

Despertó a media tarde y esperó a que se hiciera la noche otra vez para continuar huyendo, como un animal que ya no podía obedecer más que a la irresistible fuerza de su instinto.

—o—O—o—

Frasco tiene ya cincuenta y ocho años. Hace tiempo que me lo había contado todo, una tarde en que subí a hacer las cuentas de la aparcería porque mi padre me dejó aquella tierra. Ahora se lo he recordado mientras tomábamos un vaso de vino bajo el emparrado de su casa, sentados junto al pozo. ¡Vamos a dejar eso!... — me ha dicho con un cierto deje de tristeza antigua. Y se ha levantado para traerme una talega de almendras. ¡El año ha rematado malo!, ¿sabe? — porque también a mí, como a mi padre, me gusta el ajoblanco.

K.O. PARA UN NEGRITO

*Ojalá que algún día no sea necesario que los humanos
tengan que golpearse para llevar el pan a sus casas.*

(Ñato Marcel, campeón mundial, en su despedida)

Después de los masajes le dijo al mánager que deseaba estar solo. Una cálida sensación le corría por todos sus músculos y la sangre acudía a ellos alborozada como para una fiesta. Así que se quedó allí tendido, sobre la colchoneta, boca abajo y cubierto con el albornoz y una toalla grande, tan a gusto como cuando se tendía igualmente años atrás en su playa de La Martinica y se adormitaba con el ruido continuo del oleaje, sintiendo bajo el vientre el cálido contacto de la arena. Por eso, cuando entró en el vestuario el señor aquel de la Embajada (“¡El propio embajador me ha encargado que salude a usted en su nombre y le haga saber que esta noche miles de franceses van a estar pendientes de su combate!”), no se incorporó, ni tan siquiera asomó un poco la cabeza por debajo de la toalla para mirarlo, y solo musitó “muchas gracias” como si dijese “vaya usted a paseo”. Pues en otro tiempo, cuando se quedaba así en la playa y llegaba alguno diciéndole “¡Oye, Teo!”, o “¡Mira, Teo!”, o “¿Qué haces ahí, Teo, como un muerto?”, siempre respondía lo mismo: “¡Vete ya a paseo!”, y continuaba en la misma postura, sin importarle nada ni nadie, más que la caricia de la brisa marina por todo su cuerpo y el calorcillo aquel de la arena que le embriagaba como si un río ardiente le corriera por dentro. Y si se trataba de Mama Isa, que a veces bajaba ella misma hasta la playa para gritarle que era un vago, (“¡Todo el día ahí tumbado al sol como un perro viejo!”), tampoco le hacía mucho caso: todo lo más, se levantaba de mala gana y permanecía de pie ante ella, oyéndola como ausente, hasta que la madre se hartaba de decirle cosas y regresaba de nuevo a su quehacer en la casa, gimoteando y limpiándose las lágrimas con el delantal. Y lo mismo cuando entró aquel tipejo del SPORT MAGAZINE para hacerle las preguntas idiotas de costumbre, que si pensaba ganar el combate, que si iba a tumbar al Campeón, que si luego pondría el título en juego... (“¡Pero déjame en paz, hombre, déjame en paz!”). Entonces fue cuando le gritó al “Mánager” que a ver si cerraban de una puñetera vez la puerta, que ya estaba harto de toda aquella gente, y ¡que se vayan todos a paseo!... Así se lo dijo. Y volvió a sumergirse bajo la toalla y el albornoz que olían a sudor y a linimento.

La primera vez que le pusieron unos guantes de boxeo era casi un niño. Un hombre llegó al barrio buscando muchachos de quince a diecisiete años que quisieran ganarse algún dinero boxeando. El solo tenía trece, pero estaba fuerte y aparentaba tener más. Así que el hombre aquel le palpó los brazos y los puños y fue luego a hablar con Mama Isa. Y Mama Isa: ¿Qué es lo que tiene que hacer mi

Teo?... Y el hombre: ¡Nada malo, mujer, solo jugar con unos niños blancos en una casa como un palacio de grande! Entonces Mama Isa le fue sacando la ropa de ir a la iglesia los domingos: la camisa blanca (¡Tienes que ser bueno allí, mi niño!), el pantalón blanco (¡Pórtate con educación, como un negrito decente que eres!), los calcetines, igualmente blancos, con tres franjas en los bordes, una roja, otra blanca y otra azul, que a él le gustaban porque formaban la bandera de Francia, y los zapatos de cuero que ella le compró el día que cumplió los trece años.

—¡Y no vayas a decir ninguna palabra fea!...¡Mira que ahora vas vestido como para Dios!... —fue la última advertencia de la madre cuando ya iba saliendo por la puerta a la calle.

Aquel hombre lo llevó, junto con otros cuatro, a un sitio donde había una gran casa blanca con muchas cristaleras, en medio de un césped muy verde y mullido, con varias pistas de tenis alrededor y una gran piscina con el agua azul, que decía aquel hombre que todo aquello era un club para gente blanca muy rica. Allí estaban esperándolos quince o veinte muchachos franceses y el monitor que les enseñaba a boxear. El hombre que los había llevado estuvo hablando con el monitor, y luego les dijo a ellos: ¡Bueno, negritos!... ¡Ya sabéis que a vosotros os toca hacer de sparring!, ¿eh?... Y él no sabía lo que significaba aquello, pero asintió inclinando la cabeza, como vio que hacían los otros.

Esa tarde, en aquel club, estuvo peleando con cuatro: primero con uno (¡Negrito —le gritaba el monitor—, no pegues, que tu solo eres el sparring!...), después con otro (¡Negro del demonio!... ¡Dedícate solo a esquivar o parar los golpes!...), luego con otro, y con otro más, hasta que al fin el monitor se dio cuenta de que estaba muy cansado y sangraba por la nariz, por un labio y por una ceja. Entonces le dijo que era valiente y que tenía madera de campeón. Pero cuando Mama Isa lo vio aparecer se echó a llorar (¡Ay, Virgencita, qué niño más malo tengo!... ¡Todita la ropa de ir a la Misa me la trae llenita de sangre como si hubiera estado degollando una cabra!...) y luego le estuvo poniendo paños empapados en vinagre sobre la cara hinchada. Y cuando él le entregó todo el dinero que le habían pagado, ella lo cogió y se lo arrojó por la ventana a unos que haraganeaban en la calle, sentados en el suelo junto a la pared de enfrente.

Ahora, diez años después de aquello, era el aspirante oficial al título mundial de los pesos ligeros. Y todo un embajador de Francia había mandado a uno para que le saludase en su nombre, que era tanto como en nombre del presidente de la República, y miles de franceses iban a estar pendientes de su combate, ¡quizás también alguno de aquellos que un día le hincharon la cara por unas cuantas monedas! Pero allá en la isla, Mama Isa no quería que él fuese boxeador (¡No quiero, mi Teo, que vayas por ahí pegando a otros, ni que otros te peguen a ti!), que a ella

lo que le gustaría es que trabajase como su hermano Didí, que ya tenía un taller propio. ¿Pero cómo, si no con el boxeo, hubiera podido comprar una casa nueva para ella y una camioneta para Didí, además de vivir él como un señor, y no como una rata de los muelles? Pues, cuatro años atrás, todavía se hallaba cargando fardos en el puerto de Fort de France y el único francés que estaba siempre pendiente de él (¡Levántate, negro!...¡Levántate, cochino!...) era un capataz al que llamaban “Moustaches”, el mismo al que una mañana tumbó de un izquierdazo cuando ya se hartó de que le golpease con su vara (¡Negro asqueroso, te voy a partir la cabeza!...) cada vez que se sentaba a descansar un instante.

Todo eso estuvo pensando bajo la toalla y el albornoz en la soledad del vestuario, hasta que volvió el mánager y le dijo que solo quedaba media hora para subir al ring. Entonces el preparador le vendó las manos y fue ayudándole a vestirse: primero el calzón verde (¡Tienes que pelear con inteligencia!...), luego las botas blancas hasta más arriba de los tobillos (¡No te vayas a lanzar muy alegremente a por él!...), y para encima, el batín de seda, verde también, con su nombre KID TEO en la espalda con grandes letras blancas.

—¡Y sobre todo, procura que no te pegue en las cejas!...¡Ya sabes lo pronto que se te abren!... —fue lo último que le advirtió el preparador cuando ya salían por el pasillo hacia el ring.

Una muchacha con una falda blanca cortísima le precedía llevando en alto una bandera de Francia.

En el octavo asalto tenía ya las dos cejas abiertas por los golpes del Campeón. Hilos de sangre le manaban de las brechas y le inundaban los ojos de tal modo que apenas podía vislumbrar a su adversario a través de las telarañas rojizas que le cegaban. El tiempo hasta el final del asalto, se le hizo larguísimo, con el temor en cada segundo de que un nuevo golpe le llegase mientras se movía casi a ciegas por el cuadrilátero.

Durante el breve descanso, en tanto que le aplicaban el ungüento para taponar las grietas aquellas de las cejas y le aireaban con las toallas o le frotaban el cuello y la cara con hielo, se recostó contra el poste de su esquina con los brazos laciamente colgados por encima de las cuerdas y pensó en Mama Isa: “¿Estaría viendo ella también el combate por televisión?”. Y una lacerante congoja se le agarró a la garganta.

Salió con mucho brío en el siguiente asalto, logrando acorralar al Campeón en uno de los rincones. Allí lo tuvo contra las cuerdas y le golpeó repetidamente con los dos puños, por arriba, por abajo, en los costados, pero sus golpes no llegaban hasta el rostro del otro que se lo cubría muy bien con sus guantes. Cuando el

Campeón logró zafarse de aquel acoso inicial y se plantó de nuevo en el centro del ring, él comenzó a moverse a su alrededor sin dejar de hacer fintas y quiebros con el cuerpo, como una negra y delgada columna de humo agitada por el viento.

—¡Si pudiera llevarlo otra vez al rincón!... —pensaba.— ¡Allí lo podría tumbar! Sería entonces el nuevo Campeón del mundo. Regresaría a la isla, compraría dos camiones más para Didí, ... y a Mama Isa...

El tremendo golpe le sorprendió con la guardia abierta. Había intentado pegar con su derecha de lado a lado, pero su guanteegó en el vacío, cortando el aire. Entonces el Campeón respondió con un certero gancho, rápido como un picotazo de serpiente, que le alcanzó de lleno bajo el mentón.

Se sintió flotar sobre una nube oscura mientras unas luces le daban vueltas subiendo y bajando como un mar. En medio de un confuso griterío le pareció oír la voz de “Moustaches” que le llegaba de muy lejos (¡Levántate, negroooo!... ¡Levááááántateeee!...), al tiempo que la nube aquella se iba iluminando con claridades difusas y empezaba a notar la dureza de la lona. En seguida, la voz de “Moustaches” se fue haciendo más próxima hasta transformarse en la del árbitro:

—¡Cuatro!... ¡Cinco!... ¡Seis!... ¡Siete!...

Entonces se incorporó. Pero le seguía pareciendo que todo se balanceaba, el cuadrilátero de cuerdas, las luces, el contorno de sombra y humo con cientos de rostros neblinosos y expectantes.

Apenas se dio cuenta de que el Campeón se le venía encima como un tren, y no tuvo tiempo siquiera para apartarse o cubrirse la cara con los guantes. Sintió de pronto algo así como una fuerte explosión dentro de la cabeza, seguida de un enorme resplandor, y que todo su ser desaparecía en una vorágine vertiginosa.

Fue tambaleándose como un toro negro estoqueado de muerte, hasta caer lentamente y quedar tendido en el centro mismo del ring, boca arriba, con los brazos en cruz, bajo los focos de luz que hacían brillar más aún su carne de ébano sudorosa. Cuando el árbitro volvió a contar de nuevo y llegó hasta diez, un rugido de júbilo estalló en miles de gargantas atronando todo el ámbito del *Yankee Stadium*.

A la misma hora, en una isla del Caribe, una mujer acunaba en sus brazos a un niño de cara morena (*Dórmite mi nengre, dórmite ningrito... Caimito y merengue, merengue y caimito... Cuando tu sia glandi, vá a sé bosiador... Nengre de mi vida, nengre de mi amor...*).

A TRAVÉS DE LA MIRA TELESCÓPICA

Dijo Caín a Yavé: “Insoportablemente grande es mi castigo”

GÉNESIS. 3, 14

Emiliano Ortega era el mejor tirador de la Compañía, y todos sabían que donde él ponía el ojo ponía también la bala. Por eso precisamente el sargento lo apostó allí, junto a aquel camino carretero que orillaba la plantación de maíz, con un fusil de mira telescópica.

—Cualquiera como ese puede ser un guerrillero camuflado —le había advertido, al tiempo que le señalaba a uno que pasaba tirando del ronzal de un asno cargado con cestas de verduras—. Y luego, tajante: ¡Si alguno te parece demasiado sospechoso o ves que lleva encima un arma, le arreas primero un tiro y luego, cuando ya lo tengas en el suelo retorciéndose como una culebra, entonces le preguntas que a dónde iba por allí!... ¡Con toda esta gente hay que actuar así!

Aquellos maizales, con sus tallos más altos que un hombre, servían de paso y escondrijo a los de la guerrilla cuando bajaban de la sierra hacia las aldeas en busca de provisiones o para encontrarse con sus mujeres. Pero ya el sol estaba muy alto y en toda la mañana Emiliano Ortega no había visto a nadie: solo dos camionetas habían pasado por el camino dando tumbos y dejándole cada vez envuelto en una nube de polvo.

Fue al filo del medio día cuando oyó de pronto el apresurado aleteo de unas perdices espantadas y observó que unos tallos se movían por en medio del maizal. La súbita levantada de aquel bando de perdices y, sobre todo, el cimbreo de las mazorcas le hicieron sospechar que alguien andaba por allí. Así que enseguida, como si acabara de descubrir que el cañón de un fusil apuntaba hacia él, se echó rápidamente en la cuneta del camino y se aplastó contra el suelo todo lo más que pudo hasta quedar oculto por el leve talud que daba al maizal. Así permaneció un rato, inmóvil como un lagarto dormido al sol, sin rebullirse siquiera un poco para sacarse de debajo las piedras y guijarros que se le estaban hincando en los muslos, no fuera que cualquier ruido delatase su presencia a quien andaba por entre los tallos. Luego fue asomando poco a poco la cabeza por encima del terraplén y oteó el maizal: nada se movía ya por ninguna parte y solo el áspero graznido de unos cuervos quebraba el silencio de la mañana.

Sin dejar de enfilar con la mirada las calles del maizal, Emiliano Ortega fue desplazándose, agazapado por el canalón, hasta que al fin pudo divisar bien el sitio aquel por donde había observado antes que se movían los tallos del maíz. Entonces

descubrió al otro: se hallaba allí precisamente, tendido en los terrones, con las piernas estiradas y la cabeza sobre un macuto, como si estuviera descansando de una larga caminata. A su vera, en el suelo, tenía un fusil.

Emiliano Ortega no quiso apresurarse. Como el experto cazador que sabe muy bien que la presa no se le va a escapar, observó primeramente al tipo aquel a través de la mira telescópica del fusil: era menudo y fino, tenía el pelo muy negro y largo asomándole por encima de un sucio trapajo que le rodeaba la cabeza, y se había quitado la camisa, las botas y hasta los calcetines. Por lo menguado de su cuerpo y la pequeñez de sus pies desnudos, a Emiliano Ortega le pareció que aquel tipo era apenas un muchacho, un indito, quizás uno de aquellos niños que los de la guerrilla solían emplear para llevar mensajes de un lugar a otro sin despertar la desconfianza de las patrullas militares. Pero, ¿y el fusil?... ¿Por qué carajos habían tenido que entregarle un fusil? —pensó mientras recordaba las palabras del sargento y se acomodaba de barriga sobre el repecho de la cuneta para poder apuntar mejor a la cabeza que posaba desmayadamente sobre el macuto. La podía ver justamente en la intersección de las líneas perpendiculares que precisaban en la mira el punto exacto a donde iría dirigido el tiro: no había mucha distancia hasta allí, solo unos setenta y cinco metros, y podría alojar dos balas seguidas en mitad de aquella bola de pelos.

El veterano soldado puso un dedo en el gatillo de su arma. Bastaría una leve presión para que el desgraciado aquel no pudiera levantarse más y se quedara allí tendido, regando con su sangre las raíces del maíz. ¡No va a sentir siquiera la sorpresa de la muerte!..., musitó mientras apoyaba mejor los codos sobre el pequeño parapeto de tierra.

Pero no disparó. Pensó de pronto que aquello iba a ser como aplastar con dos dedos la diminuta cabeza de un gorrión vivo, y una extraña sensación de repugnancia le estalló súbitamente en alguna parte de la conciencia. Empezó a sentir que desde el estómago a la garganta le ascendía, como una marea creciente, el sabor amargo de la crueldad. Y decidió esperar a que el otro se levantara.

Una vez, cuando él era niño, a Emiliano Ortega le regalaron una lupa y con ella se entretenía mirando a los insectos como hacía ahora con aquel tipo: los colocaba igualmente panza arriba y observaba cómo aquellos bichos se debatían agitando sus patas en el aire en sus vanos intentos por darse la vuelta. A veces, él mismo les ayudaba a recuperar la postura y, cuando trataban de escapar presurosos, los iba acosando con un dedo en su huida hasta que los obligaba a entrar en un frasco de cristal que tenía preparado con unos algodones dentro impregnados de alcohol. Luego contemplaba cómo los pequeños prisioneros iban agitándose cada vez menos hasta quedarse definitivamente quietos. Y si por casualidad encontraba un macho

y una hembra sorprendidos en plena cópula, los dejaba seguir hasta sus últimos espasmos amorosos antes de separarlos y encerrarlos también en la pequeña cámara letal. “Aquello era la muerte —concluía—: unas convulsiones finales como las del amor”. En una ocasión llegó, incluso, a clavar un alfiler en el tórax de un escarabajo y asistió, impasible, a la lenta agonía del animal con aquella minúscula lanza que lo atravesaba. “La muerte sin gritos parece menos muerte”, pensó entonces. Y ahora, recordando aquellas experiencias infantiles: “Si le disparo a ese renacuajo imbécil, su muerte será fulminante: acaso un repentino estremecimiento y nada más... ¡Lo que conmueve es la voz, la angustiada queja, no la imperceptible fuga del último aliento de vida!”

Lo que más le sorprendía era la extraña relajación de aquel individuo. ¿Pero cómo puede estar así de confiado en medio de una zona como esta, tan infectada de patrullas vigilantes?... —se preguntaba—. ¿A qué estará jugando el muy cretino?...

Emiliano Ortega empezó a sentirse incómodo. Le dolían ya los codos de mantenerlos durante tanto tiempo apoyados sobre el borde pedregoso de la cuneta sosteniendo el fusil. El sol le ardía en la espalda. No quería pensar más. Y decidió acabar con aquella absurda espera.

—¡Bueno, muchachito! —empezó a decir mentalmente como si le hablase al otro—. ¡Esto va a terminar: ya que tú no te levantas, te voy a levantar yo!... Pero, vamos a ver: ¿es que a ti no te preocupa el que te puedan meter tiros mientras yaces ahí como una lagartija?... ¿O estás ya tan harto de toda esta asquerosa guerra que prefieres dejarte morir poco a poco ahí tendido, achicharrado por este jodido sol?... ¡Pues lo lamento por ti!... Me imagino que en algún miserable lugar te esperan unas mujeres chillonas y unos críos barrigudos con hambre y tristeza... ¿Pero qué quieres que yo le haga, cojones?... ¡La guerra es la guerra, y yo solo soy un soldado!... Además, ¿quién te mandó meterte en todo este jaleo?... ¿Qué estúpidas ideas anidaron en tu peluda cabeza?...

Emiliano Ortega disparó una primera vez al aire por encima del maizal: quiso que el otro supiera al menos que la muerte le salía al encuentro. El disparo resonó por todo el ámbito y cientos de pájaros emprendieron el vuelo como alocados. Entonces el otro se incorporó de un brinco al oír el estampido y cogió precipitadamente su fusil; luego permaneció agachado, avizorando ansioso hacia donde había oído que sonó el tiro aquel. Y Emiliano Ortega pudo contemplar, al fin, a través de la mira telescópica, como en una fotografía enmarcada por el redondel de la lente, una cara de niño atemorizado con una empenachada pelambrera negra que le sobresalía por arriba y por abajo del oscuro guiñapo que ceñía su cabeza. Y pudo ver también que aquel pequeño guerrillero se echaba el fusil a la cara y

apuntaba hacia donde él se encontraba en la cuneta. Al instante, oyó también su disparo y que una bala le pasaba muy cerca silbando.

Ya no lo dudó más. Emiliano apuntó decididamente al pecho del otro, a la morena tetilla izquierda. Estaba seguro de no fallar su disparo y apretó dos veces su dedo contra el gatillo. Luego apartó inmediatamente la vista de la mira telescópica, se levantó con presteza y echó a correr por el camino sin dirigir ni una sola vez la mirada hacia el maizal.

Sobre la plantación quedó revoloteando una bandada de pájaros asustados, ajenos al drama de los hombres. En algún lugar del valle se oía lejano el tembloroso ronroneo de un motor como un débil trueno continuo en el aire quieto del medio día

Ocurrió en algún lugar de Centroamérica, un año del Señor.

EL RÍO Y LOS HOMBRES

*Nuestros vidas son los ríos
que van a dar en la mar...*

Jorge Manrique

Había dejado de llover. La tierra, hinchada, despedía un vaho de cansancio. En la “yemaa” de Beni Abdeselam, los hombres salieron a la tarde ya escasa, a respirar el aire libre, que olía a paja mojada. Los ojos, ansiosos, interrogaban cada nube gris fugitiva.

Del río llegaba un trueno sordo y continuo. Los niños corrieron, sin babuchas, por entre el barro, chapoteando en los charcos, a ver la fuerte corriente que arrastraba los troncos desgajados en la montaña. Aquellos navíos extraños desplegaban hacia el cielo su arboladura de ramas y raíces suplicantes. El cortejo de los árboles muertos tenía algo de dolor humano en su singladura sin retorno. Pero los niños solo podían descubrir, con regocijo, el pájaro, solitario piloto, que navegaba hacia el infinito mar.

El viejo “xej” Abdeselam acabó de hacer la oración de la tarde. Sentado en una zalea se sumió en la meditación. Recordaba una parábola del Corán que revoloteaba en su pensamiento como si la palabra de Dios, hecha mariposa, se hubiera refugiado de la lluvia en su cabeza: “Un hombre posee dos huertas plantadas de viñas, rodeadas de palmeras, en terrenos sombreados; y estos terrenos, fecundados por nosotros, superan en fertilidad al centro del huerto. Habíamos hecho correr un arroyo por medio. Una recolección abundante iba a enriquecer al poseedor, pero se abandonó al orgullo y dijo a su vecino: *¡Soy más rico que tú, y mi familia es más numerosa!* Altivo, en medio de sus posesiones, exclamó: *¡Imposible que estas campiñas puedan convertirse en estériles!* Las huertas del altivo fueron devastadas, y las viñas, desprovistas de frutos, descansaban sobre los rodrigones. Y entonces lamentaba sus dispendios y exclamaba: *¡Oh, si no hubiera adorado a los ídolos!*

La palabra de Dios era clara, y el “xej” Abdeselam sentía fluir la culpa en su corazón como el agua creciente del río. La corriente del recuerdo hacía pasar de nuevo ante sus ojos la procesión de los años, cadáveres flotando, sin arboladura y sin pájaros. Quisiera detenerla, desviarla, hundir el tiempo pasado y cavarle en el fondo del río un escondrijo. Pero la nada le llevaba, y a su grito destemplado de jabalí agonizante solo respondía el correr del agua sobre las piedras.

Volvió a la realidad cuando entraron sus hijos. Habían corrido a través de los campos encharcados y el agua les caía de las “yilabas”. La noche llegó con ellos.

El prudente Mohtar, que pocas veces hablaba, porque las palabras le parecían el ropaje lujoso con el que se viste el pensamiento para escapar y dejar de pertenecer solo a un amo, se adelantó hasta su padre y dijo:

—¡El río caerá sobre nosotros y arrastrará nuestra cosecha y nuestro ganado, y se llevará nuestras casas con nuestras mujeres y nuestros hijos!... La crecida va en aumento, y nosotros somos pocos para reforzar a tiempo el dique. Las barreras que levantamos hace diez años están ya viejas, muchos troncos y piedras han sido descolocados y las brechas abiertas por el agua se agrandan más y más. Debemos pedir ayuda al “xej” Dris Ben Mohammed: en su “yemaa” hay muchos hombres, jóvenes y fuertes, y pueden traer también los mulos. ¡Olvidemos nuestro orgullo!... Llevamos veinte años mirándonos con la mala mirada del chacal. Ya es hora de que el pájaro de la amistad cruce el río. Nos toca a nosotros buscar la paz esta noche de angustia. Mañana el sol traerá una vida nueva para todos. ¡Dios es Grande y Misericordioso!...

El “xej” Abdeselam alzó la cabeza y miró a sus hijos. En sus ojos había la serenidad de la luna llena después de la tormenta. Su voz, honda y lenta, de pozo vivo, se elevó como una sentencia:

—¡Que mi nieto Abdelazid pase el puente!

Abdelazid, como la paloma mensajera soltada, no a la libertad del cielo inmenso, sino a la búsqueda fatal y obediente del extraño retorno, partió igualmente veloz, impaciente y gozoso. Su cuerpecillo menudo se disparó hacia la oscuridad de la noche como una saeta viva segura de ir a clavarse en su destino. La ansiedad ponía alas en sus pies. Y en su infantil cerebro, por primera vez, la conciencia de la responsabilidad, quizá del heroísmo, descorría el velo de una nueva imagen del mundo y de las cosas.

Todo le parecía ahora transfigurado. La noche estaba solemne y hermosa, con una infinidad de nubes atropellándose las unas a las otras hasta confundirse en caprichosos rebaños que le divertían y le fascinaban. De vez en cuando, por entre algún hueco, se dejaba ver el cielo, limpio y profundo como la palabra del Profeta, y la luna asomaba su cara feliz.

El río bajaba con una enorme cantidad de agua, como nunca él viera, y producía un ruido que le revolvía las entrañas por debajo del corazón. ¡Pero qué maravilloso lo encontraba esta noche!... Poco antes había oído decir a uno de sus tíos: *¡Río maldito, salido del vientre del demonio!* Pero él no pensaba igual.

Veía el río como al abuelo, el “xej” Abdeselam, cuando se enfadaba. Después de encolerizarse, de bramar irritado, de tirarse de la barba hasta aullar de dolor, de hinchársele las venas del cuello y ponérsele toda la cara roja, incluso los ojos, acababa yéndose a hacer la oración y quedándose luego mansamente dormido sobre la estera.

—¡Las personas son como los ríos! —había dicho una tarde el “xej” Abdeselam—. Cuando son jóvenes todo se vuelve correr y saltar. Nada importa en la loca precipitación. El agua se rompe contra las rocas y se abre en espumas. Pero sigue siendo agua. Un poco de ella se va quedando en cada piedra, secándose al sol de la soledad y el desencanto. No importa: queda mucha más. Y se sigue fluyendo. El paisaje siempre es nuevo y distinto. No se pasa dos veces ante el mismo árbol. El agua y el puente se aman y se despiden a la vez. En cada instante se nace y se muere. El agua va hacia el sauce que le alarga sus ramas y hacia la hierbecilla que se asoma por las riberas. Pero aprende en el sauce y en la hierba que es fugaz la dicha. La esperanza es una vieja piadosa, pero embustera: da limosnas a todos con monedas falsas. El sauce queda atrás, y la hierba, y el puente, y las primeras rocas, y los pájaros que vinieron a beber, y los niños que buscaban ranas y pececitos. Pero el río es el río. Dios lo echó a correr y Él lo recogerá. Solo Dios, Grande y Misericordioso, es el único que nunca empieza ni acaba. ¡Y que nunca pasa!... Abdelazid no había comprendido mucho. El abuelo decía estas cosas porque todas las tardes permanecía largo rato sentado bajo el sauce mirando el río. Llevaba el río dentro.

Abdelazid pasaba ahora el puente. ¡Cuánto había deseado este momento! El otro lado del río, prohibido siempre en su familia, continuamente a su alcance y nunca poseído, se le aparecía como una aventura maravillosa, incitante y prometedora. Con el pensamiento había cruzado el río muchas veces; la otra orilla le parecía distinta: la hierba tenía otro verdor; había colinas más altas, desde donde se podría ver quizá hasta el mar; había una laguna... ¡y, sobre todo, muchos pájaros! En su propia orilla también había pájaros, y colinas, y campos de verde hierba donde a él le gustaba jugar con sus hermanos a dar volteretas sin hacerse daño en los revolcones. No había ninguna laguna grande, pero sí charcas con muchas ranas. Y tortugas que acudían a los tallos tiernos. Sin embargo, allí estaba la orilla de enfrente y todo el ancho campo que se divisaba más allá, con las altas colinas al fondo, prohibido todo y soñado siempre con el encanto que dan al sueño la imaginación y el deseo.

Abdelazid corría hacia la “yemaa” del “xej” Dris Ben Mohammed, y sentía que, a pesar de la oscuridad, todos aquellos campos que atravesaba le eran familiares, como si ya otra vez hubiera pasado por allí. Una extraña antorcha interior

le proyectaba luz sobre las cosas: allí estaba la laguna, aunque ahora le parecía más pequeña, casi como una charca... ¿Serían también más bajas las colinas?... No. Es que con la oscuridad todo se ve desfigurado.

Oyó ladrar a unos perros. La “yemaa” estaba ya cerca. ¡Qué sorpresa para Messaud cuando le viera!...

Messaud era nieto del “xej” Dris Ben Mohammed. Le conocía de verle todos los días con sus ovejas en la orilla de enfrente. Tampoco a él le dejaban pasar el puente. Pero ellos hablaban, con el río por medio. Hablaban de pájaros. Messaud sabía los nombres de todos. Le enseñó a hacer que el alcaudón no picase cuando le tuviese en la mano; bastaba con pasarle una pluma por los agujeros del pico. Tenía un chamarrí domesticado que se le subía en el hombro y no se escapaba. Un día Messaud estaba partiendo almendras, y para que Abdelazid las comiese también, le tiró unas cuantas con la honda, por encima del río... ¡Era muy divertido!... Algunas no las veía caer y tenía que buscarlas por entre la hierba hasta que las encontraba. Él le empezó a tirar higos secos, pero como no tenía honda, casi todos cayeron en el agua. Sólo dos dieron en tierra, y Messau se los comió... ¡Nunca las almendras y los higos les parecieron tan dulces!

Cuando llegó a la “yemaa”, gritó el nombre de su amigo. La cara, mojada, le brilló un instante con la luna.

La noche estaba en los ojos del “xej” Dris Ben Mohammed. Pero en la ancha cueva sin paredes en que permanecía había hallado la sabiduría y la paz. Sentía bullir la vida a su alrededor como oye el agua desde el hondo pozo al pájaro que canta en el brocal. Todo le quedaba fuera y lejos. Solo la palabra de Dios habita en su tiniebla, igual que el musgo y el eco en la húmeda oquedad.

Cuando el pequeño Abdelazid le transmitió el mensaje de su abuelo, el anciano “xej” le pasó la mano por la cabeza y le dijo:

—El agua está en tus cabellos, niño, y la nieve en los míos. Tú eres la dulce y olorosa hierbabuena, y yo el árbol seco. La luz brilla en tus ojos como en las estrellas y la oscuridad ha llenado los míos como al negro cuervo. Pero Dios Todopoderoso, ¡loor a Él! , debe morar igual en tu corazón que en el mío. ¿Entiendes, niño?... Vuelve a tu casa y di al “xej” Abdeselam que mi mente es ya vieja y ha olvidado muchas cosas... El Profeta ha dicho: “La misericordia es el caudal de los creyentes”. Di al “xej” Abdeselam que mis hijos, y los hijos de mis hijos, estarán a su lado antes de que amanezca el nuevo día. El río se calmará. “¡Dios nunca es injusto con los hombres. Pero los hombres lo son entre sí”. Vuelve a tu casa, niño, y que Dios esté siempre contigo...

Abdelazid le besó las manos y se despidió. Tenía prisa por volver. Se sentía portador de la paz y quería llevar pronto su tesoro. Había empezado a llover otra vez. El camino estaba oscuro y desolado.

Messaud le alcanzó corriendo. Llevaba un farol.

—Te acompañaré. Los hombres saldrán enseguida hacia el dique.

—Me alegra que vengas conmigo. Desde ahora ya podremos pasar el puente todos los días. Te llevaré a coger tortugas... Sé un sitio donde hay muchas, y conozco un hombre que las compra... ¡No sé qué es lo que hace con ellas!

—Yo prefiero cazar conejos. Tengo cepos. Ya te enseñaré. Los conejos se venden más fácilmente. También cojo gazapillos en las madrigueras, pero los dejo que crezcan...

Cuando llegaron a la “yemaa”, ya no encontraron allí a nadie. Todos habían desaparecido. El establo se hallaba también vacío, y solo el ruido de la lluvia y el correr del agua por los surcos quedaban como sonoro compás entre las viviendas desiertas. Abdelazid lo comprendió todo enseguida.

—Los hombres estarán en el dique y las mujeres habrán huido, con el ganado, a algún lugar más alto. ¡Vamos hacia el dique!... —dijo.

La turbia corriente entraba en la curva grande del río y embestía de lleno contra el dique. Un ancho boquete se había abierto ya, como una herida bostezante, en aquella barrera que la gente del “xej” Abdeselám y la del “xej” Dris Ben Mohamed habían levantado conjuntamente hacía muchos años, y el furioso caudal de agua empezaba a derramarse sobre los campos. Los hombres no podían ya hacer más que asistir impotentes a la tragedia. El torbellino fangoso que arrastraba las grandes piedras y troncos de la deshecha barrera, irrumpía como un monstruo en la llanura. Los dos niños, al oír el ronco fragor que crecía inminente, echaron a correr en la oscuridad hacia algún árbol. Y se subieron a un pequeño almendro.

Abdelazid rompió a llorar. Messaud, por entre las ramas, oteó en la noche el tropel devastador que se aproximaba. Tras las colinas lejanas, un débil resplandor anunciaba otra aurora...

El río los llevó hacia el mar. No se les habían desprendido las “yilabas” que el agua hinchaba a su alrededor, y parecían dos barcos de papel, deshechos en la corriente.

La paz volvió entre los hombres y el río, incansable peregrino, continuó su marcha de siglos, diciendo a todos que la vida es como una caña que flota en la

corriente: que no puede ir hacia atrás. Y que más allá de las colinas, como una promesa, el mar espera siempre, azul e inmenso...

(1956)

CUANDO ES LA HORA DE HACERSE A LA MAR

Cada vez que me sorprende poniendo una boca triste, cada vez que en mi alma hay un noviembre húmedo y lluvioso, cada vez que me encuentro parándome sin querer ante las tiendas de ataúdes..., entonces entiendo que ya es más que hora de hacerse a la mar tan pronto como pueda. Es mi sustitutivo de la pistola y la bala.

Herman Melville: *MOBY DICK*

Era un tipo curioso, sí señor, el solitario aquel del MOKSHA. Todavía hoy me pregunto si verdaderamente estaba tan tocado de la cabeza como creía la gente, pero eso, y más aún: que había enloquecido, fue lo que dijeron todos cuando desapareció. Y es que, en verdad, había que estar muy loco, o tenerle mucho más miedo a la vida que a la muerte, para hacerse a la mar con la niebla aquella que se había metido por todo el Estrecho.

Todo el mundo le decía Johnny, pero en realidad se llamaba Juan Palau, y debía de ser catalán o mallorquín, aunque su barco estaba matriculado en Castellón. Yo lo tenía por una especie de Cyrano de Bergerac metido a Holandés Errante, y desde luego, esto sí, se distinguía de todos los tipos que solían pasar por mi oficina de la Sanidad del puerto y por el bar de EL DELFIN VERDE.

Era alto, exageradamente alto, huesudo y desgarrado, y renqueaba un poco al andar, como si una pierna le pesase más que la otra; tenía una cabeza poderosa de amplia frente con una larga melena bíblica que se le derramaba sobre los hombros; pero su nariz era tan descomunal que avanzaba, como un botalón de proa, sobre el exuberante mostacho que le ocultaba casi totalmente la boca; además, una nutrida barba negra, entreverada de grises como la melena y el mostacho, contribuía a que su rostro tuviera aquel cierto aire de terrible grandeza que le caracterizaba. Sin embargo, todo en él ofrecía ese algo indefinible por el que algunas personas resultan cautivadoras a primera vista. Lo que sí que me chocó en él, esta es la verdad, fue la manera un tanto insólita de contarme su historia, tal como si todo aquello lo hubiera escrito de antemano y se lo hubiera aprendido de memoria; eso al menos fue lo que pensé entonces.

Yo lo conocí en uno de mis turnos de guardia. Había ocurrido que su perro, un chuchó negro y pelambrero al que él llamaba “Adiós”, estaba persiguiendo a mi perrita “Trinka” y cuando alguien vino a avisarme y yo salí precipitadamente de la oficina para tratar de evitar lo que siempre había temido, solo pude llegar a tiempo de comprobar con mis propios ojos que ya la cosa se acababa de consumir.

—¡Hemos de celebrar la aventura de nuestro perros! —fue lo primero que me dijo cuando me acerqué al MOKSHA a protestarle por lo ocurrido. Y me invitó a subir a bordo.

La verdad es que no había nada que celebrar por mi parte, pues siempre me había estado preocupando de que mi dulce perrita se conservase intacta, cual si de mi propia hija se tratara; pero ya que aquel descarado perrillo, aventurero de sabe Dios cuántos puertos, había podido más que mi celo, y puesto que yo no podía matarlo para desahogar así mi despecho, ni podría — ¡esto mucho menos! — arrojar de mi lado a mi cándida amiga, acabé haciéndome el ánimo a lo ya irremediable y subí al MOKSHA, llevando en brazos a la recién violada.

La tarde caía ya perezosamente sobre Ceuta. Los últimos resplandores púrpuras del sol se iban tornando violetas por todo el cielo del Estrecho y, con la brisa de levante, el barco se mecía en el agua con un ligero cabeceo que hacía restallar de cuando en cuando la estacha que lo amarraba de popa a un noray del pantalán. El MOKSHA era una especie de yate con dos potentes motores fueraborda que colgaban de su espejo de popa, pero estaba aparejado además con una gran vela cuadrada y un foque. Se adivinaba en seguida que se trataba de un barco recompuesto, quizá una antigua embarcación de pesca o algo así, pues en nada se parecía a los otros yates, más o menos estandarizados, que solíamos ver en los pantalanes.

El hombre me hizo pasar al interior de la cámara.

—Es por la humedad que hay fuera a estas horas —me dijo mientras sacaba de una alacena una botella de vino y dos vasos. Luego, nos sentamos, uno frente a otro, con la mesa de por medio.

—¡Salud, y por nuestros perros! —brindó después de llenar los vasos, alzando el suyo.

Sobre una pequeña repisa, adosada a un rincón de la cámara, había una fotografía, algo deteriorada por la humedad: en ella aparecía una mujer con dos niños de seis a ocho años aproximadamente.

—Era mi familia —empezó a explicarme al darse cuenta de que yo había fijado en ella la mirada.

—¿Era? —le pregunté sorprendido.

—Sí, los perdí hace unos años en un estúpido accidente de automóvil. Yo tuve la culpa, ¿sabe?... Ocurrió en una tarde de domingo, cuando regresábamos a casa después de haber pasado todo el día en una playa. La carretera tenía muchas curvas, delante de nosotros iba muy lentamente un autobús, y yo me estaba impacientando... De pronto, en una corta recta, me decidí a pisar el acelerador,

intentando adelantar al autobús aquel, pero... ¡fue horrible!... Aún resuena en mis oídos muchas veces, y no se me va nunca de la memoria, el grito de espanto que lanzó mi mujer cuando un maldito camión apareció frente a nosotros, saliendo de una curva... No recuerdo cómo pudo suceder aquello... Creo que frené muy fuertemente y debieron de patinar las ruedas de mi coche... Cuando recobré el conocimiento, habían transcurrido dos días y me hallaba en la cama de un hospital. Pregunté por mi mujer y mis hijos, y me estuvieron mintiendo. “Están bien, están bien... No se preocupe ahora... Descanse... Descanse...”, me decían las enfermeras y los médicos. Luego supe que los tres habían muerto en el acto cuando nuestro coche se despeñó por un terraplén y fue a estrellarse contra una roca.

El hombre se quedó callado un rato, con la mirada perdida en algún punto inconcreto del espacio. Yo no me atreví a decirle nada, y el silencio solo fue roto cuando sonaron las tres largas pitadas de un barco que pedía remolcadores y el eco las fue repitiendo, como un oleaje de sonidos que iba a extinguirse por la otra parte de la ciudad. Y cerca, chillaron también unas gaviotas.

—Cuando yo era niño —volvió a hablar, después de beber un poco de vino —me gustaba oír las sirenas de los barcos y los gritos agudos de las gaviotas, como ahora. Mi casa estaba a orillas de un puerto y sólo la separaba del agua un paseo marítimo a cuyo pie llegaban las olas. Desde mi ventana podía divisar todo el puerto, la bahía, y la mar abierta hasta la línea del horizonte. Por las noches, me dormía con el ruido del agua al lamer las piedras bajo la muralla del paseo. A veces, cuando ya me estaba durmiendo, llegaba también hasta mis oídos un retumbo de máquinas, como un sordo latido en medio del silencio, y entonces yo sabía que un barco maniobraba dentro del puerto. Como conocía muy bien el significado de cada pitada de maniobra, ya sabe usted: dos cortas seguidas para caer a estribor, una para babor, tres para dar máquina atrás..., me ponía a imaginar los movimientos de aquel barco, y hasta saltaba de la cama para verlo. En cambio, en las noches en que se metía la niebla, y la sirena de la bocana del puerto no cesaba de lanzar al aire sus sonidos intermitentes y quejumbrosos de ciervo herido, yo tenía mucho miedo: me daba por pensar en los buques fantasmas que, según lo que me habían contado, navegaban con las almas errantes de sus capitanes y una tripulación de cadáveres; entonces, me acurrucaba fetalmente bajo la sábana y las mantas, como dentro de una oscura y cálida matriz que me protegía de todo, y así me iba quedando dormido. ¡Quizá por eso, ahora todavía, sueño a veces con que me persigue uno de esos navíos malditos, con el casco todo negro y las velas rojas!... ¡Lo veo que surge de entre la niebla y escucho unas voces, como las de mi mujer y mis hijos, que me llaman angustiosamente desde su cubierta!

Cuando dijo aquello, tuve que coger mi vaso y beber un poco de vino. El frío contacto del cristal en mi mano y el ardor del líquido en mi boca me cercioraron de que todo no era también un sueño mío ni un desvarío de mi propia imaginación, sino que ciertamente aquel hombre estaba allí frente a mí, diciéndome aquellas cosas.

Poco a poco, la tarde se había ido acabando y ya nos hallábamos sumidos en la penumbra que reinaba en el interior de la cámara. Yo le interrumpí en una ocasión para pedirle que encendiera una lámpara, pero él no me hacía ningún caso y continuaba recitando su extraño monólogo, ajeno por completo a mi presencia. Entonces, yo también me fui haciendo a la idea de que no había nadie allí conmigo y de que su voz era una extraña voz que me llegaba a través de la oscuridad como el sople misterioso de alguien que no existía más que en mi mente: eso mismo solía ocurrirme otras veces, cuando me dejaba ir voluntariamente en los vuelos de mi fantasía.

—Siempre quise ser marino —seguía diciéndome —pero mi padre se empeñó en que trabajase junto a él en su negocio, y le obedecí. Pero nunca dejé de vagar por los muelles del puerto, cada tarde que podía. ¡Los barcos me obsesionaban!... Cuando me acercaba a ellos, todos los sentidos se me excitaban con una rara voluptuosidad: aspiraba sus olores, a brea, a maderas recién pintadas, a hierros engrasados y a maromas húmedas; escuchaba atentamente cada ruido de a bordo como el animal que en medio del bosque escucha inmóvil el susurro del viento por entre la enramada y cada leve pisada en la hojarasca, así el tembloroso retumbar de las máquinas, los crujidos secos del casco, pasos, voces, y hasta ese silencio de soledad que se percibe en un barco cuando todo a bordo se paraliza y solo queda allí algún marinero que dormita; contemplaba con arrobos las proas agresivas y las popas orondas con los nombres de lejanos puertos; recorría con la mirada los costados tachonados de escotillones, y si por ventura descubría uno que había quedado abierto, escudriñaba a través de él, como si la sola visión del interior de un camarote o de un simple pasillo me integrase ya en aquel mundo que tanto había deseado desde que era un niño y contemplaba barcos desde las ventanas de mi casa. Algunas tardes, cuando alguno estaba soltando amarras para zarpar, me sentaba en un noray y permanecía allí, fumando en mi pipa, hasta verlo cómo enfilaba la bocana y se perdía a lo lejos. Pensaba entonces que, varios días o varias semanas después, aquel barco estaría en otros lugares del mundo a donde yo no iría nunca, y sentía que algo mío, al menos la huella invisible de mi mirada, partía con él y se liberaba al fin de mi anclada monotonía.

Su voz sonaba grave y despaciosa, yo no osaba producir el más leve ruido que pudiera quebrar aquella magia que flotaba en el ambiente. Y ya no me importaba

que allí en la cámara no hubiera más claridad que la tenuemente reflejada de las luces exteriores que entraba apenas por los pequeños escotillones y por la puerta abierta.

—Otras tardes llegaba hasta el varadero. Allí había siempre pequeños barcos de cabotaje, reparando averías o sometidos a trabajos de limpieza o pintura. ¿Usted no se ha parado nunca a mirar un barco cuando se halla fuera del agua? Esa es la única manera de poder contemplar plenamente toda su figura: la potente quilla, la ampulosidad del casco, tan semejante a un enorme vientre, el suave resbalamiento de la proa bajo las amuras y de la popa hacia el codaste, y por arriba las cubiertas, el puente, los palos, todo como un castillo roquero que no se alzase sobre ninguna roca ni ningún suelo...;algo etéreo en cierto modo!... Yo creo que hasta es posible imaginarle un extraño erotismo: sin el velo púdico del agua, un barco se ofrece a la mirada en toda su espléndida desnudez y hay en él algo así como una incitación a la caricia: no resulta absurdo imaginarle entonces una inquietante animalidad, ¿no le parece?...

Aquella inesperada pregunta me devolvió el sentido de la realidad y, de pronto, volví a tener conciencia de que allí, al otro lado de la mesa, había un hombre que se comunicaba conmigo desde la oscuridad. Pero yo me hallaba ya por entonces tan absorto y desprevenido que no supe de inmediato qué responder.

—Sí, claro... —acerté a musitar apenas.

—Fue precisamente allí, en el varadero, donde encontré este barco, en un lugar apartado, por detrás de un barracón, como algo olvidado de todos... Estaba con la quilla en tierra entre los jaramagos, sostenido por unos puntales a manera de grandes muletas para que no se escorase, y tenía casi todo el casco recubierto de adherencias marinas ya secas y endurecidas, con las cuadernas al aire donde le faltaban las tablas del forro: ¡parecía un cetáceo varado en una playa, con parte del cuerpo destrozado a dentelladas!... Por aquel tiempo, yo estaba recuperándome de las heridas que me produjo el accidente, pero aún me sobrevenían unas angustiosas depresiones que me quitaban las ganas de seguir viviendo. Cada tarde, a partir de entonces, cuando iba a pasear por los muelles, mis pasos me llevaban hasta aquel varadero y allí me quedaba durante largo rato, contemplando aquel despojo de barco. Al verlo en tan lastimoso estado, me iba poco a poco identificando con él, como si viese en su desvalimiento la imagen reflejada de mí mismo. Esto hizo que una tarde se me ocurriese la idea de salvarlo del desguace final, y, por primera vez desde que abandoné el hospital, hubo algo que llegaba a interesarme de verdad y me infundía un deseo de vivir. Así que lo compré por casi nada y me entregué por entero a la tarea de reconstruirlo. Contraté para ello a dos carpinteros de ribera que se afanaron durante dos meses en dejarlo como nuevo. Yo mismo estuve

trabajando con ellos en lo que podía: clavé y atornillé docenas de clavos y tornillos de bronce, manejé la brocha gorda, e incluso aprendí a calafatear, introduciendo la estopa impregnada en brea por entre las juntas de la tablazón. Aquello era todo nuevo para mí y, en cierto modo, me resultaba como vivir una nueva vida. Al fin, un día, un domingo precisamente, procedimos a botarlo; cuando lo vi flotando en el agua, experimenté una indescriptible sensación de esperanza. Aquel mismo día lo bauticé con ese extraño nombre indio que significa “salvación”. ¡Te llamarás Moksha!, pronuncié en voz alta, y fui derramando tres botellas de champán por la cubierta desde la proa hasta la popa, una por mi mujer y las otras dos por mis dos hijos. Ahora, ya lo ve, me paso casi todo el año navegando, en busca siempre de la paz y el olvido. ¡Y si no fuera por esos malditos sueños que muchas noches me atormentan, hasta le diría que me siento feliz!

Eso fue lo que me contó aquel hombre. Cuando al fin acabó de hablar y encendió una lámpara, me pareció tranquilo y relajado, aunque sus ojos brillaban de una manera extraña. Luego insistió en acompañarme hasta la oficina y, mientras caminábamos por el muelle bajo la húmeda noche, estuvo bromeando a propósito de lo que había ocurrido entre nuestros perros.

—¡Tiene usted que reservarme uno de los cachorros que nazcan! —dijo, acariciando el vientre de “Trinka”.

Cuando llegamos a la puerta de la oficina, me estrechó fuertemente las dos manos y me sonrió con una insospechada ternura.

—¡Hasta la vista! —me gritó todavía cuando se alejaba, camino de su barco.

No volví a verlo más. A la mañana siguiente, el MOKSHA ya no estaba en el pantalán. Me dijeron que había zarpado al alba. Y que advirtieron a aquel hombre de que era una locura hacerse a la mar con la niebla aquella que ya se estaba metiendo.

Muchos meses después oí decir que un yate parecido al MOKSHA había sido visto navegando al sur de Sicilia. ¡Pero vaya usted a saber!...

¡Ah!... Mi “Trinka” parió tres perritos; uno de ellos es muy negro y, por no sé qué raro misterio genético, siempre acude cuando se le dice “adiós”.

EL TREN AZUL NO PARA EN VADORRILLO

La estación se hallaba a poco más de kilómetro y medio del pueblo. Primero fue apeadero, y los pocos trenes que se detenían allí lo hacían solo el tiempo preciso para subir o bajar aprisa los viajeros y para echar arriba o abajo, sin muchos miramientos, los bultos y demás. La gente de Vadorrillo, que no toleraba de grado aquellas premuras ni la denominación de “apeadero”, andaba siempre con sus cuitas ante las autoridades de la provincia y de la RENFE. Pero la respuesta que recibían era siempre la misma, que el escaso tiempo de parada se debía a exigencias del tráfico. En cuanto a lo de “apeadero”, argumentaban que no existía otra palabra más adecuada en la lengua castellana.

El cambio a estación le vino al fin cuando menos lo esperaba nadie y por una vía que ni los más avispados del lugar habían imaginado en tantos años de resignación. Ocurrió que cierto domingo de otoño, recién levantada la veda de la perdiz, llegó a cazar por las tablas aledañas un alto personaje político de los que podían con su voluntad mover Roma con Santiago. Como el alcalde le saliera al encuentro en mitad del campo y lo invitara a una comida, que en esto sí que anduvo listo, el otro expresó su deseo de que únicamente le prepararan una simple sopa de ajos y una perdiz escabechada a la usanza del lugar. Obvio será decir que el ilustre antojo fue cumplidamente satisfecho cual si de preñada se tratase. Y a los postres de aquella pitanza, un tanto animado el lugareño con la campechanía que le demostraba su huésped, y otro tanto porque el vino clarete le había desbridado la lengua, acertó en decir: “Mire su excelencia que la gente de por aquí es tan ignorante que ha dado en creer que eso de apeadero significa otra cosa que lo que usted ya sabrá, supongo, ¿me comprende?...” Naturalmente el jerarca lo comprendió y nada más llegar a Madrid, todavía con la satisfacción reciente por la percha de veintidós perdices abatidas por él mismo y con el recuerdo de la escabechada en el paladar, se apresuró a llamar al ministro de transportes y le instó, con buenas razones, a que atendiera favorablemente las justas aspiraciones de los vadeños. Y así, de esta forma tan singular, el apeadero se convirtió en estación, con lo cual no solo se estiró el tiempo de parada de los trenes sino que se acabaron también las cuchufletas de los malintencionados de los otros pueblos, poco versados en la riqueza léxica de nuestra lengua.

Otra consecuencia no menos beneficiosa de aquello fue que los vadeños conocieron, con harto retraso por cierto, los muchos favores y prebendas que se pueden conseguir de los gobernantes y políticos merced al valimiento de una buena comida. Y a partir de entonces no quedó gobernador, ni diputado, ni alto funcionario de cualquier cosa, ni incluso obispo, que llegado por allí no fuera sometido al soborno gastronómico de la sopa de ajos y la perdiz escabechada. A tal efecto,

siempre se guardaban algunas en una orza de aceite por si la ocasión coincidía con la época de la veda. Gracias a tales instancias, Vadorrillo pudo tener, además de la estación, la escuela, el alcantarillado, la estafeta de correos, un médico, y hasta dos campanas nuevas para la iglesia, que a esto de los banquetes suplicatorios se apuntaba también el cura, respetando, esto sí, vigiliias, ayunos y cuaresmas. Por todo lo cual, si algún día hubiera que erigir en la plaza del pueblo un monumento a sus benefactores, habría que recordar también a la anónima cocinera que avió la primera perdiz “a la vadeña”.

Los domingos por la tarde, la gente de Vadorrillo se llega paseando hasta la estación. Es su evasión semanal de los límites apretados del caserío. Van andando despacio, perezosamente, como si todos los afanes y prisas de la semana tuvieran su compensación terapéutica en aquella sosegada marcha bajo los eucaliptos de la carretera. Hombres y mujeres hablan de la cosecha próxima, de cómo están los campos, de los que emigraron a la ciudad o al extranjero, de los hijos y las hijas, de los que nacen o mueren, y a veces también de las cosas que ven mal en los demás, bajando entonces la voz hasta convertirla en un susurro. Don Matías, el párroco, y don Sixto, el médico, que siempre caminan juntos, dialogan en voz alta porque los dos son algo sordos. El médico, socarrón y racionalista, se divierte escandalizando al buen cura con el tema del control de la natalidad. “¡Guarradas, guarradas, todo eso no son más que guarradas!”, vocifera el clérigo. “¡Lo que tiene que hacer la gente es traer criaturas al mundo, que se está quedando el pueblo vacío, señor doctor!...¡Y si no, que duerman, que duerman más, que eso es muy sano!” Y don Sixto grita igualmente: “¿Pero cómo quiere usted que duerman, hombre de Dios, si los trenes pasan casi por encima del pueblo a todas las horas de la noche y pitando a todo pitar?...” Así, el camino de la estación se convierte cada domingo en un reguero de palabras, sencillas preocupaciones y hasta humanas mezquinidades que van fluyendo, junto a los campos sembrados, en un lento cortejo bajo los árboles. Luego, ya en la estación, todo el mundo se espera en el andén hasta el atardecer para ver pasar el TALGO, el tren azul y plata que pasa fugazmente, sin detenerse. “¡Es como asomarse a otro mundo y vislumbrar en un relámpago algo distinto y extraordinario”, comenta la joven maestra de la escuela mientras dirige una última mirada un poco triste al convoy que ya se pierde en la lejanía. Después, el ambiente languidece y empieza a quedar en los ánimos la sensación de que ya el domingo se ha acabado.

Dionisio Fuentes es el jefe de la estación, como lo fue su padre de otra. Cuando era niño, ya le gustaba más que nada viajar en tren. Aquellos viajes eran para él una especie de fiesta y aventura. A veces, mientras estaba en el andén, las negras locomotoras de carbón le infundían un cierto pavor con sus resoplidos, tan gigantescas además para su estatura, pero luego, cuando corrían por los llanos

con su ristra de vagones detrás, le parecían unos monstruos queridos y hermosos devoradores de distancias, con sus bufidos poderosos. Y todo el trayecto se lo pasaba con la cara pegada al cristal de una ventanilla, observando maravillado cómo todo huía hacia atrás, el paisaje con las montañas al fondo, los rebaños de ovejas que pastaban en los herbazales, los labradores que araban en los campos o segaban las mieses, y los postes del telégrafo tan próximos a las vías con sus hilos paralelos que parecían subir y bajar ante sus ojos atónitos. Lo que más le divertía era atravesar túneles, aquellos minutos de estruendo y misterio hasta desembocar en la claridad y sorpresa de un nuevo panorama. “¡Cuando sea mayor –decía– seré maquinista de tren y jefe de estación!”

Con los años fue haciendo muchos otros viajes en tren y todo aquello tenía siempre para él un encanto especial, las estaciones con su olor a humo y a grasa, el traqueteo de las ruedas, las largas pitadas en medio de la noche atravesando campos oscuros con lejanas luces solitarias, y las conversaciones en la medio penumbra de un vagón con otros viajeros a los que quizá nunca más volvería a ver. Los trenes eran su mundo. Había nacido en una Estación casi encima de las vías y el primer gran ruido que escucharon sus tiernos oídos fue el de un tren que pasaba a pocos metros de su cuna. Y toda su vida había transcurrido como la de los trenes, de estación en estación.

Sin embargo, aquel último domingo de noviembre, después que hubo pasado el TALGO y la estación se quedara vacía, las palabras de la maestra empezaron a resonarle en el oído continuamente. Y echó a andar ensimismado por entre las vías, sin percibir apenas los pedruscos y guijarros que le torturaban los pies.

Había anochecido y los raíles resplandecían con un frío brillo de luna en el hierro pulido. Más allá de la oscuridad adivinaba el campo lleno de indefinibles presencias. Un búho lanzó de pronto su ulular y al momento batió el aire con un aleteo estremecido. Dionisio Fuentes se detuvo y permaneció un rato contemplando los raíles que iban a perderse a lo lejos en su búsqueda de un encuentro imposible, brillando entre los campos oscuros.

El búho perforó de nuevo la noche con otro grito largo y redondo mientras él pensaba una y otra vez en aquel tren espléndido que apenas una hora antes había pasado ante su mirada sin detenerse. Imaginaba qué hombres y mujeres irían en él y hacia qué destinos en sus vidas agitadas: gente del gran mundo, intelectuales, artistas, aventureros y aventureras elegantes, turistas felices, seres todos mimados por la fortuna, la fama y el amor. Por primera vez empezaba a darse cuenta de su pequeñez de hombre apartado en una vía muerta sin más horizonte y aventura que la monotonía y rutina de todos los días en aquella ínfima estación. Y cuando al fin decidió regresar, un imperioso propósito comenzó a avivarse en la mente,

como una llamarada de rebeldía, mientras a su espalda continuaba aquel búho ululando a lo lejos.

Al día siguiente, el reloj de la estación marcaba las seis en punto de la tarde cuando Dionisio Fuentes se detuvo justamente debajo, de tal modo que o bien las solemnes y enlutadas agujas le prolongaban hacia lo alto su verticalidad, como si a través de ellas se elevase hacia la libertad del espacio la extraña rebeldía que le crecía por dentro, o bien él mismo prolongaba hasta el suelo la rectitud de las agujas como un alfiler que lo mantenía clavado allí en la losa del andén. Desde lo alto del depósito de agua para las locomotoras, el pájaro que contemplaba cómo ya el sol iba cayendo sobre los montes, dirigió sus redondos ojillos hacia el andén y se sorprendió de que el Jefe estuviera allí tan quieto como aquellas figuras que solía ver en medio de los trigales con los brazos siempre en cruz.

Aún faltaban más de quince minutos para la llegada del TALGO. Era la hora mágica del sortilegio, cuando el espíritu se entrega con la embriaguez del crepúsculo a la espera ansiosa del milagro. Y Dionisio Fuentes, vestido con el uniforme de los días solemnes, respiraba allí parado bajo el reloj el aire fresco del atardecer. Desde el otro lado del andén el mozo de estación esperaba también y le observaba sin comprender lo que le estaría pasando al jefe. Nunca lo había visto tan extraño y no sabía qué pensar de que se hubiera puesto aquel uniforme. Últimamente parecía otro, tan absorto en sus pensamientos. Cuando sonó el teléfono en la oficina, Dionisio Fuentes rompió su quietud y corrió a descolgar el auricular.

—¡Oye, Vadorrillo!... ¡Para allá va el TALGO! —le avisaban desde la otra Estación con la acostumbrada rutina.

—¡Gracias!... —respondió escuetamente. Y salió de nuevo al andén para ordenar al Mozo que colocara el disco rojo.

—¡Pero jefe!... —empezó a decir el subordinado, que seguía sin entender lo que estaba ocurriendo.

—¡Tu calla y haz lo que te digo! —le cortó Dionisio autoritario.

El corazón le latía más aprisa y una especie de temblor interior le corría por todo el cuerpo. Tragaba saliva y se esforzaba en dominar la inquietud de sus músculos y nervios. Se entretuvo en recorrer con la mirada las crestas de los montes, el cielo violáceo, los chopos cercanos y la vía por donde habría de llegar el TALGO. ¡Qué sensación de plenitud le producía todo en aquellos momentos!... De pronto se oyeron a lo lejos las pitadas reglamentarias del convoy avisando de que se aproximaba. ¡Ya está ahí!, pensó. Y se fue adelantando despacio hasta el borde del andén. ¡Aquí me la juego, pero lo tengo que hacer!...

Cuando el TALGO, su Tren Azul, apareció más allá del disco de entrada, lo miró como si toda su vida hubiera estado esperando aquel momento grandioso. Una orgía de frenos chirriantes estalló como gritos de jabalíes heridos. Y el tren fue perdiendo poco a poco su velocidad con espasmódicas sacudidas hasta que al fin se fue quedando definitivamente inmóvil a la altura del andén. Dionisio Fuentes se acercó hasta poder tocar con la mano la brillante pared exterior de un vagón. Luego dio varias palmadas sobre aquella fría superficie y la acarició como a un caballo. “¡Bravo, muchacho!...”, dijo. Y esperó al jefe de tren que había descendido y se le acercaba agitando airadamente los brazos.

—¿Pero qué diablos ocurre?... ¿Por qué nos ha detenido? —preguntaba irritado aquel hombre.

—Por nada, simplemente por parar el tren —le respondió Dionisio Fuentes sin poder ocultar su emoción.

—¿Pero es que se ha vuelto usted loco?

—No, sólo que deseaba parar a este hermoso tren para poder tocarlo con mi mano y oler su perfume a fresas... ¿No le parece una buena razón?...

—¡Usted sí que ha perdido la suya!... ¡Vamos, déjenos partir!...

—¡Cuando usted quiera! —dijo Dionisio Fuentes. Y sopló en su silbato con toda la fuerza de sus pulmones. Luego permaneció erguido como un mariscal en el andén alzando la banderola de vía libre.

—¡Le denunciaré a la Inspección Central!... —le gritó el jefe de tren desde la puerta de un vagón mientras el convoy se ponía en marcha de nuevo.

Aquella tarde Dionisio Fuentes, jefe de la estación de Vadorrillo, conoció por primera vez el placer que puede haber en el riesgo inútil, en la inexplicable insensatez de quien nada teme porque todo lo desprecia, y en el desenfado de hacer que el corazón y el impulso impongan su ley a la cabeza y al razonamiento. Entonces se sintió grande, hermoso y potente como aquel tren azul al que había parado y acariciado para contagiarse de su grandeza, de su hermosura y de su poderío. Y su rostro parecía estar iluminado con el inefable esplendor que solo nace del amor y de la gloria.

CAMBIO DE RESIDENCIA

Esta noción del tiempo incorporado, de los años transcurridos no separados de nosotros, es lo que ahora tenía la intención de poner tan vigorosamente de relieve en mi obra. Y porque contienen de este modo las horas del pasado, los cuerpos humanos pueden dañar también a los que aman.

Marcel Proust: *EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO*

El despertador empezó a sonar a las siete en punto de la mañana. Quizás en aquel mismo instante acababa de explotar una estrella en algún remotísimo rincón del firmamento y se abría como una enorme piñata de carnaval, esparciendo millones de guijarros brillantes por toda la bóveda celeste. O tal vez, allá junto a la isla aquella a donde nos íbamos, una bandada de pececillos transparentes, recién nacidos, comenzaban a nadar con movimientos temblorosos por entre las algas y las oscuras rocas del fondo.

Una tenue claridad se filtraba ya a través de las persianas y afuera, en los árboles de la calle, docenas de gorriones saludaban con su alboroto chillón la llegada del nuevo día. Pero yo tardaría todavía un rato en levantarme: era mi último despertar en aquella casa, y necesitaba experimentar una vez más la sensación de familiaridad con el entorno que me producía cada mañana el observar desde la cama cómo la claridad del día iba iluminando las paredes empapeladas de color malva y los muebles de la habitación. Así que me quedé allí, entre las sábanas que todavía conservaban el calor y el olor del cuerpo de Juan y del mío, tendida boca arriba con los ojos abiertos y sin fijar la mirada en nada concreto.

Juan estaba ya en el cuarto de baño desde hacía rato. Le oía canturrear mientras se afeitaba y le grité para pedirle que se callase porque iba a despertar demasiado pronto a los niños.

El cambio de residencia me tenía preocupada. En aquel piso y en aquella ciudad, toda una multitud de acontecimientos diarios, pequeños o grandes, trascendentes o triviales, habían ido fluyendo durante más de diez años de mi vida por los cauces sin misterios ni sorpresas de lo que ya conocía. Cambiar iba a ser para mí una aventura hacia lo desconocido. Y aunque en este sentido nunca he sido timorata, sin embargo tenía ahora que hacer un esfuerzo para aceptar la realidad de aquel cambio al que Juan me obligaba.

El traslado a la isla significaba cosas muy distintas para Juan y para mí. Él era de allí y había vivido siempre en un pequeño pueblo marineró hasta que se vino a estudiar a Madrid y se quedó luego aquí a trabajar cuando se casó conmigo.

Yo, en cambio, nací en Madrid y nunca había vivido en otro lugar. Esta diferencia, que no debería tener ninguna importancia, sí que la tuvo y a veces pesaba sobre nuestra felicidad poniendo sombras oscuras en nuestro matrimonio. Él no se adaptó nunca al ambiente de la capital, mientras que yo, mucho más acostumbrada a la dinámica de la vida moderna en una gran urbe, tenía recursos suficientes para construir nuestro propio mundo íntimo y libre, aunque estuviera inmerso en el conjunto de una sociedad uniforme y masificada. “Esto es una enorme colmena en la que estamos solos en medio de la multitud”, decía Juan. Y soñaba con el día en que nos trasladaríamos a vivir a su isla. Yo le seguía la corriente por no discutir. Pero en el fondo de mi alma deseaba que nunca llegara ese día que al fin había llegado ya.

Trasladarse a la isla era para Juan como ir en busca de todo lo que no había podido olvidar de su pasado. Para mí, en cambio, era la despedida de todo aquello con lo que estaba familiarizada desde niña. Él regresaba para reencontrarse con el mar, con la vida natural y simple, con su niñez incluso. Yo me alejaba de todo lo que hasta entonces había sido mi vida en Madrid, mi familia, mi trabajo en el Hospital, los sitios y espectáculos a donde solía ir, las amistades antiguas, los lugares de mi infancia y de mi juventud, etc. Ideas y emociones contrapuestas se desafiaban en el campo de nuestro amor y dirigían sus espadas contra nuestros pechos. Uno de los dos, el menos egoísta, el más fuerte quizás para sobrevivir en un medio no deseado, debía darse por vencido para conseguir la paz. Y fui yo, porque quería a mi marido y no deseaba perderlo por nada del mundo.

Conocí a Juan cuando éramos estudiantes y no sé cómo llegamos a enamorarnos, porque teníamos muy poco en común. Yo era muy racional, previsora y desconfiada. Él, por el contrario, demasiado contemplativo y más propenso al ensueño que a la acción. Por eso yo le advertía de que sería difícil que llegásemos a entendernos. Pero él me decía que todo equilibrio se basa en fuerzas antagónicas que se oponen, que yo sería el ángulo complementario que a él le faltaba para valer noventa grados, y otros argumentos por el estilo. Siempre encontraba hermosas razones para disfrazar la realidad. Sabía humanizar todas las cosas de un modo que a mí, a pesar de mi racionalismo y de mi tendencia a verlo todo con objetividad, me encantaba oírsele decir. Me explicaba, por ejemplo, que los árboles tienen rostro y expresión, que las nubes, las montañas y el mar sufren y se alegran, que los números no expresan sólo magnitudes sino también armonías, que una balanza o un reóstato o una lente, o cualquier otro objeto de su laboratorio, tenían un destino trascendente. Y estas cosas me gustaban porque yo nunca las habría considerado así. Cuando le oía hablar de los elementos químicos o de los electrones, comparando sus afinidades o repulsiones con las de los seres humanos, yo comprendía que fuera capaz de encontrar la belleza y la poesía en las estructuras y dinámica de

los fenómenos naturales. Lo que no llegué a entender nunca era por qué se decidió a estudiar Ingeniería Industrial. Pienso que quizá fue esa una más de sus muchas contradicciones. Una tarde, a los pocos días de conocernos, me invitó a ir con él a un concierto sinfónico. Yo no había ido nunca a ninguno y, además, aquel tipo de música no era de las que solía escuchar. Recuerdo que en el pPrograma estaba la Sinfonía Incompleta de Schubert, que era y sigue siendo su favorita. Antes de que empezara el concierto, me estuvo hablando de las tres maneras que había de disfrutar aquella música: con el oído, con la mente y con el corazón. Luego me explicó las distintas voces de la orquesta: la voz de la cuerda, la de la madera, la del metal y la de la percusión. Yo no entendía mucho porque todo aquello era muy nuevo para mí. Pero cuando luego, en un momento de aquella sinfonía, me cogió la mano y me la apretó, sentí que una emoción desconocida hasta entonces me unía a él ante aquel universo que me estaba descubriendo. Y así nació mi amor.

Todo esto me venía a la memoria mientras esperaba en la cama a que Juan me dejase libre el cuarto de baño. Cuando al fin salió y vino al dormitorio para acabar de vestirse, yo fingí que dormía. Entonces él se me acercó y me sacudió suavemente:

—¡Pero Marta!... ¿Es que no piensas levantarte hoy? ¡Vamos! ¡Arriba, perezosa, que ya son más de las siete y hay muchas cosas que recoger todavía, pues los del camión llegarán a las nueve!... ¡Así que ve levantándote y levanta también a los niños!

Entonces salté de la cama y me metí en el cuarto de baño. Aún flotaba en el ambiente el olor de la loción facial que Juan había usado. El agua tibia de la ducha me aisló de todo con una cortina de millones de gotas disparadas contra mi piel. Y eso me vino bien para dejar de pensar.

Alrededor de las nueve llegaron los empleados de la agencia de transportes. Como nuestro piso se hallaba en la octava planta del edificio, aquellos hombres tuvieron que instalar una polea para bajarlo todo hasta la calle a través de una de las ventanas. Solo nos llevábamos la ropa, los libros, los discos y cintas magnetofónicas, algunos aparatos, mi colección de cerámica, los cuadros, y los juguetes de los niños. Pero todo eso llenaba cinco cajones de un metro cúbico cada uno y siete bultos envueltos en arpilleras. Lo demás, incluidos los muebles, se lo habíamos vendido a los nuevos inquilinos que nos iban a sustituir en el piso.

Cuando el último bulto salía por la ventana, Juan comentó como si hablase consigo mismo:

—¡Ahí va todo nuestro patrimonio!

Sí, ese era todo nuestro patrimonio: un montón de ropa, unos trescientos libros, dos mil discos y cintas con música grabada, más de cincuenta platos y cacharros de barro, once cuadros de pintores amigos, tres cajas de zapatos llenas de fotografías, y una cuantas carpetas con papeles, apuntes, y cartas: ¡prendas de once años de afanes y amor que no nos podíamos dejar atrás como los muebles y los instantes vividos!

Casi al medio día, cuando los hombres acabaron de llevarse todos los cajones y bultos, nos dedicamos a acabar de recoger algunas cosas y cerrar las maletas que nos llevaríamos con nosotros en el tren y en el barco. Luego mandamos a los niños en busca del portero. Entonces Juan se dejó caer como derrengado en un sillón, con las piernas estiradas, adoptando una postura de relajamiento. Yo permanecí de pie junto a una de las ventanas con la mirada perdida en el edificio de enfrente. No nos dijimos nada porque los dos sabíamos que las palabras no bastarían para comprender lo que cada uno estábamos pensando. En aquel incómodo silencio me parecía oír el leve y postrer aleteo de un invisible pájaro que acabase de morir. Y, por primera vez desde que empezamos a preparar la marcha, empecé a darme cuenta de que un muro podía interponerse entre nosotros.

El portero llegó enseguida con los niños. El hombre trataba de ser amable y nos dedicó unas frases de despedida que por poco nos hacen llorar.

—¡Pocos vecinos como ustedes han pasado por aquí! Aún me acuerdo de cuando llegaron. Se acababan de casar y parecían dos estudiantes como los que van a ocupar ahora el piso. Traían un perro. ¿Cómo le llamaban?

—“Zumba” —dijo Juan con cierta añoranza.

—¡Eso!...¡”Zumba”! Todavía me acuerdo de la tarde que lo mató un camión ahí mismo, delante del portal de la casa...

Juan le interrumpió entonces dando un giro rápido a la conversación.

—¡Bueno, bueno! Aquí tiene usted las llaves del piso y del portal. Estoy seguro de que los nuevos inquilinos no le crearán problemas. ¡Parecen muchachos de confianza!

—Sí, eso parecen. Pero de estos jóvenes de ahora no se puede uno fiar. ¡Igual les da por celebrar reuniones en el piso con gente estafalaria! En fin, que ustedes se van y otros llegan... ¡La vida!...

Juan y yo nos dedicamos después a echar una última ojeada a todas las habitaciones, con una actitud contemplativa que no habíamos tenido, creo, desde la primera vez que entramos en ellas.

—¡Parece que estamos recorriendo las salas de un museo! —dijo Juan.

—¡Sí, de un museo de cera! —le contesté con un deje de triste ironía.

Era curioso que ya nos sintiéramos extraños allí. Al faltar todas las cosas que ya habían salido, aparecían superficies desnudas y espacios vacíos. Solo los muebles nos familiarizaban todavía con aquel paisaje interior. No obstante, yo sentía que aquel ámbito empezaba a ser un mundo al que habíamos dejado de pertenecer, y nos veía a nosotros mismos como visitantes furtivos en lo que durante mucho tiempo había sido nuestro hogar y nuestro refugio. Yo lo miraba todo como queriendo encontrar algo que nos obligase a permanecer allí indefinidamente, no como fantasmas vivos que retornaban del pasado ni como fugitivos que se detenían un instante para contemplar heladamente el camino andado, sino como parte entrañable de aquel lugar.

Una hora después nos dirigimos en un taxi a casa de mi madre para comer allí y pasar la tarde hasta la hora de salir hacia la Estación de Atocha a coger el tren. El intenso tráfico del medio día nos obligaba a ir despacio y a veces un semáforo en rojo nos detenía. David y Elena hablaban del próximo viaje por mar y discutían sobre lo que habría que hacer si el barco naufragaba. Juan comentaba con el taxista lo incómodo que resultaba circular en coche por Madrid a aquella hora. Yo me dedicaba a mirar por la ventanilla. Mientras veía correr hacia atrás el paisaje urbano que tan bien conocía, empecé a experimentar un extraño fenómeno de retención de imágenes que me iba emocionando cada vez más. Los lugares que aparecían ante mis ojos y desaparecían enseguida tras el coche, no se difuminaban ni borraban en mi retina, sino que permanecían largos instantes en ella, fundiéndose unos con otros como en un mágico caleidoscopio: plazas, jardines, iglesias, tiendas, kioscos, paredes con anuncios, calles transversales, grandes almacenes, cines, bares, terrazas..., impresiones visuales que me iban trayendo a la memoria inmediatamente vivencias anteriores y que me sumían en un estado de conciencia en el cual desaparecía la noción del tiempo. El pasado y el presente dejaban entonces de existir por separado. Es por la tarde — recuerdo —, anochece y está lloviendo. Yo regreso a mi casa desde el Instituto. Voy andando por la acera y de vez en cuando me detengo ante un escaparate o ante un kiosco. Las gotas de agua resbalan por mis mejillas y cuando llegan a la comisura de mis labios, las sorbo o las soplo. Después es Domingo de Ramos, por la mañana. He estrenado un traje de chaqueta gris y llevo un pañuelo azul de seda en el cuello. Una amiga me está presentando a un muchacho que estudia para Ingeniero. Es alto, flaco y con gafas. Nos invita a probar la cerveza negra en un sitio que se llama “El molino holandés” y nos cuenta que procede del sur, de un pequeño pueblo en una isla. Luego es otra vez por la tarde y viene mi madre conmigo. Acabamos de salir de la consulta de un

ginecólogo que nos ha dicho que voy a tener un hijo. Mi madre me está sugiriendo que podríamos ponerle un nombre bíblico....

El taxi se paró bruscamente ante otro semáforo.

Yo tenía la garganta apretada y temblaba como si el alma se me hubiera quedado anclada en alguna parte. Me sentía cansada. Cerré los ojos y no quise abrirlos hasta que el taxi se detuvo al fin delante de la casa de mi madre. Antes de entrar, me hice el propósito de no dejarme dominar por ninguna otra emoción. Al fin y al cabo, tenía a Juan y a los niños a mi lado y sólo ellos debían ser el punto de agarre de mi ancla, mi consuelo y mi esperanza. Todo lo demás, el cambio de residencia, la marcha de Madrid, la isla, etc., ¿qué me importaban ya?

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

BÚHOS

Vi un ángel puesto de pie sobre el sol que gritó con una gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan por lo alto del cielo: ¡Venid y congregaos al gran festín de Dios!”

(Apocalipsis, 20,17)

Cuando empezaron a aparecer las primeras bandadas, nadie se sorprendió. Era a principios del otoño y en esa época del año solían cruzar muchas aves por allí en busca de las cálidas tierras del sur. Lo raro era que fuesen búhos. Y cuando después del medio día fueron llegando sucesivas oleadas, cada vez más nutridas, que cubrían el cielo como con una enorme sábana oscura que hurtaba la luz otoñal del sol, entonces la gente empezó a preocuparse.

Durante mucho rato volaron en círculo, formando un gigantesco y alucinante disco que giraba y giraba con un confuso rumor de alas. Luego, aquel inmenso dosel se abatió de pronto sobre la ciudad como si una gran cuchilla hubiese cortado de un solo golpe los imaginarios hilos que lo mantenían suspendidos desde lo alto, y todos los edificios se coronaron de cresterías con figuras inmóviles y expectantes, a la vez que un suave olor a bosque y piedra antigua se extendía por las calles y penetraba en las casas por las ventanas abiertas.

Eran miles y de todas clases: búhos de los llamados chicos, con plumaje entre gris y castaño; formidables búhos reales de amplias alas como corazas y enormes ojos áureos; lechuzas con grandes círculos claros en torno a los ojos, que parecían monjas o damas engoladas; cárabos rojizos; autillos y mochuelos parduscos moteados de pintas blancas; inmaculados búhos nivales de las tundras árticas.

Tal vez debió de producirse en alguna parte una insólita alteración de las leyes que rigen la circulación atmosférica, y esa pudo ser la causa de que aquellos animales se desplazasen en masa desde los lejanos bosques donde habitaban. ¿Pero por qué solo los búhos? Este era el gran misterio que nadie podía explicar.

Algunas personas históricas llegaron incluso a interpretar aquel insólito fenómeno como una señal de la inminencia del fin del mundo, y en amplios sectores de la población empezó a cundir un cierto pánico. Las autoridades difundieron entonces por la radio un comunicado oficial en el que se advertía que, si bien aquellas aves parecían inofensivas, era conveniente ahuyentarlas o exterminarlas. Y a tal efecto, se pedía la colaboración de todos los ciudadanos en la improvisada operación que habría de llevarse a cabo en la mañana siguiente. “Cuando apenas salga el sol –se decía en aquel comunicado–, sonarán las campanas de todas las iglesias y las sirenas de las fábricas, y varias brigadas del Cuerpo de Bomberos

lanzarán potentes chorros de agua contras las aves para espantarlas. A partir de ese momento, todos los que tengan escopetas, incluidos los niños y muchachos con las suyas de aire comprimido, dispararán a discreción contra ellas, y los demás las atacarán a pedradas o con cualquier otro medio a su alcance”.

Cuando se hizo de noche, miríadas de redondos ojos luminosos tachonaron las alturas en sombra de los edificios con fantásticas fosforescencias. Mi familia y yo subimos a nuestra azotea a ver desde cerca a los búhos que se habían posado allí. En el pretil y en el suelo de la azotea se habían posado muchísimos de aquellos alados invasores, y un olor extraño, a pergamino viejo y a raíces, flotaba en el ambiente. Algunos se sobresaltaron al vernos aparecer y revolotearon un instante, pero al poco rato volvieron a posarse donde estaban sin recelar de nuestra presencia. Tal vez por el cansancio que debían de acumular en sus alas, permanecían inmóviles, como frailes en recogimiento, y se dejaban acariciar sin más reacción que un leve temblor. Mi madre cogió, incluso, a uno de los más pequeños, apenas del tamaño de una alondra, y lo cobijó entre sus manos como en un nido y estuvo besándolo suavemente en la cabeza.

Al día siguiente, muy temprano, nos despertaron el repique de las campanas y el prolongado ulular de las sirenas. Poco rato después empezó el tiroteo. Y cuando nos asomamos a las ventanas, el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos nos sobrecogió. Había comenzado la matanza. Los bomberos lanzaban con sus mangueras potentes chorros de agua que caían en parábola sobre los tejados de las casas o iban a estrellarse contra las cornisas y balcones donde podían hallarse los búhos. Desde las azoteas, torres y lugares elevados, cientos de tiradores disparaban sus escopetas. Las aves, espantadas, revoloteaba alocadamente y tropezaban unas con otras como ciegas, sin saber hacia dónde dirigir el vuelo. Sus chillidos agudos y desesperados se confundía con el tañido de las campanas, el lúgubre sonar de las sirenas, el incesante tableteo de los disparos y el vocerío de los hombres enardecidos con la tarea. A mí se me hizo un nudo en la garganta y mi madre no pudo reprimir unos sollozos.

—¡Bestias!...¡Bestias!... —repetía tapándose los ojos con las manos. Y me empujaba para que me apartase de la ventana y no viera aquello.

Durante toda la mañana continuaron oyéndose los disparos, pero cada vez más espaciados. Hacia el medio día, el silencio de las campanas y de las sirenas nos indicó que la desigual batalla había terminado. Los bomberos regresaron a su cuartel y los escopeteros enfundaron sus armas. Pero, en las calles, muchos niños como yo buscaban supervivientes heridos por debajo de los vehículos estacionados y los iban rematando a golpes, mientras los barrenderos apilaban los cadáveres para echarlos con palas en los camiones.

Solo cuando la cruenta operación llegó a su fin, la ciudad recuperó su calma. Cientos de búhos lograron salvarse y, para alejarse de los hombres, volaron durante días y días hasta encontrar nuevos bosques donde seguir viviendo.

Han transcurrido ya muchos años y no sé si todo esto llegó a ocurrir, o solo existe en el rincón de mi mente donde mis recuerdos se mezclan con mis fantasías. Pero es lo mismo: pienso que bien pudo haber ocurrido.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

EL PIANO

Siempre lo llamábamos “el piano de la abuela”. No decíamos simplemente “el piano”, sino que añadíamos aquellas tres palabras, “de la abuela”, como si quisiéramos distinguirlo con ellas de todos los demás pianos del mundo. Y aunque hacía ya muchos años que la abuela había muerto, seguíamos llamándolo así, de modo que parecía que ella continuaba viva entre nosotros, unido su recuerdo a aquel vetusto armatoste de maderas renegridas por el tiempo.

Tenía dos pequeños candelabros de bronce, uno a cada lado del atril para las partituras, pero nunca había ninguna vela en ellos. Muchas veces yo le pedí a mi madre que las pusiera y las encendiera, y ella no quiso nunca acceder a mis deseos. Decía que ya la abuela tenía la costumbre de ponerlas y dejarlas encendidas cuando llegaba la Noche de los Difuntos, además de varias mariposas de aceite, una por cada muerto de la familia, y que todo aquello le daba mucho miedo a ella, a mi madre, cada vez que veía desde el pasillo o desde su habitación el tembloroso resplandor de aquellas luminarias en la oscuridad del salón. Desde entonces, aquel capricho mío insatisfecho había permanecido siempre soterrado en mi memoria. Por eso precisamente, la última noche que el piano iba a estar en mi casa, porque ya a la mañana siguiente habrían de venir unos hombres para llevárselo y dejarlo abandonado en algún vertedero de basuras, me decidí a colocar en sus candelabros las dos velas rojas torneadas en forma de tirabuzón que habían servido para adornar nuestra mesa en la cena de Navidad, y las encendí con una extraña emoción. Era el tardío desquite del niño que fui. Sentado en una butaca me quedé un largo rato allí, frente al piano, fumando a la débil luz de aquellas velas. Y en el silencio de la noche, que solo turbaba de vez en cuando el ruido de algún coche que pasaba por la calle, me parecía oír, como en un sueño, la barcarola de “Los cuentos de Hoffman” que la abuela solía tocar.

La abuela era en verdad mi bisabuela Bárbara. En una pared de mi casa había un retrato suyo de cuando era muy joven. Estaba sentada en un canapé con un vaporoso vestido blanco que le llegaba hasta los pies; una mano con un ramillete de violetas la descansaba en el halda y con la otra parecía sostenerse la cara con el dedo índice en la mejilla y los otros cuatro curvados bajo el mentón; inclinaba la cabeza hacia un lado en una actitud como de indolencia, y sobre el pecho se le derramaba una gruesa trenza tan endrina que contrastaba fuertemente con la blancura del vestido y la palidez nacarada de su rostro. Confieso que a mí me impresionaba aquel retrato: intuía que había algo fantasmal en él, pero me sentía como enamorado de aquella pálida muchachita que muchos años después de que le hicieran aquel retrato llegaría a convertirse en mi bisabuela.

Yo tenía ya seis años cuando ella vino a vivir con nosotros, y recuerdo que mi padre se opuso al principio a que se trajese el piano. Decía, no sin razón, que nuestro salón resultaba muy pequeño para meter allí aquel trasto. Pero la abuela se echó a llorar amargamente y amenazó con irse a una residencia de ancianos, y entonces mi padre no tuvo más remedio que aceptar. Ahora comprendo bien que no quisiera separarse de su piano: era lo único verdaderamente suyo que le quedaba, aparte de un viejo cofre lleno de ropas y abalorios en el que mis hermanas solían hurgar cuando llegaba el carnaval y siempre encontraban algo que ponerse para disfrazarse. Yo hubiera hecho lo mismo que la abuela, pues soy bastante fetichista y amo a los objetos que me han acompañado siempre o que de algún modo me ayudan a revivir el tiempo pasado: todavía conservo, como un talismán, una diminuta peonza de madera con la que jugaba en el suelo de mi cuarto muchas tardes de lluvia en las que no me dejaban salir a ninguna parte.

El piano lo tenía la abuela desde el día en que cumplió los once años. Se lo había regalado con ese motivo su padre, mi tatarabuelo, un irlandés que se dedicaba al negocio de importar caballos y que murió ahogado en un naufragio ocurrido en el mar Negro. Según contaba ella, la primera vez que aquel hombre rudo y aventurero la oyó tocar unas escalas de su cuaderno de aprendizaje, le rodaron por las mejillas unas lágrimas que se le quedaron como gotas de rocío en el mostacho. Y cada vez que regresaba de sus largos viajes, una de las primeras cosas que hacía al llegar a casa era sentarse en una butaca cerca del piano a fumarse una pipa mientras escuchaba cómo tocaba ella, y no permitía que nadie interrumpiese por ningún motivo aquellos entrañables conciertos.

Cuando lo trajeron a casa, el piano conservaba todavía su marca de fábrica, EMERSON, impresa en la madera de la tapa con grandes letras góticas doradas, solemnes y pomposas como obispos, aunque ya un tanto desvaídas por el tiempo. Pero lo que más me atraía era el teclado, aquella especie de escalera tendida de marfil amarillento con barras negras que emergían de trecho en trecho. Muchas veces yo me dedicaba a deslizar velozmente los dedos de una mano por todo el teclado para producir ráfagas de sonidos, o bien intentaba tocar con uno solo alguna de las cancioncillas infantiles que conocía. Fue precisamente la abuela quien me enseñó a tocar “La chocolatera” a dúo con ella. Yo solo tenía que hacer el acompañamiento, a base de ir pulsando repetidamente tres únicas teclas, mientras que ella iba por su lado con la melodía. Aquello me resultaba divertido. Al principio me hacía un lío y perdía el compás. Entonces teníamos que empezar de nuevo, y así muchas veces hasta que ya lograba hacerlo bien siempre sin equivocarme. Luego quiso la abuela que lo hiciéramos a la inversa, o sea, encargándome yo de la melodía y ella del acompañamiento. Esto me costó mucho más; pero cuando al fin conseguí hacerlo con soltura, empecé a comprender el inefable placer que

se siente al tocar el piano, y decidí que cuando me hiciera mayor sería pianista. Desgraciadamente, nunca llegué a pasar de ahí: al poco tiempo murió la abuela y ya nadie se preocupó de que yo estudiara música.

El piano se hallaba colocado en uno de los lados del salón, casi pegado a otro mueble porque no había mucho espacio disponible. Y, como los dos eran bastante altos para mi estatura de entonces, yo solía esconderme en el hueco que dejaban entre ellos, mientras la abuela y mi madre hacían como que me buscaban por toda la casa sin encontrarme. Fue así como descubrí una tarde la placa de metal que el piano tenía en un costado con la inscripción “EMERSON. BOSTON. 1865”. Por entonces yo no podía entender lo que aquello significaba, pero más tarde, cuando llegué a saber que Boston era un lugar de América y que 1865 era una fecha de muchísimo antes de que yo naciera e incluso de que hubieran nacido mis padres, el piano adquirió para mí una presencia distinta y maravillosa porque lo veía como algo que procedía de una realidad muy lejana y diferente de la que la que yo conocía. A partir de entonces, lo contemplaba, lo acariciaba y hasta lo olía, con una curiosidad y un asombro como no volví a experimentar igualmente por nada hasta que, muchos años después, estando ya en la Universidad, tuve por primera vez en la mano un hacha de piedra del Paleolítico. Y lo mismo que en esta ocasión busqué absurdamente en la tosca superficie de aquella piedra las huellas invisibles de las manos que la apretaron treinta mil años antes, así trataba yo de percibir a través del piano, de sus formas, de la pátina de sus teclas, del dorado envejecido de sus candelabros y hasta de su extraño olor a ranciedad, unas sensaciones que me trasladasen a otra época muy anterior a la que yo vivía, a la de aquella doncella del cuadro que me obsesionaba aunque sabía que era mi bisabuela. Todo eso me acostumbró a pensar en las personas que cuando yo no estaba todavía en el mundo ni estaban tampoco mis padres, pudieron oír su sonido martilleante y la resonancia de sus notas graves vibrando en los cristales de las ventanas. Con la imaginación veía a mi bisabuela Bárbara sentada en el taburete con su vestido blanco y su trenza negrísima sobre el pecho, mientras tocaba valeses y nocturnos de Chopin ante un grupo de damiselas como ella y jóvenes caballeros con los cuellos de las camisas muy tiesos y anchas corbatas de lazo, tal como aparecían en las revistas antiguas que conservaba mi madre; escuchaba igualmente las palabras sueltas y conversaciones susurradas que flotaban en las ondas del aire, como aquella música, hasta que se perdían luego en el misterio de lo desconocido; sorprendía las miradas significativas y cómplices que se cruzaban al conjuro de aquellas melodías románticas y sentimentales; descubría las risas, los suspiros y las lágrimas que brotaban a su alrededor. Todo eso lo vivía en mí, en algún extraño rincón de mi memoria, como si realmente, por una especie de transmutación, yo mismo me convirtiera en uno de los que estaban allí presentes, en aquellas veladas, oyendo tocar a la abuela.

La abuela había pedido que nunca se vendiera el piano cuando ella muriese. Deseaba que lo dejáramos envejecer dentro de la familia, como ella, hasta que se cayera a pedazos. “Este piano ha de ser para ti”, me dijo una tarde cuando ya se encontraba muy enferma y presentía que la muerte se le aproximaba, “tú aprenderás a tocarlo como yo”. ¡Qué lejos estaba la pobre de imaginarse que lo único que yo llegaría a tocar iba a ser aquello de “La chocolatera” que ella me enseñó!

Y el piano nunca se vendió, ni siquiera cuando al acabar la guerra del 36 mi familia atravesó una época de penurias que se hubieran podido aliviar en algo con su venta. Tampoco yo me atreví a venderlo cuando murieron mis padres y lo heredé, a pesar de ya nos estaba estorbando y nunca lo tocaba nadie. ¿Cómo iba a ser yo, el predilecto de la abuela precisamente, quien se deshiciera del piano que ya llevaba cuatro generaciones en la familia? Sin embargo, tuve que hacerlo. Ocurrió que a uno de mis hijos se le había metido en la cabeza la idea de aprender a tocarlo, y a mí no me pareció mal. Pensé que el espíritu de la abuela seguía entre nosotros, empeñado todavía en que alguno de sus descendientes aprovechara su viejo piano. Así que hice venir a un experto para que pusiese a punto sus cuerdas destempladas y todo lo demás que fuera preciso.

—No hay nada que hacer aquí —dijo aquel hombre después de examinarlo todo—, no es posible ningún tipo de arreglo: tiene toda la maquinaria oxidada, echada a perder por los muchos años sin usarse y por la humedad de esta casa, tan cerca del mar. Además, las maderas están casi podridas y agujereadas por la carcoma. ¡Lo único que cabe hacer con él es que se lo lleven los basureros!

Tuve que hacer un esfuerzo para aceptar aquella triste realidad. Me pareció que de pronto desaparecía mucho de lo que me unía a mis raíces y a mi niñez. Hasta entonces no me había dado cuenta de todo lo que significaba el piano y de lo importante que era en la historia de mi familia. Y no tuve valor para llamar a los recogedores de muebles y trastos inservibles: fue mi mujer quien lo hizo.

Era uno de los primeros días del otoño y soplaba un viento frío y húmedo cuando salí al balcón a ver cómo se alejaba la camioneta en la que lo habían cargado. Lo llevaban tumbado hacia atrás, como un caballo muerto. No pude evitar la congoja al verlo así y, como un adiós para siempre, me puse a tararear entrecortadamente la barcarola de “Los cuentos de Hoffman”.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

BYRONIANA

Cuando descubrí aquel libro medio oculto entre otros de mayor tamaño en el último estante de mi librería, no esperaba que me iba a encontrar en él todo lo que luego me encontré. Era tan solo un pequeño ejemplar de bolsillo, encuadernado en piel de color vino tinto: el LORD BYRON de André Maurois. Por alguna razón que yo ignoraba, fue a parar a aquel lugar de la estantería, tan difícil de ver desde abajo, y allí había permanecido durante años sin que nadie de la casa reparase nunca en él. Yo no recordaba haberlo leído, ni cuándo lo compré, así que supuse que alguien me lo prestó y me olvidé de devolvérselo. Al hojearlo para que soltara el polvo acumulado, observé que en la contraportada aparecía escrito a mano un nombre de mujer, Julia Guzmán, y debajo una fecha, 1948. Esto disipó mis dudas, pero desgraciadamente ya no se lo podría devolver a su dueña, porque hacía ya muchos años que Julia Guzmán había muerto. Lo único que podía hacer era leerlo, para corresponder al menos con eso, aunque muy tardíamente, al favor que aquella mujer me hizo cuando me lo prestó.

Las hojas estaban ya bastante ajadas por la humedad de más de cuarenta años, y algunas conservaban todavía manchones secos de chocolate y de grasa, señales evidentes de que alguien, posiblemente la propia Julia, las había manoseado con los dedos pringosos. Pero lo que más me sorprendió fueron las anotaciones escritas a mano que aparecían de vez en cuando en los márgenes del texto y en los espacios en blanco que quedaban al final de cada capítulo, todas con la misma letra que el nombre de la contraportada. Por eso y por lo que decían, no tuve dudas de que habían sido escritas por la propia Julia. En muchos casos la tinta estaba ya tan desvaída y la escritura presentaba tantas tachaduras y borrones que a veces resultaba difícil entender algunos de los párrafos al completo. Y solo a base de intuición pude ir rellenando con mis propias palabras las lagunas de los ilegibles. Así, con el pensamiento puesto en la extraña vida de aquella mujer y en su trágico final, me fui asomando con expectación y asombro, desde la distancia del tiempo transcurrido, al complejo paisaje de su alma.

¡Byron! –se leía en la primera anotación que me encontré–. Un personaje que me cautiva, capaz de las mayores bondades y de las más bajas acciones, naturaleza donde se patentiza el misterio insondable del alma humana, que no es monótona y rítmica como el péndulo de un reloj, sino trágica y desconcertante como una duda.

Julia Guzmán empezaba confesando así la admiración que sentía hacia el poeta inglés, pero a la vez ponía de manifiesto una contradicción que también era propia de ella: la capacidad de actuar unas veces con bondad y otras con maldad.

La cuestión estaba en adivinar cuál fue su propio código de conducta: ¿Una ética natural, espontánea, sin más normas que las que ella misma establecía para sí en cada ocasión? –me pregunté– ¿O tal vez una aceptación de los hechos como inevitables? A esta última pregunta parecía responder ella misma:

Solo puede arrepentirse del pasado aquel que, mirando hacia atrás, cree que las cosas sucedieron por torpeza suya; pero no quien recuerda que en todo momento tuvo la convicción de que cada paso que dio, estaba marcado por leyes inalterables. Este puede sentir rebeldía, pero no pesar.

En la fecha que aparecía en la contraportada del libro bajo su nombre, todavía yo no conocía personalmente a Julia Guzmán. Había oído hablar de ella, esto sí, como escritora en ciernes que escribía poemas y pequeños relatos verdaderamente estremecedores. Pero nunca se me hubiera podido pasar por la mente la idea de que, al cabo de treinta y tantos años, un libro de su propiedad acabaría estando refugiado entre los míos como un polluelo extraviado en un bosque.

Nuestro primer encuentro debió de producirse alrededor de 1963 en alguna de las tertulias literarias de café a las que yo solía asistir por entonces. Era ciertamente una mujer de una turbadora belleza, con una insinuante sensualidad que contribuía a crearle una leyenda de erotismo vicioso que en verdad no tuvo justificación hasta mucho después, cuando ya se hallaba en plena pendiente cuesta abajo del hastío y la desesperanza que la llevarían a su lamentable final. Tenía una cabeza altiva y poderosa, con el pelo emblanquecido prematuramente y revuelto siempre como un mar encrespado, que a mí me recordaba a la del Apolo de Belvedere, pero con un aire más dionisiaco que apolíneo, de ménade furiosa o de bacante ebria. Y vestía siempre de un modo estrafalario, sin ninguna concesión a la moda o a la elegancia femenina.

Conforme yo avanzaba en la lectura de la biografía de Byron y de aquellas anotaciones, más se afirmaba en mi pensamiento la sospecha de que, salvando obviamente las distancias y los avatares de la vida de cada uno, era mucho lo que unía a ambos como si, por una rara transmigración de almas, la de aquel personaje del siglo XIX se hubiera reencarnado en esta desconcertante mujer al cabo de cien años. Y no es que yo creyera ciegamente que tal cosa pudiera haber ocurrido, ni mucho menos, pero confieso que me resistía a disociar las dos personalidades. Ella misma debió de entenderlo así cuando anotó:

¿Yo como Byron?... ¿Byron como yo?... Los dos como aquel primer hombre, germen de la razón, que al posar su mirada en el mar agitado siente en su alma el aguijón del descontento por no poder apresar con todo su ser la lejanía. Es verdad que Byron no parecía darse cuenta de que también él pertenecía al universo que tanto odiaba y que, como él, era cínico, egoísta y hasta malvado a veces. Yo

también. Sin embargo, tanto él como yo, tenemos sobre los demás la superioridad de rebelarnos contra nuestra propia naturaleza. Pero, aunque nos obstinemos en esa rebeldía sin límite, nos queda la terrible certeza de que habremos de sucumbir a ser un día no lejano un cráneo de marfil ¡y ni siquiera pulido!

Todos los que la conocíamos estábamos de acuerdo en que Julia era una mujer fuera de lo común, extravagante y compleja. Claro que, en aquellos años, su extravagancia consistía no tanto en su forma de vestir como en no comportarse de acuerdo con las rígidas normas sociales de la época. Y esto era precisamente lo que más admirábamos en ella. Pero, también por eso quizás, se decían de ella las cosas que se decían: que si estaba medio loca, que no era más que una frustrada y una resentida, que frecuentaba las tabernas en compañía de tipos raros, marginados, extranjeros, etc., y sobre todo, que se iba a la cama con cualquiera. La gente de una pequeña ciudad provinciana, ya se sabe, es muy dada a exagerar cuando se trata de murmurar maliciosamente de alguien que se comporta de un modo diferente a los demás.

Cierto día, Julia nos apostó a que sería capaz de meterse a media noche en la gran fuente de la plaza principal completamente desnuda. Pero ninguno aceptamos la apuesta, pues estábamos seguros de que nos la habría ganado. “¡Esto es para mí una afirmación de mí misma, y lo haré cualquier noche que me encuentre sola!”, nos advirtió. Y así lo hizo. Otro día se paseó montada en un caballo por toda la ciudad, cubierta sólo por una larga túnica blanca, como una nueva Lady Godiva. ¡Estaba realmente espléndida!

A veces algo tan bruto y material como el amor carnal. sirve para explicar la duda sobre nuestra existencia al darnos la sensación de nosotros mismos.

¡La sensación!... ¿Era eso lo que la animaba, lo que la convertía en una persona intensamente vitalista y ávida de toda clase de experiencias, sin preocuparse de que fueran moralmente lícitas o ilícitas, aceptables o no por la sociedad en cuyo seno vivía? Como había escrito Lord Byron, “El gran objeto de la vida es la sensación, sentir que existimos, incluso en el dolor”. Esto lo conocía ella, seguramente, y lo llevaba a la práctica sin importarle ninguna otra consideración.

Así era Julia Guzmán. De todas formas, tanto aquella perversa y provocativa rebeldía suya como su melancólico fatalismo, constituyeron siempre para mí un misterio que no llegaba a comprender, pues intuía que bajo su apariencia de amazona salvaje se ocultaba un no sé qué de honda soledad y pesadumbre que algunas veces le asomaba a los ojos y la traicionaba.

Hizo falta que alguien me pusiera un día en antecedente de algunos episodios importantes de su infancia y de su juventud para que al fin entendiera algo

de por qué se mostraba a la vez tan agresiva y resignada. Pero nunca me atrevía a preguntarle nada al respecto. Si lo hubiera hecho, quizá me hubiera respondido con algo parecido a lo que dejó escrito en otro lugar de aquel libro:

Mi espíritu es como un manantial de donde brotan los sentimientos tan puros que hasta la maldad surge así, ya que cuando fui mala lo fui con pureza, pues no había premeditación.

Según lo que me contaron, cuando ella tenía solo diez años subía todas las semanas, acompañando a su madre, la larga y empinada cuesta pedregosa que iba desde la ciudad hasta la cárcel, para llevar comidas, ropas y tabaco a su padre que estaba allí preso por motivos políticos. Uno de los días, la madre se desvaneció a mitad de la cuesta, y ella tuvo que permanecer casi una hora llorando y gritando junto a su cuerpo caído en el suelo, sin poder hacer ninguna otra cosa, hasta que aparecieron por allí unos hombres que la ayudaron. Pocos días después, la madre murió en el hospital y Julia quedó al cuidado de unos parientes hasta que el padre salió de la cárcel. Pero durante todo ese tiempo continuó ella haciendo sola, a pesar de su corta edad, aquel penoso recorrido semanal cargada con una pesada cesta.

Más tarde, cuando contaba ya diecinueve años, tuvo una frustración amorosa y a partir de entonces decidió no volver a enamorarse jamás. “Yo soy mujer de un solo amor –decía– y los hombres ya no me interesan más que como aventuras de una sola noche”.

En las muchas ocasiones que hablé con ella, siempre me llamaron la atención su ingenio y su agudeza. Solía decir cosas sorprendentes.

Morir no es una tragedia, vivir lo es. Dios es injusto cuando permite que se alargue la vida de quien sufre. Si de mí dependiese, convertiría el mundo en un campo de cadáveres felices. Y no me importaría matar a alguien, si con ello le liberaba de la atrocidad de sus sufrimientos

Quizás en estas tremendas palabras tuyas se hallaba la clave de su propia muerte. Cuando las leí me parecieron como una premonición. Lo extraño era que las había escrito treinta años antes de su trágico final.

A veces resultaba tan arcana e indefinida, que uno no llegaba a aclararse sobre cuál sería la verdad de su pensamiento.

–¿Pero tú crees realmente en algo? –le pregunté un día.

Sí –me contestó sin vacilar–: en que no hay nada verdadero. Todo es falso: el cielo que vemos, la amistad, el amor, el saber, la divinidad, la justicia de los hombres, incluso la libertad... ¡Todo no es más que apariencia, humo y sueño que cada uno le da la forma que más le conviene!.

Sin embargo, en otra de las anotaciones decía:

¿Por qué obstinarse en pensar que no existe la verdad? La verdad es la vida y la muerte, la alegría y el dolor, el amor y el odio, la montaña y el valle, el mar y el desierto. La verdad es hasta dos sentimientos contradictorios si son sentidos sinceramente. Solo no cree en ella quien expresa lo que no siente.

Una vez más la contradicción. la falta de seguridad, la duda que antes había calificado como “trágica”. ¿Cuál era, pues, la lógica de todo aquel absurdo que anidaba en su espíritu como un monstruo indefinible?

En realidad, muchas de aquellas cosas que Julia Guzmán escribió, eran reflexiones o ideas que quizás no se atrevía a compartir con nadie y las fue escondiendo entre las páginas de aquel libro como si fueran pétalos de flores o alas de mariposas malditas.

Byron tenía una incontinencia en hablar de sus propios asuntos. ¿Por qué hay seres así?... Y luego, ¿por qué se lamentan?...

Lo que yo no acababa de entender era por qué razón Julia Guzmán me había dejado aquel libro a mí, si podía suponerse que yo acabaría leyendo todo lo que anotó en él. ¿Qué extraño impudor no le impidió desvelarme así las interioridades de su espíritu? ¿Acaso pretendía que yo leyese todo aquello, esperando de mí algún tipo de respuesta que le sirviese de ayuda en sus tormentos y preocupaciones? Y sobre todo, ¿por qué nunca me reclamó aquel testimonio tan comprometedor en el que había ido dejando sus solitarias confidencias? ¿Simple vanidad de escritora que empieza? ¿Afán de protagonismo? ¡Nunca llegaré a tener la respuesta a todas estas interrogantes!

Lo que sí que me parecía evidente, aunque esto ya lo sabía desde que la conocí, era que Julia estaba siempre muy necesitada de comunicación, tal vez para poder escapar de sí misma y no enfrentarse a solas con sus propios demonios. Sin embargo, apenas concedía su amistad a nadie y frecuentemente adoptaba una actitud huraña o despreciativa hacia los demás, sobre todo con las personas que por algún motivo no eran de su pleno agrado. En esto era también igual que Byron. Pero conmigo, y no sé por qué especial motivo, aunque por supuesto no se trataba de ningún tipo de amor, su comportamiento era diferente.

En cierta ocasión le pregunté que con cuantos amigos contaba.

—Con ninguno —respondió.

—¿Es que no amas de verdad a nadie?— insistí.

—¡Ah, el amor!... —dijo con una cierta amargura. —¡El amor es algo muy relativo, y tan efímero como un simple orgasmo!

La última vez que vi a Julia Guzmán fue poco antes de su muerte. Se hallaba en una sala de fiestas de dudosa reputación a la que acudí una noche con unos amigos, llevado más por la curiosidad de conocer aquel antro oscuro y ruidoso que por las ganas de divertirme allí.

Solo las luces de colores que se encendían y apagaban intermitentemente, rompían la penumbra del interior, más espesa aún por el humo de los cigarros, a través del cual apenas se podía vislumbrar a las personas que se movían como sombras por allí o danzaban en una reducida pista a los sonos de un “blues” lánguido y sensual. En un momento en que las luces se tornaron amarillentas y se pudo ver mejor, distinguí la alta figura de Julia entre las diez o doce parejas que se apretujaban en la pista. Bailaba estrechamente abrazada a un tipo zafio, barbudo, robusto y más bajo que ella, que conservaba puesta su gorra de marino. Confieso que me disgustó verla en los brazos de aquella especie de gorila humano. Su laxitud y abandono, con la cara pegada a la del hombre y las manos acariciándole el cuello y la nuca, me producían una cierta pena sin que yo supiera exactamente por qué, si al fin y al cabo ella no era nada mío. Tal vez fuera por una simple cuestión de estética. El caso es que agradecí que la luz volviera a cambiar al color azul porque ya solo podía ver a la pareja como siluetas imprecisas que se confundían con las demás. Más tarde, cuando al cabo de una media hora salíamos de allí, todavía la pude ver una vez más, ahora moviéndose tambaleante por entre las mesas con un vaso en la mano, tropezando con todo y riéndose alocadamente.

Dos meses después de aquella noche, me enteré de que Julia Guzmán se había arrojado al mar desde lo alto de un acantilado. ¡Solo Dios sabe qué liberación o qué paz buscaba con aquel terrible salto!

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

EL ASCENSOR

El ascensor se para precisamente en la mitad del largo tramo sin puertas que existe entre la planta baja y la tercera. Un par de segundos antes de quedar suspendido en el vacío, se oyeron por arriba, en el mecanismo, unos ruidos extraños, como de engranajes que se agarrotan y saltan o de cables que se atrancan en la polea. Dentro de aquella caja gris de apenas un metro cuadrado de superficie me encuentro yo.

Con toda la calma que se requiere en esas ocasiones, pulso el botón de Alarma para avisar al portero del inmueble. No recordaba haberlo visto en el portal, pero pensé que estaría en alguna parte. Y si no, algún vecino oiría mi llamada de socorro. Es la primera vez que me ocurre este percance y confío en que no tenga mayores consecuencias.

Iba al piso de Paula a pasar un par de horas con ella y no quiero preocuparme por la posibilidad de que los vecinos se enteren de que soy yo quien se halla atrapado en el ascensor. ¡Menudo escándalo se organizaría! Así que rápidamente decido que si el portero o alguien me pregunta a gritos que quién soy, diré un nombre falso y que me equivoqué de portal.

18:00 horas

Aparece el portero. El hombre intenta durante un buen rato que funcione el mecanismo de emergencia, pero solo consigue que la cabina descienda medio metro. “Debe de ser cosa del eje del motor –opina–. Habrá que llamar al mecánico del mantenimiento. ¡Lo malo es que es sábado y, a estas horas, sabe Dios dónde estará metido! ¡Igual se ha ido a pescar!...”

Algunos vecinos han ido saliendo a los rellanos de la escalera. Todos quieren saber a qué piso me dirigía y si necesito que avisen a alguien de que me encuentro allí.

Muchas gracias – les digo – ¡Lo único que necesito es que encuentren como sea a ese mecánico!

18:30 horas

Estoy sentado en el suelo de la cabina fumándome el cuarto cigarro. Afortunadamente la cabina es metálica y sin puerta propia, por lo que se encuentra bien aireada y el humo puede escapar por el pequeño espacio que la separa de la pared del hueco. No tendré ningún problema de ventilación, pero no puedo evitar la angustiosa sensación de hallarme en el interior de un pozo estrecho y profundo.

Me vienen a la mente imágenes atormentadoras de seres encerrados en algún sitio: un ratón en una ratonera, un preso en una oscura celda de castigo excavada en la roca en una lejana isla, un astronauta en una pequeña cápsula irremediablemente perdida en el espacio infinito del cielo, un muerto que de pronto recobra la vida dentro del ataúd recién enterrado... Y deseo ardientemente un espacio abierto donde poder extender la mirada y moverme en todas las direcciones. Cuando se deja de tener algo, se siente con más ansiedad la necesidad de tenerlo. Esto es lo que me pasa: que el encierro me hace desear más que nunca la libertad.

19:00 horas

Se me estaban entumeciendo las piernas por falta de movimiento, y he tenido que ponerme a dar pequeñas vueltas, pasito a pasito, arrimándome a las paredes de la cabina.

Pienso en mi mujer. Le dije que iba a visitar a un paciente y que volvería antes de las ocho para llevarla al cine o a cualquier otro sitio, como todos los sábados. También pienso en Paula. La conocí una tarde en mi consulta. Luego nos encontramos por casualidad en una exposición de pinturas. Y ahí empezó todo. Era la primera vez que iba a subir a su casa. ¡Seguramente ya habrá supuesto que soy yo el que está aquí!

¿Pero cuándo va a llegar el maldito mecánico?

19:30 horas

Ya estoy harto de permanecer aquí encerrado. No oigo a nadie por la escalera. Los vecinos se han debido de meter en sus casas y el portero estará por ahí buscando al mecánico. De lejos me llega el sonido de un programa de televisión, pero hay demasiado silencio a mi alrededor. Y esto me preocupa, pues me siento solo y abandonado. ¡Me vendría bien que alguien me hablase desde fuera!

Vuelvo a sentarme en el suelo con la espalda apoyada en la pared, pero no puedo estirar del todo las piernas, las tengo demasiado largas para este espacio tan reducido.

20:15 horas

Empiezo a experimentar los primeros síntomas de la claustrofobia. “Es solo una sensación con alguna implicación de procesos neurótico – recuerdo haber leído en un texto de Psicología terapéutica–, pero puede ser compensada con una actividad mental que la inhiba”. Quiero evitarla y decido ocupar mi atención en

algo que me entretenga. Miro la pequeña placa de metal que hay en una de las paredes de la cabina: “ASCENSORES HASTING. 4 personas. Máximo 300 kg.”. Y me pongo a contar las veces que se repite cada letra: “Siete la ese, cuatro la a, la e y la o, tres la ene, dos la erre, la i, la ge y la pe, y una sola la equis, la ka, la ce, la hache y la te. Después repaso el cuadro de botones: Bajo, Tercero, Cuarto, Quinto, Sexto y Alarma. No hay ni Primero ni Segundo. Esos dos pisos son de locales comerciales y oficinas. “¿A quién se le ocurriría tapiar sus dos puertas?”

Voy repasando lo que tendré que hacer el lunes. ¿Primer día de la semana? ¡Malo! Por la mañana, el ambulatorio con lo de siempre: doctor, me duele aquí, doctor, recéteme algo para los nervios... ¿Esto es grave, doctor?... Exámenes y diagnósticos rápidos, recetas breves y limitadas... ¡Son tantos los enfermos!... Todos llegan asustados, empequeñecidos, humildes. Gimen, se quejan, suplican con las miradas, se entregan. La enfermera dice que soy un insensible. ¡Deformación profesional! ¡La prisa! ¡Que pase el siguiente! Luego, por la tarde, la consulta en casa. Otra gente. Seis mil pesetas la visita. Obligación de ser muy amable y sonreír siempre. Análisis, radioscopia, electrocardiograma, diagnósticos mucho más cuidadosos.

20:45 horas

Tengo ganas de orinar. ¡Lo que me faltaba! ¿Y ahora dónde lo hago? ¿En el suelo? No me podría sentar luego. ¿Contra la pared? Lo pondría todo perdido y acabaría encharcando el suelo. Me aguantaré todo el tiempo que pueda.

21:00 horas

Oigo al portero que me llama desde abajo.

—¡Oiga, señor! No hay quien encuentre al mecánico. Me temo que va usted a tener que quedarse ahí hasta mañana! Pero no se preocupe, que le bajaremos por el hueco una bolsa con algo de comida y agua. Hay una trampilla en el techo por donde la podrá usted coger. Y déjela abierta para que le entre más aire. Si pasa frío le bajaremos también una manta.

¡Vaya esperanzas que me da! Se lo digo al hombre y oigo que se ríe. Naturalmente, yo no puedo hacer lo mismo.

Mi mujer estará ya inquieta por mi tardanza. ¿Pero cómo le aviso de lo que me ocurre? Querrá saber a quién vine a ver, me hará preguntas, me contradeciré como otras veces. ¿Y si hiciera venir a un amigo? Claro que, para eso, tendría que decirle al portero mi verdadero nombre. ¡Qué problema, Dios mío!

21:15 horas

He tenido que orinar contra la pared del hueco.

Me están doliendo la cabeza y las piernas. Enciendo el octavo cigarro, pero la primera chupada me produce náuseas y lo tengo que apagar enseguida aplastándolo con el pie contra el suelo. ¡Tendría que dejar de fumar de una puñetera vez! ¡Pero tantas cosas tendría que dejar de hacer también! ¿Por qué me habré metido en esta aventura con Paula?

21:30 horas

No puedo más. Me duele todo el cuerpo y siento un pellizco en el estómago que me está poniendo cada vez más nervioso. Tengo necesidad de gritar, de correr, de ver algo más que estas cuatro paredes grises. Si continúo mucho tiempo aquí metido, seguro que enloquezco. ¡Esto no hay quien lo aguante!

21:45 horas

Me cuesta conservar el control de mí mismo. Aporreo a puñetazos y patadas las paredes de la cabina y doy grandes voces con la boca casi pegada a la pared del hueco:

¡Porteroooo!... ¡Porterooo!... ¡Porterooo!... ¡Quiero que me saquen de aquí!...

Otra vez han salido los vecinos. Los oigo hablar en la escalera. Dice uno que, si no aparece el mecánico, habrá que llamar a los bomberos para que derriben la tapia de ladrillos que ciega las dos entradas a la cabina en las plantas primera y segunda.

—Pero el ascensor no se ha parado ante ninguna de ellas, sino entre las dos —le contesta el portero.

—Bueno, pero algo habrá que hacer para sacar a ese pobre hombre.

Me molesta oír eso de “pobre hombre” y me entran ganas de protestar y decir quién soy.

22:00 horas

Me hago un ovillo acurrucándome en un rincón, en el suelo, como un animal acorralado.

¿Será verdad que soy un pobre hombre?... En este momento sí, por supuesto. Me castañean los dientes, tengo temblores por todo el cuerpo y una gran presión en la boca del estómago.

Trato de sobreponerme a la claustrofobia que me vuelve y me pongo a cantar en voz alta, pero pensando en los vecinos que me pueden oír, me siento ridículo y me callo. Entonces me pongo a recordar cosas agradables: el viaje que hicimos el verano pasado a Mallorca, la fiesta que me dieron los compañeros del ambulatorio cuando me concedieron el premio “Fleming”, la Noche de Fin de Año en un hotel con todos nuestros amigos... ¡Qué cogerza cogimos!...

22:30 horas

El cansancio me produce sueño y me dejo ir voluntariamente en la dulce somnolencia. Empiezo a sentirme como flotando en el vacío.

De pronto me parece oír unos martillazos que golpean fuertemente en la pared del hueco a la vez que empiezan a caer algunos escombros sobre el techo de la cabina. ¡Los bomberos! —me pongo a gritar— ¡Los bomberos!...¡Los bomberos!... ¡Estoy salvado!...

Noto que alguien me sacude por los hombros y abro los ojos. Me encuentro sentado en un sillón de mi casa. Ante mí veo a Paula.

—¡Te has quedado dormido en el sillón, cariño! —me dice—. ¡Espabilate y vete arreglando, que ya son más de las seis de la tarde y me has prometido que iríamos al cine! ¡Ah!, por cierto: tendremos que bajar andando por la escalera. El portero ha subido para avisarnos a todos los vecinos que el ascensor sigue estropeado y no lo podrán arreglar hasta el lunes.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

LA MECEDORA

Nadie recordaba en la residencia cuándo la trajeron ni para quién. Pero lo cierto era que estaba allí desde hacía bastantes años como una pieza diferente del mobiliario frío y convencional de la sala donde solían reunirse los ancianos a ver la televisión, a jugar a las cartas y al parchís, o simplemente a dejar pasar las horas a la espera de sabe Dios qué.

Era una mecedora con el respaldo y el asiento hechos de fibra vegetal trenzada y endurecida formando agujeros, con los brazos lanzados hacia delante en dos ampulosas curvas que se prolongaban por abajo hasta llegar a unirse con los dos balancines que descansaban sobre el suelo. Debía de tener casi los mismos años, o más, que los propios residentes que la usaban, pues la madera había perdido su barniz, y tanto el respaldo como el asiento estaban ya muy hundidos por los muchos cuerpos que habían soportado. Cada vez que alguien se sentaba en ella, crujía por todas sus partes como si en cualquiera de las oscilaciones se fuera a descuajaringar. El director había dicho varias veces que la retirasen antes de que el día menos pensado le ocurriera un fatal accidente a alguno de los ancianos. Pero había dos de ellos que le pedían siempre por favor que no se la llevasen, que la dejaran allí por lo menos hasta que ellos muriesen: uno era don Joaquín, un antiguo farmacéutico temblón y babeante con más de ochenta años encima; el otro, don Carmelo, un exprofesor de Matemáticas algo más joven, pero sordo y con las piernas casi inútiles, vencidas por el reuma y la gota.

Cada tarde, después de la siesta, aquellos dos hombres se apresuraban para llegar antes que el otro a la sala y ocupar la mecedora. En batas y zapatillas salían de sus habitaciones y corrían por los pasillos como buenamente podían, con la ayuda de sus bastones y arrastrando los pies, en una torpe carrera de más de cincuenta metros que al final los dejaba extenuados por el esfuerzo. El primero en llegar a la mecedora se dejaba caer en ella derrengado y jadeante, con una risa nerviosa que hacía que le tabletease la dentadura postiza con un sonido seco de huesos al chocar, y permanecía allí sentado durante toda la tarde, columpiándose a ratos, hasta que poco a poco se iba quedando dormido. El otro, mientras tanto, se sentaba en una de las butacas de la sala con un gesto compungido de mal genio, y esperaba todo el tiempo que fuera necesario hasta que su rival tuviera que levantarse a orinar, y entonces corría a quitarle el sitio. Así siempre, todos los días del año, intercambiándose los papeles cada vez. Y en más de una ocasión los dos llegaron incluso a orinarse encima por no levantarse de la mecedora.

—¡El que se fue a Sevilla perdió su silla!... —solía decir el usurpador con una risa cascada y maliciosa de triunfo.

—¡Y usted ni es un caballero ni es nada! —respondía el otro.

Para aquellos dos seniles amantes de la mecedora, muy de vuelta ya de la vida, abandonados por sus familiares, y con las facultades físicas y mentales muy deterioradas, eso de sentarse en ella durante las horas plácidas de la tarde hasta que avisaban para la cena, era una de las escasas ambiciones que todavía les quedaban. La mecedora era su última pasión, algo que desear cada día cuando ya casi todos los demás deseos resultaban imposibles de satisfacer. Meciendo en un suave balanceo, ajenos a las conversaciones y juegos de los otros residentes, e incluso a lo que se estuviera viendo en la televisión, ellos se sumergían en una especie de paraíso particular donde se entregaban a la masturbación de los recuerdos para olvidarse de las torturas de la soledad y la desesperanza.

En aquella absurda y cotidiana competición para ser el primero en llegar a la mecedora, ocurrió una tarde que los dos llegaron a la vez. Entonces, se produjo entre ellos un violento forcejeo tratando cada uno de sentarse. Con sus débiles fuerzas se empujaban el uno al otro, se tiraban de la ropa y se daban manotazos como críos en una calle, hasta que los dos cayeron abrazados al suelo. Allí, enzarzados aún en aquella ridícula pelea, continuaron dándose patadas, bofetadas y arañazos entre gritos y lloros rabiosos, hasta que apareció uno de los cuidadores y los separó, obligándoles después a que se sentaran en dos butacas de la sala, lejos el uno del otro. Pero, sin dejar de gimotear y con los rostros enrojecidos por el disgusto, aquellos dos ancianos estuvieron toda la tarde con la mirada fija en la mecedora donde el cuidador había sentado a otro de los residentes.

A los pocos días murió don Joaquín, el exfarmacéutico, quizás por alguna secuela del pugilato sostenido y del berrinche posterior. Él había sido el primero en llegar a la mecedora aquella tarde, pero al rato de sentarse en ella se quedó dormido con la boca abierta y la cabeza doblada sobre un hombro. Y fue precisamente su adversario, el antiguo profesor de Matemáticas, que no había dejado de mirarlo por si se levantaba alguna vez a orinar, como solía ocurrir, quien se dio cuenta de que no respiraba y empezó a dar gritos para avisar a todos. Cuando los enfermeros retiraron el cuerpo sin vida de su rival, él acudió rápidamente a ocupar el sitio ya vacío en la mecedora, sin ninguna piedad ni consternación. “¡Ahora eres solo para mí!”, se le oyó repetir varias veces mientras se mecía y acariciaba con sus manos sarmentosas los brazos curvos del mueble.

Tres meses más tarde, en pleno invierno, la muerte se lo llevó también a él.

Al día siguiente, el director ordenó que se llevaran la mecedora y la convirtieran en leña para el fuego de la chimenea que caldeaba la sala.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

UN CIERTO OLOR A ROSAS

El hombre estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, junto a la entrada principal de EL CORTE INGLÉS. A sus pies tenía dos escudillas de barro, una con monedas y la otra con unas cuantas rosas frescas como recién cortadas. La gente pasaba por delante sin detenerse ni mirarlo. Pero él no se preocupaba de pedir a nadie que le echase algo y permanecía callado siempre, con la mirada como de estar ausente de la realidad. Solo algunas personas, de vez en cuando, dejaban caer una o dos monedas en la escudilla con un gesto de displicencia, como quien deja caer al suelo, un papel inservible o la colilla de un cigarro. Esto tendría ya que bastar para que el hombre les dirigiese al menos una simple palabra de agradecimiento. Pero él continuaba en su extraño silencio, indiferente a todo, incluso a las dos escudillas que tenía delante.

La señora y el niño salían de los Grandes Almacenes y caminaban deprisa. Al pasar junto al hombre, el niño exclamó de pronto: “¡Mamá, huele a rosas!”. Y quiso pararse, pero la madre tiró de él para que siguiera andando sin detenerse. Entonces el hombre habló por fin para llamarla:

—¡Eh, señora!... ¡Tome una rosa!...

—No, muchas gracias.

—Tómela usted, es para el niño —insistió el hombre

La señora y el niño se detuvieron a pocos pasos de él.

—¿Pero por qué, si no le hemos dado nada?

—Solo porque el niño ha olido a rosas, ¡nada más que por eso, señora!...

—¡Claro!... ¿A qué iba a oler?... —dijo la señora algo enojada, al tiempo que empujaba al niño para alejarse de allí.

—¡Es que estas rosas no huelen!...—contestó el hombre casi gritándole.

Una mujer con un ridículo sombrerito negro que había escuchado la breve conversación, intervino sin que nadie se lo pidiese:

—¡Efectivamente! —dijo con aires de suficiencia—. ¡Ninguna de las rosas que ahora se venden tiene olor!

La madre del niño se sintió molesta por la aseveración de aquella mujer y se volvió para salir en defensa de lo que había dicho su hijo.

—¡Pues si mi niño dice que ha olido a rosas, es porque huelen!... ¿Sabe usted?... ¡El no es tonto ni mentiroso!... —dijo acercándose de nuevo al sitio donde estaba el hombre.

—¡A lo mejor son rosas artificiales, de esas de plástico, a las que este hombre les ha echado algún tipo de perfume! —sugirió con ironía la mujer del sombrerito negro, y se agachó para coger una de las rosas y olerla—. ¡Ah, pues no!... ¡Es una rosa natural!... ¡Pero no huele, a pesar de que lo haya dicho el niño!

Un señor que pasaba con un perrillo *fox terrier* se acercó a ver qué ocurría allí. Y lo mismo hicieron una pareja de novios sin dejar de cogerse por la cintura. Y varias personas más. Todos, unos tras otros, fueron cogiendo las rosas, llevándoselas a la nariz para aspirar su olor.

—¡Esta no huele!... —confirmó muy serio el señor del perrito.

—¡Pues ésta tampoco!... —dijeron a dúo los novios.

—¡Ninguna huele!... ¡Ninguna huele!... —fueron coreando los demás con gestos de expertos en olores.

La madre, cogiendo enérgicamente a su niño de la mano, dijo “¡Vámonos ya!”. Y continuaron su camino.

El grupo de curiosos que se había formado en un momento alrededor del hombre, comenzó a disolverse mientras seguían comentando unos con otros que las rosas y otras flores que se venden no huelen ya. “¡Es que ahora nada es como antes!”, se oyó que alguien decía.

El hombre volvió a su extraño silencio y a su mirada ausente, como ajeno a toda la gente que salía de EL CORTE INGLÉS cargada de paquetes.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

SECUENCIA CON SAXOFÓN

Era noche de sábado. La oscuridad había ido cayendo sobre la ciudad mientras una suave llovizna cubría con velos acuosos de tul las farolas ya encendidas de la calle. Los coches circulaban rápidos, con un ruido siseante de ruedas que se deslizan sobre el asfalto muy mojado. Las pocas personas que transitaban con sus paraguas abiertos, lo hacían también aprisa, deseosas de llegar cuanto antes a alguna parte. Tan solo un negro ciego, sentado en su silla plegable de lona bajo uno de los soportales, parecía querer frenar el paso de las horas con la música lenta y amarga de un viejo y abollado saxofón.

El hombre de la gabardina azul había llegado a las ocho y media y ya hacía diez minutos que esperaba junto a la cabina del teléfono público a que esta se desocupase. Pero el que estaba dentro no paraba de hablar y continuaba recostado contra la pared de cristal, con la cara casi metida en el auricular y sin dar ninguna muestra de que iba a terminar pronto: era un muchacho de apenas dieciséis o diecisiete años, con el pelo largo recogido por detrás en forma de cola de caballo y un aro plateado atravesándole el lóbulo de la oreja izquierda.

Por los gestos que hacía el hombre de la gabardina azul, se le notaba que estaba poniéndose cada vez más nervioso. No paraba de golpearse las manos una con otra y mover la cabeza de un lado para otro, al tiempo que chasqueaba la lengua entre los dientes. “¡Sabe Dios con quién estará hablando tanto rato este gilipollas! –pensaba impaciente– ¡Como tarde tres minutos más, entro y lo saco de ahí a empujones!...”

Una mujer con el pelo teñido de rubio aplatinado y cubierta por un ancho impermeable transparente bajo el cual se le veía un corto chaquetón de pieles baratas y una falda cortísima que dejaba al descubierto sus muslos opulentos, se acercó al hombre.

–¿Me estás esperando a mí, guapo?... –le dijo insinuante.

–¡Vete por ahí! –contestó el hombre con brusquedad.

–¡No te enfades, amor, que yo sólo quería agradarte!... La vida está muy mal, ¿sabes?, y una tiene que buscársela como puede.

–¡Que te vayas he dicho!...

La mujer se apartó y se dirigió lentamente, con un cierto aire de cansancio, hasta donde se hallaba el negro del saxofón.

–¡Sam, amigo mío, toca otra vez “Bella sin alma” para mí! –le dijo. Y echó dos monedas de cien pesetas en la caja de madera que el viejo músico tenía delante.

Luego permaneció de pie a su lado, con la espalda apoyada en uno de los pilares del soportal, escuchando la desgarrada melodía que sonaba como una prolongada queja de amor y desaliento.

El hombre miró una vez más su reloj, y el rostro se le crispó con una mueca de fastidio. “¡Las nueve menos cuarto ya!... ¡Ese mequetrefe se va a enterar cuando salga!...” –masculló con rabia a la vez que golpeaba con las manos el cristal de la puerta.

El muchacho se giró y lo miró un instante. Luego, sin decirle nada ni hacer ningún ademán, se metió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó tres nuevas monedas que fue introduciendo con parsimonia en la ranura del teléfono para alargar la duración de su conferencia.

El hombre miró hacia los dos lados de la calle, comprobó que no se acercaba nadie y se abalanzó contra la puerta de la cabina abriéndola de un empujón. Seguidamente, sin dar tiempo al otro para que reaccionase de alguna forma, lo agarró por el cuello con las dos manos y estuvo apretando con fuerza hasta que notó que se desplomaba a sus pies.

En el auricular, que oscilaba en el aire como un péndulo, se oía una voz aguda que gritaba angustiada: “¡Toni!, ¡Toni!... ¿Qué te pasa?... ¡Toni!, ¡Toni!”

El hombre cogió el auricular.

–¡Toni se ha largado!... –dijo secamente. Y cortó la comunicación. Luego se acomodó como pudo con el cuerpo del muchacho hecho un ovillo en el suelo de la cabina, y tecleó el número al que quería llamar. La señal intermitente del teléfono le avisó de que ese número estaba comunicando. Marcó otro y tampoco obtuvo respuesta. Entonces, al darse cuenta de que la prostituta había desaparecido, quizás en busca de socorro, no quiso permanecer más tiempo allí y salió apresuradamente de la cabina, echando a correr como un loco hasta perderse por el fondo de la calle.

Eran ya las nueve de la noche y la llovizna no dejaba de caer. Bajo los soportales, seguía sonando, grave y melancólica, la música del saxofón.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

LAS OTRAS VIDAS DE GILDO

Hermenegildo Gómez, “Gildo” para abreviar, era un hombre solitario y taciturno. Sus compañeros del Banco decían que era así porque había pasado por muchas desventuras. Y no les faltaba la razón. Pero Gildo estaba dotado de una rara facultad: podía soñar cualquier sueño que se propusiera.

El repertorio de viajes y aventuras que Gildo soñaba no tenía límites: lo mismo era cazador de elefantes en Kenia que pasajero en un crucero de lujo por la Polinesia, o astronauta en una cápsula espacial de la NASA. Y todo lo vivía tan intensamente como si lo estuviera viviendo en la realidad. Así, por ejemplo, si durante una noche de crudo invierno soñaba que se hallaba en una playa de Brasil rodeado de negras esculturales en tanga, acababa sudando por todos los poros de su cuerpo y tenía que desembarazarse de las mantas de la cama; y si en otra del más ardiente verano el sueño lo llevaba a esquiar a los Alpes austríacos, entonces tiritaba aterido de frío y se arrebujaba con la sábana que cubría su cuerpo desnudo. De sueño en sueño, recorría el mundo entero como protagonista de las más diversas peripecias: era torero, deportista de élite, actor, marino, escritor, hombre de negocios, músico, director de cine, amante de mujeres famosas... Todas sus frustraciones y deseos insatisfechos tenían un fácil remedio en sus sueños: le bastaba con entornar los ojos y adormilarse un poco para evadirse así de la vida monótona y gris que en realidad llevaba.

Pero Gildo sabía muy bien que aquellas otras vidas no eran más que producto de su fantasía y de sus ansias de vivirlas, realidades ficticias al fin y al cabo que no podía compartir con nadie ni siquiera conseguir que los demás creyeran que realmente las vivía mientras soñaba. Cuando se contemplaba a sí mismo fuera de los sueños, solo veía lo que los demás podían ver también: a un hombre cojo y apocado al que su mujer había abandonado por otro y que trabajaba aburridamente durante siete horas diarias en la mesa más arrinconada de una sucursal bancaria de barrio. Y estas certezas lo deprimían.

Muchas veces, sobre todo cuando se encontraba descorazonado por algún motivo, lo cual le ocurría a menudo, Gildo se ponía a recordar despierto alguna de las otras vidas que había vivido en sueños, y se ausentaba así de la realidad durante un buen rato. Y si, en esos momentos, algún compañero que lo veía ensimismado y quieto con la mirada como perdida en algún punto inconcreto del espacio, se le acercaba a decirle algo así como ¿qué te pasa, Gildo, que pones esa cara de bobalicón?, él respondía con cierto enojo: ¡Nada, nada, no me pasa nada, déjame en paz!... Y continuaba en su estado de trance, ajeno a todo lo que pudiera estar pasando a su alrededor.

Una mañana oscura y lluviosa de otoño, Gildo se fue sintiendo más desconsolado que de costumbre, influido quizás por lo sombrío del ambiente. Con la murria, le dio por filosofar en torno a los infortunios y fracasos que le habían acompañado a lo largo de casi cuarenta años de su vida. Y, dándole vueltas al asunto, llegó a esta enrevesada conclusión: “Las cosas que me suceden, por muy nimias o banales que sean, pueden tener consecuencias importantes y decisivas. Pero si bien es cierto que conozco las que se derivaron de lo que me ocurrió, e incluso de lo que no me llegó a ocurrir, en cambio nunca podré saber cuál hubiera sido la trayectoria de mi vida si aquello que en ciertos momentos me sucedió no hubiera llegado a suceder; o viceversa, si hubiera sucedido todo lo que deseé que sucediera y no sucedió”.

Desde entonces, Gildo empezó a soñar de otra manera. Ya no necesitaba imaginar falsas aventuras, tomadas casi siempre de lo que veía en el cine o en la televisión, sin ninguna vinculación con su propia historia. Simplemente, tomaba como punto de partida un suceso desgraciado o algún fracaso de los muchos que había tenido en su vida, y soñaba con lo que habría podido ser de él si los acontecimientos se hubieran producido de forma contraria a como se produjeron. Un nuevo horizonte onírico se abrió para él. Las desdichas y derrotas sufridas en el pasado dejaban de serlo con sólo dar una breve cabezada sentado en un sillón o, incluso, en uno de los bancos del parque.

Para liberarse de los tormentos que le suponía la consideración de su triste historia, empezó a soñarla como si todo le hubiera pasado al contrario de como su mala fortuna hizo que pasara. Por ejemplo: el camión aquel que un día lo atropelló cuando tenía doce años y le destrozó una pierna, no llegó a atropellarlo porque, un minuto antes de que él cruzara la calle, se entretuvo acariciando a un perro y llegó al sitio del encuentro cuando ya el camión había pasado; el incendio que destruyó la fábrica de muebles de su padre y dejó a la familia en la ruina, por lo que él no pudo ir a la Universidad, no llegó a producirse porque uno de los carpinteros apagó a tiempo la colilla de un cigarro que cayó encendida sobre un montón de virutas y serrín; en aquellas oposiciones a las que se presentó para ingresar en el Cuerpo Pericial de Aduanas, no le salió en el último ejercicio el tema 34 del que tenía muy poca idea y por eso fue eliminado, sino el tema 58 que era precisamente el que mejor se sabía; en cuanto a aquella viuda mayor que él con la que se casó porque ninguna otra mujer le hacía caso, y que a los dos años de la boda se fugó con un domador de leones de un circo, nunca llegó a casarse con ella, solo que se metió en su cama unas cuantas veces y eso fue todo.

De este modo tan particular, engañándose a sí mismo y enmendando en sus sueños los errores y desafueros que el Destino había cometido con él, Gildo se

iba construyendo una especie de paraíso donde se refugiaba cada vez que tenía necesidad de huir de algo que le disgustaba o lo entristecía. No le importaba saber que nada era verdad: era suficiente para él imaginarse que todo hubiera podido ser como lo soñaba. Sólo con eso se sentía un poco más feliz.

Un día, el director de la oficina le reprendió delante de los compañeros por haberse equivocado en el saldo de una cuenta. Y, como vio que todos lo miraban y hacían comentarios en voz baja entre ellos, se sintió más ridículo y empequeñecido que nunca. Luego, cuando salió de la oficina, no se dirigió como siempre a su casa, sino que fue a sentarse cabizbajo y abatido en uno de los bancos de la plaza mayor. Era ya primavera y el cielo estaba limpio y azul; multitud de pájaros lanzaban al aire sus llamadas al amor desde las ramas de los árboles de alrededor; docenas de palomas correteaban por el suelo sin temor a la gente que pasaba; de uno de los edificios llegaba el sonido de un piano en el que alguien, quizás un niño o una niña, tocaba con torpeza una Sonatina de Mozart. Todo invitaba a la vida. Pero Gildo se sentía muy triste y solo quería morir de una vez.

La musiquilla de Mozart devolvió la serenidad a su espíritu. Entonces se echó hacia atrás contra el respaldo del banco y se dedicó a soñar despierto que era músico y alcanzaba la fama interpretando y dirigiendo un concierto para piano y orquesta que él mismo había compuesto. Temas melódicos, grandes acordes, contrapuntos, ritmos, etc., acudían a su mente con una extraordinaria claridad mientras tecleaba con sus dedos sobre sus muslos y de vez en cuando su mano derecha se movía suavemente como para marcar unos compases o dar la entrada a un grupo de instrumentos.

Pasaba el tiempo y Gildo seguía allí, en aquel banco de la plaza, sumido en un éxtasis glorioso. Tan emocionado debió de sentirse con su propia música y los imaginados aplausos del público, que se quedó dormido para siempre. Cuando al fin lo encontraron, con la cabeza como trinchada sobre el pecho, aún tenía en el rostro una expresión de inefable felicidad que nadie le había visto nunca.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

LUNA LLENA

Siempre tardo en dormirme. Coger el sueño se convierte para mí cada noche en una procelosa aventura, sobre todo si hay luna llena, y a veces no lo consigo hasta que ya la claridad del día está entrando por las rendijas de la ventana de la habitación y los pájaros cantan en los árboles de la calle. Mi mujer dice que es cosa de los nervios o de que fumo demasiado, y se empeña en que me tome un tranquilizante cuando me voy a acostar. Pero yo me resisto a eso: tengo miedo a habituarme y que me ocurra lo que al pobre Gutiérrez, que ya no puede dormir nunca si no se toma antes dos o tres píldoras de no sé qué, ¡y así anda luego de desquiciado todo el día!

Suelo acostarme temprano, generalmente alrededor de las once, y me quedo mucho rato leyendo en la cama los periódicos del día y luego un libro. Cuando al cabo de hora y media o dos apago la luz y me dispongo a dormir, empieza a picarme la espalda como si todos los poros de la piel hubieran estado esperando ese momento para alborotárseme por alguna razón que desconozco. Entonces, si mi mujer está aún despierta, le pido que me rasque y ella, con solicitud y paciencia, se dedica durante un rato a ararme la espalda con sus uñas hasta que me la deja toda llena de surcos enrojecidos. Es un gesto de amor que le agradezco. Pero si ya se encuentra dormida, no la despierto sino que me rasco yo mismo con un largo rascador de madera de ébano con una pequeña mano de marfil que compramos en un bazar turco cuando estuvimos en Estambul.

Después de que se me alivia el picor de la espalda, me sobreviene el cosquilleo de las piernas. Debe de ser, pienso yo, por una mala circulación de la sangre a causa de la inmovilidad, o por el reuma. El caso es que tengo que estar otro rato frotándome los muslos con las manos, y cada una de las pantorrillas con el pie de la pierna contraria, o pateando nerviosamente contra la ropa de la cama, que está remetida por debajo del colchón, hasta que acabo sacándola de su sitio y he de levantarme luego a remeterla de nuevo y dejarla como estaba, no sea que más tarde nos entre el frío por la parte de los pies.

Cuando por fin se me pasa lo del cosquilleo de las piernas, me noto las palpitaciones aceleradas y trepidantes del corazón, que parece que se me va a desbaratar en cualquier instante. Eso me asusta más que todo. Me acuerdo entonces de las ingenuas oraciones que mi madre me hacía recitar de niño antes de cerrar los ojos para dormirme y voy musitando aquello de “ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día” con el temor de que uno de los brincos de mi corazón pudiera ser el último latido de mi vida, y me convierto en un pequeño e indefenso niño asustado, encogido bajo las sábanas.

Finalmente, como suelo acostarme de lado, un brazo se me queda dormido de tanto soportar el peso de mi cuerpo, y me doy la vuelta hacia el lado contrario, pero ahora es el otro brazo el que se me duerme igualmente. Entonces decido quedarme boca arriba, contemplando en el techo el débil resplandor de las luces de la calle, y pienso en una multitud de cosas, desde las más fútiles a las más atormentadoras, o dejo que la mente se me escape por los caminos de la memoria en busca de recuerdos, a la caza de tiempos pasados y de una juventud imposible de recuperar.

Así casi todas las noches, durante horas, rascándome, frotándome, rezando a veces, pensando, recordando, y dándome vueltas en la cama como un pollo en un asador. Al final, claro, acabo quedándome dormido, extenuado. Y me llegan las pesadillas.

Primero fue la sensación de estar como flotando en el espacio. Después empecé a notar la pesadez de mi cuerpo y que una especie de punzada me martilleaba insistentemente en la cabeza mientras unas vagas y desordenadas realidades iban tomando forma en mi conciencia: voces lejanas, sonidos huecos que se sucedían unos a otros como las olas de una marejada, imágenes breves y confusas que aparecían y se difuminaban enseguida sin que me diera tiempo a fijar la atención en ellas. Poco a poco, los sonidos se fueron haciendo más próximos y definidos: ruidos de pasos, palabras susurradas, el suave zumbido de un ventilador, timbres, una voz de mujer que repetía el nombre de alguien por un altavoz...

Los párpados me pesaban, pero conseguí abrirlos y sólo pude vislumbrar una semipenumbra que se iluminaba con fugaces relampagueos. Poco a poco me fui dando cuenta de donde me hallaba: era una habitación de paredes blancas. Del mismo color eran también las puertas del armario empotrado, la mesilla de noche, la cama, y la cortina de la ventana por donde penetraba una tenue luz de atardecer.

Traté de recordar: yo iba en una moto por una calle no muy ancha; un niño salía de una casa con un perro grande al que llevaba cogido con la mano por el collar; aquel niño empezó a cruzar hacia el otro lado de la calle tirando de su perro que se resistía a seguirle, pero al verme llegar se detiene un instante sin saber qué hacer y, de pronto, echa a andar de nuevo apresuradamente llevando al perro casi a rastras; vi que me echaba encima de ellos y frené con rapidez; las ruedas de la moto patinaban sobre el suelo mojado... Ya no podía recordar más.

Tenía la boca seca. Tanteando con la mano busqué la botella de agua que había dejado en el suelo, junto a la cama, antes de acostarme, pero no la encontré. “¡Qué raro!... – pensé – ¡Juraría que la había dejado allí, al lado de la mesilla de noche!”. Intenté humedecerme los labios con la lengua y solo conseguí remover una saliva espesa y pegajosa con un sabor amargo a medicamentos que me provocó

arcadas. Una oleada de flemas me vino a la boca y tuve que toser para expulsarlas. Entonces noté que alguien me limpiaba las babas con un pañuelo. “No estoy solo”, volví a pensar. Y pude distinguir, como a través de un cristal traslúcido, dos figuras blancas que se movían a los pies de la cama. Entendí que una voz de hombre decía: “Ya se le va pasando el efecto de la anestesia”.

Al poco rato quedó todo en silencio, como si el mundo se hubiera vaciado de pronto: me habían dejado solo. Entonces intenté levantarme, pero noté que tenía una aguja clavada en el brazo izquierdo. Observé que estaba unida a un largo tubo de goma que subía hasta un frasco de cristal que se hallaba colgado de una percha junto a la cabecera de la cama. Me extraje aquella aguja y un líquido turbio manó de ella manchando la sábana, mientras una gota de sangre empezaba a engordarse en el punto del brazo donde la había tenido hincada.

Cuando conseguí al fin levantarme y ponerme de pie en el suelo, eché a andar tambaleándome hacia la puerta de la habitación y salí a un largo pasillo de paredes blancas que iba a dar a una escalera. Al seguir caminando hacia ella, sentí el frío de las losas de mármol en las plantas de los pies y entonces reparé en que me encontraba casi totalmente desnudo: solo llevaba encima el pantalón del pijama, un vendaje que me ceñía las costillas hasta los hombros y otro que me cubría la cabeza como un casco. Apresuradamente me los fui arrancando, pero las vendas se me enredaban entre las manos y se me quedaban colgando del cuello y de la cintura. En ese momento aparecieron por el fondo del pasillo dos hombres con batas blancas que corrieron hacia mí. Cuando quise huir de ellos caí y me alcanzaron. Entonces me levantaron del suelo entre los dos y me llevaron en vilo hasta la habitación mientras yo no paraba de gritar y me retorcí como una anguila entre sus fuertes brazos.

Cuando me dejaron en la cama, seguí gritando desesperadamente hasta que, de pronto, me pareció oír una voz que repetía mi nombre. El corazón empezó a latirme con fuerza como un tam-tam africano. Reconocí aquella voz: era la de mi mujer. “¡Juan!...¡Juan!...¡Juan!...¡Despierta, cariño!... me decía. Y luego: “¡Deberías haberte tomado el tranquilizante, como te advertí!”.

Ya despierto, miré el reloj de mi mesilla de noche: eran las cinco y cuarto de la madrugada. Tenía sed y cogí la botella de agua que se encontraba allí, en el suelo, junto a mi mesilla, donde yo mismo la había dejado. Después de beber con ansiedad, me levanté, me puse el batín y salí al balcón a fumarme un cigarro. La calle estaba desierta y en silencio, pero en una casa cercana se oía el llanto de un niño. Por el cielo raso navegaba, como una fragata de plata, una luna grande y espléndida: era la luna llena. Me quedé mirando su oronda cara luminosa y me

pareció que ella me miraba también con una extraña sonrisa, como si estuviera burlándose de mí.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

NOCTURNO CON ROBERT REDFORD AL FONDO

El pájaro del reloj tirolés martilleó con su agudo cucú el silencio de la casa mientras Orson Welles, acosado por Joseph Cotten, trataba de escapar desesperadamente a través de las cloacas de Viena.

—¡Las once ya! —pensó Irene sin desviar su atención de la película.

Era noche de sábado, pero no había querido salir a ninguna parte. Estaba ya harta de tener que hacer todos los sábados lo mismo: salir con Marisa, que compararía con ella el piso, a dar vueltas por la calle y acabar luego sentadas las dos solas ante la barra de un bar, a la espera de que llegasen los mismos tíos de siempre, u otros con las mismas pretensiones, las de llevárselas a la cama. Eso podría valer para la loca de su amiga, que llevaba más de dos años divorciada y soportaba mal la soledad, no para ella. Así que cuando Marisa insistió en salir, le dijo por toda justificación que no tenía ninguna gana de arreglarse y que prefería quedarse en casa. “¡Allá tú con tus murrias!...”, fue la despedida de la otra al marcharse.

Llevaba ya un largo rato sentada en el sillón de orejas frente al televisor, con las piernas estiradas sobre un puf y los pies descalzos. Se había quitado la fajita y los pantis para estar más cómoda y llevaba puesto el chándal que se ponía cada mañana para hacer media hora de marcha ligera, antes de irse a la oficina. El solo hecho de no haber tenido que maquillarse ni peinarse y vestirse para ir a la calle, le proporcionaba una sensación de libertad que desde hacía mucho tiempo no experimentaba. En cierto modo, aquel enclaustramiento voluntario, precisamente en una noche de sábado en la que toda la gente que conocía salía a cenar fuera, o al cine, o a divertirse bailando en las salas de fiesta, le servía a ella para afirmar su personalidad frente a la presión e influencia de Marisa. En aquella soledad buscada no estaba obligada a nada ni a nadie, y podía hacer lo que le viniera en ganas: entretenerse con cualquier cosa, leer, oír música, ver películas en la televisión, pensar en algo, o simplemente dejar pasar las horas sin pensar ni hacer nada, aburriéndose incluso, como ahora, pero era su propio aburrimiento, el suyo, no otro al que los demás la llevasen.

Alida Valli salía del cementerio y echaba a andar, alejándose por una carretera bordeada de árboles. Joseph Cotten, que acabó matando a Orson Welles en una de las galerías de las cloacas, la esperaba más allá junto a un coche. Pero ella pasaba por delante de él sin detenerse, sin mirarlo siquiera, hasta ir perdiéndose a lo lejos mientras la música de cítara de Anton Karas iba “in crescendo” y aparecía en la pantalla el letrero con las palabras THE END.

Apagó el televisor y fue a asomarse a la ventana. Afuera caía una lluvia ligera pero persistente. Las luces de las farolas se reflejaban en el asfalto mojado y las ruedas de los coches, que pasaban velozmente, producían un ruido a ráfagas como de telas que se rasgaban. Estuvo un rato allí, contemplando la calle, las ventanas de los edificios de enfrente y las personas que de vez en cuando cruzaban con sus paraguas abiertos. Pero el frío del suelo bajo sus pies desnudos la obligó a sentarse de nuevo en el sillón colocando las piernas en alto sobre el puf. Entonces cogió un libro y se puso a leer. Era una novela de ciencia ficción que le había prestado un compañero de la oficina. “¡Ya verás cómo te gusta!”, le había dicho. Pero se trataba de una historia que no lograba despertarle ningún entusiasmo: unos extraterrestres llegaban a la Tierra y se transfiguraban en los cuerpos de los niños deficientes mentales, los cuales iban adquiriendo una extraña inteligencia superior y se convertían a la vez en seres muy agresivos.

Interrumpió la lectura y encendió un cigarrillo. Mientras le daba largas chupadas y expulsaba el humo con lentitud, se dedicó a recorrer con la mirada los muebles y objetos de la habitación: la mesa camilla en el centro con un jarrón de flores sobre el paño de encajes pálido que le hizo su madre; la lámpara de pie ancho y una gran pantalla que imitaba al pergamino antiguo; la chimenea francesa con la cornisa llena de cachivaches y dos fotografías, una con sus padres y otra de ella misma mucho más joven; el anaquel con los libros y los discos; las dos acuarelas en las que se veía un paisaje rural y una playa con dos barcas varadas en la arena; la mesita china de laca negra para el teléfono en un rincón y, sobre todo, el póster de Robert Redford vestido de esmoquin que estaba clavado sobre la pared de la chimenea y en el que ella había escrito un día I LOVE YOU con un grueso rotulador rojo.

Por la calle pasaba una ambulancia haciendo sonar su sirena. “Quizás lleven en ella a alguien que se debate entre la vida y la muerte”, pensó. Y una especie de estremecimiento le corrió por la espalda. Entonces se levantó y fue otra vez hacia la ventana. La lluvia no había cesado, sino que ahora caía con más fuerza y las gotas de agua corrían por los cristales formando hilos que apenas dejaban ver más que las luces distorsionada de las farolas y de los edificios de enfrente.

El cucú del reloj volvió a sonar. “¡Las doce!”, se dijo. Y por primera vez en la noche le pareció que ya le estaba pesando una especie de tedio. “¿O es tal vez que empiezo a tener sueño?...”

Se dejó caer con desgana en el sillón y encendió de nuevo el televisor. Ahora se celebraba un juicio y una mujer rubia declaraba muy asustada como testigo de algo. La película era en versión original, en inglés, con subtítulos en español. Fue leyendo los rótulos sin poner mucho interés y acabó bajando el sonido del aparato

hasta casi no oír nada, sólo lo suficiente como para que no hubiera un silencio total en la habitación.

Sobre la mesita china de laca se aplastaba el teléfono como una tortuga adormecida. Parecía estar allí esperando a que ella reparase en él. Y de pronto, Irene se quedó mirándolo fijamente, pensando que podría llamar a alguien. “¿Pero a quién?... ¿A mi madre?... No, la pobre estará ya acostada y se va a asustar... ¿A mi hermana Alicia?... ¡Bah!... Esa boba se va a poner a largarme otra vez lo del marido tan estupendo que tiene y me va a repetir lo de siempre, que por qué no me caso, que la compañía de Marisa no me hace ningún bien, y que si patatín que si patatán, la consabida monserga de cada vez que hablo con ella... ¿Alguna compañera de la oficina?... Tampoco: estarán todas por ahí, como Marisa, ¡a ésas les va también la marcha!... ¿Entonces a quién?... ¿Al estudiante de Medicina del piso de arriba, que siempre me mira con avidez cada vez que coincidimos en el ascensor y que un día se atrevió a decirme que mi olor a Chanel número cinco lo trastornaba?... ¡A ese mucho menos: seguro que se empeñaría en bajar, a ver lo que conseguía de mí!... No: tendría que ser a alguien a quien no conociera... una persona de otra ciudad, por ejemplo, sumida ahora en el misterio de un número telefónico elegido al azar...”

Le sedujo la idea, y se decidió por un número de Barcelona. Años atrás había conocido a un viajante de comercio catalán que apareció una mañana por la oficina con un muestrario de objetos de escritorio, archivadores, ficheros, papelería y demás. Era un tipo simpático que sabía contar muy bien las cosas. Se parecía un poco al Clark Gable de “Lo que el viento se llevó”, pero era más bajito y se le notaba bastante la barriga. Tuvo el detalle de invitarla a merendar por la tarde en una cafetería. Se pasó todo el tiempo hablándole de su vida errante y solitaria, de lo que le costaba conseguir que alguien le hiciera un pedido, y de cómo ella le recordaba a su madre, que también tenía los ojos claros y risueños... Luego fueron al cine. Era una película de Kim Novak, una historia de adulterio en la que ella moría al final en un accidente de automóvil. ¡El pobre!... Era ciertamente un tímido, y todo lo más a que se atrevió fue a mantener su codo pegado al de ella en el brazo de la butaca. Durante unos meses después, estuvo enviándole tarjetas postales desde todos los sitios a donde iba, hasta que se debió cansar de enviarlas y ya nunca más supo nada de él.

Desinteresándose de la película, pero sin apagar el televisor, fue tecleando un número en el teléfono: primero las dos cifras del prefijo de Barcelona y, a continuación, las siete que formaban su fecha de nacimiento: 16-9-1958. Y esperó con cierta curiosidad a que sonase su llamada en otro teléfono a muchos kilómetros de distancia.

—¡Digui!... —oyó que decía una voz de mujer. Pero no respondió enseguida: no supo qué decir.

—¡Digui!...¡Digui!... —insistió la voz aquella.

Sonaba cálida, suave y próxima, como si la mujer le hablase desde allí mismo, junto a su oído. Imaginó un rostro agradable al otro lado de la línea, tan lejos y a la vez tan cerca del suyo, unidos ambos por las invisibles ondas que los aproximaban en la distancia, y entonces se atrevió a decir con un leve temblor en la voz:

—Perdóneme... No hablo catalán...

—¿Pero quién es usted?... ¿A quién llama?... —preguntó la mujer.

—Usted no me conoce, ni yo a usted tampoco... ¡le hablo desde muy lejos!... —dijo ella.

—¿Cómo que de muy lejos?... —se sorprendió la otra—. ¿Pero a qué número llama, por favor?... ¡Creo que se ha debido de equivocar usted!

—Verá usted...—empezó a explicar ella—. He marcado un número cualquiera de Barcelona. Yo quería...

—¡Pero, oiga!... —la interrumpió vivamente aquella mujer—. ¿Qué clase de broma es ésta?... ¿Cómo se atreve a molestar así a la gente a estas horas de la noche?...

—¡Oh, no, por favor!... ¡No se trata de ninguna broma, se lo juro!... Le suplico que me disculpe... Es que estoy sola en casa y de pronto he sentido la necesidad de hablar con alguien.

Irene oyó que la mujer comentaba algo en catalán con alguien que estaba con ella. Y luego dijo en castellano:

—Sí, lo comprendo... ¿Pero por qué no ha llamado a un número de ahí?... ¡Se hubiera usted ahorrado la conferencia!...

—Tiene usted razón —contestó Irene— pero vivo en una ciudad pequeña donde ya conozco a todo el mundo y, la verdad, me apetecía entrar en contacto con alguien a quien no conociera... ¡Es todo aquí tan monótono y tan igual!... Quería cambiar, evadirme un poco así... Pensé que sería emocionante... ¿no le parece?...

Esperó ansiosa a ver qué respondía la otra mujer.

—Sí, lo entiendo —dijo esta— pero ya es muy tarde para estas cosas y, además, no la puedo atender. Lo siento, hija, discúlpeme usted.

—¡Por favor, no cuelgue!... ¡Tiene usted una voz tan agradable!...

—¡Muchas gracias!... Pero le digo de verdad que no puedo: tengo invitados en casa. ¡Buena suerte!... ¡Bona nit!...

Un clic en el auricular y después un pitido continuo le advirtieron de que la mujer había colgado.

La breve conversación con aquella desconocida de Barcelona le dejó la inefable sensación de haber trascendido los reducidos límites de su espacio y entrado en contacto con otra realidad, con otra vida, aunque solo hubiera sido por teléfono. Conservaba el sonido agradable de su voz y podía imaginarse un rostro, una figura, un ámbito familiar e incluso una historia de sueños y esperanzas muy distinta de la suya. “Se llama Nuria y es pintora. Acaba de inaugurarse una exposición de sus cuadros y lo está celebrando en su casa con un grupo de amigos. Todos visten muy elegantemente. Se habla de arte, de cine, de viajes... Un hombre alto y guapo se halla sentado junto a ella y de vez en cuando le dice algo al oído. Ella sonríe y se siente feliz”.

Aquel juego la divertía. Siempre le había gustado pensar en cómo sería la vida de la gente que vivía muy por fuera del espacio y el ambiente en los que ella se hallaba encerrada. Imaginaba sus escenarios habituales, sus hogares, su cotidiana aventura, sus felicidades, sus penas, etc., y todo eso le servía a ella para ampliar su propio horizonte: era como escaparse de sí misma y de la monotonía que la rodeaba. La ciudad, la oficina, Marisa, los conocidos, no eran más que realidades que le venían impuestas y, si las soportaba, era porque no perdía la esperanza de que algún día podría salir de allí y dejarse atrás todo aquello. Pero con la imaginación se escapaba siempre que quería, y era capaz de crearse otros mundos y otras realidades sólo para ella y que no se las contaba a nadie.

Tenía ganas de hacer una nueva llamada. Bastaría con ir pulsando las teclas del teléfono para atravesar la barrera del misterio y entrar en contacto con lo insólito, con lo desacostumbrado, con otra realidad. Pero sentía un cierto temor a lo inesperado, y eso frenaba su deseo de llamar. Tardó un poco en convencerse de que no tenía nada que temer y finalmente acabó marcando el prefijo de Madrid y las siete cifras de su fecha natal, como antes.

Lo primero que oyó fue un barullo de voces y, en seguida, una muy áspera y cortante de hombre que decía casi gritando:

—¡Bar Sánchez!... ¡Dígame!...

El tono brusco de aquella voz la asustó, y no dijo nada.

—¡Diga!.... —volvió a decir el hombre aquel.

—Perdone, señor... —empezó a decir ella con un hilo de voz que apenas le salía de la garganta.

—¿Cómo dice?... ¡No se escucha bien!... ¿Quién llama?...

—¡Digo que perdone usted!... ¡Llamo desde muy lejos!... —respondió elevando también la voz.

—¿Desde muy lejos?... ¿Pero quién es usted y qué desea?... ¡Esto es un bar!... ¡El bar Sánchez!... —volvió a gritar el hombre. Pero ella no se amilanó. Pensó que al fin y al cabo había marcado aquel número sin saber a quién podía pertenecer y que ése era el riesgo que tenía que correr.

—He marcado un número cualquiera... Tenía ganas de hablar con alguien... Lamento que le haya tocado a usted —fue diciendo con mucha calma.

—¡Pero oiga!... —vociferó aquel hombre—. ¿Qué leche me está usted diciendo?... ¿Es que está usted borracha o qué?... ¡No te jode!...

Ella no quiso continuar y colgó. Luego se imaginó al hombre: era mal encaramado y estaba sin chaqueta, con los faldones de la camisa saliéndosele por fuera del pantalón y las mangas subidas hasta casi los hombros. Cuando sonó el teléfono estaba discutiendo acaloradamente de fútbol con tres o cuatro parroquianos a los que acababa de llenar los vasos de vino derramando parte del líquido sobre el mostrador de la barra. El local no era muy espacioso y olía a calamares fritos y a orines.

Se sintió decepcionada. No es que pensase que sería fácil encontrar en cualquier parte una persona educada, culta, tan sola como ella y que estuviera dispuesta a conversar por teléfono con una desconocida a aquellas horas de una noche de sábado. La cuestión era marcar el número preciso. Pero eso resultaba tan difícil como encontrar una aguja en un pajar.

Robert Redford la miraba sonriente desde el póster de la chimenea y a ella le pareció que en la mirada de su ídolo había una especie de complicidad que la animaba a seguir haciendo llamadas. Entonces le vino una idea: “Llamaré a Nueva York. Allí es todavía por la tarde”.

Nueva York era uno de los lugares del mundo a donde siempre le había gustado poder ir alguna vez. Los nombres de Manhattan, Broadway, Central Park, Time Square, Long Island, etc., que conocía por las películas, ejercían sobre ella una cierta fascinación y a su conjuro, sólo con evocarlos, ya le venía a la mente todo un mundo de avenidas llenas de gente, espectáculos, tiendas lujosas, y aventuras inusitadas.

Fue cumpliendo las instrucciones que leía en la guía telefónica para llamar a Nueva York: marcó primero el 07 y esperó un tono; después el indicativo de Estados Unidos, el 1; a continuación el prefijo de la ciudad, el 212; y por último un número de siete cifras, las mismas de su fecha de nacimiento que había marcado en las dos veces anteriores. “¡Qué emoción!”, se dijo mientras escuchaba en su auricular la serie de ruidos y pitidos anunciadores de que su llamada iba pasando por encima de las tierras y los mares como una paloma mensajera en busca de su destino.

–¡Hello!... –oyó al fin que decía una voz de hombre, suave y bien timbrada.

–¡Hello!... –repitió ella con la misma alegría que si la rueda de la fortuna se hubiera detenido precisamente en el número que ella jugaba.

–Who are you?... Who are you talking to?... –preguntó aquel hombre.

Aunque su conocimiento del idioma inglés era muy escaso, pudo entender que le preguntaba quién era ella y con quién quería hablar.

–I speak from Spain –fue lo único que se le ocurrió decir.

–What do you say?... –volvió a preguntar el hombre prolongando el sonido de la última palabra con mucha sorpresa.

–¡Digo que le hablo desde España!....¡Es–pa–ña!... –silabeó ella despacio–. ¡From... Spain!...

–Spain?...¡Oh, yes, yes!... But... can you speak English, please?...

–No, no puedo... ¡I can not!... ¡No puedo hablarle en inglés!... ¡Ojalá pudiera! –dijo a la vez que dirigía la mirada al póster de Robert Redford y empezaba a imaginarse que era precisamente él con quien estaba hablando.

– I’m sorry... –dijo el hombre.

–No importa, mi vida... ¡Tú eres mi Robert!... ¡Dime que sí, amor!... ¡Dime que eres Robert!...

–Robert?... ¡No Robert!... ¿There’s not any Robert here! –respondió el hombre aquel, cada vez más sorprendido.

–¡No importa que no haya ahí ningún Robert!... ¡Mi Robert eres tú!... –insistió ella, exultante de júbilo.

–I can’t understand... –volvió a decir el hombre, ya con cierto apuro.

–¡Yes, yes, cariño, ya sé que no entiendes nada, pero es lo mismo: yo te hablo como si tú me entendieras... Estoy sola en casa...No he querido salir con

Marisa como todos los sábados... Me aburro con ella y sus amigos: ¡son todos tan estúpidos!...

—Excuse me...

—Te echo mucho de menos —siguió ella diciendo, ahora con ternura, susurrando las palabras— y pienso que tal vez estés con otra mujer esta noche. Eso me apena. Tengo aquí una gran foto tuya, ¿sabes?... ¡Qué guapo estás con el esmoquin!....

El hombre no quiso continuar más con aquella incomprensible conversación.

—¡Well, I'm sorry!... ¡I can't understand a word!... ¡Excuse me!... ¡Good afternoon!... ¡Good bye!

—¡Qué pena, cariño, que tengas que irte! —dijo ella con tristeza cuando escuchó el largo pitido indicador de que la comunicación se había cortado. Pero no colgó de inmediato el auricular, sino que se lo llevó junto al pecho y allí lo retuvo como abrazándolo, con la cabeza echada hacia atrás en el sillón y los ojos cerrados para prolongar así el ensueño.

El difícil y absurdo diálogo con aquel desconocido de Nueva York la había hecho disfrutar de un imposible: hablar con Robert Redford. Él le había dicho que la llevaría a cenar a un pequeño restaurante que conocía en el Greenwich Village y que después asistirían a un concierto de la Orquesta Sinfónica en el Lincoln Center. Y le había pedido que se pusiera el traje negro escotado que estrenó cuando la boda de su hermana y que no se había vuelto a poner desde entonces. Ella se lo imaginaba todo así. Su insignificancia de solterona provinciana, el apartamento aquel que compartía con Marisa, la ciudad al otro lado de la ventana con su monotonía de siempre, la oficina, los amigos de los sábados, su soledad... todo dejaba de existir para ella en aquellos momentos de éxtasis. Robert Redford, desde el póster clavado en la pared de la chimeneas, sonreía con una sonrisa de muchacho bueno y dulce y la animaba a seguir soñando. Ella se sentía feliz así, como flotando en una nube de colores.

La pitada de un coche que pasaba por la calle, la devolvió a la realidad y todo se le disipó al instante como una nube herida por el viento. Entonces colgó al fin el auricular.

Afuera continuaba lloviendo. Por la ventana, que había dejado entornada, penetraba en la habitación un airecillo fresco con olor a tierra mojada. En la pantalla del televisor, unos hombres sacaban de las aguas de un puerto el cuerpo sin vida de una mujer: era la rubia que estuvo declarando en el juicio. Se hallaba casi

desnuda. En alguna parte de la ciudad sonaron unas campanadas y, casi a la vez, el pajarillo del reloj tirolés volvió a lanzar al aire su agudo cucú.

—¡Qué tarde es ya!... pensó. Entonces apagó el televisor y cerró la ventana. De pie en medio de la habitación sin saber qué hacer, dirigió una vez más la mirada hacia el gran retrato de Robert Redford y le tiró un beso. “¡Buenas noches, cielo!”, dijo. Luego apagó también las luces y se fue a su cuarto a acostarse. Cuando llegó Marisa, ya muy de madrugada, estaba profundamente dormida y no la oyó vomitar en el cuarto de baño.

(Relato incluido en el libro “Cambio de Residencia”, 1996)

CENA CON MARIO

No había vuelto a ver a Mario Gil desde que me despedí de él para irme a estudiar a Granada. Cuando regresé con las primeras vacaciones, fui en su busca al bar donde trabajaba y allí me dijeron que había desaparecido de la ciudad como si se lo hubiera tragado la tierra. Lo único que llegué a saber de él, algún tiempo después, fue que lo habían visto en Barcelona actuando con el nombre de Roberto Reinaldo en una compañía teatral de revistas. “Se ha teñido el pelo de rubio y se hace pasar por argentino”, me contaron. Pero de todo esto hacía ya más de veinte años. Y de ahí mi sorpresa cuando me telefoneó para avisarme de que estaba de nuevo en la ciudad y que le gustaría verme. Al principio me alegró su llamada y le dije que viniera a mi casa a cenar cualquier noche, pero enseguida me arrepentí de haberlo hecho: me di cuenta de que había transcurrido ya demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos y pensé que sería muy difícil conectar de nuevo con lo que fuimos el uno para el otro. Así que quise llamarle para cambiar aquella invitación por un encuentro en algún otro sitio, pero me faltó decisión para hacerlo y tuve que afrontar sin ningún entusiasmo el compromiso aquel en que yo mismo me había metido.

Mario y yo nos conocíamos desde que teníamos ocho años. Vivíamos en el mismo barrio y en la misma calle. Todas las mañanas venía a esperarme en el portal de mi casa para irnos juntos a la escuela. Era un niño asustadizo y delicado, con el pelo muy largo formándole bucles y la voz atiplada como la de una niña. Yo, en cambio, era muy fuerte, y esto hacía que se sintiera protegido por mí ante todos los demás niños del barrio y de la escuela. Casi siempre estábamos juntos e, incluso, en las tardes que llovía o hacía frío y no podíamos salir a jugar en la plazaleta, él subía a mi casa y nos quedábamos allí leyendo tebeos, sentados los dos en el suelo de mi habitación sobre la zalea de cordero que servía de alfombra junto a mi cama. Pero más tarde, cuando ya estábamos haciendo el bachillerato, mi familia se trasladó a otra parte de la ciudad y ya solo podíamos vernos por las mañanas en el Instituto. No obstante, continuábamos siendo muy buenos amigos y algunas veces cruzaba toda la ciudad para venir a escuchar conmigo en mi casa los discos de música clásica que yo tenía. En esa época, su afeminamiento era ya tan evidente que los muchachos solían llamarle “Mariquita” y en más de una ocasión tuve que pegarme con algunos por defenderle. Cuando murió su madre, Mario tenía ya dieciséis años y aquello supuso un golpe terrible para él. Además, su padre le había obligado por entonces a que dejara de estudiar y se pusiera a trabajar como ayudante de cocina en un bar. Pero él decía que solo se quedaría allí hasta que pudiera largarse a Madrid o a Barcelona para buscarse la vida en el teatro, que eso era lo que le gustaba. La última vez que lo vi fue precisamente en

aquel bar. Se hallaba fregando platos en la cocina y solo pudimos hablar a través de un ventanuco que la ponía en comunicación con la barra del bar. Al verlo allí, con las mangas de la camisa arremangadas hasta los hombros y las manos metidas en el agua jabonosa del fregadero, le dije en broma que parecía un Ceniciento. Y él, con aquella sonrisa un poco triste que le caracterizaba, me respondió que quizás algún día lo vería entrar en el palacio para asistir al baile del príncipe. Luego nos dijimos adiós con la sensación de que iba a ser para siempre y, como la barra se interponía entre el ventanuco por donde él asomaba la cabeza y el sitio donde estaba yo, ni siquiera pudimos darnos la mano.

Cuando Mario se presentó en mi casa, Meli y yo nos quedamos perplejos al verlo: vestía un elegante traje de color crema y una camisa de seda rosa, sin corbata pero con un pañuelo de cachemir anudado al cuello; calzaba zapatos italianos de color amarillento y se apoyaba en un delgado bastoncillo de bambú con el pomo de plata en forma de cabeza de caballo. El paso de los años había cambiado mucho su rostro y creo que no le habría reconocido si me lo hubiera encontrado por la calle. Estaba muy delgado y tenía un pelo rubio tan largo que le cubría las orejas y se le derramaba sobre los hombros. Parecía un ángel que se hubiera escapado de la portada de una catedral gótica para asistir a un desfile de moda masculina. Pero, no obstante, se apreciaba en él una distinción natural que se sobreponía a todo cuanto pudiera haber de sofisticado en su atuendo y en su aspecto. En un principio, todo en su figura y en sus gestos me resultó muy afectado y teatral. Pero acabé pensando que quizás todo aquello no fuera más que una consecuencia del mundo en que vivía, tan distinto del mío. De todas formas, estaba ya muy lejos de ser aquel muchacho tímido e inseguro que yo recordaba, hasta el punto de que el dominio de sí mismo que aparentaba, hizo que fuera yo el que se sintiera inseguro, desconcertado por su naturalidad y su saber estar. Lo primero que hizo al verme fue abrazarse a mí sin cesar de repetir una y otra vez mi nombre, como un conjuro que nos pudiera devolver a los días lejanos de la niñez. Después permaneció un instante contemplando a mi mujer con curiosidad sin decirle nada y, cuando al fin ella le tendió la mano, él se la besó y le entregó un estuche transparente adornado con un lazo de terciopelo azul: dentro había una gardenia.

Durante la cena, Mario estuvo muy comunicativo y ocurrente. Parecía feliz, o al menos eso era lo que se proponía hacernos creer. No paraba de hablar y llevó enseguida la conversación a nuestra infancia compartida. Lo recordaba todo con una sorprendente precisión: el colegio adonde íbamos, los juegos en la plazoleta, las tardes de lluvia o frío en mi casa, los tebeos y revistas antiguas que leíamos, los dulces que preparaba mi madre, etc. Pero, esto sí, evitó la referencia a los tiempos del Instituto y a cuando su padre lo puso a trabajar en el bar, como si toda

aquella etapa de su vida la hubiera borrado ya de su memoria. En cambio, sí que nos habló bastante de su madre:

—Yo la quería mucho —empezó diciéndonos—, todo en ella me maravillaba, su belleza, su voz suave, su dulcedumbre, su talento... ¡y hasta el aroma fresco y limpio que emanaba de su cuerpo! Se pasaba muchas tardes a mi lado, ayudándome en mis tareas o cosiendo mientras yo estudiaba. Los domingos nos íbamos al cine los dos solos, como dos novios y, cuando los primeros problemas e inquietudes íntimas fueron apareciendo en mi vida, se convirtió en mi única confidente y consuelo. A ella no le oculté nunca nada de nada... ¿me comprendéis?... Lo sabía todo de mí, sin que jamás me hiciera ningún reproche por nada, todo lo contrario que mi padre, que siempre me trataba con desprecio. Así que no llegué a conocer las amarguras de la soledad hasta que ella me faltó.

Cuando estábamos todavía en el primer plato, Meli le pidió que nos hablase de su vida profesional y de lo que le había costado llegar a triunfar en el teatro tras haber pasado un tiempo en una compañía de revistas. —¡Ah!, ¿pero vosotros sabíais lo de que empecé trabajando en una compañía de revistas con otro nombre?... —se sorprendió— ¡La revista es teatro también, pero con música y frivolidad!... Muchos tuvimos que empezar por ahí. ¡Claro que no era eso lo que yo iba buscando, pero tenía que comer!... Por cierto, mi querida amiga, este lenguado está exquisito. ¡Si supierais cuánto me he acordado siempre del pescado que se come por aquí!...

Mientras se dedicaba a separar meticulosamente las espinas con el tenedor y la pala, yo me había estado fijando en sus manos, que las tenía finas y muy bien cuidadas, con varias sortijas en los dedos, entre ellas una con un brillante y otra con un sello de lapislázuli en el que podía verse en relieve un escudo heráldico con cimera empenachada.

—No te esfuerces en buscarle un significado a este anillo —me dijo al darse cuenta de que yo se lo miraba— lo compré en una subasta. Creo que perteneció a un marqués.

Observando sus manos me vino a la memoria aquella vez en que se las vi metidas en el agua de un fregadero. ¡Qué razón tenía él entonces al vaticinar que algún día asistiría en palacio al baile del Príncipe!, pensé.

Luego, y para complacer la curiosidad de mi mujer, Mario se dedicó a hablarnos de los personajes famosos que conocía.

—¡Todo es falsedad y apariencia, como en el teatro!... ¡La gente es muy superficial y, si pueden, te despedazan por nada que hagas! —sentenció al final con una cierta amargura. Pero a pesar de que Meli trató muy discretamente de sonsacarle

algo, eludió hacer cualquier referencia a su vida sentimental. Lo único que le dijo fue que nunca se había casado.

—¡Quizás porque nunca tuve la suerte de tu marido al encontrarte a ti! —añadió cogiéndole una mano y besándosela de nuevo.

Durante el segundo plato, sin abandonar el tono de teatralidad con el que venía revistiendo todas sus palabras, Mario se refirió a su marcha de la ciudad. Hablaba pausadamente, sin ningún esfuerzo, como si la narración de todo aquello fuese un papel que ya había representado muchas veces en alguna obra de teatro.

—La tarde que me fui de la casa donde vivía con mi padre, él se hallaba sentado en su butaca delante del televisor viendo un partido de fútbol. Cuando salí de mi habitación con una maleta en la mano, pasé por su lado y quise despedirme, pero él ni siquiera apartó la vista de la pantalla y solo me dijo: “¡Quiera Dios que no te partan la cabeza por ahí o que te encierren!”. Yo no supe entonces si se apenaba de que me fuese, o si esto le tenía sin cuidado. ¡Claro que tampoco esperaba de él otra cosa, y mucho menos que llegara a pedirme que me quedase!... Hacía meses, desde la muerte de mi madre, que éramos como extraños el uno para el otro, aunque viviéramos bajo el mismo techo. Por eso no lo besé y tan solo le dirigí desde la puerta del piso un “Adiós, papá” que se confundió con la voz del locutor que retransmitía aquel partido. Pero mientras iba descendiendo por la escalera hacia la calle sentía que un nudo, no sé si de pena o de qué, se me apretaba en la garganta. ¡Al fin y al cabo, me iba dejando atrás, en aquella casa, los primeros diecisiete años de mi vida!.... ¿No?....

Mario se calló y bebió un poco de vino. Luego, quizá por disipar un poco los malos recuerdos que llegaban a su memoria, se dedicó a comentar la excelencia del plato de carne mechada con salsa de almendras que mi mujer le había servido. Pero, de pronto, manteniendo en alto su tenedor con un trozo de carne sin acabar de llevárselo a la boca, se dedicó a hablarnos de su padre, esta vez con un cierto nerviosismo.

—Mi padre era una persona vacía y vulgar con la que nunca pude hablar de nada. Además, le exasperaba todo lo mío, mi manera de vestir, mi pelo largo, la música que oía en mi cuarto, los amigos con los que solía ir y, esto sobre todo, que quisiera dedicarme al teatro. Recuerdo especialmente una noche que llegué un poco tarde a casa. Todavía vivía mi madre, pero ya se encontraba muy enferma. Mi padre, hecho un basilisco, la emprendió conmigo a tortazos y patadas, y acabó llamándome “mariconazo” delante de ella. ¡A partir de entonces empecé a odiarle!

Mi mujer intentó una vez más desviar la conversación y se puso a comentar los cambios que había experimentado la ciudad desde que él se marchó. Pero Mario no se interesó por el tema y apenas hizo un breve comentario. Daba la impresión de que todo lo que quería era hablar de sí mismo y de sus problemas, quizás por justificarse ante mí de algo que yo no le habría reprochado nunca: su marcha, su tipo de vida y que hubiera dejado transcurrir tantos años sin ponerse en contacto conmigo. Claro que yo no tenía ningún derecho a reprocharle nada y, en verdad, hacía tiempo que había dejado de preocuparme por todo eso. Los dos habíamos ido envejeciendo, cada uno por nuestro lado, él en su mundo artístico y bohemio, yo anclado en mi pequeña isla familiar y profesional como un velero sin velas para navegar por otros mares. Cada uno teníamos ya hechas nuestra vida, sin apenas nada en común más que los años de nuestra infancia. Por eso no podía evitar el sentirme algo incómodo con todas aquellas confidencias suyas. Sin embargo, como lo contaba todo como si se tratase de una de sus actuaciones en la escena, me fui haciendo a la idea de que efectivamente era así, una representación teatral.

—Había muchas cosas que mi padre no me perdonaba, como os dije antes, ¡sobre todo que yo le sorprendiera un día con una golfa! Ocurrió que una tarde entré en un bar con otros muchachos y allí, en una mesa del fondo, se encontraba él con aquella prostituta. ¡Se puso blanco al darse cuenta de que yo los estaba mirando!... Pero antes de que viniera a decirme algo, salí rápidamente de allí y eché a correr por todas las calles hasta mi casa con los ojos llenos de lágrimas. Al llegar me arrojé tembloroso y jadeante en los brazos de mi madre sin acertar a decir ni una sola palabra y me mantuve apretado a ella con toda la fuerza que podía. En aquel momento, solo deseaba huir con ella a algún lugar muy lejano donde pudiéramos estar juntos siempre ella y yo como dos niños solitarios en el mundo.

Mario tragó saliva y chasqueó los labios a la vez que movía la cabeza de un lado para otro. Parecía que quisiera apartar de su memoria aquellos recuerdos. Luego bebió un poco de vino y siguió comiendo en medio de un embarazoso silencio que solo rompíamos Meli y yo con algún que otro comentario acerca de la comida o de cualquier otra cosa. Después de tomarnos el pastel de gelatina de fresas con guarnición de nata y nueces que Meli había preparado como postre, propuse que nos sentásemos en la terraza. Era una noche de verano realmente espléndida y desde allí se divisaba todo el puerto y gran parte de la ciudad. Meli hizo café y yo saqué la botella de coñac francés que mi hermana me había regalado por mi cumpleaños.

Arrellanado en una butaca de mimbre, Mario sacó una pitillera de oro y nos la tendió para que cogiésemos un cigarrillo. Como ninguno de los dos fumábamos, tuvo el detalle de pedir a Meli permiso para hacerlo él.

Me fijé en su manera de sostener el cigarro mientras fumaba, con los dedos muy estirados, sin apenas presionarlo. Y lo mismo después cuando se tomaba el café: cogía la taza por el asa y se la llevaba hasta los labios con mucha delicadeza, como si temiera romperla, asiéndola sólo con las puntas de los dedos, dejando en alto el meñique como una pequeña ala que le hubiese brotado de pronto en el dorso de la mano. Todo en él parecía de porcelana china, como la misma taza que sostenía: la extremada delgadez de su figura, la blancura de su piel, sus finas manos de violinista, y la rara transparencia de su tez en la que le azuleaban las venas de la frente. Reconozco que me admiraba aquella fragilidad que aún seguía teniendo como cuando era un niño.

Entre sorbo y sorbo de café, Mario hizo que la conversación girase otra vez en torno a él.

—No sé lo que podréis pensar de todo lo que os he contado —dijo—, ni tampoco deseo saberlo. Solo quiero que me comprendáis y que me aceptéis como lo que soy en realidad: un hombre... ¿cómo diría yo?... ¡diferente, eso es!... Un hombre diferente y solitario al que le siguen acosando los tormentos. Aquí donde me veis, estoy siempre solo, a pesar de mis éxitos y de la gente que me rodea. Mi soledad es una soledad interior, una mezcla de insatisfacción y vacío que me tortura y me hace pensar a veces en acabar con mi vida. Y si no fuera porque soy muy cobarde y me asusta esa alternativa, os aseguro que hace tiempo lo hubiera hecho.

Al oírle decir aquello me pareció, por primera vez en la noche, que seguía siendo el niño indefenso y temeroso que yo conocí en otro tiempo. Un sentimiento de lástima empezó a brotar en mí como cuando en el Instituto veía que los muchachos lo convertían en víctima de sus mofas e insultos. Y la desconfianza que al principio y a lo largo de la cena me habían producido su teatralidad y sofisticación, dejaron paso a una especie de ternura que no sé si era producto de la piedad o de los recuerdos.

—Bueno, aún eres joven —se me ocurrió decir por animarle.

—¡Joven, guapo e interesante! —apostilló Meli con la misma intención.

El sonrió y dijo:

—¡Qué va!... Esos son los ojos con que me veis, pero tengo ya cuarenta y nueve años y hace más de treinta que salí de aquí, dejando a mi padre viendo un partido de fútbol en el televisor.

—¿Y por qué has vuelto? —le pregunté de pronto.

Mario encendió otro cigarrillo a pesar de que aún tenía el anterior a medio consumir en el cenicero.

—No lo sé muy bien —me contestó después de exhalar una larga bocanada de humo—, quizá por lo mismo que les ocurre a los viejos elefantes, que antes de morir van en busca de los lugares donde pasaron sus primeros años.

—¡Pero tú no vas a morir, hombre! —exclamó Meli — ¡Debe de haber alguna otra razón!

—Pues sí que la hay, aunque tal vez os parezca sorprendente después de todo lo que os he contado. Resulta que, en todos esos años que he vivido por ahí, nunca supe nada de mi padre, ni me preocupé por saberlo. Pero hace un mes recibí una carta de un amigo suyo que había logrado localizarme, en la que me decía que mi padre había muerto de cirrosis aguda en el hospital y que en sus últimos momentos no paraba de nombrarnos a mi madre y a mí. Y aunque nos había hecho mucho daño a los dos, eso me reconcilió un poco con él. ¡La muerte tiene estas cosas: que todo se le perdona al que muere!... Por eso principalmente he venido, aunque sólo por unos días, para poner una lápida en su tumba y unas flores en la de mi madre. ¡Ah!... Y para volver a ver, ¡hasta sabe Dios cuándo!, al único amigo verdadero que he tenido en mi vida.

A Mario se le había ido quebrando la voz poco a poco y yo pensé que con estas últimas palabras iba a dar por terminada su historia. Pero después de beber un poco del coñac que yo le había puesto en su copa, aún añadió con un brillo de lágrimas en los ojos:

—Me han dicho que mi padre conservaba una vieja carpeta llena de recortes de revistas y periódicos en los que yo aparecía, o que decían algo de mí, y que en su cartera llevó siempre una antigua fotografía en la que estábamos los dos con mi madre cuando yo tenía solo once o doce años.

El reloj de pared que teníamos en el salón comenzó a dar las doce campanadas de la media noche que fueron resonando ampulosamente en el silencio de la casa. Al oírlas, Mario se removió en su butaca y dijo que ya era muy tarde. Durante unos instantes permanecimos callados los tres sin saber qué decirnos, hasta que al fin mi mujer se levantó y se acercó a Mario para darle un beso en la frente. Entonces él, que aún permanecía sentado, le cogió las dos manos, escondió su cara entre ellas y se las volvió a besar. Yo me quedé mirándole y me vino a la memoria el niño aquel que muchos años atrás estaba siempre buscándome. Sin embargo, volví a sentirme algo confuso, pues no acababa de convencerme de que todo aquello no era más que una de sus actuaciones teatrales. Pero no dije nada y me limité a apurar de un solo trago mi copa de coñac.

Tres meses después de aquella cena, un día del otoño, me llegó una carta de Madrid que traía un remitente desconocido. Se trataba de un amigo de Mario

y en ella me decía lo siguiente: “Le escribo para comunicarle que Mario Gil ha muerto. Lo encontraron sin vida una mañana en una habitación de un hotel. Sobre la mesilla de noche había cuatro tubos de somníferos totalmente vacíos. Entre sus papeles recientes hemos encontrado la adjunta tarjeta postal que está dirigida a usted y que no llegó a echar en Correos”.

Cuando mi mujer y yo leímos aquella tarjeta, no pudimos evitar que se nos saltasen las lágrimas. Decía solamente: “Gracias a los dos por la cena y por haber admitido en vuestra casa a un proscrito. ¡Hasta siempre!... Mario”.

¡A VER, UN VOLUNTARIO!

(Cuento estudiantil)

Había estudiado casi toda la noche. Varias tazas de café le ayudaron a resistir seis horas sobre el libro de Historia con los ojos abiertos y la mente lúcida. Por la mañana, la ducha lo dejó como nuevo y salió hacia el Instituto silbando una cancioncilla.

Los pájaros jugaban al escondite por entre las ramas y los tejados. Las barcas de pesca regresaban poniendo en el aire mañanero el latido monorrítmico de sus motores. Pero él, ajeno a todo, sólo percibía la realidad de su mundo interior, repleto de fechas y datos, de reyes y batallas, de frases aprendidas de memoria. Pensaba en la cara que iba a poner el profesor de Historia cuando le diera la lección. Pensaba también en su padre que, cuando recibía el boletín de notas, casi lloraba de rabia y tristeza y que, cuando se enfadaba, le decía: “Eres un gandul y nunca servirás para nada”. Y pensaba en una niña rubia que, además de ser preciosa, sacaba Matrícula de Honor en Historia.

Se sentó en primera fila. Quería que nadie le quitara su oportunidad cuando el profesor dijera: “A ver, un voluntario”. Tenía ilusión, tenía esperanza, y se daba cuenta de que debía demostrar que servía para algo.

Mientras se pasaba lista, apoyó los codos en la mesa y descansó la cabeza sobre las manos para relajarse un poco. Momentos después oyó la esperada voz del profesor:

—¡A ver, un voluntario!

Solamente se levantó él. De pie, erguido, seguro de sí mismo, como Cicerón cuando lanzó al Senado aquello de: “*Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?*”

Empezó a hablar despacio. Las primeras frases, bien dichas y con voz clara, aumentaron su confianza. Después abordó el tema de “La decadencia y ruina del Imperio Romano” con gran estilo, con elocuencia.

Mientras hablaba, observaba la cara del profesor que iba pasando de la sorpresa a la admiración y de la admiración al entusiasmo.

De pronto, el profesor le interrumpió:

—¡Un momento! Voy a llamar al Sr. Director. Vale la pena que él lo escuche.

El director llegó enseguida. Le dio la mano y se sentó junto al profesor. Y él siguió su disertación, sin ningún nerviosismo, haciendo alarde de un sorprendente dominio del tema y de una manera brillante de exponerlo.

Al poco rato, el director le volvió a interrumpir.

—¡Un momento! Voy a llamar a los demás profesores. Y vamos a traer un magnetófono para grabar cuanto vaya diciendo. ¡Nuestro Instituto se siente orgulloso de usted!

Llegaron los profesores. Llegó un fotógrafo que le hacía fotos desde todos los ángulos. Entraron alumnos de otros cursos, los más destacados. La clase se llenó de gente. Y él hablaba más y más, sin detenerse a pensar las palabras que salían de su boca con toda fluidez. Hubo que sustituir la cinta magnetofónica que se había completado.

Entró también su padre, y el director lo invitó a sentarse en la presidencia. Y él lo veía iluminado de gozo, y le parecía que, con los ojos húmedos, le iba diciendo que no era verdad que fuera un gandul y que no serviría para nada.

Y, por fin, entró la niña rubia, que le sonrió como nunca, con una emocionada ternura.

Al sonar el timbre que cerraba la clase, nadie se movió. Y él continuó hablando una hora más, hasta que la saliva le faltó y la boca se le quedó seca. Entonces terminó. Una atronadora ovación estalló en la clase y se extendió por todos los rincones del Instituto. ¡Bravo!...¡Bravo! repitieron las paredes y los patios con el eco más solemne. ¡¡Bravo!!... ¡¡Bravo!! corearon los bedeles, el portero, las limpiadoras y todos los alumnos de las otras clases. El Instituto entero era una enorme caja de resonancias. Los «bravos» se multiplicaban y salían al exterior, inundado las calles como una gigantesca ola sonora.

La emoción le turbó. Empezó a ver las caras borrosas, agrandándose y achicándose como luces lejanas entre las nieblas. Un dulce mareo le embriagaba y se dejó flotar en él como en una nube de colores.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta recuperar la conciencia. Lo primero que percibió fue un sorprendente silencio. Después, el rostro del profesor de Historia que se acercaba hasta quedar casi pegado al suyo. ¡Qué expresión tan extraña tenían sus ojos! Tras aquel rostro fueron apareciendo los de sus compañeros de clase. Y en todos los ojos había la misma expresión de burla. No estaban ya el director ni los demás profesores ni su padre ni la niña rubia. No se oían ya los «bravos» que se habían ido perdiendo a lo lejos.

La voz del profesor de Historia acabó de traerle a la realidad.

—¡Buena siesta se ha echado usted en esta clase! ¡Solo le faltó roncar!

Cuando salió a la calle, los compañeros se burlaban y reían de él. Pero, en el fondo, se sentía feliz. Había disfrutado el placer del triunfo, había conocido el sabor del éxito, y le pareció maravilloso. Lo demás, ¿qué importaba? Se hizo el propósito de que el próximo día todo fuera de verdad. Dirigió la mirada hacia lo alto y vio en el cielo azul unas nubecillas blancas que tenían forma de pájaros. Y sonrió como un ángel.

(Publicado en la revista HACER , en el número de 1971)

EL ASILADO DE LA CLÍNICA MENTAL

(Narración novelada)

I

Muchas veces, en el camino de mi casa, me había detenido ante aquella villa blanquísima que siempre había llamado poderosamente mi atención. Un pequeño bosquecillo de tilos la rodeaba y recuerdo que, más de una vez, había deseado poder filtrarme por entre el velo de sus ramas para contemplar de cerca la sugestiva belleza de su blancura impresionante.

Una verja de color verde circundaba la casa y el bosquecillo. Sus barras, en forma de lanzas, se mostraban siempre ante mis ojos como una hilera interminable de mudos guardianes que estuviesen allí, firmes en centinela, protegiendo algo ignoto. Mi imaginación, muy dada a fantasear, tejió enseguida toda una serie de leyendas alrededor de aquella apartada mansión blanca.

Y, sin embargo, ¡qué lejos todo de la realidad! Aquel mundo de misterios que yo, en mi imaginación, había hecho surgir entre aquellas paredes inmaculadas y al pie de aquellos tilos melancólicos, quedaba desvanecido fácilmente, como una voluta de humo, al leerse el rótulo blanquecino que servía de pórtico a la entrada principal de la verja: “Clínica de San Juan de Dios. Retiro para enfermos mentales. Director: Dr. Luis Olmos.”

Esto era, en realidad, aquel silencioso palacio blanco que yo, por un caprichoso e infantil juego de fantasías, había ido convirtiendo en morada de cosas raras e impresionantes. ¡Tal vez fue su exagerada blancura y la romántica estampa de los tilos de bosquecillo lo que me hicieron divagar así!

Una mañana, cosa rara, hallé entreabierta la puerta de la verja. Como si aquello fuese una llamada de clarín, despertaron de golpe mis latentes deseos y curiosidades de siempre por entrar allí. La ocasión se me presentaba tentadora. Antes de pensarlo, ya resonaban mis pisadas en la grava crujiente del parque. No escuché ningún ruido, aparte del eco de mis pasos que ya empezaban a asustarme, ni oí ningún grito por ninguna parte; únicamente, algunos pajarillos cruzaron alborozados. Una avenida de tilos, bordeada de trecho en trecho por algunos bancos de hierro, me conducía hacia el edificio. Nuevamente, y más ahora al encontrarme tan cerca de ella, empecé a sentir la fascinación de aquella blancura. Olvidaba insensiblemente que aquello era una clínica o casa de reposo y no un lugar de alguna novela de Poe.

Para hacer menos ruido, fui pisando solamente con los tacones, pero temí que alguien me viese con ese cuidado y me tomase por algún ladrón. Pensé en volver atrás, pero fue demasiado tarde: ante mí se encontraba un hombrecillo, calvo y con lentes, que me esperaba sonriendo sin sacar las manos de los grandes bolsillos de su bata blanca. Supuse a primera vista que sería algún ayudante o tal vez algún empleado de la clínica.

—¡Bienvenido, señor! —empezó él.

—¡Muy buenos días! —le contesté—. ¿Quisiera usted indicarme dónde podría encontrar al doctor Olmos? —continué para salir del paso que, confieso, me desorientó un poco.

—Tiene usted mucha suerte —exclamó alegre, mientras iniciaba una leve inclinación—. ¡El doctor Olmos soy yo!

—¿Cómo?, ¿usted?...

—Creo que al decir esto me puse blanco como si aquello fuese un terrible encuentro.

—¡Sí, yo! ¿Es que le sorprende?... —preguntó extrañado el hombrecillo aquel.

—¡Oh! Nada de eso, doctor... es que... verá usted... Venía buscándole... ¿sabe?... ¡y le encuentro tan casualmente! —respondí yo, espaciando cuanto podía las frases para darme tiempo a improvisar.

El doctor Olmos me volvió a sonreír cordialmente —era esta su cualidad más notable— y ya, más tranquilo, pude hacer mi presentación.

—Bien, señor, pues usted me dirá en qué puedo servirle —dijo mientras estrechaba mi mano.

Lo demás fue ya más fácil. El doctor Olmos era una persona atenta y simpática y acogió con benevolencia mi intromisión en sus dominios. Tal vez pesase en mi favor mi condición de escritor y, aunque juzgó exageradas mis ideas de encontrar allí algo raro e interesante para mis novelas, se ofreció amable para enseñarme toda su institución médica.

Mientras recorríamos juntos todas las dependencias del edificio, me hablaba de la vida y misión de aquel retiro de salud. Actualmente, según me dijo, solo una media docena de enfermos y convalecientes estaban al cuidado de aquella clínica. Los más eran casos corrientes que no encerraban ningún interés particular: damas neurasténicas, que pagaban a peso de oro la paz y el lujo de aquel retiro, y alguna jovencita maniática e histérica a la que su familia recluía allí para que el reposo y

el doctor Olmos la restableciesen; eso era todo lo que, en esos momentos, había en aquella clínica de San Juan de Dios. El doctor me habló de algunos pacientes anteriores que podían haberme interesado, pero temía que los actuales careciesen del más mínimo interés. Todos tenían la misma historia, vulgar y sosa.

II

—Creo que se marchará usted satisfecho, aunque sé que no halló todo lo que vino buscando —me iba diciendo el doctor Olmos mientras cruzábamos el amplio vestíbulo de entrada, después de haber recorrido todas las instalaciones del local y de haberme presentado a algunos de los moradores del retiro de salud.

En verdad, confieso que sentí algo de desilusión.

Me agradó, sí, todo lo que de bello y acogedor tenía el edificio: sus amplias salas de tratamientos; sus corredores abiertos al parque, saturados de aire y de sol; sus distintas dependencias, silenciosas y recoletas como de algún monasterio blanco.

Pero no era eso precisamente lo que, desde un principio, atrajo mi curiosidad. Había que reconocer que mis exigencias tenían justificación si se tiene en cuenta mi modo de verlo todo, buscándole siempre la parte más emotiva y extraordinaria.

Mas he aquí que, en el preciso momento en que ya me despedía del doctor Olmos, ocurrió algo que fue el verdadero comienzo de esta historia, y la causa de que yo no me marchara de allí tan de vacío como hasta entonces lo iba a hacer: del fondo de unos corredores llegaban mortecinos hasta nosotros unos compases de piano.

—¿Cómo?... ¿Un piano? —interrogué sorprendido—. ¡Es curioso!...

El doctor Olmos, sin concederle ninguna importancia, me explicó:

—¡Bah! No merece la pena y por eso no se lo enseñé. Es David Littleman. No es ningún enfermo como los demás que ha visto. Es únicamente un asilado que tenemos aquí.

—¿Un asilado? —pregunté yo extrañado y haciendo ver que aquello empezaba a interesarme.

—Puesto que veo que le interesa, le hablaré de él. David es un músico judío. No tuvo suerte en su vida artística. Ni su música ni sus interpretaciones llegaron a interesar a nadie y el más horrible fracaso le siguió como una sombra donde quiera que fue. Cierta día, ocultando su verdadera religión, tocó el órgano en una iglesia. Entonces le conocí yo, pues mi hermano, que era maestro de capilla, me lo

presentó. Volvió a tocar otro día y algunas personas lo felicitaron. Le ofrecieron el cargo de organista de aquel templo y David aceptó; mas, al poco tiempo, alguien descubrió su secreto y tuvo que salir de allí. Anduvo errante una temporada hasta que una noche, vencido y loco, cayó a la puerta de mi clínica. Yo lo recogí y le di asilo. Algunos meses después fue bautizado, aunque conservó su antiguo nombre. Desde entonces no ha salido de aquí y permanece siempre en su habitación, solo con su música y sus papeles. Según parece, está componiendo otra vez. No es un enfermo, aunque lo parezca, pero aquí encontró dos cosas que necesitaba: la paz y la fe.

El doctor Olmos, a medida que hablaba, denotaba un entusiasmo que no había mostrado al principio. Después me di cuenta de que lo motivaba su afecto sincero por David.

—¿Y dice usted que no tiene nada de interesante? —le interrumpí con incontenible admiración.

—Desde mi punto de vista profesional, no —mintió sonriendo el doctor.

—¡Ah!, pero es que yo no soy médico —dije yo—, soy escritor y, precisamente, algo así vine buscando.

—¿Cómo? —exclamó el simpático doctor Olmos, haciendo un inocente mohín de enfado—. ¿Entonces...? ¿No le ha interesado nada mi clínica?

—¡Oh, no! —expliqué sonriente—, he encontrado todo realmente magnífico y mi impresión es muy agradable. Solo quise decir antes que siempre sentí curiosidad por conocer aquí esas otras honduras emotivas que todo enfermo mental llevaría consigo, aparte de las puramente médicas y ordinarias. No sé si me comprenderá usted.

—Sí, sí —musitó el doctor, quedando un momento pensativo. Después se acarició un poco la barbilla y empezó a decir despacio:

—Bien, mi querido visitante, eso quiere decir que le tendré que presentar a mi asilado, David Littelman.

—Se lo agradeceré mucho, pues me ha interesado vivamente la rápida biografía que de él me acaba usted de hacer. Es más, creo algún día escribiré algo de todo esto.

El simpático doctor Olmos pareció comprender por fin todos mis razonamientos anteriores e inició la marcha hacia el fondo del corredor. La música del piano se oía ahora con más claridad y empezaba ya a distinguir algunos compases plenos, a mi juicio, de ejecución y armonía.

—Vamos —apresuró el doctor—, que ahora le podremos encontrar en plena actividad musical.

Efectivamente. Cuando, sin hacer ruido apenas, entramos en la pequeña habitación de David Littleman, este se hallaba sentado al piano, de espaldas a nosotros, tecleando algo que naturalmente no reconocí. ¡Será música original!, supuse.

Creo que no notó nuestra presencia hasta que el doctor Olmos posó una mano en su hombro diciendo:

—David... David, escucha... Aquí ha venido alguien que desea conocerte.

El hombre se volvió lentamente en su taburete sin dejar de tocar. Me miró un instante y se levantó despacio, clavando en mí su mirada incrédula y desalentada.

Era un hombre joven al parecer; tal vez un aire acentuado de cansancio le hacía más viejo, pero en realidad pienso que no tendría más allá de los treinta y cinco años. Tenía la tez muy blanca y sus ojos, intensamente negros, resaltaban brillantes. Los rasgos de su rostro eran perfectos aunque acusaban cierta falta de energía. Su mirada tenía algo de dulzura y timidez.

—¡No, no se moleste! —le aconsejé yo, haciendo que se volviese a sentar—. Oí el piano al pasar y, como soy aficionado a la música, supliqué al doctor que me permitiese escucharle. Creí que sería alguna monja. Son maravillosos esos compases que usted ejecutaba. ¿De qué compositor son? ¿Chopin tal vez?

David Littleman me miró con cordialidad y, después de cruzar una mirada con el doctor Olmos, contestó secamente pero sin dureza:

—¡Son míos, señor!

Después le rogué que continuase tocando y quiso complacerme con algunos fragmentos de Bach y de Chopin, pero el doctor Olmos le interrumpió aconsejándole:

—David, ¿por qué no tocas de nuevo algo tuyo para que el señor conozca tu música?

Entonces ocurrió algo extraño: David se volvió hacia mí y me miró fijamente. La blancura de su rostro adquirió una intensa lividez. Comprendí el trance de aquel hombre y le sonreí. No sé cómo fue, pero al momento se animó su mirada y su expresión se tornó entusiasta. Sin decir nada, extendió sus manos sobre las teclas y tocó algo que llegó a interesarme vivamente. Desde entonces, comencé a admirarle.

Mientras tocaba, no aparté la mirada de él. En mi pensamiento empezó a proyectarse, como en una cinta cinematográfica, toda la vida y la obra de aquel hombre al que yo empezaba a apreciar y a compadecer. Lo veía desde sus comienzos, sus primeras inquietudes de artista, sus ilusiones y esperanzas jóvenes, sus primeras obras, sus actuaciones, la serie ininterrumpida de fracasos que minaban sus salud y su vida, su providencial entrada en la fe de Cristo, su conversión, sus nuevas amarguras, su actual retiro merced a la caridad del doctor Olmos, la nueva obra en la que trabajaba, tal vez las últimas ilusiones de su vida destrozada. ¿Serían éstas un nuevo fracaso? ¿O quizás el único triunfo que le reservaba Dios?

Al alejarme de aquel sanatorio resonaban aún en mis oídos los compases maravillosos de la música de David. En mi mente, notaba su mirada, brillante y cansada a la vez. Al salir, el doctor Olmos me había dicho ingenuamente:

—¿Escribirá usted algo en el periódico sobre David?

III

Pasó algún tiempo desde aquella luminosa mañana en que, por una rara curiosidad, entré en la clínica mental del doctor Olmos. Volví varias veces y, en ellas, logré que David Littleman me tomase bastante afecto y confianza. La amistad entre nosotros hizo posible que aquel hombre infeliz volcase en mí el contenido maravilloso de su genio artístico. Cada vez me explicaba menos sus fracasos anteriores. Peores músicos y peores pianistas habían logrado lo que él no había conseguido. Me mostró el último concierto, que aún tenía sin terminar, y creo que nunca escuché nada semejante. Aquella música tenía cierto fondo de amargura pero, a su vez, era todo un poema de amor y elevación. Su título, “Christum”, era la más sublime y emocionada ofrenda de aquel judío converso.

Ahora, David Littleman se dispone a presentarse nuevamente ante el público y dará a conocer su “Christum”, compuesto todo en la clínica del doctor Olmos.

Antes de salir al escenario, David habló con nosotros largo rato, sin poder ocultar su nerviosismo.

El doctor Olmos, que había llegado a quererlo como a un hijo, le abrazó diciéndole:

—¡Ten confianza, David! Siempre fuiste Littleman, pero desde ahora serás muy grande*, si no ante los hombres, ante Dios. Tu “Christum” lo logrará.

* [Littleman: en inglés, pequeño hombre]

David vino a abrazarme a mí también y pude observar que una emoción extraña le dominaba sin permitirle hablar.

No lo podré olvidar nunca. Todo lo ocurrido aquella noche quedó grabado en mi recuerdo como la impresión más intensa de toda mi vida.

No acertaría a describir lo que fue el concierto. Fue algo increíble para los que llenaban la sala. La música de David Littleman, plena de matices en los que se plasmaba un amoroso misticismo, significaba algo no acostumbrado en lo que se patentizaban a la vez el genio y el creyente. El público se sintió conmovido desde el comienzo hasta el final y, ya antes de sonar el último golpe de tecla, se había puesto en pie en un solo impulso de homenaje hacia aquel músico, de aspecto dolido y enfermo. Los aplausos rompieron en un clamor enorme.

El doctor Olmos me estrechó la mano sin acertar a decir una sola palabra, tal era su alegría, y ambos miramos entusiasmados a David. Este, al terminar, dejó caer sus brazos cansados sobre el teclado blanquinegro y, suavemente, se fue desplomando sobre el piano, mientras una lluvia de flores caía alrededor de su cuerpo doblado.

Los aplausos continuaron incesantes en espera de que el músico triunfador se levantase a corresponder. David continuaba inmóvil es su rara postura sobre el piano.

¡No lo olvidaré nunca!

El doctor Olmos y yo fuimos los primeros en llegar hasta él.

¡David Littleman había muerto!...

Años después, volví a la clínica del doctor Olmos. Al cruzar por la avenida de los tilos, sentí que un nudo de emoción apretaba mi garganta. En el pequeño oratorio, unas monjas entonaban un fragmento del “Christum” de David. Alcé la mirada al cielo y, por entre las nubes blanquísimas vi pasar un rayo de sol...

(Abril de 1946)

LA APARECIDA DEL CASERÓN

(Leyenda)

I

Medio oculto entre un frondoso grupo de sauces y eucaliptus, y a un lado de la carretera que salía de la ciudad, se levantaba un viejo edificio que por haber sido antaño colegio de religiosas, lo llamaban todos “el caserón de las monjas”.

Hacía años que las Hermanas lo habían abandonado y, posteriormente, nadie se había ocupado de aquella casa, a no ser para mostrarla a algunos turistas curiosos, inventándole alguna historia tenebrosa que despertara su extravagante interés.

De su anterior elegancia solo restaban ya unas ruinas sombrías y destartaladas. La hiedra cubría totalmente sus muros con un velo verdinegro que servía, por lo menos, para ocultar la suciedad de sus fachadas. En el tejado, grandes boquetes permitían ver las vigas interiores cayéndose lentamente. Los suelos se encontraban tapizados de escombros y maderas podridas.

Algunas familias de murciélagos anidaban en los rincones de las buhardillas y, por si no fuera bastante, aún ocurrió algo en él que dio lugar a que la ingenua creencia popular lo convirtiese en morada de brujas y espíritus. La causa era que, en cierta noche de invierno, un caminante forastero buscó refugio allí para guarecerse de la tormenta y fue hallado muerto a la mañana siguiente, con la cabeza destrozada por una viga de madera caída del techo.

La voz popular hizo creer enseguida que aquella muerte era debida a los duendes y los fantasmas que tenían sus dominios en aquellos lugares abandonados.

Como por un milagro o capricho irónico de la naturaleza, el jardín que rodeaba el caserón se mantenía aún en un salvaje esplendor que contrastaba notablemente con el lúgubre abandono de todo el edificio. Ningún jardinero lo cuidaba y, sin embargo, aquel vergel llamaba poderosamente la atención de cuantas personas transitaban por la carretera; especialmente unos rosales cuajados siempre de rosas blancas que crecían al fondo y que eran una fragante tentación para todas las muchachas que pasaban por allí.

Durante el verano, se solía pasear por aquella carretera hacia unos jardines que, por su situación frente al mar, abiertos a su fresca brisa y por sus gratas sombras y acomodos, resultaban el lugar más propicio y agradable donde recrearse en los atardeceres veraniegos.

Las muchachas pasaban en grupos y de vez en cuando se detenían frente al caserón, y alguna, más decidida, osaba penetrar y coger unas cuantas rosas blancas. ¡Siempre volvían corriendo como si temieran ser perseguidas!

Cierta tarde...

Una linda chiquilla de dieciséis años se había aventurado a llegar hasta el mismo fondo del jardín y, aunque ya las primeras sombras de la noche jugaban en las paredes del viejo caserón, se entretenía formando un magnífico ramo de rosas blancas que sería la admiración de todas sus compañeras cuando la vieran salir con él.

Los sauces y eucaliptos se balanceaban con la brisa del crepúsculo, y el murmullo del viento entre las ramas empezaba a asustar a la muchacha, que ya sentía su corazón latiendo cada vez más aprisa.

De pronto, le pareció oír pasos tras ella. El corazón le dio un vuelco; sin volverse escuchó con más atención: ¡solo el viento entre las ramas turbaba el silencio de aquellos lugares!

Más tranquilizada, se apresuró a terminar su ramo lo más rápidamente que le permitían sus nervios no muy seguros.

Nuevamente oyó ruido cerca. Ahora pudo escuchar perfectamente las pisadas de alguien que se acercaba. En aquel momento hubiese querido tener alas para saltar volando hasta llegar a la carretera. Sintió miedo y permaneció completamente inmóvil, esperando que las pisadas se alejasen para salir ella rápidamente.

En la lejanía oyó cantar a unas niñas.

Sintió que las sienes le martilleaban y, en un desesperado arranque de valor, se volvió para echar a correr.

Por la avenida se acercaba despacio una mujer.

Tuvo miedo y quiso gritar. Las piernas se le doblaban y a punto estuvo de caer. Los músculos se le quedaron flojos y empezó a temblar. El corazón le latía aceleradamente y la sangre se le agolpaba en las venas. Las flores que había estado recogiendo se le caían al suelo.

La mujer aquella continuaba acercándose.

Era una señora de bastante edad, alta y huesuda, con las cuencas de los ojos hundidas y la mirada muy brillante. Vestía un hábito de terciopelo negro y su rostro tenía una lividez extraña y enfermiza que acentuaba más su estampa sombría y misteriosa.

La muchacha cerró los ojos para no verla, y entonces oyó asombrada que, de aquella figura pavorosa, salía una voz dulcísima que le hablaba con bastante naturalidad.

—¿Te gustan mucho las rosas blancas?—

La asustada chiquilla solo acertó a pronunciar un “sí” tembloroso y débil.

—A mí también me encantan —continuó hablando la aparecida—. ¡Son las flores más puras y hermosas de todo el jardín! A vosotras las jóvenes os presta mayor encanto una rosa blanca: son flores de amor, solo para la Virgen y las muchachas. Estas de aquí son muy delicadas, a pesar de que hace tiempo que nadie las cuida.

Después la ayudó a recoger las flores que se le habían caído y, entonces, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El asombro de la muchacha no tenía límites. Estaba admirada y poco a poco se había ido tranquilizando.

—Me llamo María Rosa —contestó sin alterarse.

—¡Qué nombre más bonito! —habló la señora—. ¿Y cuántos años tienes? —preguntó nuevamente.

—¡Dieciséis!

En aquel momento oyó que la llamaban sus amigas desde la carretera.

—Me voy. Es demasiado tarde.

La señora la miró sonriente.

—Toma las rosas y ven todos los días. Me gusta hablar con vosotras, pero pocas venís hasta aquí. ¡No sé de qué tenéis miedo! Ve con Dios, hija... ¿Querrás venir mañana?

Había puesto tanta ternura y tanta ansiedad al preguntarle si iría, que no pudo negarse y prometió volver.

Cuando se encontró al fin en la carretera, le pareció despertar de una pesadilla. Las demás chicas, impacientes con su tardanza, la rodearon preocupadas. María Rosa no dijo nada de aquel encuentro y se esforzó en mostrarse serena.

Volvió otras tardes, como había prometido. La señora la esperaba siempre en el mismo sitio y la trataba con la misma dulzura del primer día. Se había acostumbrado

ya a su extraño aspecto y no le asustaba su compañía, aunque hubiese anochecido y se encontrase en sombras todo el jardín.

Llegó a tomarle afecto, e incluso le agradaba ir allí.

Pensó que aquella señora viviría en alguna villa de alrededor, aunque nunca le había preguntado nada, ni ella le había hablado tampoco.

II

Finalizado el verano, cuando una tarde María Rosa llegó al grupo de sus amigas, éstas rodeaban a una de ellas que, con mucho misterio, les hablaba de algo que, a juzgar por la atención que todas ponían, debía ser muy interesante.

—¿Sabéis? —decía—. Me han contado que están ocurriendo cosas raras en el “caserón de las monjas”. Dicen que todas las noches se ve una luz que recorre todas las estancias y habitaciones como si alguien buscara algo. También me han dicho que, a veces, se ve la silueta de una mujer que sostiene en su mano un candelabro con una vela encendida. ¡Creen que es una loca!...

María Rosa siguió a sus amigas cuando aquella noche marcharon todas a comprobar, con sus propios ojos, el suceso aquel del caserón.

El antiguo colegio de monjas recortaba en la noche su negrura siniestra medio oculta entre los árboles. La luna lo iluminaba a veces a través de unas nubes fugitivas. El jardín aparecía lleno de sombras y en el fondo se destacaban las rosas blancas.

Las chicas, desde la carretera, miraron en silencio solemne hacia las rotas ventanas de enfrente. Hacía rato que esperaban cuando, de pronto, una de ellas dio un grito y todas permanecieron sobrecogidas de miedo sin apartar los ojos de las ventanas. Un débil resplandor cruzaba de un lado a otro, iluminando las estancias y dejando ver en las desnudas paredes interiores, sombras alargadas que se movían temblorosas.

Al pasar por delante del mirador, aquella luz se detuvo un instante y, entonces, pudo distinguirse, claramente recortada a la luz de la luna, la silueta de una mujer alta y delgada que sostenía en su mano un candelabro con una luz encendida.

Las chicas dieron un grito y se alejaron huyendo del lugar.

Hasta aquí lo que todo el mundo conocía. La historia de la mujer aparecida se había divulgado con extraordinaria rapidez, y eran muchas las personas que, al anochecer, acudían curiosas a mirar desde la carretera aquella misteriosa luz que se veía cruzar por el interior de la casa.

Pasaron los días y, poco a poco, fue quedando olvidado el caso de la aparecida del candelabro. El viejo caserón añadió un misterio más a su ya sombría historia, y nadie volvió a acordarse de aquel asunto. Hacía tiempo que dejaron de verse las luces misteriosas, y con el final del verano, aquellos lugares volvieron a quedar apartados del interés de las gentes. Las últimas rosas blancas cayeron marchitas, y los sauces y eucaliptos se recortaban ya con las frías desnudeces del otoño.

III

Encontré a María Rosa un día. La linda muchacha vino hacia mí muy agitada y, con mucho nerviosismo, me contó algo que revolvía de nuevo el misterio del caserón.

—He tenido un sueño horrible —me dijo—. Se me presentó una señora alta y delgada, vestida con un sayal de terciopelo negro y que llevaba en la mano un ramo de rosas blancas. Me llamó tres veces por mi nombre con una voz dulcísima y me pidió que, en la noche de ánimas, fuese a rezar el rosario a la antigua capilla del “caserón de las monjas”. Solo así podría salvar su alma. Me dijo también que había sido, en vida, una monja de aquel antiguo colegio y que, para entrar en el Cielo, tenía que expiar un falta que únicamente podía redimirla así. ¡Es horrible!

Yo escuchaba asombrado cuanto me contaba María Rosa, sin atreverme a dar crédito a todo ello.

Una noche, faltando solo tres para la de ánimas volvió a verse el resplandor de una vela recorriendo todas las dependencias del caserón. Y algunos aseguraban haber oído la mohosa campana del colegio llamando al rosario.

IV

Me comunicaron que María Rosa estaba gravemente enferma. Nadie sabía qué mal tenía. Los médicos certificaban que la niña se encontraba bajo los efectos de una poderosa impresión. No hacía más que temblar, balbuciendo frases ininteligibles. Su madre afirmaba que, a veces, creía oírla rezar.

Cuando María Rosa estuvo fuera de peligro, me contó lo sucedido en la noche de difuntos.

—Sabía que el sueño aquel era una revelación —me dijo—, y mi deber de cristiana me llamaba a salvar aquella alma que se podía perder. Luché mucho tiempo dudando, sin atreverme a creerlo, hasta que volvieron a aparecer aquellas luces que recorrían angustiosas todos los rincones del caserón. Entonces me decidí a ir y pedí a la Virgen que me diese valor para hacerlo. La noche de ánimas fui allí y,

efectivamente: ¡en el jardín me esperaba la señora aquella!... No me dijo nada y, gravemente, echó a andar delante de mí, alumbrándome con la luz de un candelabro que llevaba en la mano. En la capilla había dos reclinatorios preparados ante una pequeña cruz pintada en el muro. Ella dejó el candelabro a su pie y, con la mirada, me invitó a arrodillarme. Hizo igual y dio comienzo aquel lúgubre rosario. Su voz era tan dulce y suave como siempre, pero el eco ponía en ella modulaciones extrañas. La luz del candelabro proyectaba nuestras sombras contra la pared. Temblaban las negras siluetas y la vela se extinguía rápidamente...

“Dios te salve María... Santa María... Dios te salve María...”

Me parecía interminable aquel rosario. Al llegar a la Letanía presentí que me iba a desmayar. ¡Qué lenta la rezaba aquella mujer!

“Mater Cristi... Ora pro nobis... Mater divina gratia... Ora pro nobis...”

Al terminar, no pude contenerme por más tiempo y salí corriendo hasta llegar a mi casa. ¡No sé cómo conseguí dormir!... Luego, en sueños, noté una suave mano que me acariciaba la mejilla, mientras unos labios fríos me dejaban un beso helado sobre la frente...

Desperté sobresaltada y, al encender la luz, lo primero que vieron mis ojos fue la imagen de la Inmaculada Concepción que tengo en la mesilla de noche, que me sonreía rodeada de ángeles...

Esto fue todo lo que me contó María Rosa. ¡La chiquilla era feliz porque había salvado una alma!...

Nunca más volvieron a verse aquellos extraños resplandores en el viejo y sombrío “caserón de las monjas”.

Han transcurrido ya muchos años y, sin embargo, entre aquellas lúgubres ruinas, medio ocultas entre sauces y eucaliptos, florecen aún rosas blancas...

(Agosto de 1947)

LO QUE NOS CONTÓ EL PADRE TOMÁS

(Cuento de colegio)

El viejo reloj del colegio acababa de dar las siete de la tarde y los ecos de sus campanadas se fueron perdiendo por las galerías abovedadas dejando atrás una estela de sonidos lánguidos y mortecinos. Después, el silencio volvió a reinar por todos los ámbitos mientras temblaba un instante el último rayo del sol. El severo edificio, lleno unas horas antes con las voces y el bullicio de los colegiales que salían de las aulas en tropel, se hallaba ahora en una sobrecogedora quietud. Todos los frailes se habían retirado ya a sus habitaciones y sólo Miguel Álvarez y yo, que habíamos sido castigados por el hermano Tomás a no salir hasta las ocho, parecíamos los únicos seres vivos que aún quedaban bajo aquellas bóvedas góticas.

—¿Sabes una cosa? —me susurró de pronto mi compañero, que estaba empezando a sentir un poco de miedo.

—¿Qué cosa? —le pregunté.

—¡Pues que se acabó la luz y, si ese gruñón amargado no baja en diez minutos, yo me largo de aquí!

—Y nos castigará mañana otra vez —le dije.

—¡Bah!, me da igual. Pero yo ya siento angustia de tanto recogimiento y silencio. Las sombras me ponen nervioso, he oído chillar a los murciélagos en el patio y quiero marcharme a casa.

Estuve de acuerdo con él, pero no me parecía bien que nos fuésemos sin decir nada, como dos fugitivos de la cárcel.

—¿Y si subiésemos a la habitación del hermano Tomás o del director? Diríamos que nos da miedo estar aquí —propuse.

La luna empezaba a asomar por entre los cipreses del jardín y a través de los arcos proyectaba un poco de claridad sobre las grandes losas del suelo y la pared de la galería.

—¡Vamos! —aceptó Miguel.

Nuestras pisadas resonaban fuertemente cuando nos dirigíamos a prisa hacia la escalera que llevaba hasta el piso de arriba donde la comunidad tenía sus habitaciones.

Muy despacio fuimos subiendo los escalones, tratando de amortiguar nuestras pisadas, hasta que llegamos al rellano donde estaba la puerta de la clausura.

Sabíamos que estaba prohibido a los alumnos atravesarla, y dudamos antes de decidirnos a abrirla.

Nunca habíamos entrado allí, y esto frenaba nuestra decisión de hacerlo. Pero al cabo de unos minutos de vacilación acabamos girando el picaporte y asomamos nuestras cabezas a un largo pasillo con muchas puertas cerradas. Con el mismo sigilo que subimos la escalera, echamos a andar por él sin saber qué puerta de aquellas correspondía a la habitación del hermano Tomás. Nuestro temor era que en cualquier momento apareciese cualquier otro hermano, o el director. Ya estábamos a punto de volvernos, cuando oímos una música que procedía de una de las habitaciones.

—¡Esa debe de ser —exclamó mi compañero —, pues el hermano Tomás es el que siempre toca el órgano en la capilla!

Llegamos hasta aquella puerta y llamamos con un par de golpes suaves. Nadie respondió, pero la música seguía oyéndose.

Tuvimos que repetir la llamada y entonces, sin que cesara la música, se oyó la voz del padre Tomás invitándonos a pasar. Lo hicimos con cierta timidez y permanecemos en silencio esperando que él nos hablase.

La habitación, como la de todos los religiosos del colegio, era bastante pequeña. No tenía más muebles que un ropero escondido en la pared, un humilde lecho de raída cobertura y una mesa de escritorio sobre la que había clavado un tosco crucifijo. En un rincón, sentado ante un pequeño armonio, se encontraba el padre Tomás.

Después de un rato sin hacer caso de nuestra llegada, levantó la vista del teclado amarillento y la dirigió a nosotros.

—¿Os gusta la música? —preguntó.

Ninguno de los dos supimos qué decir.

El padre Tomás se volvió nuevamente hacia el armonio y, sin prestarnos más atención, continuó ensimismado en su música, olvidado por completo de nuestra presencia. Miguel y yo, viéndolo tan abstraído, comenzamos a sentirnos algo violentos en aquella embarazosa situación.

Más que nunca sentimos ganas de marchar.

Transcurrió un cuarto de hora.

—Fíjate como le brillan los ojos —me avisó Miguel por lo bajo.

—Ya lo he notado —respondí.

Callamos nuevamente, mas al cabo de un rato Miguel me llamó la atención otra vez.

—¡Son lágrimas!

Efectivamente: en aquella semipenumbra, el padre Tomás estaba llorando.

Sin hacer ruido apenas, Miguel y yo nos salimos de la habitación y apresuradamente dirigimos nuestros pasos hacia la calle. Estábamos impresionados vivamente, y aún al llegar abajo oímos lejana la extraña y maravillosa melodía del padre Tomás.

—oOo—

—El padre Tomás está enfermo —nos dijeron una mañana al llegar al colegio.

—¿Quieres que subamos a verle? —me propuso Miguel.

—Vamos. También yo lo pensé. ¡Creo que no subirá nadie más!

Cuando nos vio nos dirigió una débil sonrisa y, al acercarnos a besarle la mano, el padre Tomás nos acarició como nunca antes le vimos hacer.

Dentro de la habitación había un fuerte olor a medicamentos. Al fondo, distinguimos el viejo armonio aún abierto, como esperando unas manos amigas que supiesen trenzar con sus teclas amarillentas y su juego de botones las infinitas melodías que, como un tesoro incalculable, se guardaban en él.

—Deseaba que vinieseis —empezó hablándonos el enfermo —, y me causáis una gran alegría con vuestra visita.

—Ya vendrán más muchachos —afirmó Miguel sonriente.

—No, no creo que venga ninguno más. Sé que no me guardan mucho afecto. ¡Y tal vez tengan razón...! Habrá algunos que incluso se alegrarán de que me encuentre así.

Yo quise cambiar de conversación.

—¿Desde cuándo toca usted el armonio? —pregunté.

El padre Tomás se dio cuenta de mi intención y me lo agradeció con una sonrisa. Después contestó fijando la mirada en su viejo armonio que parecía dormido en un rincón.

—Vosotros me habéis tomado algún cariño en poco tiempo. Yo, en pago, os contaré algo de mi existencia, que muy pocos conocen. Si algún día paso a mejor

vida, os agradeceré que lo difundáis para que lo sepan todos y recen por mí. ¿Lo haréis?

Prometimos que sí, y él se acomodó mejor en su lecho disponiéndose a comenzar aquel relato suyo que habría de ser, para nosotros, una sorprendente y extraña confesión.

—Escuchad —empezó el padre Tomás—. No hace aún quince años había un hombre, tan solo y abandonado de todos, que decidió acabar de una vez con su vida vacía y miserable. Una mañana, ató a su cuello una cuerda y se colgó de una viga de su habitación. El nudo corredizo apretó su garganta, mas antes de que llegase a estrangularle, cedió la madera de donde pendía la improvisada horca y se vino todo abajo con gran estrépito y polvareda. La sorpresa y el susto de aquel desventurado fueron enormes, pero más lo fueron cuando, de entre la nube de polvo que empezaba a disiparse, oyó que alguien le hablaba con una voz metálica y riente.

—¡Je, je, je!... ¡Pobre infeliz!... ¿Qué pensabas hacer, hombre? ¿Quitarte la vida?... Vaya, vaya... ¡con lo hermosa que puedes tenerla si quieres!... ¡Je, je, je!... Yo te ayudaré en todo; haré que tu soledad se transforme y que tu vida sea más luminosa. ¡Amor, gloria, dinero y salud!... ¡Y todo para ti a cambio tan solo de esa alma tuya a la que tan poca importancia concediste!... Si la habías de perder, ¿qué más da de una forma que de otra?... Te acabo de salvar ahora para que sepas que aún estás a tiempo de saborear las más gratas satisfacciones de este mundo: ¡Gloria, amor, dinero y salud...! Ven, ven, no temas...! ¡La vida es para vivirla y gozarla...! No tienes más que firmar este pergamino con una gota de sangre de ese rasguño y nuestro pacto quedará cerrado. ¡Sé valiente! Te daré gloria, amor dinero y salud; tú me darás tan solo tu alma miserable... ¿Pactado?... Je, je, je...

Aquel pobre hombre aceptó y firmó con mano temblorosa, mojando un dedo en su sangre e imprimiendo la huella en aquel extraño pergamino que había aparecido sobre la mesa. Al momento, la nube de polvo se desvaneció, y sobre el alféizar de la ventana se posó cantando un pajarillo.

—¡El pobre desgraciado, era yo!

El padre Tomás se detuvo un momento en su relato. Miguel y yo estábamos asustados.

—¿Y después? —me atreví a preguntar tímidamente.

—Todo lo que ocurrió después constituye para mí el milagro más claro de la Providencia de Dios, que no nos abandona nunca. A partir de aquella mañana, todo comenzó a cambiar a mi alrededor, los amigos me solicitaban y me ofrecían negocios muy ventajosos. La suerte se puso a mi favor y pronto me vi convertido

en un hombre feliz. La vida me parecía hermosa y llena de atractivos. Me decidí a gozarla ávidamente y me olvidé por completo de aquel extraño compromiso al que le debía todo. No volví a oír aquella voz metálica y, con el tiempo, mi existencia continuó plácida y serena.

—Pero, ¿y el milagro? —preguntó ahora Miguel.

—Ya llega, no seas impaciente. ¡El milagro vino en forma de mujer!... ¡Una criatura deliciosa! Veréis, cierta tarde paseaba yo, no recuerdo por dónde, cuando oí una música maravillosa que venía de lejos. Puse atención y logré saber de dónde procedía: era de una pequeña casita rodeada de un jardincillo, que había cerca del lugar donde me encontraba. Me fui acercando poco a poco, atraído y subyugado por aquella inolvidable melodía. Entré en el jardincillo y me aproximé a la casa hasta poder mirar por una ventana. Sentada ante un pequeño armonio, como ése que veis ahí, estaba una muchacha rubia que, al darse cuenta de que yo la miraba, me sonrió amistosamente sin cesar de tocar. Así estuvimos un rato, ella tocando y yo mirándola entusiasmado desde la ventana abierta. Cuando se levantó, no pude evitar una exclamación:

—¡Siga, siga, señorita!... Se lo pido por favor. Hace mucho tiempo que no he oído nada tan sublime.

La muchacha vino sonriente hasta la ventana.

—Es que ahora, precisamente, he de marchar a tocar a la iglesia. Me esperan allí para ensayar, pero si usted lo desea, puede acompañarme.

La acompañé, naturalmente, y al llegar a la entrada del templo noté que algo me tiraba hacia atrás de la chaqueta. Me volví sorprendido y no vi a nadie pero, como si brotase de alguna piedra, escuché de nuevo aquella voz metálica que un día me hablara y de la que ni siquiera me acordaba ya.

—¿Dónde vas, hombre?... ¡Te ordeno que no entres ahí!... ¿Vas a dejarte hipnotizar por una sentimental musiquilla o te has enamorado súbitamente de esa muchacha? Vuelve atrás. Yo te daré música y mujeres hasta saciar todos tus anhelos. ¡Vuelve!, ¡vuelve!... tu alma es mía, ¿sabes? Mía, mía... Je, je, je...

Me quedé parado junto a la puerta sin atreverme a dar un solo paso. La muchacha se adelantó creyendo que yo la seguiría. Sentí que una corriente de aire frío helaba mi sangre y que mi vista se nublaba como si estuviera mareado.

Tuve que apoyarme en el muro para no caer y decidí marcharme a casa obedeciendo aquella voz. Dentro del templo comenzaba a oírse la música del armonio que llenaba todos los ámbitos y salía a la calle como un aroma de armonía y santidad. Mis oídos se estremecieron de placer al contacto de aquella melodía

suave y angelical. Algo vibró potente dentro de mí, y en un impulso de emoción penetré decidido en aquel recinto sagrado. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra del lugar, dirigí una mirada a mi alrededor. Al parecer, me hallaba solo. Únicamente parecía haber alguien que hablaba arriba en el coro. Al dirigir la vista al frente, se me posó la mirada en la imagen de la Virgen con el Niño en los brazos. Me quedé mirándola arrobado y, no sé por qué, me pareció que también ella me miraba a mí. El armonio seguía desgranando su aleluya. Cuando quise darme cuenta, me encontraba ya de rodillas. En mis oídos, dominando el clamor de la música, latía una voz dulcísima: “Hijo, hijo: no tengas miedo, pues nada te ha de faltar con la ayuda de Dios. Ten fe, mucha fe; ora y persevera y la luz será contigo. Hijo de Dios, ¿por qué no has esperado en Él?”

Aquellas palabras, envueltas en la melodía que bajaba del coro, llegaron hasta lo más hondo de mi ser y, por primera vez, sentí allí dentro una cálida sensación de felicidad. Lloré, lloré como nunca había llorado y mis lágrimas rodaron brillantes hasta el suelo. Pedí perdón a Dios y supliqué la salvación de mi alma a costa de todo cuanto poseía.

Al salir a la calle, oí de nuevo la voz metálica:

—¡Vaya con el hombre! ¡Qué sensiblero ha resultado! ¿Así que quieres romper el pacto? Bien, bien, no quiero obligarte contra tu voluntad. Si lo deseas quedarás libre del compromiso, pero a costa de un gran dolor y de dejarte como estabas, solo, mísero y abandonado. Adiós. Si algún día quieres que rehagamos el contrato, ya sabes cómo llamarme.

Cuando calló la voz, noté que en mi mano había un papel quemado. Lo deshice con los dedos y aventé las cenizas. ¡Así terminaba mi pacto con el demonio!

—¿Y la muchacha rubia que tocaba el armonio? —preguntamos al unísono Miguel y yo.

—Días después volví a su casa. El jardincillo estaba desolado y mustias todas sus plantas. Las ventanas aparecían cerradas y todo indicaba que ya nadie vivía en aquella casita. Pregunté a una mujer y me respondió extrañada:

—¿Una muchacha rubia?... ¿Hace tres días?... ¡Tal vez esté usted equivocado, pues en esta casa hace más de tres meses que no vive nadie!

Después volví al templo y pregunté si la conocían allí. El Padre que me recibió se mostró muy sorprendido.

—¿Dice usted una muchacha rubia? ¡Pero si aquí el único que toca el armonio soy yo! Y precisamente en esa tarde que usted dice no subió nadie a tocar. ¡Le aseguro que no sé nada de esa señorita!

Eso es todo. Ya no me quedó duda alguna de la Providencia de Dios, que había enviado un ángel, ¡el mío tal vez!, para salvarme. Mi mejor manera de agradecerlo fue esta: dedicar por entero mi vida a Dios.

Cuando el padre Tomás concluyó, pudimos observar que el brillo de una lágrima titilaba en sus ojos.

Miguel y yo le ayudamos para que reposase más cómodamente y, en cuanto se que quedó medio dormido, salimos despacio de la habitación.

Días después, al volver al colegio, me quedé helado al oír la campana de la capilla doblando a muerto.

Algunos chicos volvían a sus casas. ¡Aquel día no tuvimos clase!...

(Enero de 1948)

LA MUÑECA QUE QUISO SER PÁJARO

(Cuento infantil)

Los juguetes de Marujita se encontraban revolucionados aquella noche. El caso no era para menos pues los Reyes Magos le habían traído a Marujita un precioso enano rojo con la cara de pasta y el cuerpo de goma. Era un enano maravilloso y la niña lo quería mucho, pues eran muy graciosos los saltos que daba para andar ya que, por tener el cuerpo de goma, botaba casi como una pelota.

Habéis de saber que Marujita era una niña de 10 años y que todos sus juguetes la querían mucho por ser muy buena.

Por las noches, cuando todos se dormían en casa de Marujita, los juguetes cobraban vida y formaban, en el mismo cuarto de Marujita, un verdadero mundo de los juguetes.

Esa noche, se encontraban muy revoltosos y contentos porque el enano Saltarín, que así se llamaba el muñeco, decía que era nieto de Sabio, aquel estudioso enano de los de la pandilla de Blancanieves.

—Mi abuelo —empezó a decir Saltarín, subido en una caja —, me dejó sus libros y leyéndolos he aprendido la magia de las hadas y de las brujas, por lo que haré una prueba con el que quiera.

Melita era una muñeca rubia con trenzas muy largas. Era muy guapa pero también muy orgullosa, por lo que los demás juguetes la querían muy poco. Además era muy presumida porque tenía las trenzas más largas que ninguna. Cuando oyó decir aquello a Saltarín, enseguida sintió ganas de ser la preferida para hacer la prueba.

Bollito era un oso de pasta. El pobre era el más viejo de todos los juguetes y le llamaban así porque tenía todo el cuerpo lleno de bollos y arrugas que señalaban ya su vejez. Y también Bollito quiso que el enano prodigioso hiciese la prueba con él.

Todos los juguetes estaban reunidos esperando con curiosidad las maravillas que el enano Saltarín iba a hacer y a quién iba a elegir.

—Esta noche —decía Saltarín—, solo me dará tiempo para hacer una prueba nada más. Mañana haremos otra.

Melita, la muñeca, que estaba impaciente, dijo que ella quería ser la primera porque era más guapa que Bollito.

—Veamos —dijo Saltarín—. ¿Tú qué quieres que te haga, Melita?

–Pues yo quiero ser pájaro y dar una vuelta volando por el jardín.

–¿Y tú, Bollito?, ¿qué es lo que quieres? –preguntó el enano.

–Yo... –dijo el osito con voz temblorosa –, yo quisiera que me quitases estos bollos... y me volvieses joven otra vez.

Todos los muñecos y juguetes empezaron a gritar y saltar pidiendo que le tocara a Bollito antes que a Melita. Los soldaditos de plomo defendían a la linda muñeca y pedían que fuese ella.

En medio de aquel griterío, el Guardia de celuloide sacó su porra diciendo: “¡A callar todos, porque vais a despertar a Marujita!”.

El escándalo continuó hasta que Saltarín decidió que Melita fuese la primera pues, aunque Bollito era un viejo, ella era una mujer. Los juguetes se conformaron y dio comienzo la prueba.

En medio del asombro de todos, Saltarín hizo que a Melita le saliesen dos alas como las que tienen los ángeles.

–¡Ya puedes volar! –dijo Saltarín–, pero no puedes salir nada más que hasta el jardín. Das una vuelta por allí y vuelves enseguida.

Melita comenzó a volar con suavidad y saliendo por la ventana se perdió en la oscuridad del jardín. Entusiasmada con su vuelo de pájaro, no se contentó con volver sino que quiso ir a casa de una amiga de Marujita, que vivía enfrente. Los juguetes de allí ya la conocían pues algunas veces la había llevado la niña.

¡Les daré envidia!, pensaba, mientras volando cruzaba la calle. Por una ventana que dejaron entreabierta, pudo entrar y llegar ante aquellos asombrados juguetes, que la veían dar vueltas volando ante ellos.

–¡Mirad lo que el Hada Madrina me ha hecho por ser la más bonita y la más cara de todos los juguetes de Marujita!, les iba diciendo mentirosamente.

Cuando salió de allí, fue a otra casa. Y así, durante toda la noche, estuvo recorriendo las casas de todas las amigas de Marujita, y en todas partes causaba la admiración de los juguetes.

Ya amanecía cuando, cansada de tanto volar, regresó a su casa. Al llegar, se encontró con que todos los juguetes se habían recogido ya. Únicamente el enano Saltarín se encontraba despierto y esperándola para castigar su desobediencia. Cuando la vio quiso cogerla, pero ella, volando, fue a ponerse encima de un armario. De allí quiso saltar para llegar a la caja que le servía de vivienda, pero cuando iba por el aire, el ofendido Saltarín le quitó con su poder las alas, y la linda muñeca cayó al suelo rompiéndose las piernas y parte de la cabeza. El enano Saltarín,

satisfecho de ver cumplida justicia por desobedecerle, se volvió y se metió también en su caja mientras quedaba la habitación en silencio.

Los rayos de sol, que comenzaban a entrar por la ventana, iluminaban los destrozados restos de la orgullosa Melita.

Marujita nunca pudo saber cómo se le rompió su muñeca, pero los juguetes sí que lo sabían. Y también sabían que fue el castigo merecido de la desobediencia y el orgullo.

ROMANCE MARINERO

¡No sé cómo lo supe!...

Lo hablaban por las tabernas los marineros, con la boca sucia de tabaco y vino; lo contaban las comadres por el pueblo con susurros de cotorras viejas; lo narraban a sus nietos los abuelos con frases temblorosas y misterio de cuento de invierno...

¡No sé cómo lo supe!...

La gente lo iba diciendo, y la historia corría de boca en boca y de pueblo en pueblo... ¡Como si fuera un romance!

*... De la mar, ¡ay marinero!,
lleva en sus alas el viento
un romance de la mar.
Rumor de olas azules
sabor de yodo y de sal...
... De la mar, ¡ay marinero!
un romance de la mar...*

—¡Tabernero!

Sonó la voz en la noche y se perdió escandalosa por las calles apretadas.

Tembló la luz de un farol como si el eco soprase la llama. Chirrió una ventana y una vieja desvelada se asomó curiosa.

—¡Tabernero!... ¡Abre de una vez, o te echamos el postigo abajo!

Las palabras impacientes asustaron al silencio. Rebotó la voz en las piedras y se perdió calle abajo rodando como un guijarro.

—¡Maldito seas!... —rugió el hombre que llamaba, y su boca babeó una blasfemia.

Se apagó la llama del pobre farol como si un viento la hubiese cortado; se cerró fuerte la ventana, y la vieja musitó medrosa tras la madera: ¡Ave María Purísima!...

Al mismo tiempo, medio se abrió un ventanuco sobre la puerta de la taberna y, desde la oscuridad, una voz pregunto con energía:

—¿Quién llama a estas horas?

Uno de los que esperaban habló con voz ronca dirigiéndose al ventanuco:

—Abre de una vez que te pagaremos bien, y si no lo haces, más te valdría...

—Estos borrachos —se oyó murmurar dentro y, poco después, se abrió al fin el postigo por el que se metieron, empujándose, aquellos hombres que turbaban la noche.

La calle volvió a quedar en silencio, y la vieja desvelada continuó su vigilia de rosarios y jaculatorias...

Al día siguiente...

Bastían, el tabernero, estaba rodeado de vecinos y compadres que le escuchaban atentos.

... Y les abrí —decía— más por miedo que por dinero. Eran cinco ¡y ya venían borrachos!... Cuando se hartaron de aguardiente, se fueron dando tumbos hacia la playa... ¡Demonios de hombres, y qué escándalo metieron!...

—¿Nada más?— preguntó uno.

—¡No, aún queda lo más curioso! —respondió el tabernero dándose importancia—. En medio de su borrachera se contaban no sé qué historia o leyenda que no entendí del todo. Algo así como de un país lejano en el que hay una reina muy rica y muy hermosa que espera y espera a un marinero joven y bravo para ofrecerle su amor y sus riquezas... ¡Tal vez solo fueran tonterías de borrachos! Por cierto que también estaba entre ellos el loco de Santiago.

El grupo de curiosos se disolvió decepcionado y el tío Bastían entró riéndose en su taberna.

—¡Qué querían que pasase anoche!.. —susurraba para sí—. ¡Como si nunca hubiesen venido a mi casa marineros borrachos!...

—o—O—o—

El pueblo, chicuelo y viejo, huele a humo y a pescado. La taberna del tío Bastían está casi vacía. En un rincón un hombre parece querer descifrar el misterio oculto de un vaso de vino. Es Santiago, el marinero raro y loco del que hablaban todos. De dónde vino ni quién era, nadie lo sabe. Dicen que siendo niño fue recogido por unos pescadores en alta mar. Creció y vivió en el pueblo, y de joven se distinguió siempre como un mozo bueno y trabajador. Después se hizo más hombre y entonces el romance de su vida empezó a tejerse “sabiendo a espuma y a sal”...

Decían que estaba loco.

Las habladurías le recordaron pronto una historia. ¡Su romance de sangre y de amor! El respeto y la admiración de antes se fue trocando en el miedo y el desprecio de ahora.

Las comadres cuchicheaban por plazas y portales...

—¡Está embrujado!... ¡Está embrujado!... Antes era bueno; ahora malo, muy malo...

—¡Hace hechicerías de noche en la playa!...

—Dice que no morirá nunca... que irá a buscar a la reina del mar... que vivirá con ella en un palacio de espumas.

—¡Está embrujado, Dios nos libre!...

El único que no le huye es el tabernero. Le sirve una y otra vez, ¡él lo entiende bien! La borrachera hace al hombre confidente, y mientras las botellas se vacían, los oídos del viejo tío Bastián se van llenando con la historia amarga de un hombre más.

—¡Oye viejo! —empieza a hablar Santiago—. ¿Por qué crees que me estoy emborrachando?... ¿eh?, dime... ¿por qué crees tú?... ¿Por amor? ¡Bah, qué infelices los hombres que se enamoran!... ¿Porque me gusta el vino? ¡Tampoco, viejo!... Me emborracho porque quiero... ¿sabes?... ¡Porque quiero, nada más!... Ya ves, dicen que yo era antes un hombre bueno... Ahora soy malo... muy malo... ¡Esa es la vida!... ¡Después, quién sabe!... ¡Quizá seré bueno otra vez!... Un día vendrá la muerte: si me coge siendo bueno, bien; si me coge siendo malo, mal... ¿Eh?, ¿qué me dices?... Pero no... A mí no me cogerá... ¿sabes?... Porque yo iré a ver a esa reina que dicen... ¿Eh, viejo?... Vive en el fondo del mar... ¡Qué más da!... Tiene un palacio de coral ¡y es muy hermosa!... También dicen que muchos marineros han muerto ya en sus brazos... Pero yo no moriré... ¡Ya verás!... ¡Ellos no eran como yo!... ¡Echa más vino, viejo!... Antes era bueno... ahora soy malo... Después... ¡quién sabe!...

Allí quedó sobre una mesa, hinchado de vino como un pellejo, durmiendo su sueño de reinas hermosas y palacios de coral.

El viejo tabernero, acostumbrado ya, lo cogió rudamente por debajo de los brazos y lo arrastró a la trastienda para que allí durmiese tranquilo entre cacharros y barricas viejas.

Al dejarle caer sobre unos sacos, exclamó filosófico:

—¡Uno más!...

—o—O—o—

—¡Patrón!, aquí le buscan!

El viejo Simón se volvió extrañado.

—¿A mí?... ¿Quién es? —preguntó al pequeño grumete que vino a avisarle.

—¡Es Santiago! —contestó el muchacho—. Dice que quiere venir con nosotros esta noche.

—¡En mi barco no vienen locos! —bramó el viejo marino.

—Dice que le deje venir por el amor de Dios —insistió aún el rapaz.

—¡Ah!... ¿Pero ese hombre cree en Dios?

—Ese hombre no es lo que todos creen —terció uno de los marineros.

—Santiago —agregó el timonel—, es uno de los hombres más bravos y enteros que han navegado por estos mares. La gente habla mal de él porque es un poco raro y se emborracha con frecuencia, pero en el fondo no es malo, patrón.

—Los hombres de ley no deben hacer caso de chismosos y comadres —dijo otro.

El timonel intercedió aún más.

—¡Déjele venir, patrón. No se arrepentirá y además haremos un bien a ese pobre desgraciado.

El viejo lobo de mar pareció quedar convencido, y mientras encendía su pipa se dirigió al grumete:

—Bueno, rapaz, di a Santiago que suba a bordo.

—o—O—o—

El pueblo, parecía un hervidero.

La taberna del tío Bastián —mugrienta y apestosa como siempre— rebosaba de gente ávida de conocer todo lo ocurrido.

Marineros, pescadores, viejas, comadres... ¡todo el pueblo!... alrededor del viejo Simón y los suyos.

El patrón hablaba con la voz temblorosa aún por la emoción de la noche pasada.

—Cuando salimos a mar abierta— decía —nos sorprendió una borrasca repentina que no esperábamos. El huracán nos azotaba con tanta fuerza que el palo mayor se tronchó como si fuese una caña. Las olas eran enormes y nuestro barco cabeceaba y se hundía entre ellas como una media nuez. Los hombres lloraban desesperados y parecía que la noche iba a ser la última para nosotros. Santiago se amarró voluntario a la rueda del timón y gracias a él nos manteníamos algo. ¡Parecía un gigante enloquecido desafiando a las olas! Más de tres veces las vi pasarle por encima sepultándole en agua. ¡Una de ellas se lo llevó! Fue una noche angustiosa, ¡Sólo Dios sabe cómo nos hemos salvado!...

El patrón no dijo más. La historia corrió de boca en boca, de pueblo en pueblo.

Una mañana en la arena de la playa se encontró un pañuelo rojo.

¡Dijeron que era el de Santiago!

*...Nadie supo más de aquel
marinero que soñaba
con una bella mujer
y un palacio de coral.
Mas, cuentan los pescadores
que van por allí a pescar
que cuando hace luna clara
se escuchan dulces canciones
subir del fondo del mar.
Y alguno dice también
que ha visto en noches de estrellas
un hombre y una mujer
con dos coronas de perlas
por las aguas caminar.
De la mar, ¡ay marinero!
lleva en sus alas el viento
un romance de la mar!...*

(Hacia 1950)

TRES HELADOS

La tarde de julio estaba siendo muy calurosa y el magistrado había estado reunido durante más de dos horas con los otros dos compañeros del Tribunal, en un despacho sin aire acondicionado, solo con un pequeño ventilador de aspas, mientras discutían con bastante apasionamiento sobre la condena para un hombre que había matado a su mujer. Cuando salió de la Audiencia, con ganas de llegar cuanto antes a su casa a darse una ducha, apenas dirigió un áspero saludo al uniformado portero que se hallaba en el portalón del edificio, y empezó a caminar con grandes zancadas, pensando en la sentencia que acababa de firmar.

El fiscal había pedido en el juicio veinte años de prisión mayor. Los otros dos magistrados propusieron doce en la reunión, pero él estuvo insistiendo en reducir la pena a solo ocho y un día, pues si la petición del fiscal le pareció excesiva, lo mismo creía respecto a la propuesta de sus dos compañeros, teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes que concurrían en el caso: varios testigos habían afirmado que oyeron discutir con fuertes voces a la pareja, y el propio acusado había reconocido llorando que, si bien era cierto que golpeó a su mujer en la cabeza con lo primero que tuvo a mano, una banqueta de madera, lo había hecho obcecado por la ira y sin intención de matarla porque a pesar de todo la amaba. Pero, al final, el castigo para aquel pobre hombre quedó fijado en los doce años que propugnaron los otros dos miembros del Tribunal.

A su memoria acudían los versos de “La balada de la cárcel de Reading” de Oscar Wilde: “Todo hombre mata lo que ama: el cobarde con un beso, el valiente con la espada”. Y, absorto como iba en esta reflexión, no pudo evitar el tropiezo con el niño que se hallaba parado en la acera lamiendo un cucurucho de helado.

El tropezón lo distrajo de sus pensamientos y, por uno de esos juegos misteriosos e inesperados de su mente, el magistrado se encontró de pronto acordándose de cuando él mismo era también un niño que andaba por las calles lamiendo un helado. Debía de tener por entonces unos diez años. Lo recordaba todo muy bien. En las tardes de verano, se ponía cerca de su casa, en la plazoleta con árboles adonde solía ir a jugar, un hombre con un carrillo de helados pintado de rojo y cubierto por una marquesina blanca. Los niños llamaban a aquel hombre “el pirata” porque tenía una pata de palo. En su carrillo, “el pirata” llevaba solo tres clases de helados: de vainilla, de fresa y de chocolate, y los servía en forma de tacos entre dos tabletas de oblea. Una tarde, vio cómo otro niño muy gordinflón se tomaba los tres helados de una vez, y sintió una cierta envidia. El no tenía en el bolsillo dinero suficiente para hacer lo mismo, y se propuso que lo haría cuando lo tuviera. Pero fue pasando el tiempo sin que nunca llegara a hacerlo. Y ahora, cuando al cabo

de cincuenta años emergía sorprendentemente en su memoria aquella olvidada frustración infantil, el magistrado no se lo pensó mucho y se decidió a entrar en la primera heladería que halló en su camino.

—Quiero tres bolas de helado, una de fresa, otra de chocolate y otra de vainilla— dijo a una de las dos muchachas que estaban allí con su uniforme blanco y su pequeño gorrito azul celeste en la cabeza.

—¿Tres bolas, señor? —preguntó extrañada la muchacha.

—Sí, tres he dicho. ¿Es que no puede ser?....

—¡Claro que sí!... ¿Por qué no?... En seguida se las pongo en una copa.

—No, no, por favor, póngamelas, en tres cucuruchos: es para ir tomándomelas por la calle.

La muchacha miró a su compañera abriendo mucho los ojos. Dos señoras que se hallaban también en el local y habían oído la extraña petición del magistrado, se miraron también con el mismo gesto de sorpresa.

—¡Tres helados de una vez!... —exclamó una de ellas en voz baja.

—Le van a sentar mal —comentó la otra.

El magistrado sonrió para sí mismo y, mientras la muchacha le preparaba los tres helados, continuó recordando las tardes aquellas de los veranos de su niñez, cuando iba a comprar helados al carrillo del “Pirata”. Pedía siempre uno solo, de fresa o de chocolate o de vainilla, y luego se lo iba tomando despacio, introduciendo la punta de la lengua entre las dos galletas para rebañar la crema, sin apresurarse, para que le durase más. A veces, incluso lo mordía un poco, solo por el gusto de sentir en los dientes un helor que le hacía estremecerse.

Cuando salió de la heladería con los tres cucuruchos en las manos, lamiéndolos alternativamente, siguió caminando, ahora sin prisas, hacia su casa. Pero, de pronto, empezó a sentirse ridículo. “¿Qué dirían mis compañeros y los funcionarios de la Audiencia si me vieran así, pues ya no soy ningún niño para hacer estas cosas?”. Y estuvo a punto de arrojar los tres cucuruchos en una papelería. Pero en seguida reaccionó contra esa idea y continuó dando pausados lametones a las tres bolas de crema helada que sobresalían de sus conos de oblea como tres diminutas cúpulas de colores.

Algunas personas con las que se cruzaba, lo miraban con un cierto estupor. “¡Es el magistrado Ariza!...”, oyó que alguien decía a su paso. Pero no hizo ningún caso a aquellas palabras, ni giró la cabeza para ver quién las había dicho. Por primera vez en la calurosa tarde de verano, sentía una inefable sensación de libertad

y sosiego que le hacía olvidarse de que era, ante todo, un señor magistrado de la Audiencia. Se reencontraba con las antiguas sensaciones ya casi olvidadas de su niñez, con “el Pirata” y su carrillo rojo, con la plazoleta arbolada cerca de su casa, con los veranos de entonces... Y lamía una y otra vez, con el gozo y la naturalidad del niño que aún llevaba dentro, aquellos tres helados, de vainilla, de fresa y de chocolate, sin llegar a pensar en ningún momento que poco antes había tenido que firmar, en contra de su propio criterio, una condena de doce años de prisión.

(Julio de 1996)

UN PERRO Y UN GATO QUE SE ASUSTAN DE UN ZAPATO¹

(Cuento infantil)

Sentados al borde de la carretera se encuentran descansando un perro y un gato que hacen juntos el camino. Se llaman “Rabín” y “Poca oreja”. Escuchemos lo que charlaban.

Yo, decía el perro, siempre poseí gran valor. Nunca conocí el miedo. Por causa de mi última hazaña, perdí el rabo y por eso me llaman Rabín, pero tengo el orgullo de que también me llamen “Rabín el Libertador”.

Verás:

Aquella semana los laceros emprendieron una terrible campaña contra mi raza y, apenas sin darnos cuenta, se encontraban unos cincuenta compañeros nuestros encerrados en las perreras. Los que quedábamos por ser perros de lujo, nos propusimos dar un asalto para libertarlos.

Al dar las doce de la noche, nos reunimos todos y emprendimos en silencio la marcha. Éramos en total unos doce perros. Por general aprobación fui nombrado “capitán”, y tuve que organizar el plan de operaciones. Un perrillo de lana, que por ser negro era difícil de ver en la noche, fue enviado con la misión de reconocer el terreno y dar el alerta a los prisioneros. Regresó el enviado con la noticia de que los guardas se encontraban sentados, tomando el fresco con sus familias, a la puerta de una casa y muy cerca de las perreras. Para abrir las puertas no había más que cortar con los colmillos una gruesa cuerda que las amarraba.

Y empezó la operación. Los perros chicos estaban encargados de llamar, por el lado opuesto, la atención de los guardas, mientras los cuatro grandes y yo intentábamos cortar la cuerda.

Los perrillos organizaron un gran escándalo que hizo que los guardas se dedicaran a tirarles piedras para alejarlos.

Nosotros, mientras, nos íbamos sustituyendo en la dura labor de cortar la cuerda que cerraba las puertas. Ya estaba casi cortada cuando los guardas se dieron cuenta de nuestro trabajo. Solo quedaban unos hilos por cortar y allí permanecí yo, en un último y heroico esfuerzo. El primer guarda llegó hasta mí y apenas me había dado el tercer palo cuando saltó rota la cuerda. La alegría de ver salir en

^{1.-} Cuento escrito a mano por el autor, posiblemente antes de 1950, año en el que su producción ya empieza a estar escrita a máquina.

catarata a mis compañeros, me hizo no sentir el dolor del golpe que me rompió el rabo. Corrí junto a ellos con una gran algarabía. Al día siguiente, me di cuenta de mi rabo roto. Para premiarme, se organizó una gran concentración de todos los perros de la ciudad, También vinieron perros forasteros que se sumaron a mi homenaje. Y entonces recibí el título de “Rabín el Libertador”.

Más tarde, por la fealdad de mi cola rota, fui expulsado de mi casa. Y, desde entonces, vago por el mundo, pero nunca olvidado por los de mi raza.

El gato “Poca oreja” escuchó con atención el relato de su acompañante, y cuando terminó comenzó también su historia.

A mí, dijo el gato, me llaman “Poca oreja” porque nací así, pero era el que tenía el oído más fino de todo el barrio. Una noche de febrero fuimos a dar unas cuantas serenatas a algunas gatas bonitas que por allí vivían. Los de tu raza nunca nos tuvieron muchas simpatías. Yo, por mi buen oído y valor iba por delante de todos, preparado para dar la voz de alarma. Llegamos sin novedad al “tejado negro”, que era donde nos reuníamos para pasar la noche de ronda con nuestras amigas. De todas las ventanas nos tiraban objetos para ahuyentarnos, pero nosotros no les hacíamos caso.

Aquella noche, mi fino oído me alertó de que un peligro se acercaba. Así se lo comuniqué a la reunión y, voluntariamente, salí para hacer un reconocimiento. ¡Qué orgullosa estaba mi gata con mi valentía!

Efectivamente, junto a las tapias se encontraban esperando tres astutos perros prontos a lanzarse sobre mis indefensos compañeros. Sin pensarlo dos veces, intenté avisar a todos con un fuerte maullido. Los perros, al oírlo, se lanzaron sobre mí, defendiéndome yo como pude, mientras los demás se ponían a salvo.

En la refriega perdí seis de mis siete vidas, y esta que me queda la conservo y la gasto en viajar por el mundo, pues ya va uno para viejo. ¡Ay, qué tiempos! Pero de todos modos, aún me atrevía yo con el más pintado, ¡ejem!... ¡caramba!

Cuando “Poca oreja” terminó, se levantó “Rabín” y reanudaron nuevamente su marcha.

Las sombras del atardecer daban un aspecto fantástico a las piedras y árboles del camino, mientras los dos amigos caminaban distraídamente.

De pronto, se paró el perro y señaló algo que se encontraba en el centro del camino con aspecto amenazador. Proyectaba su sombra hacia ellos, lo que le daba un aspecto de monstruo extraño.

—Yo no me fio, “Poca oreja”. Parece cosa de brujas y no me ha gustado nunca la magia. Ve tú a ver qué es lo que es.

—Yo tampoco —dijo el gato—, pues sólo me queda una vida y la quiero conservar.

Los dos permanecieron en silencio, con la vista puesta en aquella especie de alucinación amenazadora.

De pronto, una ráfaga de viento hizo moverse aquello y los dos animales salieron corriendo hacia atrás. Volvieron otra vez, pasado el susto, y aquello ya no presentaba el mismo aspecto terrorífico. Se acercaron un poco más y vieron que era ¡un viejo zapato!

—¡Ah, bueno! —dijo “Rabín”.

—¡Ah, vale! —contestó “Poca oreja”.

Y los dos se alejaron tranquilamente buscando un asilo para pasar la noche.

CONFITEOR¹

(Relato inconcluso)²

I

Siempre esperé que llegaría este momento. Sin embargo no sé cómo ha podido tardar tanto.

Esta mañana, cuando me desperté, no observé nada que pudiera hacerme pensar que la de hoy sería una jornada distinta a las demás.

El sol había llamado a los cristales de mi ventana con los mismos golpecillos de luz que todos los días. El pequeño jilguero que tenemos en casa, al darse cuenta de que la claridad iba llenando todas las habitaciones, rompió a cantar con la misma algazara de siempre.

Mi madre ya hacía rato que estaba levantada, y de la cocina llegó hasta mí, como de costumbre, un repique matutino de platos y tazas, aireado con un tufillo familiar de pan tostado y de café.

Todo se me presentaba tan igual, el sol, el jilguero, los ruidos de la cocina, el pan tostado, y el café, que no pude imaginarme, en un principio, que este día había de ser el que ha sido.

Solo cuando mi madre vino a mi cuarto, y yo me hice el dormido para que me despertase besándome en la frente, me pareció que, a pesar de ser los mismos labios y el mismo beso, una alegría nueva y distinta me habían dejado, como si, de pronto, todos los recuerdos de mi niñez hubiesen venido también a despertarme. Como entonces, mi madre me estaba diciendo:

—¡Jaime, levanta!... ¡levanta, hijo mío, que ya está muy alto el sol!...

El sol me dio en la cara. Todas las mañanas me daba pero nunca había llegado a agradecérselo. Hoy sí, no sé por qué; acaso porque también en él me pareció encontrar un calorillo nuevo, como de primavera que nace; y me quedé absorto viéndole derramarse sobre mí y sobre la ropa caliente de mi cama, como una bendición.

¹- Significa “Yo confieso”. Primera palabra de la oración, que aparece en el Misal romano en latín, *Confiteor Deo omnipotenti...* (Yo confieso ante Dios todopoderoso... La oración también se conoce como Yo pecador.)

²- “No sé cuándo lo continuaré, y ni siquiera si vale la pena continuarlo” (Juan Díaz Fernández, en anotación al final del escrito)

–Jaime, toma... ¡Hoy se me ha quemado un poco el pan!... ¡Pero, Jaime!... ¿te has dormido otra vez?

–No, mamá, ¡es que el sol me da en los ojos y me los cierra!...

Mi madre se sentó a los pies de mi cama mientras yo desayunaba. Quiso decirme algo, pero no se atrevió, y se quedó allí mirándome, no sé si con embeleso o con nostalgia.

Todas las mañanas ocurría igual. Cuando yo era pequeño me acariciaba los pies por encima de la colcha y me pedía mimosa que le hablase de lo que ella llamaba mis “asuntos”. Soñaba con que yo sería sacerdote. A veces yo no tenía “asuntos” que contar, y los inventaba para no decepcionarla. Ella era feliz.

Esta mañana me volvió a acariciar los pies, pero sin decir nada. Si me hubiera preguntado por mis “asuntos” habría tenido que inventar algo. Y me alegré de que no lo hiciese, pues la mentira hubiera sido más criminal que el silencio.

Cuando mi madre salió quise entusiasmarme otra vez con el sol que daba en mi cama. Pero ya no era igual que antes.

El pan estaba algo quemado, era verdad.

II

Que nadie venga a preguntarme nada. Ni me lo preguntes tú, ¡oh, Dios mío!, pues sabes que yo mismo lo ignoro, y además solo tú conoces el secreto y la verdad de por qué ocurren todas las cosas.

Cuando era niño, mi madre me llevaba con ella todos los sábados. El mismo sacerdote nos confesaba a los dos; con ella tardaba más, pero conmigo... ¡hasta se reía!

Mi madre esperaba al otro lado del confesionario, y a veces tenía que toser significativamente para advertirme que pusiera más seriedad en la confesión. Pero yo no tenía la culpa de que aquel buen cura, gordo y grande como un turco, hiciese temblar el desvencijado mueble cuando se reía.

Yo acudía siempre con las mismas faltas, y lo que más preocupaba a don Matías, que así se llamaba aquel santo varón, era que algún sábado me presentase con alguna nueva.

–¡Bien, bien! –me decía entonces, alargando mucho las palabras–. ¡Se ve que el caballerito va progresando!...

Aquello me hacía cierta gracia, pues para mí la presencia de un delito nuevo aún no tenía tanta gravedad. Esto lo aprendería con los años, y entonces me habría de acordar muchas veces de aquellas santas indignaciones de mi primer confesor.

—¡Hoy traes las piernas más sucias!... ¿Dónde te has metido, muchacho?.. ¿A qué pocilgas te han llevado a jugar, hijo mío?...

Después de mí se confesaba mi madre, mientras yo iba con mis contriciones y penitencias al pie del altar mayor. Nunca me esperaba a verla confesar a ella. Prefería imaginármela con su fe sencilla y verdadera, sin aspavientos de beata vieja ni comadreos de confesionario. ¡Estoy seguro de que, si algo hablaba aparte de la confesión, era de mí!

Como ella solía tardar bastante, yo me subía al coro a oír tocar el órgano. El organista me recibía siempre con una sonrisa. Era un francés, flaco y estirado como un cirio, y cuando hablaba parecía que su voz salía de alguno de los tubos.

—¡Voilà, Jaime!... ¡Ya tenía ganas de que “subiegas”!... Cuando tú vienes, esto suena mucho “mejor”... ¡*Oh, mon dieu, cet enfant est un ange!*...

Yo me quedaba junto a él, observándole. Algunas veces se inclinaba a mi oído, sin dejar de tocar, y me hablaba algo con su voz *de profundis*.

—Jaime... ¿Te gusta?

—¡Sí, mucho!.. Cómo se llama?

—No sé... ¡lo cantan en Francia los niños como tú!... ¿Te gustaría ser organista?

—¡Sí!... Mi madre quiere que sea cura, pero creo que podré ser las dos cosas...

—¡Oh, Jaime!... ¡*Tu est un ange!*...! ¡*Oui, mon petit, un ange!*

Cuando mi madre terminaba, yo me despedía de mi amigo y bajaba corriendo por aquellas escaleras de caracol, tan estrechas, y me regocijaba con la idea de que don Matías tuviera que subirlas y bajarlas alguna vez.

Al volver a casa, ya bastante anochecido, mi madre y yo caminábamos en silencio, pero yo sabía siempre cuáles eran sus pensamientos.

Más adelante ya no me atreví a confesar más con don Matías. Había dejado de ser un niño; y, de haber vuelto con él, pienso que de ninguna manera le hubiera hecho reír.

Un día me encontró por la calle y me echó su manaza de gigante sobre un hombro a pesar de que yo era ya casi tan alto como él.

—¡Bien, bien!... El caballerito ha progresado tanto, tanto... que ahora se confiesa con el señor obispo... ¿eh?... ¿Sabes una cosa? Todavía tenemos aquel órgano, pero murió el organista...

Por aquel tiempo ya mi madre había empezado a ofrecer penitencias por mí.

III

Nunca hubiera querido dejar de ser niño. Cuanto más hombre soy, más pienso en la felicidad, y sin embargo, cada día me encuentro más lejos de ella.

La primera persona a quien decepcioné fue a mi madre. Debió ser terrible para ella. Creía en mí desde que me dio el primer beso.

Siempre me había dicho que yo era como mi padre, y en su corazón, enamorado aún del esposo perdido, yo era a la vez recuerdo y esperanza. Estaba orgullosa de mí, y conmigo revivía el primer y único entusiasmo de su juventud. Muchas tardes me hablaba de la felicidad, como de algo que ella conocía bien. Yo ya sabía que mi madre era una excelente mujer de su casa, pero en aquellas conversaciones fui descubriendo que además tenía un gran talento y un gran corazón.

Pones la felicidad en muchos altares – me decía – y olvidas ponerla en el único que te será fiel. Las personas pasan, las cosas se destruyen, los instantes se van, la fortuna cambia... Solo el Amor perdura.... ¡Ama, ama, hijo mío, que por Amor llegarás a la Verdad! Y cuando ames todo lo que sea verdadero, busca en tu corazón y hallarás allí la dicha de tu vida y la esperanza de tu muerte.

La decepcioné una tarde en la que le dije que yo solo me amaba a mí mismo y a todo aquello que me complaciese. No sé cómo se me escapó el decírselo. Se quedó muda de espanto. Una lágrima traicionó su sorpresa, y cuando por fin habló, su voz sonó ronca, herida.

—¡No, Jaime... no!, ¡eso no!... ¡Dime que no!... Tú no eres de esos, nunca lo has sido.... ¿Por qué quieres hacerme sufrir?.... No me digas eso ni en broma.... ¡Si fuera verdad... no sé.... no sé!....

Era sábado, y aquella noche volvió muy tarde de la iglesia.

También decepcioné a Mariano y a Eduardo. Eran amigos míos desde los primeros años del Instituto. Habíamos crecido juntos, y juntos habíamos buscado las primeras novias. Yo era más inteligente que ellos, y además les aventajaba en imaginación e ingenio. Por eso, y porque era sincero y generoso, me admiraban y no les importaba concederme cierta autoridad. Un día me dijeron que estaba volviéndome muy orgulloso, pero esto no disminuía su cariño.

Empecé a perder su amistad cuando les dije que eran unos simples. Habíamos estado discutiendo de Teología. Yo quise darles una prueba de todos los conocimientos que sacaba de ciertos libros que leía, y les hablé de la duda teológica, del problema de la predestinación, de la libertad del hombre. Estaban asustados y sorprendidos. Yo mismo me preocupaba por lo muy lejos que llegaban mis palabras. Pero me complacía aparecer ante ellos con cierto viso de reformador. Mariano quiso advertirme.

—¡Jaime!... ¿No te das cuenta de que eso es una herejía?

—¿Herejía? ¡Tal vez, pero no me negaréis que a nada que pensemos las cosas llegaremos a conclusiones sorprendentes! ¡Y no vamos a ser tan simples como para negar nuestra razón!

Ninguno dijo nada. Pero aquella noche, al despedirnos, nos miramos los tres de una manera extraña, como si algo se hubiese quebrado entre ellos y yo.

IV

La verdad es que yo no tuve una adolescencia afortunada. Y me olvidé de ti, ¡oh, Dios mío!, cuando empezaste a dejarme a solas con mi voluntad y mi vida.

Mi padre murió demasiado pronto, y con el luto nos dejó también una dura lucha por la existencia. Mi madre bordaba ajuares que le pagaban bien, pero en aquellas ropas de novias se fueron quedando sus ojos. Dejó de bordar, casi apagada la vista, y yo entré a trabajar en una librería. Con lo que me pagaban y con algunas ayudas que mi madre recibía de antiguas amistades, podíamos ir viviendo.

Pero no estuve mucho tiempo en la librería. Me fue imposible convencer a nadie de que en aquella ocasión apenas si tuve la culpa de algo. Ni siquiera mi madre me llegó a creer, y fue muy desgraciada.

El dueño de la librería me enviaba con frecuencia a su casa. Su esposa siempre estaba pidiendo libros. Era una mujer que no me inspiró nunca ninguna confianza. Yo era aún muy inexperto en asuntos femeninos, pero con aquella señora no me equivoqué. Los hombres pocas veces nos equivocamos cuando una mujer mira como ella me miraba a mí, devorándome, con un mirar lánguido y prometedor. Yo solo tenía dieciséis años; ella pasaría ya de los treinta y cinco, pero todavía se hallaba en la plena sazón de sus carnes y de sus apetitos, como una flor de lujuria siempre en primavera. Aquella mañana me recibió envuelta en su peinador de seda, abrochado descuidadamente, como si en aquella intimidad hubiera una secreta intención de turbarme. Estábamos solos. Tuve miedo de mí mismo y me

quise retirar. Pero ella me retuvo con una amabilidad sospechosa, la amabilidad de la bestia, ávida y excitada.

—Espérate, Jaime... ¿No quieres sentarte un rato? ¡Siempre estás asustado delante de mí, como si yo te fuese desagradable!... Ven, siéntate conmigo y cuéntame algo... ¡Me aburro! Estoy sola siempre, ya lo ves, ¡a mi marido sólo le importan los negocios, durante el día, y la baraja de cartas en el casino, durante la noche!... Y yo todavía soy joven, ¿no te parece?

No sabía qué responder. Me había sentado junto a ella en un sofá grande, cómplice de su fiebre, y había tomado mis manos, ya sin ningún escrúpulo. Me sofocaban su aliento de bacante y su olor íntimo a carne y a lascivia. Quise levantarme, pero ella se había aproximado tanto que no pude. Estaba frenética y me abrazó.

—¡Jaime!.... ¡Jaime, niño mío! No seas tú también como él... Nadie lo sabrá y podremos querernos mucho.... Así....

Y me besó en los labios, con un beso largo y pegajoso. Yo era un inexperto, sí, por eso se me saltaron las lágrimas. Cuando llegué a la librería todavía temblaba.

Algo debió de notar en mí el patrón cuando me miró tan fijamente. Yo estaba mareado, iba a caerme y me senté en una silla.

—¿Qué te pasa Jaime?... Vienes muy excitado, ¿por qué has tardado tanto?

Cuando se acercó se quedó pálido. ¡Yo olía a ella, como si ella misma estuviese aún enroscada en mí!

V

¡Que cada cual busque en sí mismo otro ser!...

Siempre tuve la impresión de que había en mí varios hombres, no sé cuántos, tantos como contrastes. Cada uno de ellos me obligaba a sentir, amar y desear de una manera distinta, hasta tal punto que dudaba cuándo sería de verdad sincero. Fue mi madre quien me hizo pensar en ello.

—Jaime, ¿por qué eres tan distinto?

—¿Distinto a quién?

—A ti mismo. Te escapas a cada momento del Jaime que quisieras ser y te vas al que eres en realidad, y aún este tampoco está claro. Nadie puede conocerte

bien, ni tú mismo.... Eres demasiado múltiple, y corres el peligro de que ninguna persona deposite su confianza en ti, ¡e incluso que piensen que eres un falso!...

Tenía razón una vez más. Yo era demasiado complejo. Tan cerca me ponía de los ángeles como de los demonios. Mi voluntad me la dejé dormida al pie de un sauce y se la llevaron, jugando, las hormigas. Con el tiempo las circunstancias harían de mí lo que ellas quisieran.

Mi madre pedía por mí a Dios. Yo no me acordaba. Me había emborrachado con el problema vital, y solo sabía pedir a la Vida.

Quería vivir, vivirlo todo, el Amor, la Fortuna, la Gloria... Entrar en lo pequeño y en lo grande; ser juez en la realidad de todas las cosas; pasar sobre el dolor sin que el dolor pasase sobre mí; levantar mi cabeza en la noche para que mis ojos se embriegasen de estrellas; clavar una flecha en el sol....

Pero yo no tenía voluntad para nada. Solo para imaginar, para soñar el Bien y el Mal como si también latieran en mi dos corazones. Si alguna vez tuve voluntad para obrar fue una voluntad desconcertante, extraña, con una desproporción lastimosa entre la intensidad y la constancia: una voluntad cohete –según mi madre– que me hacía subir incandescente y bajar carbonizado.

Con este bagaje me tocaba conquistar la existencia y la felicidad. ¡Un bagaje de excursionista a un campo de amapolas!

Desde que dejé de trabajar en la librería habíamos tenido que ir vendiendo algunas joyas que mi madre todavía conservaba. Mi padre había sido filatélico, y yo propuse vender también su colección. Pero mi madre se negó. Amaba los recuerdos, y aquella colección había sido el orgullo de mi padre.

–Tú no puedes imaginarte, Jaime, lo que hay en esos álbumes. Para ti tal vez tengan un valor en pesetas, pero para mí lo tiene en añoranzas... ¡y esto, créeme hijo mío, no se puede pagar en ningún mercado!... Cuando tú ibas a nacer, muchas noches de invierno tu padre y yo nos sentábamos junto al fuego, él con sus sellos y yo con tus primeras ropas. Más de una vez tu padre interrumpía su trabajo para darme un beso... ¡Será niño!, decía él. ¡Lo que tú quieras!, respondía yo. Y cuando nos acostábamos, cansados de trabajar, había en nosotros una felicidad que no se compraba con todo el oro del mundo...

A pesar de esto, un sábado en que ella estaba ausente, me atreví a llevar a mi casa a un negociante experto en colecciones de sellos. Se entusiasmó con aquella. Me ofrecía una fortuna, y prometí pensar su proposición. Pero cuando me quedé solo, al ojear distraídamente uno de aquellos álbumes, hallé que mi padre había

escrito en una de las hojas “Ya solo faltan tres semanas para que nazca Jaime”. Y un ser nuevo se levanto en mí y me hizo besar aquellas letras. ¡Qué distinto me encontré!

PARGUÍN (MEMORIA DE UN PEQUEÑO PEZ)

(Cuento inconcluso)

1 – Los primeros días

Cuando yo nací, nacieron casi al mismo tiempo otros mil y pico hermanos míos. Mi madre había ido depositando miles de huevecillos sobre un lecho arenoso, al pie de un largo paredón de rocas donde crecían algas que los protegerían de las miradas inoportunas de los otros habitantes de aquellos lugares, pero muchos de ellos fueron llevados por las mareas y las corrientes hacia zonas de aguas más frías donde se estropearon, y otros muchos fueron engullidos por las almejas y demás devoradores de huevecillos. Solo los mil y pico hermanos míos y yo tuvimos la suerte de poder llegar a nacer.

Lo de mi nacimiento fue muy sencillo. Cuando me sentí vivo dentro de la pequeña esfera donde me encontraba, presioné sobre su blanda pared hasta que hice un orificio por donde pude sacar la cabeza, luego estiré mi cuerpo y enseguida me encontré fuera. Yo mismo me sorprendí de que me hubiera sido tan fácil nacer. No importaba que sólo fuese un diminuto ser alargado y transparente con un par de ojos muy negros y desproporcionados que ocupaban casi toda mi cabeza. Lo importante era que ya estaba en medio de la vida, que un nuevo milagro de la naturaleza se había producido conmigo y que tenía a mi alrededor y encima de mí toda la masa de agua que iba a ser mi universo. Eso fue lo que ocurrió una mañana en la que el agua estaba tranquila y tibia, cuando los rayos de luz que llegaban desde arriba comenzaban a inundar de claridades difusas todo el fondo del mar, iluminando las rocas, las algas y las arenas.

Durante los primeros días, mis hermanos y yo nos movíamos temblorosamente de un lado para otro sin saber qué era lo que teníamos que hacer. Solo sabíamos abrir la boca y dejar que el agua nos alimentase. Eso, al menos, es lo que nos dijo nuestra madre.

Pronto empezamos a sentirnos atraídos por aquella claridad que veíamos muy por encima de nosotros. Una mañana nos dejamos ir hacia ella todos juntos, formando una pequeña nube con nuestros cuerpos. Y llegamos a donde el agua se terminaba y empezaba otra cosa. Apretujados los unos contra los otros, temerosos de aquel misterio lleno de luz que no comprendíamos y que nos impedía respirar, asomábamos un poco las cabezas fuera del agua, sólo el tiempo suficiente para no asfixiarnos. Allí permanecíamos largos ratos, sintiendo en nuestros cuerpecillos algo así como una caricia. En la superficie del agua constituíamos una masa extendida, brillante y bulliciosa, de pequeñas cabezas. Nos divertía aquel descubrimiento.

Pero de vez en cuando ocurría algo que nos asustaba, un golpe en el agua, una gran sombra que aparecía sobre nosotros, un ruido extraño, y entonces todos a una nos sumergíamos con gran rapidez. Luego nuestra madre nos reñía por aquellas escapadas a donde no debíamos ir. Pero eran tan emocionantes...

Así transcurrieron varias semanas. Poco a poco mis hermanos y yo nos fuimos haciendo menos transparentes y nos íbamos llenando de carne. Cada vez nadábamos con más agilidad y rapidez, y nos fueron saliendo las escamas, que eran como corazas que protegían nuestros cuerpos y nos daban calor.

2– Tengo un nombre

Llamadme Parguín. Ya sé que resulta raro que un pez quiera tener su propio nombre, pues lo normal es que todos los peces de una misma especie se llamen igual. Pero es que yo pretendo que no se me considere como uno más de la enorme cantidad de peces todos iguales, o sea, que quiero tener mi propia personalidad, y para eso necesitaba poseer un nombre que me perteneciera sólo a mí.

Cuando le expuse la idea a mi madre, se sorprendió mucho y por poco se muere de la risa que le entró. Luego, sin dejar de reírse, fue y se lo contó a mi padre, que estaba con otros peces adultos.

–¡Esta criatura es anormal! –dijeron todos. Y me aconsejaron que fuese a que me examinase el señor Mero, que era un viejo vecino nuestro muy experto en todas las cosas y que estaba considerado como el pez más sabio de toda aquella zona donde vivíamos.

El señor Mero tenía fama de ser muy cascarrabias, aunque la verdad es que a mí me pareció un ser amable y tranquilo. Vivía solo en una cueva, sin mucho trato con los vecinos. Algunos decían que era porque tenía mucho miedo de salir de allí, ya que unos grandes seres que procedían de fuera del agua, habían aprendido a sumergirse hasta nuestra profundidad y lo buscaban especialmente a él para matarlo con sus fusiles.

–¡Debes tratarle con mucho respeto, porque él es un ser muy mayor y tu eres sólo un crío! –me advirtió mi madre cuando me dirigí a visitarle.

La cueva donde vivía estaba en un arrecife oscuro y con muchas rocas alrededor. Cuando llegué a la entrada me detuve allí mismo y grité hacia dentro:

–¡Señor Mero!...¡Señor Mero!...¿Está usted ahí?...

No escuché ninguna respuesta. Y, como la cueva era bastante angosta y oscura, no podía distinguir bien su interior, así que penetré un poco más en ella y volví a gritar:

–¡Digo que si está usted ahí, señor Mero!...

Entonces llegó hasta mí, desde muy adentro de aquella cueva, una voz algo cascada.

–¿Quién anda ahí?... ¿Cómo se le ocurre venir a turbar mi reposo?...

–¡Soy yo, señor Mero!... – le volví a gritar un poco asustado

–¿Y quién demonio eres tú que tanto gritas?... ¿Es que te crees que estoy sordo?...

Empecé a pensar que tal vez tuvieran razón los que decían que el señor Mero era un cascarrabias. Pero tenía necesidad de hablar con él para explicarle mi deseo de tener un nombre. Así que me armé de valor y le dije tímidamente:

–Soy uno de los hijos del señor Pargo. Mi padre me ha dicho que venga a hablar con usted para que vea si soy una criatura anormal.

–¡Ah, bueno!... –me contestó ya con menos mal genio – Como tienes esa voz tan aguda, creí que serías uno de esos condenados congrios que se asoman a mi cueva para despertarme con sus chillidos. ¡Más les valiera hacerse un nudo con sus cuerpos y ahorcarse!... ¡Pero pasa, hijo, pasa y no te quedes ahí!...

–Es que esto está tan oscuro que no veo casi nada –le dije

–No te importe. Ve nadando despacio arrimándote a la pared hasta que se te acostumbre la vista.

Fui penetrando poco a poco en la cueva hasta que mis ojos fueron acomodándose a la oscuridad. Entonces pude distinguir un pasillo estrecho y me metí por él. Cortinajes de algas y otras plantas que el agua movía de un lado para otro, crecían en las paredes de rocas y me daba en la cara al avanzar. El pasillo tenía recovecos y al fondo se estrechaba más hasta quedar convertido en apenas una grieta, pero después desembocaba al fin en una espaciosa estancia iluminada por una luz cenital que llegaba hasta ella a través de una especie de chimenea horadada en la roca del techo.

Era maravilloso ver aquel efecto de luces y sombras sobre las algas de colores y las paredes angulosas... Y allí estaba el señor Mero, echado sobre un lecho de arenas y limos, con su oronda barriga amarillenta. Verdaderamente era aquel un refugio seguro a donde no podría llegar jamás ninguno de esos seres de fuera del agua con sus mortíferos arpones.

–¿De modo que tú eres uno de los mil y pico hijos del señor Pargo? – me preguntó nada más aparecer yo ante su vista, al tiempo que me examinaba desde el hocico hasta la cola.

Yo asentí con la cabeza sin pronunciar una sola palabra. Me encontraba muy impresionado, tanto por la maravilla de aquel lugar como por la imponente figura del señor Mero. No sabía qué era lo que más me anonadaba de él, si su hermosa cabeza de apuntado hocico, grandes labios y dorados ojos que parecían que me penetraban con su mirada hasta lo más profundo de mi ser. Pero me sentía tan pequeño e insignificante en su presencia que no me atrevía a decir nada.

—Bueno, ya me dirás tú qué es lo que te pasa, pues a primera vista no encuentro nada de anormalidad en ti.

Permanecí en silencio, como hipnotizado. Quería decir algo, pero no acertaba a mover la lengua ni me venían a la mente las ideas. Así transcurrió un tiempo que a mí me pareció una eternidad. Pero al fin pude balbucir unas palabras.

—Es que quisiera... tener... un nombre... para mí solo.

El señor Mero se removió bruscamente como si le hubieran pinchado en la barriga y me miró sorprendido. Luego dijo, arrastrando mucho las frases:

—¿Un nombre para ti solo?...¿Pero tú sabes bien lo que eso significa, muchacho?... ¡Nada más y nada menos que un nombre para ti solo!... ¿Pero quién te crees tú que eres, criatura?... ¡Miles y miles y miles de antepasados y parientes actuales tuyos y míos han tenido y tienen un solo nombre para todos!... ¡Eso mismo les ocurre a todos los peces de todas las especies que habitan por esta zona y por todas las del mundo!... ¿Y tú, insignificante alevín, tienes la pretensión de que te den un nombre para ti solo?... ¿Quieres que te llamen por un nombre imaginado especialmente para ti?... ¡Estás loco!

(1995)

EL INFORME

(Cuento inconcluso)

Tenía la sensación de estar hablando a solas ante un muro de cemento. Cada vez que apartaba la vista del Informe y dirigía la mirada al presidente y a los demás ministros, veía lo mismo: unas figuras hieráticas e inmóviles como esfinges de piedra entre la tenue neblina que formaba ya el humo de los cigarros. Y si al mirarlos movía un poco la cabeza hacia adelante o hacia atrás, le parecía que sus rostros se agrandaban o se empequeñecían y, a veces, llegaban a fundirse unos con otros en una especie de masa oleaginosa que acababa deshaciéndose en múltiples aros de caras deformes, todo como si se reflejase en una lámina de hojalata mojada. “Me debo de estar mareando”, pensó. Y bebió un poco de agua del vaso que tenía delante en la mesa. Luego dirigió la mirada a uno de los grandes ventanales de la sala: la noche había caído ya afuera y estaban encendidas las farolas de neón que iluminaban la plaza con su lívida luz.

—El coeficiente de desesperanza —continuó leyendo en voz alta—, se ha incrementado en los dos últimos años y supera ya en más de un ocho por ciento al que se llegó a alcanzar en el anterior sondeo de hace sólo seis meses. Por otro lado, se observa entre los niños y jóvenes del país una gran penuria de imaginación y fantasía. Pero lo más alarmante, en mi opinión, es el uso intensivo que mucha gente hace de los somníferos y drogas anonadantes. Según una encuesta llevada a cabo recientemente por mi departamento a diversos niveles de edad y educación, cuatro de cada diez encuestados se declararon “soporadictos”, no solo para poder dormir por la noche sino para hacerlo también durante sus horas libres del día, y afirmaron que el sueño era para ellos la única evasión que se les apetecía para escaparse de la realidad en que vivían.

Se llamaba Helena Ebner y era húngara de nacimiento. Había llegado al país como refugiada política, pero obtuvo pronto la nacionalidad por sus méritos científicos, ya que estaba considerada mundialmente como una de las primeras autoridades en Sociología. Sus libros “La Decadencia del Humanismo” y “Sociedad y Consumo” eran textos de obligado conocimiento y estudios en todas las universidades del mundo. Y como fundadora del llamado “Movimiento Internacional para la Defensa del Humanismo y de la Naturaleza”, había estado dirigiendo, antes de ser nombrada ministra del Bienestar Social, toda una serie de iniciativas de mentalización popular en torno a los riesgos de la sociedad de consumo y contra la deshumanización de la cultura. Pero la lectura que estaba haciendo de su informe, venía a dar la razón, en opinión de todos los miembros del consejo de ministros, a los grupos de presión y asociaciones de fabricantes que se manifestaron en contra

de su nombramiento. Por eso el presidente, cada vez más consciente del error que se había cometido al nombrarla, escuchaba aquella lectura con evidente disgusto y no cesaba de darle vueltas en su mente a la idea de desembarazarse de ella de la forma que fuera precisa.

—Las asociaciones de “soporadictos” proliferan por todos el país, tanto por las zonas rurales como en los núcleos urbanos, de tal manera que ya constituyen un nuevo y sorprendente fenómeno socio-cultural de insospechadas consecuencias. Baste advertir que aquí, en la capital, se han ido cerrando en sólo tres años ocho salas de cine, tres teatros, doce centros recreativos de barriadas, y más de cincuenta establecimientos entre cafés, bares y restaurantes. Mientras tanto, se abren por todas partes, cientos de esos llamados “Sueño pubs”, “Sleeping clubs”, o simplemente “colchonotecas”, dotados todos ellos de las más sofisticadas instalaciones y técnicas para que sus clientes puedan disfrutar de largos sueños, plácidos y profundos.

Ella no quiso, en un principio, aceptar aquel nombramiento, a pesar de lo que suponía para ella como triunfo personal en su condición de refugiada a la que se le había concedido la nacionalidad. Si acabó aceptándolo, fue más que nada por la insistencia de sus propios colaboradores y partidarios, que pensaban en todo lo que se podría conseguir para los fines del movimiento estando ella dentro del gobierno.

(Agosto de 1996)

LOS OTROS NIÑOS

(Tríptico y un epílogo con textos al margen)

Texto primero

Hay otros niños. Son aquellos que tienen edad y cuerpo de adulto, pero una vida intelectual y psicológica permanentemente infantiles porque su desarrollo se les quedó como agarrado, detenido a mitad de camino entre la nada y el ser, mientras el resto de su organismo continuaba hacia la plenitud. Parecen una burla de la naturaleza y, a menudo, son un motivo de burla para muchos miembros de la sociedad en la que viven.

Benito debe de rondar los treinta años. Tiene un corpachón alto y ancho que desplaza más de cien kilos, y camina despacio, arrastrando sus enormes pies en un continuo tambaleo de oso cansado mientras abre y cierra constantemente las manos en un gesto que parece tener algo de amenaza. Pero Benito es incapaz de amenazar a nadie: es manso como un cachorro y sonríe siempre. Sonríe con una extraña sonrisa, indescifrable a menudo, injustificada las más de las veces, como una mueca estereotipada de asombro y regocijo ante la gente y las cosas.

Lo que más le gusta a Benito, más aún que el panecillo y el chocolate de la merienda, es tocar la campana, sobre todo cuando los pájaros que preñan los cipreses del jardín se echan a volar despavoridos y se quedan revoloteando en oscuras bandadas por encima de los tejados de la Residencia sin saber dónde posarse. Al verlos huir enloquecidos, Benito se ríe con una burda carcajada, y los ojillos se le iluminan con un brillo de maligna inocencia.

Hace tres años que sor Juana le nombró campanero. Al principio, ella tenía que tomarse el trabajo de avisarle cada vez que debía tocar. “Anda, Benitiño, ve y toca, que el sol está ya en lo alto y es la hora del Ángelus”, le decía con su dulce deje gallego. O bien: “Benitiño, toca para la comida, que las tripas empiezan a reclamar y casi se las oye gruñir”. Él se encaminaba, obediente, con su paso tardón y torpe, hacia la campana que colgaba de un brazo de hierro forjado prendido a la pared, junto a la puerta del edificio de la capilla y, agarrando la cadena del badajo con su mano de ogro comeniños, se ponía a zarandearla con toda la fuerza de que era capaz, hasta que la monja le reprendía: “¡Benitiño!... ¡No toques así, criatura, que la vas a dar en tierra con agarradera y todo!” Y luego, con santa paciencia,

le explicaba el procedimiento idóneo: “Coge la cadena sólo con dos dedos, sin apretarla, hombre, como si cogieras un gorrión, ¿me comprendes?, solo con dos dedos”. Benito asentía, boquiabierto, pendiente de la explicación que le daba la religiosa. “Has de moverla de un lado para otro con suavidad, con arte... ¿Tú sabes lo que significa “con arte”?...” El negaba con tres cabezazos maquinales, y sor Juana aclaraba: “Significa hacerlo con finura, con elegancia, con delicadeza... ¡Tienes que tocar la campana como lo hacen los ángeles en el Cielo... con arte, Benitiño, con arte, para que la campana suene como la música del más hermoso de los instrumentos!” A buen seguro que Benito no captaba los complejos matices del discurso monjil; pero lo cierto es que, poco a poco, acabó tocando la campana de una forma tal que nadie, salvo la propia sor Juana o, quizá, los propios ángeles, hubieran podido hacerlo.

La mañana de los domingos alumbraba su actuación más gloriosa. En los primeros tiempos era menester que sor Juana dirigiera los intervalos entre las tres llamadas para la misa. “Benitiño, da el primer toque”. Y él, al momento, repicaba gozosamente durante un rato, y luego marcaba una pequeña pausa para desembocar, a continuación, en una sola campanada vibrante cuyo sonido se quedaba flotando entre las nubes indecisas. A los quince minutos, sor Juana le avisaba de nuevo: “Benitiño, anda y toca el segundo, que el padre Damián habrá empezado ya a vestirse”. Y él repetía el jubiloso repique, rematado con otra pausa y las dos rotundas campanadas de advertencia. Pasado otro cuarto de hora, a punto de empezar la ceremonia, la monja le avisaba de que era el momento del tercer toque. Para entonces se habían ya congregado a su alrededor casi todos los demás residentes, que aguardaban allí antes de entrar en la capilla, ansiosos por verlo interpretar el toque definitivo. Y Benito se sentía más feliz que nadie, más feliz que nunca, protagonista de un éxito semanalmente repetido.

Cuando don Jaime, el joven médico de la Residencia, le regaló el reloj digital, Benito aprendió a identificar las horas por los números verdes que iban apareciendo en el rectángulo —en la televisión de su reloj, decía— y ya no fue necesario que nadie estuviera pendiente de avisarle. Puntualmente, sin equivocarse nunca, se dirigía a la entrada de la capilla y así la cadena, presto para dar los toques precisos, consciente de su responsabilidad. Al ir aproximándose los instantes justos de cada toque, se mostraba progresivamente impaciente, como en vísperas de una fiesta largo tiempo esperada, sin distraerse en cosa alguna que no fuera mirar su reloj, en la tensa espera de un acontecimiento de suma importancia que debía realizarse en el momento justo, ni un segundo antes ni un segundo después.

Claro que los domingos, cuando había que observar escrupulosamente las pausas entre llamada y llamada, la concentración era absoluta. Benito escrutaba

su reloj sin un pestañeo, achicados los ojos, arrugada la frente, hasta ver aparecer la hora del comienzo. Y allá iba: prolongado repique inicial, corto silencio y el toque de remate. De nuevo, esperar la muerte y la vida sucesivas de los numeritos verdes para dar otro repique idéntico al primero, guardar idéntica pausa y colocar dos toques. Y, al filo del comienzo de la Misa –ya, sin duda, revestido el sacerdote, alertado el acólito, rezadoras las tres monjas en su banco–, llegaba el repique último, el silencio expectante y la rúbrica de las tres campanadas finales que los internos acogían con algún descompasado aplauso y el cloqueo de las risas satisfechas.

Solo uno de los espectadores no aplaudía ni participaba del gozo general. Era Agustín, el torvo ayudante del jardinero, aquel que un Domingo de Ramos le espetó a sor Juana delante de todos que él quería ser campanero también, que él era más listo que Benito y, además, mucho mayor, que tenía cuarenta años por lo menos, y reclamaba su derecho a tocar la campana. Benito se enrabietó entonces como un chiquillo mal educado. Lloró, hipó, moqueó, pataleó, y gritó en un agudo creciente hasta el paroxismo: “¡La campana es mía, la campana es mía, es mía, es mía, es mía, es mía!...”, hiriendo el suelo a zapatazos, hasta que sor Juana logró calmarlo y convencer al otro de que su trabajo en el jardín era infinitamente más importante porque de él dependían las hermosas flores que adornaban el altar. “Las flores, Agustín, son como besos que le damos a Dios, Nuestro Señor... Y esas flores tan bonitas que cada domingo podemos ofrendarle, son gracias a ti”. Y Agustín, otro niño grande, extraño, silencioso y esquivo siempre, acabó conformándose –aunque solo a medias; esto era evidente por las muchas veces que llamaba campana a un clavel o a un alhelí – y nunca más volvió a reclamar el puesto de campanero. Benito se supo, desde entonces, dueño absoluto y único del privilegio, dueño del sonido maravilloso de su campana, maestro tañedor para siempre.

Texto segundo

Les damos diferentes nombres que me niego a repetir ahora. Los menos hirientes, los menos despectivos, son los de subnormales o disminuidos psíquicos.

Cuando los observo, se me ocurren algunas preguntas para las que no encuentro respuestas: ¿Por qué tienen que ser como son? ¿Por qué, en una absurda e injusta rueda del infortunio, les tocó quedarse en tal estado, a medio recorrido

*entre la nada y el ser; a veces, en la más pura
duda entre la planta y el mineral?*

A sus veintinueve años, con su leve oligofrenia a cuestas, Tomás es todo un experto en barcos. Su especialización comenzó el día en que, de aquel paquete de ropa usada –entre raídos pantalones, calcetines desaparejados, chaquetas deformadas e, incluso, unos inútiles faldones de cristianar– surgió, como por un milagro, la pequeña máquina fotográfica. Era poco más que una rudimentaria cámara oscura, de la marca Kodak, con el objetivo fijo, el diafragma de dos posiciones y el disparador que se atrancaba un poco. Todavía se podía leer el modelo BABY BROWNIE – grabado en letras mayúsculas sobre el objetivo. Por supuesto, era una vieja máquina para niños, prácticamente una antigualla, pero aún podía seguir cumpliendo su función.

Nadie en la Residencia recuerda cómo llegó aquella máquina a manos de Tomás, ni por qué vericuetos de su pobre mente y de su voluntad llegó él a tomar la decisión de dedicarse a hacer fotos exclusivamente en el puerto, al acecho diario de los barcos que entraban o salían. Lo que sí se sabía era que gastaba gran parte del dinero mensual que recibía –Tomás era hijo de una rica familia–, en proveerse de carretes y en pagar los costes del revelado y las ampliaciones que fatigaban las paredes de su habitación y las del pasillo de los dormitorios.

Aunque el grado de su discapacidad era de los más leves, Tomás apenas sabía leer silabeando con dificultad, y escribía muy torpemente pequeñas frases con vacilantes letras mayúsculas, a punto siempre de desplomarse sobre las líneas maestras de cada renglón. En cambio, por muy increíble que parezca, asimilaba con extraordinaria facilidad y rapidez cuanto le explicaban o contaban sobre barcos, hasta el punto de que no se recataba en afirmar, muy en serio, que iba a ser marino y que tenía que aprender a leer y escribir correctamente para poder ir a la Escuela de Marina, que estaba en una ciudad muy lejana, “allá por el norte, donde siempre llueve”, decía.

Así se lo repetía con frecuencia a Valentina, la más joven de las internadas en la Residencia –apenas diecisiete años encogidos por el síndrome de Down–, que lo miraba embobada, achinados los ojos por el pliegue mongoloide, dulcificado el rostro por la perpetua sonrisa que dejaba al aire la indócil y espesa lengua. La muchacha gustaba de pasar las horas junto a él, mirando la colección de fotos y oyéndole contar historias de barcos. Por las tardes, mientras Tomás se entretenía rellenando sus álbumes, ella pintaba, sentada a su lado en la gran mesa de la sala de reuniones, emborronando todo tipo de papeles con lápices y ceras de colores. Con la cara casi metida en las hojas, volcaba los misterios de su mente en unos paisajes fantásticos plagados de flores lilas y moradas, de nubes rosáceas, de pájaros

inmensos con las alas cuádruples. A veces, para dar gusto a Tomás, dibujaba unos barcos deformes a la deriva sobre manchones azules. Y Tomás tenía que decirle que no existían barcos como aquellos, con tantas chimeneas y tantísimos palos; pero, al fin y al cabo, se alegraba de que ella los pintara.

Desde el último piso de la Residencia, desde las amplias ventanas de guillotina cercadas por madera pintada de verde, se podía divisar todo el puerto. A la menor oportunidad, Tomás subía y se quedaba allí, asomado horas y horas, casi volcado sobre el antepecho, oteando a la espera de que entrara algún barco por la bocana. Así que lo avistaba, corría en busca del director y le pedía que lo dejara acercarse al muelle para retratarlo desde cerca. Y, obtenido el permiso con el rezongo de costumbre, “No corras, Tomás, puñetas, que no se te va a escapar”, bajaba, al trote de sus piernas zambas, la empinada cuesta que separa la Residencia del Paseo Marítimo; torcía luego a la izquierda y recorría el kilómetro y medio que faltaba para el acceso a los muelles sin disminuir un ápice la considerable prisa de salida. Franqueaba la entrada, ante la mirada entre burlona y cariñosa de los guardas y carabineros que ya lo conocían de sobra, gastaba unos imprescindibles minutos en valorar convenientemente el objeto a retratar, y, a continuación, disparaba su máquina cinco o seis veces, desde diversos ángulos, con un primoroso sentido de la estética, hasta aprisionar varias imágenes del buque en las entrañas de la película.

El siguiente paso consistía en preguntar cuanto fuera necesario a fin de conocer el nombre, la nacionalidad, las dimensiones, la procedencia, el destino, el tonelaje y la naturaleza de la carga de aquel barco. Memorizaba toda la información obtenida, con portentosa minuciosidad, y era capaz de repetirla después hasta sus más nimios detalles y hasta muchos días más tarde. “Ese barco —explicaba— se llama BLUE STAR, que quiere decir Estrella Azul; tiene bandera de Panamá, que le dicen bandera de conveniencia; casi todos los marineros son negros; va en lastre, o sea que no lleva carga, y se dirige al puerto de Hamburgo, en Alemania... ¿Y sabéis por qué ha tenido que entrar en nuestro puerto si no trae nada ni necesita combustible ni provisiones ni nada de nada?... Pues porque a uno de los marineros lo tienen que operar con urgencia de apendicitis porque si no, se muere seguro”.

Sí, todo lo aprendía, todo lo recordaba y todo lo repetía sin importarle si nadie le hacía el menor caso. El podía seguir desgranando sus averiguaciones durante horas, aun careciendo de un auditorio interesado; y decir, por ejemplo: “Ese barco tan grande que atracó al mediodía en el muelle de Poniente, es un trasatlántico inglés que se llama ORANGE, y desplaza treinta y cinco mil toneladas... ¡Qué barbaridad, no os podéis imaginar lo enorme que es, casi no me ha cabido entero en tres fotos!... Y lleva trescientos quince pasajeros, además de la tripulación, que

son lo menos ochenta personas, y va a estar un día aquí, y luego se va a Italia y a Grecia”.

Hace dos años, cuando las fotos desbordaban por completo el cajón que le facilitó sor Juana para guardarlas, Tomás comenzó a ordenarlas cronológicamente en álbumes, y a colocar junto a cada una los datos de cada barco, escritos con su letra farragosa y casi ilegible. Ahora tiene recogidas más de mil imágenes de toda clase de buques: lujosos trasatlánticos, gigantescos petroleros, navíos de guerra erizados de cañones y lanzamisiles, chatos remolcadores, oxidados cargueros, esbeltos veleros de majestuosos palos, yates afilados como galgos, y hasta cata-maranes, falúas y humildes embarcaciones de pescadores.

Bien es cierto que a Tomás no se le puede pedir que entienda de ninguna otra cosa. En su parcelada inteligencia no cabe nada que no esté relacionado con el motivo de su única pasión, los barcos. Oyéndole hablar de banderas y nacionalidades, de puertos y tonelajes, de mercancías, accidentes aparatosos y naufragios, se le puede tomar por un avezado funcionario del “Lloyd’s” de Londres; y, por supuesto, se puede estar tentado de afirmar que su deficiencia intelectual no existe. Sin embargo, Tomás es incapaz de comprender y asimilar otras nociones y conceptos más elementales. Solo de buques sabe, de sus peripecias y de sus imágenes. Ni siquiera sabe de técnicas fotográficas, pero es indudable que el resultado de su intuitivo enfocar y disparar produce fotografías de cierto interés.

Tan estimables han llegado a ser esas fotos que algunas de ellas se publicaron en la prensa local. Fue con motivo de un accidente ocurrido casi a la entrada del puerto, en el que dos barcos colisionaron, una noche de niebla impenetrable, y uno de ellos se hundió. Algunos comentarios atribuyeron el desastre no tanto a la oscuridad sino a que uno de los pilotos estaba, en aquel preciso momento, demasiado uncido a su botella de JB. El caso es que, para ilustrar el dramático artículo de primera página, el periódico local utilizó las fotos de ambos barcos que Tomás conservaba en su colección desde anteriores arribadas. La iniciativa partió del propio director de la Residencia. Pocos días después, una periodista realizó un curioso reportaje sobre Tomás y su desmedida afición, así como de la vida en la Residencia. Con ella vino un fotógrafo que retrató a Tomás —el retratador retratado— en compañía de algunos internos, con Benito al fondo junto a su campana y Agustín en primer plano, blandiendo unas terribles tijeras de podar.

Texto tercero

¿Y por qué mi hijo? ¿Por qué precisamente mi hijo? Esta es la tremenda y angustiada interrogan-

te a la que ninguna respuesta, por muy razonada y científica que sea, puede ofrecer suficiente consuelo y conformidad. Siempre quedará una impotente rebeldía; siempre quedará una resignación amarga que, a fuerza de llevarla encima como una sombra oscurecedora de la propia vida, acaba haciéndose moderadamente soportable, razonablemente cotidiana.

Desde hace siete años, justo desde que cumplió los quince, cada mañana traen a Lucía a la escuela-taller de la Residencia. Para ella es tan agradable pasar el día con los compañeros del internado que no echa en falta su casa ni a su madre, y cuando vienen a recogerla, al atardecer, no quiere irse y evidencia su enfado biqueando prolongadamente.

Porque la bizquera de Lucía es mental, no tiene nada que ver con una incorrecta función de los músculos oculares. Lucía bizquea porque le apetece, aunque lo haga de un modo involuntario, prácticamente reflejo. Entrecruza los ojos como una manifestación de autodefensa, de afirmación de su propia personalidad frente a un mundo que no entiende, que no la comprende.

Resulta tristemente irónico el nombre de Lucía. Su madre lo había determinado de antemano cuando iba por el quinto mes de embarazo porque una vecina echadora de cartas le vaticinó que daría a luz una niña preciosa cuyos ojos asombrarían por su insólito resplandor. De modo que la crédula gestante no vaciló en escoger para su futura hija el nombre de la santa patrona de la buena vista. Y cuando la niña comenzó a proyectar por todas partes su mirada huidiza, aquel nombre, elegido con tanto amor, se convirtió en un instrumento de escarnio.

Por lo demás, Lucía no es fea. Si decide dejar en paz los ojos en su postura natural y si consigue que la boca no se le tuerza en un rictus efímero, presenta unas facciones agradables que coronan un cuerpo bien proporcionado. Por eso, la madre no comprendía el evidente retraso de la chiquilla. Después de una serie de complejas pruebas y exhaustivos análisis, un endocrinólogo se lo dijo: “Su hija tiene un problema metabólico”. Y le dominó la angustia: “¿Es culpa mía?... ¿Es culpa de mi marido?... ¿Qué hemos hecho de malo?...” “No se trata de eso, le explicó el doctor, sino de un fenómeno muy complejo, algo totalmente azaroso. Se trata de unas sustancias que deben engancharse unas con otras como los eslabones de una cadena, “reacciones enzimáticas”, precisó sin que ella pudiera comprender el significado, y que fallaban y no conseguían hacerlo correctamente. “¿Y qué pasa entonces, qué pasa, doctor...?”, preguntó la madre. “Si no se detecta a tiempo, se produce el retraso o la deficiencia en el desarrollo cognitivo. Antes se llamaba

Idiicia fenilpirúvica, aunque ahora lo conocemos más como Fenilcetonuria”, fue el terrible diagnóstico, como una condena de cadena perpetua. Lucía, en definitiva, era idiota. Y en este caso concreto, la palabra idiota alcanzaba resonancias de fatalidad, mucho más allá de su empleo como insulto vulgar. “En psiquiatría, idiicia es la denominación de un grado determinado de retraso mental, no de los más profundos, desde luego...”, concluyó el médico. No la consoló el matiz. “¿Mi hija, retrasada mental?... ¿Mi Lucía?... ¿Y es para siempre?... ¿No tiene cura?...” Y se volvió hacia su marido y buscó sus manos y su hombro en el afán de un consuelo que él, deshecho, era incapaz siquiera de fingir.

Los años sucesivos trajeron una suerte de resignada aceptación. Lucía creció dulce y ensimismada, continuamente ligada a la madre. El padre se limitaba a concederle unas miradas de cariño distraído y a lamentar que su esposa no hubiera querido tener más hijos. “Ella es única, Lucía es única y debe seguir siendo única”, afirmó la madre, tajante. Y volcó en la hija única toda su capacidad de amor y de cuidado, con una enfermiza adoración que se acrecentaba cada día.

Aparte de su retraso, Lucía era una niña sana, si bien no alcanzó una estatura acorde con su edad hasta cumplir los quince años. La escasa talla, el habla torpe y el continuo guiñar de los ojos la hacían extraña a los demás niños. “Por qué dicen que yo no soy igual que ellos, mamá, por qué dicen eso?”, preguntaba. Y la madre daba mil rodeos e inventaba mil frases distractivas para no herir la sensibilidad de su Lucía.

Cuando se hizo mujer pareció que el carácter se le fijaba definitivamente. Mimosa, sentimental y soñadora, sus mejores momentos se los pasaba oyendo a su madre leer en voz alta novelitas rosas –“Jazmín”, “Corazón”, “Corín Tellado”, “Barbara Cartland”– que aparecían por todos los rincones de la casa, para desesperación del padre. “¿No es bastante tonta ya la pobre criatura para que, encima, tú la atontes más con todas esas majaderías?”. La madre ni se dignaba a contestarle. Y en cuanto conseguía un rato libre, en ausencia de su marido, se apoltronaba en un sillón, sentaba enfrente a Lucía, y se lanzaba a declamar diálogos y situaciones que remataban siempre en la felicidad amorosa de una pareja de bellísimos jóvenes tras una serie de aventuras que resultaban literalmente calcadas de un título a otro.

“¿Y yo me casaré también?”, preguntaba Lucía. “Sí, mi niña, claro, ya lo verás. Algún día encontrarás a tu príncipe. Será muy alto, y muy rubio, y muy fuerte, como Ricardo Alcázar, ¿lo recuerdas?, era el ingeniero de aquella novela...” Y, ante el palmoteo ilusionado de Lucía, continuaba: “Serás muy feliz, y tendrás hijos tan preciosos como tú”. La niña, en el último cielo de las ensoñaciones, disipaba los ojos por todas las esquinas, en un tic que semejava el tableteo de una

ametralladora incontrolada, mientras la madre se esforzaba en creerse ella misma aquella remotísima posibilidad.

Quizá por salvar un matrimonio cada vez más limitado a una educada convivencia, quizá porque aún quedase en él un cierto interés por su hija, el padre propuso un día llevarla a la Residencia en calidad de mediopensionista. Pero la madre se negó, enfurecida: “¿Lucía tantas horas con unos locos? ¿Qué beneficio va a sacar en compañía de todos aquellos chalados, di, qué beneficio?”. Él, sin descomponer la voz, argumentó las ventajas, y consiguió que la mujer accediera a entrevistarse con don Jaime y sor Juana. Entra todos vencieron su repulsa inicial, su desconfianza, y fue la propia madre, por fin, quien se encargó de convencer asimismo a Lucía. “Estarás estupendamente allí. Podrás jugar y aprender muchas cosas interesantes, y hasta hacer amigas y amigos”. “¿Y encontraré también un novio alto y rubio como Ricardo Alcázar?”, se ilusionó la niña. “¡Tal vez, hija, tal vez!”. Y a la madre se le quebró la voz en el sollozo.

Desde luego que Lucía no ha encontrado el novio alto y rubio entre los hombres de la Residencia. Don Jaime sí que es muy alto, aunque moreno, y ella lo mira con embeleso, pero él, naturalmente, sólo le presta una atención distante y profesional; Benito es gordo y torpe, y parece que quisiera sacudirla como sacude a su campana; Tomás es feo y bajito, y sólo le gusta estar con Valentina, la de los ojos achinados; Agustín la asusta, sobre todo cuando dirige miradas turbias a sus pechos, y además, despidе un olor pestilente al estiércol que mezcla con tierra para abonar el jardín; y, del resto, o son demasiado viejos o son incapaces de articular cuatro palabras seguidas. No, Lucía no ha encontrado ese novio con el que sigue, pese a todo, soñando; pero ha encontrado una dulce paz que solo la abandona cuando, al atardecer, viene su madre o su padre a llevársela, obligándola a intensificar sus visajes como la más evidente de las protestas.

Y un epílogo

No es difícil encontrar a esos niños en nuestro mundo cotidiano y próximo. Se hallan entre nosotros, con sus figuras sin gracia, con sus torpezas, con sus lenguas estropajosas y su irritabilidad a punto de estallar por cualquier nimiedad que les contraríe. Sus reacciones son imprevisibles, y nunca se sabe si van a seguir siendo mansos y afectuosos o si pasarán, de pronto, a la agresividad. Pero, por supuesto, la única actitud que cabe adoptar con ellos es la de una infinita compren-

sión y tolerancia. Cualquier otra que les castigue o les violente, será siempre una inútil crueldad.

La muerte llegó un domingo a la Residencia. Solía llegar de vez en cuando, pero al pabellón de los ancianos, rarísima vez al de los deficientes. Y se llevó con ella a Valentina, la que pintaba flores lilas y pájaros de cuatro alas.

Valentina murió al alba, tras una semana de tierna agonía, sin un grito, sin un desespero, tan quedamente como vivió. Sor Juana lo dijo a la hora del desayuno: “Valentina es ya un ángel”. Y los internos se quedaron mirándola con una especie de estupidez en las miradas, sin transparentar ninguna emoción especial, sin entender del todo lo que pasaba; y enseguida continuaron absortos en su tarea de mojar el pan en los tazones de café con leche. Solo Tomás, que desde que recluyeron a la niña en una habitación aparte había observado que don Jaime entraba muchas veces en ella y salía con el rostro sombrío y preocupado, lanzó un grito y se puso a dar puñetazos histéricos en la mesa hasta que se le volcó su taza y se derramó el contenido sobre el mantel de hule.

En la Residencia, la muerte no tiene connotaciones trágicas. Es necesario evitar que la tragedia se apodere de aquellas pobres mentes, incapaces de comprender el fenómeno en su verdadera dimensión. Por eso sor Juana dulcifica el horror de las desapariciones hablando del tránsito al Cielo y de la felicidad que allí aguarda. “Ahora, Valentina está jugando al corro con los ángeles, ¿os lo imagináis?...”, dice; y todos ríen y quieren jugar también. “Ahora pintará el rostro cariñoso de Dios y, cuando lo termine, regalará el retrato a Nuestro Señor, que se sentirá muy complacido y colgará la pintura de Valentina frente a su mesa para poder verla cada mañana cuando empiece el trabajo diario.” Don Jaime, que la escucha, tuerce el gesto, a medias escéptico, a medias conforme. “Dichosa monja —piensa—, ¡si yo fuera capaz de consolar así a mis enfermos!... Pero estas cosas no se aprenden en ninguna Facultad”.

La Misa se anunció ese domingo con un especial concierto de campana. Benito se superó a sí mismo. Con el rostro iluminado por una extraña alegría, estuvo más tiempo que nunca moviendo la cadena de un lado para otro con una suavidad inusitada, obteniendo del bronce los sonidos más armónicos y dulces. “Toco como los ángeles, con arte, como a usted le gusta, ¿verdad, sor Juana?”. Y la monja: “Sí, Benitiño, para que Valentina te aplauda desde el Cielo”.

Agustín colaboró con un generoso ramo de clavellinas, de rosas y de zinnias, de tal modo que el altar era un triunfo cuando el sacerdote inició el Oficio. Incluso las voces de los internos, siempre muy destempladas en los cantos litúrgicos, sonaron con una sorprendente entonación.

A la salida de la Misa, el director, de ordinario taciturno y parco en palabras, se dedicó a hablar con todos y hasta prometió que para el postre habría los canutillos de chocolate que con tan buena mano preparaba sor Ramona.

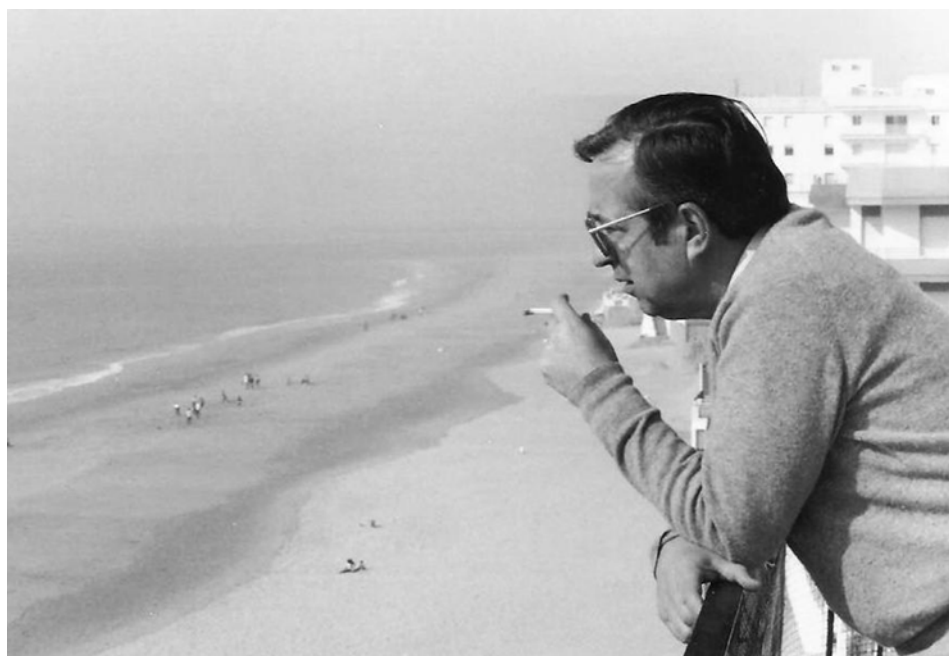
Para aquellos otros niños, pues, la muerte de Valentina llegó con el aire de las fiestas de agosto. Tanto era así que Lucía no bizqueó en toda la mañana y decidió que luego iría a la Plaza Mayor a buscar un novio entre los guapos muchachos que allí se reunían. Ya durante la Misa no había cesado de mirar a Tomás, que se arrodillaba a su lado. Llegó a encontrarlo agradable, y hasta lo imaginaba como la soñada pareja de su vida, e incluso deseó que él la mirase también y que le cogiese la mano y se la acariciase dulcemente. Pero Tomás no hizo tal cosa, por supuesto.

Tomás llevaba unos días enfurruñado porque había una huelga de estibadores y no entraban los barcos en el puerto, por lo que sólo se veían en los muelles gaviotas despistadas. No obstante, al finalizar la ceremonia religiosa, corrió en busca de su cámara y se empeñó en hacer –por primera y, seguramente, por última vez– una foto en la que se apiñasen todos, el Director, las monjas, don Jaime y los asilados, la única foto de su colección en la que no aparecería ningún barco.

Por la tarde llegó el furgón funerario y se llevó el cuerpo de Valentina. Tras el vehículo se formó una pequeña comitiva que lo acompañó despacio por la carretera interior, entre los jardines, hasta la verja de la entrada al recinto de la Residencia. Allí, una vez que el coche la traspuso y empezó a alejarse, sor Juana pidió a los internos que dieran el último adiós a Valentina agitando las manos en el aire.

En el cárdeno atardecer, los pájaros revoloteaban por encima de la Residencia, ajenos a la realidad de aquellos otros niños desventurados.

Juan Díaz Fernández y José Ramón Torres Gil



TEATRO

JUICIO Y CONDENACIÓN DE SÍSIPHO SMITH

**Disparate escénico dividido en un PRÓLOGO,
dos CUADROS ESCÉNICOS y un EPÍLOGO**

Notas para antes de empezar:

- 1^a Se han de dejar sin ocupar las primeras filas de butacas de la sala, para que sean ocupadas en el CUADRO 2º por el PÚBLICO DEL JUICIO.
- 2^a Sobre el Telón de Boca, y para que la lea el público de la sala, aparecerá la siguiente ADVERTENCIA:

“Todo en esta obra pudiera ser real prescindiendo del tiempo y del espacio. Su apariencia de ficción no es simple casualidad sino intención del autor, que ha querido confundir, en un mismo disparate, la realidad con la fantasía para que no se advierta dónde la una se acaba y la otra comienza”.
- 3^a El presente texto es una libre dramatización teatral de la narración homónima en prosa. (Por no repetir un mismo planteamiento argumental en sus versiones en prosa y teatral, hemos optado por publicar únicamente la versión teatral).

PERSONAJES DE LA OBRA (por orden de aparición)

EL POETA

JOVEN 1º

JOVEN 2º

JOVEN 3º

MUJER 1ª

MUJER 2ª

MUJER 3ª

EL COPLERO

FILÓSOFO 1º

FILÓSOFO 2º

HAMLET

SEGISMUNDO

SECRETARIO

JUEZ

ALBERICIO CAMUSSE (ABOGADO DEFENSOR)

LEX DURALEXIS (FISCAL)

CHARLÓTEOS CHAPLINIDES

MARIUS MORENIUS

UJIERES, GUARDIAS, MAGISTRADOS, MANIFESTANTES, PÚBLICO
DEL JUICIO.

... Y SÍSIPHO SMITH

PRÓLOGO

[A telón bajado. El POETA entrará por un lateral y se situará ante las candilejas, pero podrá moverse en el espacio que quedará entre estas y el telón. Va vestido con un raído sayal y una capa oscura. Es un hombre ya viejo, con larga barba y gafas negras. Lleva sombrero y usa bastón].

POETA.— ¡Felices habitantes de esta noble villa!... Si queréis que entretenga vuestro ocio, acercaos y poned atención a mis palabras. Os aseguro que, cualquiera que sea vuestra edad, estado y condición, hallaréis en lo que vais a escuchar motivos de sano divertimento y discretas enseñanzas.

Mi oficio es ser poeta. En cuanto a mi nombre... ¡bueno!, ¿qué puede importaros?... Si queréis llamadme Homero, o William Shakespeare, o Miguel de Cervantes, o Federico García... ¿Qué más da?... Yo soy a la vez todos los poetas del mundo que supieron encontrar la fuente de su inspiración en las múltiples manifestaciones de la naturaleza y de la vida, en las innumerables mudanzas de la condición humana, o en los oscuros misterios del amor y de la muerte.

Como podéis observar ya soy viejo y muchas cosas se me han ido quedando atrás en el largo camino que llevo andado: la juventud con sus locas alegrías y ambiciones, el amor con sus delicias y consuelos, la fortuna con sus engaños... las esperanzas ¡esas viejas, piadosas y embusteras, que dan limosnas a todos... con monedas falsas!...

Solo me queda la palabra. Ese es mi tesoro, y lo voy derramando por donde paso, como el sembrador que andando por la besana esparce a voleo las semillas. A veces, un viento de olvido se las lleva y ya no queda ningún rastro de mi paso. Pero yo sigo diciéndolas porque pienso que siempre habrá alguien que las recogerá del viento y, lo mismo que un niño que al ver flotando en el aire un vilano que pasa, lo coge, lo aprisiona entre sus manos sin aplastarlo, y luego lo suelta y le sopla para que continúe su viaje, así tomará mis palabras y las cobijará en su memoria para repetirlas más tarde en su soledad o llevarlas igualmente a otros oídos y a otras memorias. ¿Qué más puede ambicionar un poeta?... Y a cambio, solo reclamo un poco de pan con el que calmar la impaciencia de mis tripas, un trago de vino para calentarme la sangre... ¡y la libertad de poder decir todo lo que haya en mi mente y en mi corazón, sin que nada ni nadie me obligue a callármelo ni a decir lo que no piense ni sienta!...

Mas, si cuando yo acabe no os parezco merecedor de que me regaléis con vuestra dádiva, no temáis que os lo reproche: simplemente me iré a otro lugar en busca de mejor fortuna. Sin embargo, os lo prometo, me iría satisfecho si sé que en uno de vosotros, ¡en uno solo siquiera!, se queda flotando el eco de mis palabras y no se pierde del todo mi mensaje como se perderá en el aire el sonido de mi voz. *[Pausa]*

Bueno, hoy no voy a contaros la cólera de Aquiles ante los muros de Troya y el llanto que derramó abrazado al cadáver de su amigo Patroclo... Tampoco os hablaré del largo viaje de Ulises hasta arribar a su isla de Ítaca donde lo esperaba la fiel Penélope... Ni os voy a referir las aventuras de un hidalgo que se echó una mañana a los caminos a remediar injusticias... y acabó siendo apaleado y tenido por loco. Tal vez alguno de vosotros quiera que os entretenga con relatos de amor, con los ardides de los amantes y de las alcahuetas, y las penas y amarguras de los cornudos... Otros quizá prefieran que os asombre ahora con las hazañas de algún héroe valiente, o que mantenga vuestra atención con intrigas y asuntos donde la soberbia, la avaricia, la envidia, la mentira, y la traición, son los hilos que mueven a los protagonistas...

¡Pero no, amigos míos, no!... Hoy no voy a tratar de que la risa os haga doblaros sobre vuestras barrigas, o que la emoción os abra el depósito de las lágrimas... ni voy a provocaros ese escalofrío que producen el horror y el miedo... Nada de eso... Hoy lo que quiero contaros es la historia de un héroe llamado Sísipho Smith, que sufrió el más terrible de los castigos: el castigo de no ser libre.

[Observa al público] Veo en algunos rostros una sombra de decepción... Pero confío en que pronto se irá disipando. Y cuando regreséis a vuestras casas y a vuestros quehaceres de todos los días, tal vez llevaréis con vosotros la esencia de esta historia: Que la libertad, aunque sea algo difícil de conseguir, y sobre todo de utilizar con discreción y nobleza, es sin embargo una de las pocas cosas por las que todo ser humano ha de esforzarse incluso hasta la muerte, para que nada ni nadie lo tome como esclavo.

En fin, amigos míos, poned toda vuestra atención, que mi historia va a empezar. No importa cuándo ni dónde ocurrió... ¡eso es lo de menos! En realidad puede ocurrir en cualquier tiempo y en cualquier lugar. El mismo Sísipho Smith podría ser uno de vosotros... *[Señala a alguien del público]* ¡Tú, por ejemplo!... *[Señala a otro]* ¡O tú!... *[Ídem]* ¡O aquel!... En definitiva, cualquiera de los aquí presentes. Porque Sísipho Smith representa a la humanidad entera, pues muy pocos seres humanos, ¡poquísimos!, pueden presumir de no ser alguna vez un Sísipho que se rebela contra las adversidades e injusticias de su destino.

[Mientras va diciendo las últimas frases, va descorriendo la cortina que oculta la escena para el CUADRO PRIMERO].

CUADRO PRIMERO

[Plaza de una ciudad imaginaria. Al fondo, una composición arquitectónica con edificios de todas las épocas y países (grecorromanos, medievales, rascacielos modernos, la Torre Eiffel, etc.). Los laterales conformarán igualmente un espacio heterogéneo y de ningún tiempo concreto.]

Repartidos por el escenario estarán los siguientes personajes: En primer término y a la izquierda, SEGISMUNDO, sentado en el suelo, durmiendo con las rodillas en alto y la cabeza apoyada en ellas; a la derecha, y también en primer término, HAMLET, sentado en un taburete, pensativo. En segundo término y a la derecha estarán los JÓVENES con su tenderete; en el lado opuesto, los dos FILÓSOFOS paseando o sentados en algún banco en actitud de conversar; por el centro de la escena o ante el tenderete, las tres MUJERES con carrillos y cestas de ir al mercado.

Excepto SEGISMUNDO y HAMLET, todos visten atuendos grecorromanos. SEGISMUNDO lleva encima sólo una piel de oveja y unas cadenas; HAMLET viste de príncipe medieval.

Al iniciarse el Cuadro se escuchará algo lejana la voz del COPLERO].

COPLERO.— *[Pregonando dentro]* ¡El copleeerooo!... ¡Aquí está ya el coplero con las coplas de Síísifo!... ¡El copleeerooo!...

JOVEN 1º.— *[Mientras se afana colocando mercancías en el tenderete.]* ¡Ya viene por ahí el rapsoda ese de las coplas, pero me parece que esta mañana se las va a tener que decir a ése. *[Señala a HAMLET]*

JOVEN 2º.— Desde luego... Porque hoy la plaza va a estar casi desierta.

JOVEN 3º.— Hombre... lo que se dice desierta, desierta, no va a estar: allí tenemos ya a los dos intelectuales de siempre con sus largas pláticas filosóficas... al pobre Segismundo, con su sentada y su largo sueño de todos los días... al

príncipe Hamlet, esperando pensativo a que llegue algún turista despistado para largarle su discurso... y esas tres comadres que se han parado a darle al pico y no paran de cascar... ¿Os parece poco?

JOVEN 2º.— ¡Qué ganas de cachondeo tienes tú esta mañana!... ¿Qué te crees que nos van a comprar toda esa gente?... ¡Pues nada! ¡Ni un pito!... ¿No te joroba?...

JOVEN 1º.— Lo que pasa es que todo el mundo se va hoy a los alrededores de la Audiencia a ver qué pasa en el juicio.

JOVEN 3º.— Sí, eso es. Y nosotros deberíamos haber instalado por allí el puesto.

JOVEN 2º.— ¡Vamos anda!... Para que si hay jaleo nos arrastren el puesto y encima nos corran a palos!... ¡Tú estás loco!...

[Los JÓVENES continúan hablando sin que se les oiga y moviéndose en su puesto. Uno de ellos tomará una guitarra y simulará que toca alguna canción. No importa que se oigan algunos rasgueos mientras las MUJERES dialogan.]

MUJER 1ª.— *[Como continuando una conversación que habían estado manteniendo]*. Pues yo no voy a permitir a mi hija que se ponga la mini túnica y vaya por ahí enseñando los muslos... ¡porque hay cada sátiro suelto... que vaya usted a saber lo que le puede pasar!

MUJER 2ª.— ¡Haces bien!... ¡Nadie sabe lo que puede pasar con tantas libertades como hay ahora para todo! A la hija de una amiga mía la convencieron unos tíos para que se presentase a uno de esos concursos que se celebran para elegir la MISS VENUS... ¿Y sabéis lo que le pasó?

MUJER 1ª.— ¿Pues qué le pasó?

MUJER 2ª.— Pues que fue y se presentó, sin que lo supiera su familia, y tuvo que desfilas por una pasarela, sin más ropa que una mini túnica transparente de esas que no llegan más abajo de las ingles... ¡y contoneándose como una furcia en una esquina!

MUJER 1ª.— ¡Qué horror!

MUJER 2ª.— ¡Qué desvergüenza!

MUJER 2ª.— ¡Y eso no fue lo peor!

MUJER 1ª.— ¿Ah, no?...

MUJER 2º.— ¡Pues no!... ¡Lo peor fue que luego tuvo que ir desvestiéndose poco a poco allí mismo sin dejar de bailar una danza de esas de los negros... hasta que se quedó con todo al aire, como las estatuas de Afrodita!

MUJER 1ª.— ¡Ooooooh!...

MUJER 3ª.— [*Tras una breve pausa*]. Oye... ¿y ganó?

MUJER 2ª.— ¿Que si ganó?... Pues naturalmente que ganó: ¡Una soberana paliza que le dio su padre con el cinturón de cuero cuando se enteró de que su hija había estado enseñando las tetas y todo lo demás a tanta gente!...

MUJER 3ª.— ¿Y qué hicieron después los padres con ella?...

MUJER 2ª.— ¡Nada, porque la niña se les fue de la casa a los pocos días, y anda ahora por ahí metida en un conjunto de baile!...

MUJER 3ª.— Por eso yo tengo a la mía muy controlada y no la dejo que vaya sola ni a la esquina de la calle. El otro día va y me dice que se quiere ir a un club que han formado las "fans" de un cantante que se llama Dioniso. Pero yo, para quitárselo de la cabeza, la voy a mandar una temporada al pueblo, a casa de la abuela, a que aprenda a hacer encajes de bolillos y bordados de puntos de cruz.

MUJER 3ª.— Así debe ser... ¡Que aprendan las niñas de ahora a ser unas mujeres de sus casas, como aprendimos nosotras!...

MUJER 1ª.— ¡La verdad es que están como locas!...

MUJER 2ª.— ¡Digo! La mía mayor, que solo tiene quince años, ya me está anunciando que dentro de dos, cuando acabe con el Bachillerato, se va a matricular en la Universidad para hacer Filosofía y luego se irá al extranjero para ampliar estudios... ¿Qué os parece la niña?...

MUJER 1ª.— [*Tranquilizándola*]. Bueno, mujer... al fin y al cabo todavía le quedan dos años más en el Liceo... ¡Además, tu puedes quedarte tranquila, pues a tu hija, con las piernecillas de alambre que tiene y lo sosita que parece... poco le puede pasar.

MUJER 2ª.— Sí, sí... ¡Fíate de las escuchimizadas y de las mosquitas muertas, y ya verás!... Yo sé también de una que era muy poquita cosa, muy lacia, y además tan miope que no veía tres en un burro. Pues bien, la mandaron a estudiar idiomas a no sé dónde del extranjero, y al cabo de un año o poco más se presentó en casa de sus padres con un crío en los brazos y les dijo así como así: ¡Ahí tenéis a vuestro primer nieto!... Y se largó otra vez, tan campante... ¡Pero lo más asombroso es que el niño era un negrito!

MUJER 2ª.— ¡Atiza!...

MUJER 1ª.— ¡Pues sí que era miope la pobre para no fijarse en el color del tío que estuvo con ella!...

MUJER 2ª.— ¡Vete a saber si se fijó o no! ¡Como ahora eso no tiene tanta importancia!...

MUJER 3ª.— ¿Y qué hicieron los padres con el negrito?

MUJER 2ª.— ¿Pues qué iban a hacer?... ¡Quedárselo! ¡Al fin y al cabo era su nieto!... Por cierto que ahora están encantados con el niño, porque es precioso, aunque negrito, y muy cariñoso. ¡Tiene solo cuatro añitos... y ya le están enseñando a jugar al baloncesto!...

MUJER 3ª.— ¡Qué pena!... ¡Tantos sacrificios para que estudien... y luego que te vengan con estos problemas!

MUJER 1ª.— ¡Eso si no acaban como esa [*Señala a la JOVEN*], vendiendo cachivaches en un tenderete como los buhoneros ambulantes!

MUJER 3ª.— Y es lo que yo digo: ¡que Zeus no debería permitir estas cosas!

MUJER 1ª.— Sí, y luego ocurre lo que está ocurriendo: que todos los países se ponen de acuerdo para hacerle el boicot a Olimponia diciendo que aquí somos unos atrasados y poco menos que unos salvajes. ¡Ya habéis visto la que han formado con lo del Juicio al Sísipho ese!...

MUJER 2ª.— Es verdad: los extranjeros tienen la culpa de todo. Nos dejan aquí muchas divisas, eso sí, pero también todas las porquerías que tienen en sus países.

MUJER 1ª.— Como que solo por eso yo no perdonaba al Sísipho... ¡para que los extranjeros se enteren de que aquí en Olimponia tenemos nuestras costumbres y nuestras leyes, no las que ellos quieren que tengamos!

MUJER 3ª.— Eso mismo dice mi marido... Pero fijaos lo que son las cosas: mis dos hijos, que sólo tienen trece y quince años, ya andan por ahí pintando paredes y pegando carteles en favor de la libertad de Sísipho.

[*Dentro se vuelve a oír, ya muy cerca, la voz del COPLERO pregando*]

MUJER 2ª.— [*Al tiempo que las tres MUJERES van haciendo mutis por un lateral*]
¡Ay, Señor, Señor! ¡No sé a dónde vamos a parar!...

COPLERO.— *[Apareciendo por el fondo. Viste también a la romana y lleva consigo un caballete portátil y unos cuantos cartones de grandes dimensiones con dibujos. Habla con cierto amaneramiento o teatralidad, pero sin caer en lo afeminado]* ¡Ya está aquí el mejor de los copleros, con las últimas creaciones literarias y pictóricas en torno a Sísipho!... ¿Hay alguien por aquí que tenga interés en escuchar al coplero? *[Se dirige a los JÓVENES.]* ¡Ustedes, los de los Grandes Almacenes!... ¿Quieren escuchar una copla?... *[los JÓVENES se hacen gestos de no tener dinero]* ¡Pues sí que estáis buenos vosotros también!... *[Se dirige a los dos FILÓSOFOS]* ¡Perdonen ustedes, caballeros!... ¿No les interesa interrumpir unos momentos sus elevadas reflexiones para contemplar y escuchar lo que este humilde rapsoda popular ha creado?... *[Los dos FILÓSOFOS siguen dialogando sin prestarle ninguna atención, y el COPLERO se separa de ellos]* ¡Qué orgullosa está la intelectualidad!... *[Se acerca a SEGISMUNDO y lo contempla un instante]* ¡A este no lo despierta ni un rayo que le cayera encima!... ¡Pobrecillo! ¡Ya es suerte la suya: estar parado, sin trabajo, y con la enfermedad del sueño!

[Va a cruzar el escenario para dirigirse a dónde se encuentra HAMLET y entonces repara en el público de la sala].

[Sorprendido agradablemente] ¡Ah, qué selecta y numerosa concurrencia!... *[Se dirige al público]* ¡Eh, señoras y señores!... Seguramente han venido ustedes a Olimponia a presenciar el juicio de Sísipho, y de paso disfrutar de nuestras playas y de nuestro sol... ¿no?... ¡Pues de sol y de calor se van ustedes a hartar con el día que hace hoy!... Pero de lo que no se pueden hartar es de escuchar mis coplas y admirar mis pinturas. Así comprenderán mejor todo el asunto ese de Sísipho... ¡y por unas pocas monedas evitarán que este modesto rapsoda popular se muera de hambre esta mañana, pues aún no he sacado ni para desayunar...

¡Vamos! ¡Anímense!... ¿No habrá entre ustedes alguien que se apiade de este coplero?... Si no les interesan las coplas de Sísipho puedo recitarles otras: la del joven Orfeo, por ejemplo, que descendió hasta los infiernos en busca de su novia... O la del rey Edipo que se enamoró de su propia madre y le colocó al difunto de su padre un par de cuernos...

[Algunos del público empiezan a arrojarle monedas que él irá recogiendo del suelo]

¡Vaya, menos mal que siempre quedan almas caritativas!... ¡Gracias, gracias, muchas gracias!... [Repite las muestras de agradecimiento con inclinaciones y saludos] Bueno, y ahora... ¿qué coplas queréis? [Se oyen voces: ¡la de Sísipho! ¡La de Sísipho!...] ¿La de Sísipho queréis?... Pues allá van las copias de Sísipho, ¡el hombre que se atrevió a desafiar las iras de Zeus!...

[Prepara su caballete y coloca en él un primer cartel en el que aparece la cara de Sísipho tras una reja carcelaria y sus manos agarradas a los barrotes]

[Recitando con cierto sonsonete al acabar cada estrofa o determinados versos]

En la cárcel del Estado
está Sísipho entre rejas.
Allí se encuentra encerrado
mientras la hora le llega
de ser a Juicio llevado.
Está metido en la trena
por haberse rebelado
contra una antigua condena
que Zeus, muy enfadado,
hace tiempo le impusiera. (pausa)
¡No por traidor ni malvado
se mereció aquella pena,
sino que fue castigado
por tener la boca abierta
en vez de estarse callado!

[Coloca en el caballete un segundo cartel, en el que aparece Zeus llevando sobre su hombro a una muchacha que va pataleando]

Pues habla delatando
que Zeus a una doncella
hija de Asopa el honrado,

al encontrarla tan bella,
una tarde había raptado
y sin que ella quisiera,
¡que mucho hubo llorado!
a la sombra de una higuera
la había violado. *(pausa)*
Cuando Sísifo, indignado,
al viejo Asopa revela
todo lo que ha presenciado,
ya que cerca de la higuera
estaba con su ganado,
Zeus entonces, delatado
como un granuja cualquiera,
descubierto en su pecado,
mandó que Sísifo fuera
para siempre condenado
con una dura condena
¡y nunca jamás perdonado!...

[Coloca un nuevo cartel: Sísifo empujando una gruesa piedra por una cuesta arriba]

¡Era la condena aquella
la de estar siempre obligado
a subir una gran piedra
al monte más elevado!

[Coloca otro cartel en el que se ve la piedra rodando cuesta abajo y a Sísifo corriendo tras de ella tratando de alcanzarla]

Pero siempre aquella piedra
cuando ya estaba cansado
y no podía más con ella,
como potro desbocado

se le escapaba ligera
sin poder el desgraciado
detenerla en su carrera
por mucho que apresurado
fuese corriendo tras ella
hasta caer derrengado.

*[Coloca otro cartel: la piedra sola, ampliada y con la palabra MER-
DE grabada en ella]*

Un día que ya la piedra
le tenía cabreado
de tanto bregar con ella
sin haber nunca logrado
acabar con la tarea,
abajo se la ha dejado
y huyendo como alma en pena
de aquel lugar se ha largado.

[Pausa]

Pero antes, como huella
de la rabia y el enfado
que tantos años sintiera,
con un punzón afilado
que a un amigo cogiera,
un “taco” dejó grabado
en la piedra puñetera
¡un “taco” muy pronunciado
en una lengua extranjera!...

*[Coloca otro cartel: Zeus sentado en un trono y con el brazo derecho
entendido ordenando algo]*

En su palacio dorado
muy pronto Zeus se entera

de todo lo que ha pasado
y a sus ministros ordena
que Sísipho sea buscado
por caminos y veredas,
por el campo dilatado,
por las ciudades y aldeas,
¡hasta que sea encontrado
donde fuese que estuviera!...

[Coloca un nuevo cartel: unos soldados vestidos de romanos llevan a Sísipho atado con una gruesa cuerda que rodea todo su cuerpo y sólo le deja fuera de la cuerda la cabeza y las piernas]

Tanto y tanto lo han buscado
que al fin un día lo encuentran,
que se había refugiado
en un templo de Minerva
¡y de vestal disfrazado!
Allí enseguida lo apresan...
¡muchos golpes que le han dado
con palos en la cabeza,
en la espalda, en el costado,
en los brazos y en las piernas...
¡O sea, que le han zurrado
como se zurra una estera!...
Después lo llevan atado
con una sogá muy gruesa
y en la cárcel del Estado
como a un criminal encierran
hasta que sea juzgado.

[Coloca en el caballete el ultimo cartel: la cara de Sísipho tras la reja, como en el cartel primero, y la Muerte con su guadaña en una esquina del cartel]

¡Qué poco tiempo le queda
de vivir al desgraciado!...
Pues ya la Muerte le espera
y pronto será llevado
a que se encuentre con ella.

[Pausa mientras va recogiendo los carteles y el caballete]

Pero algo nos enseña
todo esto que he contado:
¡Que no hay tortura más cierta
ni dolor más prolongado,
ni más profunda tristeza
que vivir atormentado
sin libertad verdadera!
Con esto... ya he acabado:
¡Gracias por vuestras monedas,
aplaudid si os he gustado!

[Saluda varias veces, muy ceremoniosamente, y hace mutis, pregonando de nuevo sus pregones]

[Uno de los JÓVENES, que había estado rasgueando suavemente una guitarra mientras actuaba el COPLERO, inicia en voz alta una canción, que interrumpirá con la llegada de los tres HOMBRES]

JOVEN.— *[Cantando o recitando, para que se entienda bien la letra]*

Mi amor tiene los ojos
como cielos de verano.
Mi amor tiene la piel
como la hierba del prado.
Mi amor tiene en los labios
el aroma de un naranjo.

Mi amor tiene la paz
en la palma de la mano.

[Por el fondo aparecen los tres HOMBRES. Visten a la grecorromana, pero llevan portafolios modernos, como aparentando ser hombres de negocios o ejecutivos]

HOMBRE 1º.— Desde luego que al Sísipho ese le van a cargar en el Juicio. El Gobierno querrá darle un buen escarmiento para que sirva de advertencia a todos los que se están olvidando de quién es Zeus.

HOMBRE 2º.— Pues yo creo que no. ¿Cómo se van a atrever a dar una campanada como esa, ahora que ya en todo el mundo se está aboliendo la pena de muerte?

HOMBRE 1º.— ¿Y por qué no la van a dar?... ¿Es que Olimponia no es un país soberano como los demás, y de fronteras para adentro podemos hacer lo que nos salga de... las narices?

HOMBRE 2º.— Pues... sí y no. Ahora ya las cosas no son como antes: lo que pase dentro de un país puede tener consecuencias perjudiciales para los demás. Por eso hay tantos países interesados en lo que ocurre y pueda ocurrir aquí. ¡Ya veis la cantidad de observadores y periodistas que han llegado desde todo el mundo para asistir al Juicio!... ¡Eso tiene que preocupar al gobierno y al propio Zeus, ¿no?...

HOMBRE 5º.— Este tiene razón. Al gobierno no le puede interesar ofrecer al exterior una imagen desfavorable de Olimponia, ahora que necesitamos más que nunca vender nuestro aceite y nuestras naranjas y que sigan viniendo turistas. ¿Van a echar a perder el negocio por un rebeldillo más o menos?...

HOMBRE 2º.— Yo creo que no. Además... ¿sabes lo que te digo?... Pues que ese abogado defensor que se han traído de las Galias, ese Albericio Camusse, es una eminencia internacional..., ¡y le va a ganar la partida a Lex Duralaxis, el fiscal del Estado!... ¡Ya lo veréis!... ¡Ese tío saca libre a Sísipho!

HOMBRE 1º.— Sí, pero lo que está claro es que Sísipho se rebeló contra las leyes cuando incumplió su condena... ¡y encima se atrevió a insultar a Zeus con aquella palabrota que dejó grabada en la piedra!... Para mí la cosa no tiene vuelta de hoja: los delitos son los delitos, y el Código Penal está ahí para algo, ¿no?... ¡Pues que se cumpla el Código a rajatabla, y caiga quien

caiga!... Si se sigue permitiendo que cualquier tipejo se cisque en nuestras tradiciones y encima haga burla de la autoridad establecida, entonces... ¡apaga y vámonos!

HOMBRE 2º.– ¡Hombre! ¡Eso me recuerda el último chiste que corre por Olimponia! ¡El de los delfines!... ¿Lo sabéis!...

HOMBRE 3º.– Yo no, ¿cómo es?

HOMBRE 1º.– Si es un chiste político no me interesa.

HOMBRE 2º.– Pues claro que es político, pero ¿eso qué importa?... ¡Seguramente se los cuentan también a Zeus!... ¡Por los chistes no se hunde el mundo!

HOMBRE 3º.– Además... ¡que de algo hay que reírse!, ¿no?... ¡Hala, cuéntalo!...

[El HOMBRE 1º se resigna a escuchar]

HOMBRE 2º.– ¡Escuchad!... [*Atrae a los otros dos hacia sí, como para contar el chiste con sigilo*] Como ya sabéis, la leyenda cuenta que aquí, en Olimponia, nacen los vientos y los delfines, ¿no?... [*Los otros dos HOMBRES asienten*] Pues bien: como hace tiempo que no se ven delfines por las proximidades de nuestras costas, se dice que el delfín ha dejado de ser ya el “del-fin”, o sea el último... porque fue el primero en abandonar Olimponia cuando Zeus llegó al poder.

[El HOMBRE 3º se ríe]

HOMBRE 1º.– Pues yo no le veo la gracia por ninguna parte. Además creo que es un chiste... subversivo.

HOMBRE 3º.– ¡Hombre, no es para tanto!... ¡Y sí que tiene gracia! ¿Tú te imaginas a los delfines poniéndose todos de acuerdo para largarse?... ¡Y huyendo todos como locos por el Mediterráneo!... [*Se ríen*] ¡Fantástico!...

HOMBRE 1º.– Bueno, bueno... Y a todo esto, ¿a nosotros qué nos importa si se cargan a Sísifo o no?... A mí no me quita el sueño eso. En cambio, estoy que no pego ojo con las carreras del próximo domingo en el Stadium.

HOMBRE 2º.– ¿Y eso?...

HOMBRE 1º.– ¡Pues casi nada!... ¡Una ruina!... Porque me he apostado más de mil denarios de plata a favor de un corredor negro que ha llegado de Kenia o de por ahí, que nadie lo conoce todavía... ¡pero que es muy bueno!...

HOMBRE 3º.– Entonces... ¿cuál es tu problema?... ¡Seguramente ganará y tú cobrarás otros mil denarios de plata!...

HOMBRE 1º.– [*Con gesto de fastidio*] ¡Calla, hombre! ¡Después de hacer la apuesta y depositar mi dinero me he enterado de que al negro ese, con el cambio de aguas y el viaje, le han entrado unas diarreas que me lo están dejando como un pajarito!...

[*Riéndose, van haciendo mutis por un lateral*]

JOVEN 1º.– [Continuando su canción]

Por los ojos de mi amor
van los pájaros volando.
En los labios de mi amor
mariposas han estado.
La suave piel de mi amor
es un mar donde mis manos
como dos barcos de vela
están siempre navegando.

JOVEN 2º.– [*Interrumpiéndole al observar que HAMLET se ha subido en su taburete y se dispone a hablar*] ¡Calla, tío, calla, que el príncipe Hamlet ha encontrado ya gente a quien echarle su discurso de hoy!...

HAMLET.– [*Al Público de la Sala*] ¡Es forzoso que nos detenga el considerar qué sueños nos pueden sobrevenir en el sueño de la muerte!... ¡Esta es la cuestión!... Porque, ¿quién aguantaría los ultrajes y desdenes del mundo, las injurias del opresor, las afrentas del soberbio, las congojas del amor desgraciado, la tardanzas de la justicia, la insolencia del poder, etcétera, etcétera, etcétera... si uno mismo podría procurarse su reposo con la ayuda de un simple estilete?... Y si no, ahí tienen ustedes a Sísifho como ejemplo... ¿Es que un hombre tan valiente como él, que se atrevió nada menos que a enfrentarse al poder y voluntad del todopoderoso Zeus, no habría puesto fin a su tormento dejándose aplastar por aquella enorme roca que estuvo empujando durante tanto tiempo por la cuesta arriba, si no hubiera sido por el temor a lo que podía estar esperándole más allá de la terrible oscuridad?... Y aquel pobre Segismundo que se encuentra allá al otro lado de la plaza, sin trabajo y con una enfermedad incurable... si no fuera por ese mismo pánico, ¿no se habría echado ya a dormir el sueño definitivo tomándose un bebedizo de cicuta?... ¡He aquí el dilema para aquellos a los que el destino niega sus favores!: de un lado, tener que soportar sufriendo

todo cuanto la vida les ofrece de insoportable; y del otro, ese angustioso terror a lo desconocido con que se podrían encontrar si abandonan este mundo!... Sin embargo, puestos a tener que elegir entre una y otra alternativa, pienso que no queda más remedio que seguir haciendo frente a la vida con las débiles fuerzas de la esperanza.

[En este momento se oyen las voces de los MANIFESTANTES que están entrando en la sala. HAMLET se calla y permanece subido en el taburete mirando hacia el pasillo por donde están acercándose los MANIFESTANTES. Los demás personajes que están en escena harán lo mismo, excepto SEGISMUNDO, que continuará durmiendo. Los MANIFESTANTES avanzarán por el pasillo central coreando rítmicamente sus frases y enarbolando, entre otras posibles, las siguientes pancartas:

LIBERTAD PARA SÍSIPHO SMITH.

AGUANTA SÍSIPHO.

HACED EL AMOR Y NO EMPUJAD PIEDRAS.

I LOVE SÍSIPHO.

SÍSIPHO COJONUDO.

¡ZEUS, TE HAS PASAO!

PIEDAD PARA SÍSIPHO: NO ES MÁS QUE UN ROMÁNTICO.

¡HALA, SÍSIPHO!

Los MANIFESTANTES, vestidos de todas las formas posibles y de distintas épocas, subirán al escenario y se colocarán frente al público, sin dejar de gritar, con sus pancartas en alto para que el público las pueda leer. Luego irán bajando ordenadamente y volverán a recorrer el pasillo hacia la salidas.

Puede sustituirse la subida al escenario por una o dos vueltas alrededor de la sala, procurándose que el público pueda leer las pancartas]

MANIFESTANTES.– *[Coreando todo el tiempo] ¡Sí-si-pho, li-bertad!... ¡Sí-si-pho, libertad!... ¡Sí-si-pho, li-bertad!... ¡Se nota, se siente... Sísipho inocente!... ¡Se nota, se siente... Sísipho inocente!...*

FILÓSOFO 1º.– *[Paseando con su compañero hasta las candilejas cuando ya los MANIFESTANTES se han ido] ¡Oh, tempora! ...¡Oh, mores!... Ya no se*

puede venir a esta plaza a pasar un rato tranquilo y sosegado... ¿Te fijas, mi querido discípulo, en cómo se está poniendo el ambiente por aquí?... ¡Charlatanes que echan peroratas sobre la vida y la muerte!... ¡Copleros que atosigan con sus pregones y sus ripios!... ¡Buhoneros desarrapados con sus mercaderías y sus estúpidas canciones de amor!... ¡Y ahora toda esa gente con sus gritos!... ¡Tendremos que buscar otro lugar para nuestra tertulia mañanera!

FILÓSOFO 2º.— Pero, maestro... la plaza es de todos. Además, ¿cómo podemos nosotros continuar tranquilamente con nuestra metafísica y nuestras profundas elucubraciones cuando toda Olimponia vive pendiente del Juicio contra un hombre que no hizo más que decir la verdad y querer ser libre?... ¿Tú crees que es moralmente lícito permanecer aquí esta mañana con nuestra conversación mientras a unos pocos centenares de metros se va a decidir entre la vida o la muerte de ese hombre... ¡Nosotros tendríamos que estar en el juicio también!...

FILÓSOFO 1º.— Mira, mira, mi joven y vehemente discípulo, no nos compliquemos la vida. ¡Nosotros somos unos intelectuales!...

FILÓSOFO 2º.— Sí, maestro, pero tú mismo me has estado enseñando que es preciso atreverse a decir la verdad, sobre todo cuando de la verdad misma se trata... ¿no irás ahora a poner en práctica todo lo contrario?...

FILÓSOFO 1º.— ¡No, claro! Pero la verdad no es siempre lo más oportuno. En ocasiones, enténdelo bien, resulta más conveniente, si no la mentira, la verdad ocultada. ¡O la ignorancia!

FILÓSOFO 2º.— [*Con gestos de estupor*] ¡Maestro!... ¡Me sorprendes!... ¿Cómo puedes tú mismo decirme eso?... ¡La verdad, como la justicia, es un consecuencia de la sabiduría!...

FILÓSOFO 1º.— ¡Ay, hijo, la sabiduría!... ¡Eso es precisamente lo que me asusta... pues cuanto más se sabe, más inquieto se vive!...

FILÓSOFO 2º.— ¡Sigues sorprendiéndome, maestro!... ¿Es que acaso anhelas la felicidad del bruto que no se entera de nada... más que de cuando tiene hambre o ganas de dormir o copular?...

FILÓSOFO 1º.— No, por supuesto... pero me preocupa saber demasiado. Hace unos días, al profesor Zenón, cuando se hallaba repartiendo unos papiros de apuntes a sus discípulos le sucedió algo que le debió de ser muy desagradable...

FILÓSOFO 2º.– ¿Qué le ocurrió?

FILÓSOFO 1º.– Pues que llegaron unos tipos, no se sabe si de la brigada secreta de Zeus o de algún grupo extremista, y le obligaron, delante de sus alumnos, a comerse uno de aquellos rollos con apuntes... pero después de haberse orinado en él, en el rollo, claro.

FILÓSOFO 2º.– ¡Qué bestias!...

FILÓSOFO 1º.– Por eso, hijo mío, yo sigo lo que decía un maestro que tuve hace años: ¡Solo sé que no sé nada!... no sea que por saber más de la cuenta me obliguen también, como a él, a beberme un vaso de cicuta.

FILÓSOFO 2º.– ¡Pues yo, maestro, a pesar de todo eso que me cuentas... quiero saber, quiero conocer la verdad y la razón de todas las cosas... aunque ese conocimiento me haga sufrir o me acarree problemas de cualquier índole.

FILÓSOFO 1º.– ¡Se nota que eres joven e idealista!... ¡Pero no olvides que la realidad es siempre muy diferente del ideal!...

FILÓSOFO 2º.– Tal vez... Pero no por eso tenemos que resignarnos a que los ideales se queden sólo en ideas irrealizables... ¡Es preciso llegar a realizarlos si pretendemos que la propia realidad sea más justa!... ¡O al menos debemos intentarlo!

FILÓSOFO 1º.– Sí... pero sin arriesgarnos a que la fuerza de la realidad nos destruya en el intento. ¡Fíjate en Sísifo!... ¡Ya ves lo que le va a costar!

FILÓSOFO 2º.– [*Con entusiasmo.*] Sísifo es un héroe... ¡Y pasará a la Historia como un precursor de la lucha por la libertad!

FILÓSOFO 1º.– ¿Y de qué le va a servir eso a él?

FILÓSOFO 2º.– A él no, por supuesto... ¡Pero sí a los seres humanos del futuro! [*Van haciendo mutis por un lateral*]

SEGISMUNDO.– [*Despertándose y después de desperezarse, pero sin levantarse*]

¡Ay, mísero de mí ¡Ay, qué infeliz!...

¡Qué pena más grande tengo!,

pues donde me veis aquí

de sueño me estoy cayendo...

¡y aquí tengo que seguir,

vestido con este atuendo,

con este calor tremendo
que aquí me va a derretir!
¡Trabajo yo estoy pidiendo
y nadie me quiere oír,
porque me suele ocurrir,
cuando algún trabajo encuentro,
que por estarme durmiendo
me tienen que despedir!...
¡Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
Qué delito cometí
contra vosotros naciendo!...
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.
Sin embargo... no comprendo
que si todos han tenido
igual delito naciendo...
¿por qué en mí solo ha caído
este castigo tremendo?
¡Adivinar yo quisiera
la razón de mi destino,
saber por qué triste sino
me duermo de esta manera!...
Pero es inútil mi empeño,
es vano tanto gemir
pues no acierto a descubrir
por qué mi vida es un sueño
que no me deja vivir.
Y aunque proteste yo así,

mientras me siga durmiendo
de nada voy a servir:
¡poco a poco iré muriendo
sin acabar de morir!...

(Vuelve a doblar la cabeza sobre sus rodillas y a quedarse dormido)

*En escena quedan solo los JÓVENES, SEGISMUNDO y HAMLET, que
habrá permanecido todo el tiempo sentado con aire meditabundo. Los
JÓVENES empezarán a desmontar el tenderete y a recogerlo todo.*

*Por el pasillo central habrá ido avanzando una pareja de TURISTAS
lo más estereotipados posibles, e incluso con cámaras fotográficas
en bandolera.*

TURISTA 1º.– [Subiendo al escenario] It's diferent! It's diferent! Olimponia is
diferent!

TURISTA 2º.– [Debe ser una mujer] ¡Oh, yes! ¡Oh, yes!

TURISTA 1º.– Olimponia is very beautiful!

*[Los turistas estarán todo el tiempo mirando asombrados a todo su
alrededor, e incluso haciendo fotografías]*

JOVEN 1º.– [Tomando su guitarra y reanudando su canción]

¡Ay, amor, que ya tus ojos
para siempre se cerraron!
¡Ay, amor, que sin tus besos
se están secando mis labios!

TURISTA 1º.– [A su pareja, señalando alborozado al JOVEN 1º] ¡Flamenco!...
¡Flamenco!...

TURISTA 2º.– ¡Oh, yes!... ¡Oh, yes!...

¡Ay, amor, que sin tu cuerpo
son ya mis manos dos barcos

sin velas ni marineros
en la playa abandonados!...

[Cuando el JOVEN 1º acaba de cantar, los dos turistas exclaman muy exageradamente: ¡Oleee!... ¡Oleee!... ¡y Oleeee!..., mientras va bajando el telón]

CUADRO SEGUNDO

[Sala del Alto Tribunal donde se va a desarrollar el juicio. Al fondo y en el centro habrá una mesa sobre una tarima y tres sillones para los miembros del tribunal. Tras la mesa, sobresaldrá en alto una estatua de Zeus con el brazo derecho alzado y sosteniendo un haz de rayos.

A la derecha del espectador habrá una pequeña tribuna con arengario y allí estará LEX DURALEXIS, el fiscal. A la izquierda y frente a la anterior, otra tribuna igual donde se situará ALBERICIO CAMUSSE, el abogado defensor. Delante o al lado de la mesa del tribunal, pero sin tarima, otra mesa mucho menor para el SECRETARIO. Junto a las candilejas, habrá un banquillo muy bajo donde irán a sentarse SÍSIPHO y los dos GUARDIAS, dando las espaldas al público.

En ambos lados del escenario y de pie se hallarán los dos UJIERES. Todos los personajes irán ataviados con ropajes grecorromanos. SÍSIPHO llevará solamente una túnica blanca, corta y sin mangas. Al levantarse el telón estarán solo en escena el SECRETARIO, LEX DURALEXIS y los UJIERES]

UJIER.— *[Adelantándose al centro ente las candilejas y de cara al público. En voz muy alta] ¡Audiencia pública!*

[En ese momento irrumpe en la sala atropelladamente y con gran alboroto el PÚBLICO DEL JUICIO, que irá ocupando las butacas de las primeras filas que habrán permanecido vacías hasta entonces. Este PÚBLICO DEL JUICIO irá ataviado con ropas de todas las épocas y, a poder ser, de personajes históricos reconocibles que se hayan destacado por su actitud u obras en favor de las libertades

o de la tolerancia frente a cualquier tipo de conservadurismo. No importa que todo parezca un carnaval]

SECRETARIO.– *[Poniéndose en pie y dirigiéndose al PÚBLICO DEL JUICIO cuando ya este se haya acomodado] ¡Pónganse todos en pie y guarden silencio para recibir a Sus Señorías...*

[Se ponen todos en pie, incluso LEX DURALEXIS y ALBERICIO CAMUSSE que permanecían sentados ordenando y ojeando papeles. Por un lateral entran el JUEZ y los dos MAGISTRADOS, yendo los tres a sentarse en sus sitios]

¡El Estado de Olimponia contra Sísipho Smith!... Preside este Alto Tribunal Su Señoría el juez Honorato S. Justíceman, *[Debe pronunciarse “ese punto”]*, y le acompañan los magistrados ilustrísimos señores Akilex Procesio y Virgilex Penalio. El ministerio fiscal está a cargo del fiscal del Estado, ilustrísimo señor LexDuralexis, *(se escuchan algunos silbidos entre el PÚBLICO DEL JUICIO)* y la defensa del acusado será llevada por el honorable abogado del Colegio de Marsalia, Albericio Camusse. *[Gran ovación y gritos de ¡Bravo! entre el PÚBLICO DEL JUICIO. Se sienta el SECRETARIO]*

JUEZ.– *[Agitando una campanilla] ¡Silencio!... ¡Advierto al público que ha de mantener la debida compostura y el debido respeto a los miembros de este tribunal. En caso contrario, me vería obligado a ordenar que todo el mundo desaloje la sala, y el juicio continuaría a puerta cerrada. [Al fiscal y al defensor] ¿Están ustedes preparados?*

LEX DURALEXIS.– *¡Lo estoy, Señoría!...*

ALBERICIO CAMUSSE.– *¡Yo también, Señoría! [ALBERICIO CAMUSSE debe pronunciar siempre la “r” a la francesa]*

JUEZ.– *¡Pues que traigan al acusado!*

[Uno de los UJIERES se dirige hacia un lateral y hace una seña con la mano. Enseguida aparece por allí los dos GUARDIAS, vestidos de romanos, con lanzas y un gran machete a la cintura, llevando entre ellos a SÍSIPHO, que lleva las manos atadas y puestas por detrás de su cabeza sobre la nuca. Los tres van a sentarse en el banquillo preparado, de frente al tribunal]

¡El Ministerio fiscal tiene la palabra!

ALBERICIO CAMUSSE.– [*Adelantándose al Fiscal*] ¡¡Un momento, Señoría!!...
¡Perdón! ¡Quiero decir... Con la venia, Señoría!...

JUEZ.– ¡Diga usted lo que desea!...

ALBERICIO CAMUSSE.– ¡Solicito con todo respeto que desaten a mi defendido...

[*Voces entre el PÚBLICO DEL JUICIO: ¡Eso, eso! ¡Que lo desaten!*]

JUEZ.– [*Después de hablar en voz baja con los MAGISTRADOS*] ¡No procede, según los hábitos procesales de este país, pero en atención a Su Señoría vamos a permitir que el acusado sea desprovisto de las ataduras!...

[*El PÚBLICO DEL JUICIO aplaude. Voces de ¡Muy bien!*]

Bien, podemos empezar ya... [*Al FISCAL*] ¡Cuando usted quiera, señor Lex Duralexis!...

LEX DURALEXIS.– [*Poniéndose en pie y con cierta arrogancia*]. ¡Con la venia de Su Señoría!... El ciudadano Sísipho Smith comparece hoy ante este Alto Tribunal del Estado y se le acusa de dos delitos: uno de rebeldía contra las leyes de Olimponia y otro de injuria grave a estas leyes y a Zeus. Ambos delitos, que yo probaré con las declaraciones de los testigos, son merecedores de la pena máxima que estipula nuestro Código Penal, vigente en la actualidad, es decir: el despeñamiento en vida por el precipicio llamado "salto del diablo", y que el cadáver sea puesto después en una montaña para que lo despedacen y devoren los buitres y los lobos. Aunque debo decir también que este Alto Tribunal, por ser este año un año de Olimpiadas, tiene potestad para mutar dicha pena por la otra más clemente de obligar al acusado a que beba una copa de cicuta... y que el cadáver pueda ser entregado a quien lo reclame. ¡A no ser (*con ironía*) que por las habilidades o argucias jurídicas de mi ilustre colega en la defensa, le sean reducidas aún más dichas penas hasta llegar incluso a no morir, lo cual, en mi opinión, no respondería a la recta justicia que acredita a este Alto Tribunal

ALBERICIO CAMUSSE.– [*Vivamente y con fuerza*] ¡Protesto, Señoría! ¡El señor fiscal trata de mentalizar a los ilustres miembros del tribunal exponiendo una opinión personal, totalmente improcedente, acerca de la posible pena que pueda recaer sobre mi defendido!...

JUEZ.— Se acepta la protesta. [*Al fiscal*] ¡Limítese el Ministerio fiscal a la simple exposición de los hechos y a pedir luego la pena que considere necesaria y justa!.. ¡Nada más!...

LEX DURALEXIS.— [*Sin inmutarse*] Este hombre, en el día de autos, se hallaba cumpliendo una condena que le había sido impuesta precisamente por el propio Zeus, nuestro soberano, por haber revelado algo que, según nuestra tradición, venía considerándose como un secreto de Estado. Fue precisamente este ciudadano quien reveló a un viejo labrador, llamado Asopa, que Zeus raptó e hizo el amor a una de sus hijas que le había estado provocando, cuando en verdad Zeus lo único que hizo fue llevar a la práctica una vez más su derecho de pernada, reconocido y aceptado por nuestras leyes consuetudinarias... ¡derecho que, además, propicia que el divino linaje de Zeus se extienda al pueblo y que las hijas del pueblo puedan gozar la suerte de ser amadas por un Soberano que es también un Dios. [*Algunas risas entre el PÚBLICO DEL JUICIO*] Así pues, por haber “chivateado” al padre de la moza aquella algo que hubiera sido mejor para el viejo seguir ignorando, el propio Zeus castigó al acusado a que se pasase la vida empujando una gruesa piedra tratando de subirla hasta la cima de una alta montaña, sin que nunca consiguiera llegar hasta allí, pues en cada intento la roca se le escaparía de las manos y descendería rodando hasta el valle para que, de nuevo, tuviera el condenado que volver a empezar... y así siempre, “per in saeculam saeculorum”... ¡Y que conste que Zeus fue benigno con el delator, pues muy bien pudo haberle castigado con la muerte!

ALBERICIO CAMUSSE.— ¡Protesto, Señoría!... ¡No es verdad que eso fuera un castigo benigno... pues lo que Zeus impuso a mi defendido era un trabajo absurdo y sin esperanzas de éxito... ¡y esto es mucho peor que morir!

UNA VOZ.— ¡Muy bien dicho!

JUEZ.— ¡Silencio!... ¡No se acepta la protesta... pues, según la tradición de este país, no nos corresponde a los súbditos medir el rigor o benignidad de los designios de Zeus! Así que, en atención a su condición de extranjero, desconocedor quizá de nuestras tradiciones, señor Camusse, permitiré que su protesta no figure en el acta de este juicio y se dé por no formulada. [*Al secretario*] ¡Secretario!, ¡que no consten las últimas palabras del señor defensor! [*Al fiscal*] ¡Prosiga!...

LEX DURALEXIS.— ¡Con la venia!... Cierta día, estando el acusado en el valle dispuesto a comenzar una nueva subida, tuvo ocasión de escuchar a uno de esos filósofos corruptores de la juventud, el cual le metió en la cabeza

unas ideas perturbadoras sobre la no aceptación de su destino. Entonces, para poner en práctica esas ideas, decidió abandonar la roca que tenía que empujar y se escapó. [Pausa] Si el acusado se hubiera limitado entonces sólo a eso, a escaparse, lo estaríamos juzgando ahora por un solo delito, el de rebeldía. Pero no, Señorías, sino que antes de huir se permitió dejar grabada en aquella roca una obscena palabrota extranjera que yo considero injuriosa y despectiva contra la voluntad de Zeus, con lo cual cometió un segundo delito, tan grave como el anterior... [Pausa]

Con la venia de Su Señoría voy a probar ambos delitos con las declaraciones de mis dos testigos, ¡solicito, pues, en primer lugar, la presencia del señor Charlóteos Chaplínides!

JUEZ.— ¡Llamen al testigo!

UJIER.— *[Adelantándose hasta el centro, ante las candilejas y de cara al público. Gritando]*

¡Charlóteos Chaplínides!... ¡Charlóteos Chaplínides!... ¡Charlóteos Chaplínides!...

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— *[Desde el fondo de la sala]* ¡Voy allá!...

[Por el pasillo central de la sala avanza CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES. Es un hombrecillo de cabello erizado con un ridículo sombrero hongo negro. Viste exactamente igual que Charlot y anda como un pato. En una de sus manos lleva un bastoncillo que mueve como un molinete. Avanza sin dejar de mirar y sonreír a un lado y a otro. De vez en cuando se quitará el sombrero y saludará reverentemente a algunas personas del público. Al subir al escenario tropezará con el último escalón, dará un traspies y realizará alguna ridícula pirueta para mantener el equilibrio y no caer]

SECRETARIO.— *[Yendo hacia CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES]* ¿Se llama usted... Charlóteos Chaplínides?

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— Bueno... exactamente mi nombre es Charlóteos Spencerato Chaplínides, pero mis amigos, para abreviar, me llaman simplemente Charlot.

SECRETARIO.— Bien, señor Charlóteos Spencerato Chaplínides, levante la mano para prestar juramento.

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¿Cuál de las dos, señor?

SECRETARIO.— ¿Cuál va a ser? ¡La derecha, hombre, la derecha!

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— Bueno... ¡Podría ser también la izquierda!...
¿Por qué no?...

SECRETARIO.— ¡Pues porque no, porque siempre se jura con la derecha!

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— La izquierda es la del corazón... ¿no?

SECRETARIO [Ya algo nervioso].— Sí, ¡pero tiene usted que levantar la derecha y dejarse de pamplinas!...

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— Bueno, pues ni para usted ni para mí: ¡Levantaré las dos!...

[Levanta las dos manos por encima de su cabeza manteniendo en alto el bastoncillo]

JUEZ.— *[Interviniendo con energía]* ¡Señor Chaplínides!... ¡Basta ya de dilaciones!... ¡Levante solamente la mano derecha!..

[CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES baja la mano izquierda solo, y permanece con la derecha en alto sosteniendo aún el bastón]

SECRETARIO.— ¡Pero, hombre de Dios... sin el bastón!...

[CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES, sin bajar la mano derecha, levanta la izquierda y con las dos en alto se pasa de mano el bastón. Luego baja la izquierda con el bastón y se queda con la derecha en alto) (Risas entre el PÚBLICO DEL JUICIO)]

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¿Está bien así?

[El SECRETARIO mira al JUEZ, indeciso]

JUEZ.— ¡Vale, vale!... Acabemos de una vez con toda esta pantomima...

SECRETARIO.— Señor Chaplínides... ¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?...

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¿La verdad?... ¿Qué verdad?... Porque hay muchas verdades, ¿no?... ¡La Verdad con mayúscula... la verdad con minúscula... la verdad relativa...

SECRETARIO.— [*Incómodo ya*] ¡Vamos, hombre!... ¡No diga más estupideces!

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¿Estupideces yo?... ¡Ahora vas a ver!... [*Le pega un bastonazo en las costillas*] ¡Tú sí que eres un estúpido!... ¡Toma! ¡Toma!... [*Le sigue atizando con el bastón*] ¡Para que aprendas a tratar a las personas!... ¡Maleducado!...

[El secretario se defiende como puede. Acuden los UJIERES tratando de sujetar al furibundo CHARLÓTEOS. El juez agita repetidas veces su campanilla. Gran jolgorio entre el PÚBLICO DEL JUICIO. Todo debe desarrollarse agitadamente, simultaneándose las frases de unos y otros]

SECRETARIO.— ¿Pero qué hace usted?... ¿Está loco?... ¡Ujieres!... ¡Ujieres!... ¡Agarren a este hombre!...

UJIERES.— ¡Quieto!... ¡Quieto!... ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Suelte el bastón!... ¡Suelte el bastón!...

JUEZ.— [*Levantándose y agitando sin parar la campanilla*] ¡Orden! ¡Orden!... ¡Detengan al testigo! ¡Deténganlo!... ¡Orden!...

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— [*Muy excitado y gritándole al Secretario*] ¡Botarate! ¡Deslenguado! ¡Majareta!... ¿A mí me vas a llamar estúpido? ¡Cretino!... ¡Mequetrefe!...

[Al fin, los UJIERES logran sujetar a CHARLÓTEOS por los brazos, pero éste continuará lanzando improperios al secretario]

JUEZ.— [*Cuando por fin se hace la calma*] ¡Esto es insólito!... ¡Por desacato a este Alto Tribunal y alteración del orden, sanciono al testigo con tres días de privación de libertad y de alimentos!... ¡Solo podrá beber agua... y comerse las suelas y los cordones de sus zapatos cuando tenga hambre!... [*Al fiscal*] ¡Y ahora prosiga el Ministerio Fiscal tomando declaración al testigo!...

[Los UJIERES sueltan a Charlóteos y se retiran, lo mismo que el secretario que vuelve a su sitio palpándose la cabeza y arreglándose la ropa]

LEX DURALEXIS.— Vamos, señor Chaplínides, cálmese usted y responda a mis preguntas. ¿Estaba usted cerca del acusado en el día de autos, cuando el Acusado dejó abandonada la piedra?

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¡Sí, señor!... ¡Yo estaba allí!...

LEX DURALEXIS.— ¿Y qué hacía usted en aquel lugar?

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¡Nada de particular!... Simplemente me divertía mirándolo, como casi todos los días. ¡Me hacía mucha gracia observar cómo empujaba aquella piedra tan grande por la cuesta arriba y luego la soltaba para que rodase... y bajaba corriendo tras ella. Así una y otra vez... ¡Hay que ser muy tonto para estar haciendo eso todos los días y a todas horas! ¿No?...

LEX DURALEXIS.— ¿Es que no sabía usted que el acusado estaba cumpliendo un castigo?...

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— Pues no, señor, no lo sabía... Yo pensaba que todo aquello sería un nuevo ejercicio de entrenamiento para mantenerse en forma... ¡Se ven ahora tantas cosas raras!... ¡Hay gente para todo!...

LEX DURALEXIS.— ¿Y vio usted lo que hizo el acusado antes de abandonar la piedra y huir?...

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¡Claro que lo vi!... ¡Con un punzón y un martillo estuvo un rato grabando unas letras en la roca!

LEX DURALEXIS.— ¿Puede usted decirnos qué letras eran aquellas?

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— No señor... No me acuerdo bien... Pero sí que me acuerdo de lo que dijo antes de irse...

LEX DURALEXIS.— ¿Qué fue lo que dijo?

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— Pues dijo... ¡Y ahora que la suba Rita!...

[Risas entre el PÚBLICO DEL JUICIO]

JUEZ.— *[Aparte, a uno de los magistrados]* ¿Quién es esa Rita?

MAGISTRADO.— Me parece que se trata de un bailarina a la que llaman Gilda, que se hizo famosa por sus amores con el bello Petronio y por la bofetada que este le dio una noche cuando ella le exigió que cumpliera su promesa de matrimonio.

LEX DURALEXIS.— *[Al JUEZ]* ¡No hay más preguntas por mi parte, Señoría!

JUEZ.— *[Al DEFENSOR]* ¿La Defensa desea interrogar al testigo?...

ALBERICIO CAMUSSE.— ¡Una sola pregunta!

JUEZ.— Pues adelante con ella.

ALBERICIO CAMUSSE.— [A CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES] ¡Señor Chaplínides!... ¿Sabe usted leer?

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¡No, señor!

ALBERICIO CAMUSSE.— ¡No hay más preguntas, Señoría!

JUEZ.— Puede retirarse el testigo. Pero acudirá mañana a la comisaría de su distrito a cumplir la sanción que le he impuesto por desacato a este tribunal y alteración del orden.

CHARLÓTEOS CHAPLÍNIDES.— ¡Si lo sé no vengo a declarar!... [Al JUEZ] ¿Puede usted devolverme mi bastón?...

JUEZ.— [Enérgico] ¡No!... ¡Siéntese ya de una vez!...

[Charlóteos da una media vuelta rápido girando sobre sus talones sin moverse del sitio. Luego ya, de cara al público se extrae de debajo de la ropa una especie de bastoncillo plegable y lo despliega, bajando a continuación al pasillo de la sala y alejándose del escenario con los mismos gestos y movimientos que al llegar. Se oirá de nuevo la música de CANDILEJAS hasta que Charlóteos desaparezca por el fondo de la sala]

LEX DURALEXIS.— [Cuando haya desaparecido Charlóteos y cesado la música] Y ahora, Señoría, solicito que comparezca mi segundo testigo, Marius Morenius.

[EL JUEZ hace un gesto de asentimiento y una seña con la mano a un ujier]

UJIER.— [Desde el centro de las candilejas como anteriormente] ¡Marius Morenius!... ¡Marius Morenius!... ¡Marius Morenius!... [Pausa] ¡Marius Morenius!...

MARIUS MORENIUS.— [Apareciendo por el fondo de la sala] ¡Iuuuuuuuu!...

[Avanza por el pasillo, despacio, contoneándose. Viste de Cantinflas y lo imitará en todo. Al subir al escenario repara en SÍSIPHO y se dirige a él con júbilo]

¡Chamaquitoooo!... ¿Cómo te me andas, mi amigoooo?... ¡Qué gusto de verte otra vez!... No más que me avisaron, así como al medio día de anteayer, ya me pensé yo: pues, señor, que mi amigo el del pedrusco ya se metió en otro jaleo y sabe Dios lo que le van a hacer ahora... Y así no más que me lo pensé, fui y le dije a mi Lupita: ¡Mira lupita, que me tengo que ir para la ciudad, que aquel “pelao”, el chamaquito de sube y baja la piedra, está preso en la cárcel y yo tengo que testimoniar en el juicio, a ver si me lo sueltan... Y así que no más que se lo dije a mi Lupita, me agarré un caballito de mi patrón y me vine para acá galopeando más rápido que el viento... Porque uno es amigo de sus amigos, que para eso están los amigos, para cuando uno está apurado, y no como otros que enseguidita se te rajan cuando hay que dar la cara y lo que haga falta por un amigo...

[Todo este parlamento debe decirse muy rápido imitando en lo posible el estilo de Cantinflas]

JUEZ.— ¡Bueno, bueno!... ¡Ya está bien de saludos!...*[Al SECRETARIO]* ¡Proceda usted, señor secretario, a tomar juramento al testigo!... *[Sonriente]* ¡Y a ver si esta vez sale usted mejor parado!...

SECRETARIO.— ¡Dios no lo quiera, Señoría!... *[Acercándose a Marius]* ¿Se llama usted Marius Morenius?...

MARIUS MORENIUS.— ¡Pues sí señor, que así es como me llamo, para servirle!...

SECRETARIO.— Pues ahora levante la mano derecha y jure... *[Marius levanta su mano izquierda]* ¡Vaya por Dios!... ¿Usted también?... ¡Le he dicho que levante la mano derecha!...

MARIUS MORENIUS.— Perdóneme, señor... ¡Es que yo soy zurdo!...

JUEZ .— ¡Déjelo, déjelo ya!... ¡Lo mismo da!...

SECRETARIO.— Bien... ¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?...

MARIUS MORENIUS.— ¡Claro que lo juro, hombre!...¿Cómo, si no, iba yo a ser un buen testículo?...

SECRETARIO.— *[Advirtiéndole]* Se dice “testigo”...

MARIUS MORENIUS.— ¡Eso quería decir, pero es que no me salía la palabrita!

[Se retira el SECRETARIO]

JUEZ .– El señor fiscal puede interrogar al testigo

LEX DURALEXIS.– ¡Con la venia!... Vamos a ver, señor don Marius Morenius...
¿Se hallaba usted cerca del acusado cuando este abandonó la piedra y huyó?...

MARIUS MORENIUS.– Sí señor, que estaba muy cerquita, como que estaba a su mismito lado...

LEX DURALEXIS.– Entonces... nos podrá usted decir todo lo que pasó, ¿no?

MARIUS MORENIUS.– Pues verá usted, señor... Yo me iba todas las mañanitas a platicar un ratito allí con él antes de que empezara a subir aquella piedrota, y le llevaba un poquito de tequila para que se animase, ¡que estaba siempre el pobrecito así como arrugado!... Y aquella mañana me lo encontré que parecía que lo habían cambiado...

LEX DURALEXIS.– ¡Díganos exactamente cómo estaba!...

MARIUS MORENIUS.– No sé cómo decirle... Estaba así como más desesperado... y cuando yo le hablaba, parecía que no me escuchaba o que sus pensamientos estaban en otra parte, en otro lugar muy lejos... También estaba por allí cerca un escultor amigo mío que se llama Praxíteles y al que le gusta mucho oírme hablar, así como yo le estoy hablando a usted... Y este escultor estaba haciendo la estatua de mármol de una señorita extranjera, una de esas turistas que vienen de Suecia... Y aquella señorita se había quitado toda la ropa para que mi amigo el escultor la pudiera ver bien por todas partes, y estaba tal como su mamasisita la trajo al mundo, o sea sin nada encima, no más que se tapaba así por abajo con una toalla que tenía en una mano, y con la otra mano se tapaba así por arriba las dos... ¡bueno, usted ya me entiende!... pero era como si no se tapase nada porque la mano era más chica que lo que quería taparse. Y entonces yo le dije al chamaquito este: ¡Mira, mi amigo, déjate no más que un ratito la piedra sola y vente conmigo a donde está mi amigo Praxíteles... ¡Ya verás cómo te animas y se te van de la cabeza esas ideas que tienes!... Y él se vino conmigo, claro, y el pobrecito se hartó también de mirar, que se le salían los ojos, porque llevaba mucho tiempo sin ver nada más que la piedra... ¡Y hasta le dijo a la señorita que se quedara luego a la noche con él, que estaba muy solo y muy triste!...

LEX DURALEXIS.– Bueno, ¿y qué pasó luego?

MARIUS MORENIUS.– Bueno... la señorita no comprendía nada, y solo decía ¡nain, nain!, que significa que no. Y luego se puso la ropa y, como ya no

había nada más que mirar, yo le dije al chamaquito que ya era hora que se fuera a donde estaba la piedra... Pero al chamaquito le entró de pronto así como un ataque; cogió un martillo y un cincel del escultor, se fue para la piedra como enloquecido y se puso a grabar en ella unas letras, así como hace mucha gente que graba en los árboles unas letras y un corazón atravesado por una flecha...

LEX DURALEXIS.— ¿Y puede usted decirle al tribunal qué letras eran aquellas que grabó el chamaquito... ¡perdón: quiero decir el acusado!

MARIUS MORENIUS.— Bueno... solo eran cinco letras, o sea una palabra.

LEX DURALEXIS.— Sí, pero... ¿qué palabra formaban aquellas letras?

MARIUS MORENIUS.— ¡Ay, señor!... ¡me da vergüenza decirla aquí, que yo le tengo mucho respeto a todos esos señores del tribunal!... ¡Si quiere la escribo!

LEX DURALEXIS.— ¡Vamos, hombre!... ¡Déjese de tonterías y diga la palabra que el acusado dejó grabada en la piedra!...

MARIUS MORENIUS.— Si quiere, se la digo al oído, señor fiscal.

JUEZ.— [*Conminatorio*] ¡Señor Marius Morenius!... ¡Basta ya de andarse por las ramas!... ¡Diga ya de una vez en voz alta esa palabra!...

MARIUS MORENIUS.— [*Asustado*] ¡Bueno, bueno, señor, la voy a decir!... pero porque usted me lo ordena, ¿eh?... ¡la palabra aquella era... "Merde"!

[*Gran jolgorio en el PUBLICO DEL JUICIO. Voces de ¡Que la repita! ¡Que la repita!... ¡Bravo Sísipho!... !Ole, ole y ole!... ¡Esto es Carnaval, esto es Carnaval!...*]

JUEZ.— [*Agitando la campanilla*] ¡Silencio!... ¡Orden!... ¡Orden en la sala!... ¡Silencio!... Advierto al público por última vez que si no se comporta como es debido, haré que los desalojen. [*Al fiscal*] ¡Prosiga el señor fiscal con el interrogatorio!

LEX DURALEXIS.— He terminado ya con el testigo, Señoría.

JUEZ.— [*Al DEFENSOR*] ¿La Defensa quiere interrogar al testigo?...

ALBERICIUS CAMUSSE.— ¡Con la venia!... [*Se dirige al testigo.*] Señor Marius Morenius: ¿Afirma usted que su amigo el acusado parecía como enloquecido?

MARIUS MORENIUS.— Sí señor... ¡eso parecía!

ALBERICIO CAMUSSE.— ¿Y trató usted, que es su amigo, según dice, de hacer algo para que volviera a la razón?...

LEX DURALEXIS.— ¡Protesto, Señoría!... ¡El testigo no ha afirmado en ningún momento que el acusado hubiera perdido la razón!...

JUEZ .— Se admite la protesta. ¡Rectifique la Defensa su pregunta!

ALBERICIO CAMUSSE.— De acuerdo.... Se lo preguntaré de otra manera. ¿Hizo usted algo para que su amigo, que le parecía como enloquecido, como ha afirmado usted, se calmase?

MARIUS MORENIUS.— Sí, señor...! Pero él no me escuchaba, y yo creo que ni siquiera me oía!...

ALBERICIO CAMUSSE.— Nada más, Señoría... ¡muchas gracias!

JUEZ .— ¡El testigo puede retirarse!

MARIUS MORENIUS.— [Yendo hacia SÍSIPHO] ¡Adiós, Chamaquito!... ¡Ya nos veremos!... ¡Ah, la extranjera aquella ha vuelto y ha preguntado por ti!

[MARIUS MORENIUS baja del escenario y echa a correr por el pasillo de la sala lanzando un nuevo ¡Iuuujuuuu!... mientras vuelve a oírse la música de un corrillo mexicano]

JUEZ.— [Al FISCAL] Si el Ministerio Fiscal no tiene más testigos que presentar, ni tampoco la Defensa, pueden iniciar el turno de conclusiones definitivas.

LEX DURALEXIS.— No hay más testigos por mi parte.

ALBERICIO CAMUSSE.— Yo no presentaré ningún testigo.

JUEZ.— Pues adelante, señor fiscal, con sus conclusiones.

LEX DURALEXIS.— ¡Con la venia!... Es evidente, Señorías, que este proceso no tiene parangón alguno con ningún otro de los que se han celebrado hasta ahora en este Alto Tribunal. El irrespetuoso comportamiento observado por la mayor parte del público que asiste hoy a este juicio, puede crear cierta confusión en las rectas mentes de quienes tienen que administrar la Justicia. No obstante, y a pesar de lo que parece ser una maniobra muy bien orquestada en torno a este proceso por los adversarios de la ley y del orden, han quedado muy claros los hechos que aquí se juzgan: primero, que el

acusado, al escaparse, se rebeló contra la condena que estaba cumpliendo; y segundo, que injurió a Zeus cuando dejó grabada en la piedra aquella impúdica palabrota extranjera cuya traducción prefiero ahorrar por ser ya sobradamente conocida. Ambos hechos, probados suficientemente con la declaración de los testigos, constituyen dos delitos muy graves y claramente tipificados en nuestro Código Penal. Por lo tanto, y sin más consideraciones, me ratifico en mi petición de que le sea aplicada al acusado la pena máxima, tal como estipula nuestro Código Penal en sus artículos 140 y 145, o sea, el despeñamiento por un precipicio rocoso y que el cadáver del ajusticiado sea expuesto en un monte a la voracidad de los lobos y los buitres. ¡Con esto, he terminado Señoría! [*Abucheo del PÚBLICO DEL JUICIO*]

JUEZ.— ¡Silencio!.... [*Agita la campanilla*] ¡Tiene la palabra la Defensa!...

[*ALBERICIO CAMUSSE se dirige a la tribuna. En ese momento surge una potente voz del público que grita: ¡Camusse, deja K.O al fiscal!*]

ALBERICIO CAMUSSE.— [*Erguido y siempre elegante en todos sus gestos*] ¡Con la venia!... En primer lugar, Señorías, quiero expresar la satisfacción y el orgullo que supone para mí, un abogado de las Galias, el por poder actuar aquí, ante este Alto Tribunal de Olimponia, a pesar de mi condición de extranjero. [*Hace una pausa*] Vivimos en un mundo con demasiadas fronteras y, puesto que la humanidad se encuentra necesitada de paz y fraternidad entre los pueblos que la componen, hora es ya de que vayan desapareciendo muchas de las barreras que los separan. [*Se oye una voz entre EL PÚBLICO DEL JUICIO: ¡Muy bien!*] ¡Hora es también de que una misma ley sea igual para todos los hombres del mundo, de que una misma justicia se imparta a todos los seres humanos, de tal manera que lo que sea delito en un país, lo sea también en los demás; y, por el contrario, lo que no sea delito en la mayoría de los países, no lo sea tampoco en el resto. Con la fe puesta en que algún día ha de ser así, yo no me puedo sentir extraño en este maravilloso país vuestro al que tanto admiro por muchas razones!....

LEX DURALEXIS.— ¡Protesto, Señoría!... !Nuestro ilustre colega se excede en consideraciones marginales, muy respetables pero que no vienen al caso, y prodiga en demasía sus halagos a este tribunal y a Olimponia para crear, quizás, una corriente de simpatía hacia su persona que le pueda favorecer en su cometido!...

JUEZ .– No se admite la protesta. El señor fiscal peca de suspicacia, y al mismo tiempo menosprecia la objetividad que debe suponer en los miembros de este Alto Tribunal.

[Se oye una voz en el PÚBLICO DEL JUICIO: ¡Muy bien dicho!]

JUEZ .– ¡Silencio!... ¡Prosiga la Defensa!...

ALBERICIO CAMUSSE.– ¡Muchas gracias, Señoría!... [Hace una pausa y consulta sus papeles] Voy a iniciar la defensa de SÍSIPHO SMITH aceptando los dos delitos que se le imputan. [Murmillos entre el PÚBLICO DEL JUICIO. SÍSIPHO se mueve inquieto en su asiento y vuelve la cara hacia el Defensor, sorprendido y asustado] ¡Efectivamente, como ha expuesto y probado el señor fiscal, son dos delitos que se contemplan en el Código Penal de Olimponia!... [Siguen los murmullos de sorpresa entre el PÚBLICO. Los MAGISTRADOS se miran unos a otros]. Pero los delitos obedecen a unos móviles... O sea: tienen unas causas, unas motivaciones y unas circunstancias... Todo eso constituye a veces una presión tan poderosa sobre el espíritu de una persona... que ésta llega a carecer de fuerza de voluntad para sustraerse a dicha presión y evitar la comisión del delito... En ese caso, nos hallaríamos, pues, ante un trastorno mental transitorio. Y el trastorno mental transitorio, como muy bien saben Sus Señorías, y supongo que también mi ilustre colega de la Acusación, constituye no sólo una razón de peso para la atenuación de la pena, sino incluso un eximente de la responsabilidad. Por tanto, en base a este principio legal, o al menos de jurisprudencia, voy a apoyar la petición de que mi defendido sea absuelto, no sólo de los dos delitos que ahora se le imputan, sino también de aquel por el que fue condenado anteriormente, apelando en este caso a la misericordia de Zeus. [Ovación del PÚBLICO DEL JUICIO]

JUEZ.– [Al Defensor] Considero oportuno advertir al señor Defensor que no es potestad de este tribunal ninguna decisión respecto a aquella primera sentencia.

ALBERICIO CAMUSSE.– ¡Lo sé, Señoría, pero a mi defendido le asiste el derecho de apelarla... en el supuesto caso de que le sea favorable la sentencia en este juicio!...

JUEZ.– No haré ningún comentario. ¡Prosiga usted!.

ALBERICIO CAMUSSE.– De acuerdo... ¿Cuáles son, Señorías, los móviles, causas, motivaciones y circunstancias que obligaron a mi defendido a cometer, por

evidente obcecación, los delitos que se le imputan?... ¡Veamos!... Vamos a remontarnos, primeramente, al antiguo delito por el cual Zeus le impuso la pena perpetua de estar subiendo una gruesa piedra hasta la cima de una elevada montaña sin conseguir nunca llegar hasta ella. Se nos ha dicho aquí que aquel delito consistió en revelar al anciano Asopa que fue Zeus quien raptó y violó a una de sus hijas, lo cual era cierto, aunque justificado, según la tradición de ustedes, por el derecho de pernada que asiste a Zeus. Yo no quiero entrar, por respeto a ustedes y a este país, en esta última cuestión, ni valorar su licitud. Pero aquella revelación que hizo Sísipho Smith de lo que, incomprensiblemente para mí, se considera aquí un secreto de Estado, cuando en realidad sólo me parece un secreto de alcoba...

LEX DURALEXIS.— [*Interrumpiéndole rápida y vivamente*] ¡Protesto, Señoría!... ¡Protesto! ¡La Defensa incurre en una impertinencia al añadir el adverbio “incomprensiblemente” para calificar nuestra consideración de tal Secreto de Estado!...

JUEZ.— ¡Admitida la protesta!... El señor defensor no tiene ningún derecho, como extranjero que es, a juzgar como incomprensible lo que en este país podemos estimar o no como Secreto de Estado.

ALBERICIO CAMUSSE.— ¡Je m’excuse!... [*Así, en francés*] ¡Perdón, quiero decir que pido disculpas!... ¡Espero que lo consideren como un “lapsus”!...

JUEZ.— De acuerdo... Se aceptan sus disculpas. ¡Continúe!...

ALBERICIO CAMUSSE.— Como iba diciendo... tal revelación la llevó a cabo mi defendido a cambio de que Asopa, el padre de la muchacha, que era dueño de unos manantiales de agua muy caudalosos, concediera agua a la ciudad de Corinto, patria de mi defendido, que la estaba necesitando con urgencia. ¿No era esto un motivo digno y plausible para hacer lo que hizo, aun a riesgo de provocar contra él la ira de Zeus?... ¿Qué hombre noble y valiente no hubiera hecho igual para salvar a su ciudad?... ¿Acaso Sus Señorías, en una circunstancia semejante, hubieran vacilado o eludido el compromiso como los cobardes?... ¡Pienso que no!... Por lo tanto, el gesto aquel de mi defendido fue, en verdad, un gesto de héroe... y lo que se mereció fue una corona de laurel y una estatua, no el absurdo suplicio al que fue condenado. Porque Sísipho Smith, y perdonen Sus Señorías que así lo estime, fue condenado a un tormento absurdo e inútil. Su pasión por la vida y el amor a su patria lo llevaron a ese tormento. Él no pudo eludir aquel compromiso, no pudo elegir su destino: ¡el destino lo eligió a él, como podría haber elegido a cualquier otro.

Y ahora, consideremos el primero de los delitos por los que hoy se le juzga: el incumplimiento de su condena. Veamos: Sísipho, un ser humano simple y sencillo, sin más aspiraciones que vivir, hartó ya de intentar cientos de veces subir con aquella piedra hasta lo alto de aquella montaña, piensa que todos sus esfuerzos son inútiles y llega a la conclusión de que aquel castigo es absurdo y de que su propio destino es absurdo también. En su soledad y confusión, busca una respuesta que lo tranquilice y no la encuentra más que en las palabras de alguien que le dice: ¡El destino es tu existencia, y tu existencia depende sólo de ti! Es entonces cuando empieza a germinar en su mente la idea de abandonar la roca y huir. Una idea aparentemente absurda también, pero muy humana... ¡porque no olvidemos que, ante todo, Sísipho se sentía un hombre con ganas de vivir!...

UNA VOZ .– ¡Bravo!...

OTRA VOZ.– ¡Eso es!...

Así pues... los móviles están claros: necesidad de salvar a su patria, cuando cometió el antiguo delito... Y necesidad de salvar su condición de hombre, cuando decidió abandonar la piedra. Esos móviles llegan a producir en él un trastorno mental transitorio, como dije antes. En tal estado, no era dueño de su voluntad. Luego, si no era dueño de su voluntad no tuvo libertad de acción. Por lo tanto, si no era dueño consciente de su voluntad y no tenía libertad para actuar o dejar de actuar... tampoco tenía responsabilidad... ¿Cómo, entonces, van ustedes a castigar... ¡y con la muerte nada menos!..., a un hombre que no fue responsable de sus actos?...

[Ovación del Público. Gritos de ¡Muy bien! y de ¡Bravo!]

UNA VOZ: ¡Olé ahí los tíos listos!...

JUEZ.– ¡Silencio!... ¡Esto es un juicio, no una corrida de toros!... *[Risas]* *[Al Defensor]* ¡Continúe usted!...

ALBERICIO CAMUSSE.– En cuanto al otro delito, esa palabra que mi defendido grabó en la piedra, ¡precisamente en el hermoso idioma de mi país!, no fue más que el simple desahogo de toda la rabia acumulada durante los muchos años que estuvo realizando desesperadamente un trabajo tan inútil. Es cierto que dejó aquella palabra en la piedra; pero... ¿cuántos hombres dignos, incluidos todos nosotros, no la hemos gritado, o mascullado, o al menos pensado, en ocasiones, cuando alguna una contrariedad nos crispó los nervios?....

LEX DURALEXIS.— ¡Protesto!... ¡El señor Defensor ofende con esa insinuación la virtud mental y el buen decir de todos nosotros!...

JUEZ.— No se admite la protesta. La Defensa ha hecho solo una pregunta, tal vez insinuante, esto sí, pero no ha afirmado nada de nadie. [A ALBERICIO CAMUSSE] ¡Prosiga!...

ALBERICIO CAMUSSE.— Ya voy a concluir, Señoría... [Pausa] Por lo tanto, si los móviles son a veces la causa de que los humanos cometan actos ajenos a su propia voluntad consciente, hemos de considerar esos móviles como los verdaderos responsables de las acciones humanas. Y si está claro, como lo está en el caso de Sísifo, que los móviles pueden conducir al hombre a un estado de trastorno mental transitorio... ¡salvemos al hombre!, no lo arrojemos por ningún precipicio si no somos capaces de arrojar también a los móviles!... ¡Dejemos al hombre vivir su absurda vida de hombre en la que, muchas veces, tendrá que subir otras piedras diferentes a otras montañas y muchas veces también tendrá que volver a empezar la subida!... Si hay que condenar a Sísifo, que se le condene a la dura pena de vivir... pues, si se le condena a morir despeñado por un precipicio, su muerte sería para él una liberación... ¡Ya lo dijo una mujer admirable, allá en las tierras de Hispania: “¡Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero!...” .

Concluyo, pues, ratificando mi petición de que mi defendido sea puesto en libertad para que siga viviendo. Si lo que las leyes de Olimponia estipulan para esos delitos es que se debe matar al acusado, dejadlo morir poco a poco viviendo... o vivir muriendo, pues esto y no otra cosa es lo que cada día hacemos todos... ¡He terminado, Señorías!

[En la sala se produce un profundo silencio, mientras empieza a oírse tenuemente el “Aria” de la Suite en Re, de J.S. Bach. Luego, tras las palabras que pronunciará el JUEZ, la música irá aumentando en intensidad]

JUEZ.— *[Poniéndose en pie, así como los demás miembros del Tribunal]* ¡El juicio contra el ciudadano Sísifo ha quedado listo para sentencia!... ¡Desalojen la sala!....

[EL PÚBLICO DEL JUICIO empieza a salir mientras suena la música de Bach y baja lentamente el telón]

EPÍLOGO

[A Telón bajado. Por un lateral volverá a aparecer EL POETA, como en el PRÓLOGO]

POETA.— *[Al público]* ¡Y ahora..., supongo que estaréis interesados en saber cómo acabó todo aquello, qué veredicto dio el Alto Tribunal y qué condena se le impuso a Sísipho Smith!, ¿no? Es natural que así sea, pues la curiosidad, una vez que se despierta, es como una especie de tortura que no cesa de atormentar hasta que se la satisface. *[Pausa]* Pero yo ya tengo la boca seca de tanto hablar... ¿No habrá alguien por ahí que me ofrezca un poco de vino para refrescarme el gaznate?...

[Del público sale uno que le tiende una bota de vino. El POETA la toma y bebe un largo trago]

¡Buen vinillo, vive Dios, tenéis por esta tierra, sí señor, bueno de verdad!...

[Se dirige al que le dejó la bota, devolviéndosela]

¡Gracias, hijo!... Que Dios te lo recompense con una larga vida, una bolsa bien repleta de dinero siempre y una buena moza, hermosa y placentera!... ¡Con la primera, llegarás a saber tanto que te reirás de las grandezas del mundo y de los hombres!... ¡Con la segunda, podrás comprar todo lo que necesites, incluso la voluntad, los elogios y las servidumbres de los demás!... ¡Y con la tercera, tus días y tus noches te parecerán demasiado breves!... ¡Y también tus fuerzas!...

Pero volvamos a mi relato... También en aquel Alto Tribunal hubo división de opiniones, como supongo que la habrá ahora mismo entre vosotros, ya que unos seréis partidarios de la inocencia de Sísipho y otros de su culpabilidad, ¿no?... ¡Es natural que así ocurra, pues nunca llueve al gusto de todos! ¡Eso mismo fue lo que ocurrió en el Alto Tribunal que juzgó a Sísipho!... Aquellos sesudos varones no se pusieron de acuerdo al tener que decidir entre la pena de muerte y la absolución. ¡Tuvieron que apelar a Zeus para fuese éste el que decidiera!... ¡Y Zeus... decidió condenar a Sísipho al exilio!...

Desde entonces Sísipho Smith anda vagando por esos mundos de Dios...

No os sorprendáis, pues, si cualquier día os lo encontráis por ahí... Lo podréis reconocer porque le gustan el sol, las playas, la naturaleza, el amor, la amistad, la música, la paz, el vino tinto con aceitunas y pescado frito..., todas esas cosas que tanto se prodigan aquí... ¡y, sobre todo, sentirse libre sin que nada lo someta contra su voluntad, ni nadie lo juzgue por lo que haga si con ello no causa ningún daño o mal a nadie!... A veces, se tiende en la cálida arena de una playa o en la suave hierba de un prado, y permanece largos ratos con la mirada perdida en el cielo azul o en las estrellas... Otras veces se sienta a contemplar el horizonte y echa a volar sus pensamientos, soñando despierto con que la vida no se acaba nunca y el mundo es un inmenso paraíso de paz y comprensión entre los seres humanos. ¡Si acaso un día os lo encontráis así, no le molestéis... dejadle que siga soñando... que soñar es para él otra manera de vivir!

FIN DE LA OBRA

NOCTURNO PARA UN BARRENDERO

(Monólogo)

(El barrendero entra en escena por un lateral. Barre al suelo con una gran escoba, y al mismo tiempo hace como si estuviera hablando solo. De pronto, repara en el público y entonces ya se dirige a éste en voz alta. Va vestido con un mono de trabajo. Aparenta cerca de sesenta años de edad).

EL BARRENDERO *(Al público)*

¡Buenas noches..., buenas noches...! ¡Por favor, señoras y señores!... Yo tengo que hablar con ustedes... Va ser cosa de poco tiempo... ¡Pero es que tengo tanta necesidad de hablar con alguien esta noche...! Me acaban de decir los compañeros que no estoy bien de la cabeza, porque me han visto que voy hablando solo... ¿Pero qué saben ellos de todo lo que llevo aquí dentro *(señalándose a la cabeza)* y que me está dando vueltas como si fueran caballitos de la Feria?... ¿Qué sabe nadie de la necesidad que yo tengo esta noche de hablar de cualquier cosa... aunque sea con una pared?... Las personas hay veces que necesitamos decir lo que nos pasa... lo que nos preocupa o nos entristece... para que no se nos quede dentro ahogándonos. Y si desgraciadamente nadie nos quiere escuchar porque cada uno va a lo suyo... entonces no nos queda más remedio que ir hablando solo, o sea, para uno mismo... para no reventar de coraje y de rabia... Y eso es lo que me está pasando a mí esta noche... que los caballitos de una gran pena me están dando vueltas y vueltas en la cabeza... y necesito hablar y hablar con alguien, contarle cualquier cosa, charlar de lo que sea... para no escuchar el ruido que hacen dentro de mí esos endemoniados caballos... Eso me pasa muchas veces... que tengo una preocupación que me atormenta... y cuando se la cuento a alguien me quedo ya tranquilo y descansadito... como cuando uno se quita unos zapatos demasiados apretados después de una larga procesión... Pero esta noche... ni hablando solo me tranquilizo... ¡Un galope de caballos me está destrozando el alma!... Por eso pido a ustedes que me dejen estar hablándoles un rato, a ver si los puñeteros se me quedan parados y no me atormentan más.

Como ven... yo soy barrendero... o como se dice ahora... empleado del servicio de limpieza urbana... Y no es ninguna deshonra ser barrendero, ¿saben?... Deshonra es ser un vago... o un sinvergüenza... o un estafador..., pero ser barrendero es tan digno como lo que más... digo yo... pues todos los oficios que hacen un bien a la

sociedad son iguales de dignos e importantes, ¿no?... Por ejemplo... ¿se imaginan ustedes lo que pasaría si no existiésemos nosotros los barrenderos?... Pues eso: que tendrían ustedes que estar haciendo también lo que hacemos nosotros. Y es que en este mundo tiene que haber gente para todo... A unos les toca hacer de médicos, de ingenieros, de ministros, pongo por caso... y a otros... de barrenderos. ¡Así es la vida!... Y no es que a mí me guste este oficio más que cualquier otro... ¿Pero qué le voy a hacer?... Si hubiera tenido más suerte en el reparto que Dios hace cuando nacemos... a lo mejor ahora no estaría yo aquí con este mono y esta escoba... a lo mejor sería abogado...o general... u obispo... ¡Vaya usted a saber!...

Hace años yo era guarnicionero... ¡fíjense!... Ese era el oficio que aprendí con mi padre... Y yo tenía un pequeño taller con el que me ganaba la vida bastante bien.. Eran otros tiempos, y la gente no compraba todo hecho de fábrica, como ahora... ¡Nada más que haciendo carteras para el colegio y correas para los pantalones ya me ganaba mis buenos dineros!... Pero cuando inventaron el “plexiglás” ya empezaron a irme mal las cosas... y poco a poco me fui quedando sin trabajo... Las carteras de los niños las hacían de plástico o de cartón plastificado... y ya casi nadie venía al taller, ni para que le hiciera boquetes a una correa... Nos tuvimos que comer hasta las herramientas... Y mi mujer y mi único hijo pidiéndome cada día más... que si para medicinas... que si para unos zapatos... que si para un traje-cito... que si para la escuela... Tuve que traspasar el local y me junté con uno en un negocio a medias: traíamos cosas de plástico y las vendíamos en la plaza. Al principio aquello marchaba... Pero un día el sinvergüenza de mi socio se echó una querida y se marchó con ella a Madrid... llevándose los cuartos y dejándome otra vez pegado a la pared y con un montón de trampas... Entonces busqué un empleo... me coloqué de guarda en un almacén del puerto... Allí estuve dos años hasta que dijeron que sobraba personal y me despidieron. En fin, ¿para qué les voy a seguir contando?... Al final, ya lo ven: barrendero... ¡Y gracias a Dios, porque tal como están las cosas... hasta para ser barrendero hay que tener influencias!...

Ahora les voy a hablar de mis compañeros: en este sector somos seis los que llevamos todo el trabajo. Aquel que está barriendo por allí es el Bala. Se llama Antonio pero le decimos el Bala porque siempre está presumiendo de que cuando estuvo en la guerra... donde ponía el ojo ponía la bala. Una vez se equivocó y lo hizo al revés: o sea, que donde otro puso la bala él fue a poner el ojo... ¡y se quedó tuerto para toda la vida! Y tuvo mucha suerte de que sólo le pasara eso!... Y, lo que son las cosas: a pesar de que tiene un solo ojo... es el primero que ve por el suelo las cosas buenas que pierde la gente. Hace pocas noches se encontró unas medallitas de oro cogidas con un imperdible... y la misma noche apareció una señora preguntándonos si alguno las habíamos encontrado. Entonces el Bala se metió la mano en un bolsillo del mono y las sacó. La señora aquella lo abrazó de alegría.

Pero, ¿saben cuánto le dio de propina?... ¡cinco duros!... ¡Vamos! ¡Como para habérselos tirado y haberle dicho: “Señora, menos abrazos y más “párné”!... Pero el Bala se calló y cogió el dinero. Y es lo que dice el refrán: “¡Pobre y honrao... dos veces *desgraciao*!”

Otro de la cuadrilla es el Migajas... Bueno, tampoco se llama así, como comprenderán. Se llama Andrés. Lo que pasa es que una noche nos dio por ponernos motes. Empezamos como en broma... y los motes se nos quedaron para siempre, como este maldito olor que llevamos encima a humo y desperdicios... A mí, por ejemplo, me pusieron Sabiondo... ¿y saben por qué?... Pues porque dicen que hablo mucho y que sé de todo un poco. Y no es por presumir, pero la verdad es que me gusta coger un libro de vez en cuando y enterarme de cosas... De fascículos encuadernados ya tengo unos cuantos tomos... y muchas tardes me siento un rato en mi mecedora y me entretengo con alguno... ¡como que nada más mirando las estampas ya se aprende un montón de cosas!...

Pero yo había empezado a hablarles del Migajas, ¿no?... ¡Ese es el más trabajador y callado de los seis!... ¡Como que no habla por no ofender!... Él va a su avío, y nada más. Tiene un montón de críos, ¿saben?... ¡nada menos que siete!... Yo no comprendo cómo la gente puede ser así: están con las tripas vacías y el culo al aire...y no paran de traer criaturas al mundo. ¡Claro, que cada uno se divierte con lo que puede!... Le llamamos Migajas porque está siempre buscando los mendrugos de pan... los mete en un saco y se los lleva, no para su caterva, naturalmente, sino para venderlo a uno que cría cerdos. Dice que con eso se ayuda. ¡El pobre!...

El tercero es el Viejo... ¡pobrecillo el Viejo!... Tiene bronquitis y no le sienta nada bien trabajar por la noche. ¿Pero qué va a hacer el hombre?... Ha recogido en su casa a una hija que se le quedó viuda con dos criaturitas, y a otra que se le fue a Alemania y se tuvo que volver de allí porque le hicieron una barriga, no se sabe quién, y se vino a parir aquí un niño más rubio que el oro... El pobre hombre no le cerró la puerta a la desgraciada, como se merecía por... ¡bueno, por su mala cabeza!... y ahora tiene que alimentar siete bocas. ¡Luego dicen que los padres!... Por cierto que ya sólo le quedan tres o cuatro meses para la jubilación, así que mal lo va a pasar la familia si las hijas no se colocan en algún sitio. Nosotros los compañeros le hacemos al Viejo casi todo el trabajo... A él lo dejamos para que vaya apilando las bolsas y tenga cuidado de que los perros y los gatos no las rompan y desparramen toda la basura. Muchas noches le decimos que se vaya a su casa, pues nos da pena oírlo toser que parece que se va a descuajaringar... ¡y más con la humedad del mar que hay por la noche en este sector!... Pero él es muy tío, y todo lo más que hace es meterse en un portal hasta que nosotros acabamos la faena y nos vamos también. Una noche nos olvidamos de avisarle y se quedó allí dormido

hasta la mañana siguiente... ¡No vean lo que pasaron en su casa esperándolo!... ¡Y el susto que se llevó una vecina de la casa aquella cuando se lo encontró por la mañana temprano como muerto al pie de la escalera!...

Por último están los dos Mellizos. ¡Mira que ser mellizos y acabar de barren-deros los dos!... ¡También es mala suerte!... No se han separado nunca desde que su madre los echó al mundo... Cuando acabaron la “mili” decidieron largarse a buscarse la vida por ahí, nada menos que a Australia. Así que se metieron los dos de polizones en un barco panameño que iba para allá. Era el último día de Feria y le habían dicho a su madre que se marchaban con la gente de un circo, a trabajar de peones durante un par de meses, para que la pobre mujer se quedara tranquila. Se colaron en el barco y se escondieron no sé dónde. Y cuando ya llevaban casi cinco horas escondidos, y el barco aún no se había despegado del muelle, empezó a dolerle la barriga a uno de ellos, porque se habían hartado de sandía para aguantar muchas horas sin comer ni beber, y se puso a llorar porque se creía que se iba a morir allí de un reventón... Entonces el hermano lo sacó del escondite y lo bajó a tierra... Y ya no fueron a ninguna parte. Un tiempo después se liaron con el contrabando... hasta que los pillaron a los dos con una patera llena de tabaco y no sé qué más... Total, que les echaron dos años de cárcel. Pero, miren ustedes por dónde, a los siete u ocho meses de estar encerrados fue Semana Santa y a uno de ellos lo escogieron para que saliese libre cuando pasase por la puerta de la cárcel la procesión de no sé qué Cristo. Pero el mellizo dijo que no se iba dejando a su hermano allí dentro. ¡Menudo follón se armó! Como que tuvo que intervenir hasta el obispo, según dicen. ¡Y aquel año el Cristo liberó a dos presos, en vez de uno solo! Bueno, pues ahí donde los ven, están siempre peleándose por cualquier “chuminá” de nada... Pero eso sí, que nadie se atreva a meterse con uno de los dos, porque seguro que el otro salta y se lo come a bocados. ¡Como que una noche el Bala, que tiene muy mal genio, le llamó “muñeco” a uno y le desbarató el montón que estaba haciendo con la basura ¡y no vean la que se armó!... ¡Al pobre Bala por poco le sacan el único ojo que le queda!...

Bueno, y a todo esto yo no sé si me estaré haciendo pesado con mi charla. ¡Pero es que tenía tantas ganas de hablar con alguien!... Me han dicho que no estoy bien de la cabeza porque hablo solo... ¡qué disparate!..., ¿loco yo?, ¿ustedes creen que yo estoy loco?... Lo que me ocurre es que de pasar tantas horas en mi trabajo a solas, en medio de la noche, me he ido acostumbrando a hablar conmigo mismo en voz alta para sentir menos la soledad. Además, que yo me preocupo por todo... por lo mío y por lo de los demás. Por ejemplo muchas noches me quedo mirando a las casas y me da por pensar en la gente que vive en ellas... Cuando observo que se enciende una luz en alguna vivienda, a altas horas de la madrugada, me imagino siempre lo peor, que allí hay una madre que se ha levantado porque un niño se

ha puesto malito o está gritando de miedo... Y a lo mejor no es más que alguien que va al retrete.... Otras veces es una luz que no se apaga en toda la noche, y un hombre que sale del portal con mucha prisa... Entonces lo primero que pienso es que allí se está muriendo alguien... Y aunque sigo con mi trabajo, aquella luz encendida no se me aparta del pensamiento. En cambio cuando todas las ventanas están a oscuras, como ahora, pienso que todo el mundo descansa felizmente... y yo me siento tranquilo. ¿Qué le voy a hacer, si soy así?... Pero esta noche, señoras y señores... esta noche, más que nunca, tenía necesidad de hablar con alguien... más que nunca deseaba no quedarme a solas conmigo mismo... porque si me quedaba a solas me iba a hartar de llorar apoyado sobre la escoba... y ni siquiera el hablar solo como un tonto me iba a hacer olvidarme de los caballitos que me dan vueltas en la cabeza. Y es que aquí donde me ven, barrendero de profesión, tengo como todo el mundo, debajo del mono y de la piel que huelen a desperdicios, un corazón capaz de alegrarse o de entristecerse como cualquier otro... Y esta noche mi corazón está muy dolorido... aunque el dolor se me pueda ir por la boca hablando de cualquier cosa... ¿Que qué me pasa?... Se lo voy a contar también, aunque piensen que es una tontería, y ya con esto termino y no les molesto más.

Verán ustedes. Se trata de mi hijo, el único que tenemos mi mujer y yo, y que todavía vive con nosotros... ¡el niño, como le llamamos, aunque ya tiene veintidós años y trabaja en un Banco!.. Porque para nosotros sigue siendo eso... ¡el niño!... Y no hay nada que más me llene de alegría que llegar a mi casa cuando él está todavía allí y ver que se levanta y deja lo que esté haciendo para venir hacia mí y decirme “¡Hola, papá!”, mientras me da un beso. Ese es mi hijo, ¡mi niño!... Lo hemos ido criando muy decentemente, con modestia, esto sí, pero sin que nunca le faltase nada de lo necesario... A fuerza de muchos sacrificios conseguimos que hiciera su bachillerato y después la carrera de Comercio... Porque todos los maestros nos dijeron que el niño servía para estudiar... Y si yo me tenía que quitar del tabaco y de tomarme unos chatos con los amigos, me quitaba... pero al niño no le faltaba un libro... ni un profesor particular si le hacía falta... Y si había que comprarle un traje para que fuese con otros que no eran hijos de un barrendero... le comprábamos el mejor traje que hubiera... pero el niño iba hecho un señorito... que para eso su madre y su padre se lo quitaban de la boca si hacía falta... Y cuando el niño se iba a examinar para entrar en el Banco... miren ustedes, las lágrimas se me caen al recordarlo... su madre y yo estuvimos yendo todas las tardes descalzos por la calle hasta la iglesia de la Virgen para que sacara aquella plaza... y la Virgen nos escuchó... y mi mujer se puso el hábito que le prometió... y yo fui en una procesión detrás de la Virgen, descalzo y con una cruz a cuesta, con la cara tapada...

Y esta noche, ustedes pensarán que esto es una tontería, pero lo que me ha pasado con el niño es como para partirme el alma... Venía yo barriendo por una

calle... y de pronto me he encontrado con el niño, que venía por la acera con dos señoritas muy elegantes y muy guapas. Y... ¿qué creen ustedes que el niño me ha dicho al cruzarse conmigo?... ¿Qué creen ustedes que mi hijo querido, mi orgullo, mi alegría, mi consuelo, me ha soltado al pasar a mi lado?... “¡Buenas noches, señor Manuel!”... ¡Buenas noches, señor Manuel!... Como si yo fuera un simple conocido... ¡Buenas noches, señor Manuel!... Con la alegría que me habría dado si se le hubiera ocurrido decir tan solo ¡Buenas noches, papá!... ¡Buenas noches, papá!... Como cuando era chiquitillo y me veía llegar por la calle y salía corriendo hacia mí gritando ¡papá!, ¡papá!, ¡papá! Pero no, me ha dicho ¡buenas noches, señor Manuel!... y a mí se me ha hecho un nudo en la garganta... y me he tenido que tragar las palabras ¡buenas noches, hijo mío! que se me estaban viniendo a la boca, por no hacerle pasar al niño una vergüenza delante de sus amigas... Y cuando lo he visto alejarse me he puesto a hablar solo, y en voz bajita le he estado diciendo... ¡ve con Dios, hijo mío... ¡vete tranquilo, hijo mío!, que tu padre comprende las cosas... y te perdona... hijo mío... ¡mi niño!...

¿Comprenden ustedes ahora por qué hablo solo a veces?... ¿Comprenden por qué necesitaba hablarles todas estas cosas?... ¡Para que los caballitos que me galopan dentro de la cabeza, dando vueltas y más vueltas, se me queden parados un rato, este ratito que he pasado con ustedes!.. ¡Ea, vayan con Dios!... Y si me ven que sigo hablando solo... no piensen que estoy chalado... Piensen que no quiero escuchar el galope de los caballitos de las penas en mi mente... ¿Me harán ese favor?... Pues muchas gracias por escucharme... ¡y buenas noches!

EL DESFILE

(Pantomima)

La escena aparece vacía. Empieza a oírse lejana, aproximándose, una marcha militar.

El hombre sale por un lateral. Expresiones y movimientos de alegría por el desfile que va a ver. Entra en su casa y sale con unas colgaduras de tela de cualquier color (verde, por ejemplo), y las va colgando en su balcón o sobre la pared. La música va aumentando de volumen, al mismo tiempo que se escucha clamor de gente, aplausos, vivas, etc., que dan la impresión de una multitud presenciando el desfile.

El hombre se viste de gala, se acicala, todo muy jubiloso. Cuando se dispone a ir a ver el desfile, se acuerda de que se le olvida algo. Entra de nuevo en la casa y sale muy contento con una bandera del mismo color que las colgaduras que puso anteriormente.

Camina hacia el lugar por donde pasa el desfile. Llega y encuentra ya al público agolpándose, de tal manera que él no puede ver nada. Se esfuerza por empujarse, detrás de la última fila. Da saltos para tratar de ver algo. Vuelve corriendo a la casa y regresa con un banco o silla. Se sube muy contento, enarbola su bandera y comienza a agitarla de un lado para otro. Alguien le reprocha algo: voz o voces deformadas, como si le regañasen airadamente. No están de acuerdo con la bandera que ha sacado. Le obligan a romper o guardarse la bandera.

Entonces él, compungido, se retira. Regresa a su casa, quita las colgaduras. Pone otras de otro color distinto (amarillas, o algún tipo de ajedrezado, por ejemplo). Entra en la casa y vuelve a salir, otra vez contento, con otra nueva bandera del mismo color que las nuevas colgaduras. Repite las mismas operaciones del principio, se sube a su silla, agita la bandera, etc. Y vuelven a escucharse las voces de reproche (esto puede hacerse con una grabación a mucha velocidad).

Se repite una vez más todo el proceso, con unas terceras colgaduras y banderas.

Nuevo regreso a la casa. Quita de nuevo las colgaduras. Pone otras de color blanco. Saca una bandera también blanca, y se dirige a ver el desfile. Pero cuando llega (la música se ha ido alejando hasta casi desaparecer) no hay nadie ya. El desfile ha pasado. El hombre enrolla su bandera, regresa abatido y triste a su casa, descuelga las colgaduras, y con un gesto de resignación o de indiferencia desaparece también.

EL ATRACADOR

(Pantomima)

Un vagabundo con un perro. Diversos movimientos como si jugaran. Caminan. Tienen hambre. El hombre se busca en los bolsillos y saca un mendrugo de pan, lo parte y da un trozo al perro.

Ve llegar a una persona. Se frota las manos. Piensa en atracarle. Se esconde, acecha, etc., y salta de pronto poniéndose delante del otro, con un cuchillo en la mano. Le intimida y le exige la cartera. El otro se la da. El vagabundo va contando los billetes, muy contento, dando a entender que al fin van a comer.

De pronto le sale al paso otro atracador. El vagabundo levanta las manos. El otro le roba a su vez la cartera que él había robado antes.

El vagabundo ve llegar a otra persona, se esconde, acecha, le sale al paso. Pero el otro no se asusta, es más fuerte, pelean. El vagabundo rueda por el suelo, pierde el cuchillo, recibe una paliza. Queda muy derrotado. Llama a su perro, que había huido. Vuelven a caminar. Entonces aparecen los policías. El vagabundo explica que él no ha hecho nada, les muestra sus bolsillos vacíos, etc. Pero los policías le ponen las esposas y se lo llevan. Al marchar con ellos se da cuenta de que el perro les sigue, y él le va dando patadas para que se aleje. Su última mirada es para el perro, que se ha ido quedando atrás.

EL ENAMORADO

(Pantomima)

El enamorado aparece escribiendo una carta de amor, mientras se escucha una música adecuada (por ejemplo, el “Para Elisa” de Beethoven o algo así un poco “cursilito”). Cierra la carta, le pone el sello y va feliz a echarla al buzón. Se queda contento, esperanzado. Da muestras de ser feliz (saltos, cabriolas, etc.). Vuelve a su casa, se desnuda, se acuesta, se duerme, y sueña: pasea con su amada cogidos de la mano, bailan, se abrazan, se besan (suena una marcha nupcial), la boda, nace un niño, dos niños, tres niños, cuatro niños... Pasa el tiempo y se van haciendo viejos: son dos viejecitos paseando juntos, felices. El enamorado se despierta. Pasan los días. Está siempre esperando la contestación: cada vez que llaman a la puerta va a abrir alborozado, esperando que sea el cartero. ¡Pero no!

Al fin llega el cartero. Recibe una carta. La lee (se escucha en *off* una voz femenina airada, grabada a gran velocidad). Se queda muy sorprendido y se pone triste. Pero de pronto se le ocurre una idea: va a dar una serenata a la amada bajo su ventana. Llega allí. Toca la guitarra y canta (debe oírse una especie de serenata). De pronto se vuelve a oír la voz airada. Le tiran algo desde la ventana. Recibe un golpe en la cabeza, o algo así. Se retira triste. Se acuesta y vuelve a soñar: está repitiendo la serenata, pero ahora, en sus sueños, lo que le echan es una flor, que coge y huele y besa con amor.

Se despierta y va a una floristería a comprar el mejor ramo de flores que haya. Lo lleva en la mano. Se dirige otra vez a la casa de la amada. Llama a la puerta, le abren, se quita el sombrero muy ceremoniosamente y entrega el ramo, con otra carta que habrá escrito antes de salir de casa. Permanece en la calle, hasta que al momento le arrojan el ramo desde la ventana y la carta hecha pedazos. Se retira compungido..

Tiene una nueva idea: va a una armería y compra una pistola. Escribe una nueva carta. Vuelve otra vez bajo la ventana de su amada. La llama, le muestra la carta y la pistola, haciéndole saber que se va a matar. Espera un rato a ver qué pasa. Y no pasa nada. La amada sigue sin hacerle caso. Se prepara para matarse (se santigua, reza, carga la pistola, diversos movimientos y gestos de duda y de miedo).

Desiste de suicidarse y se dirige a una taberna. Pide una botella grande de vino, bebe un vaso, y otro, y otro, etc. Vuelve borracho al pie de la ventana de su amada. Da gritos para que se asome la amada. Cuando la ve, se lleva la mano a la boca como si fuera una trompeta y le hace burlescamente un sonido feo, estruen-

doso, de desprecio. Y se retira dando tumbos mientras se ríe locamente. Cuando ya ha desaparecido de la escena (y el público cree que la historia ha terminado así) se escucha dentro un fuerte disparo. Y FIN.

HERMANO TORO

(Pantomima)

La escena debe sugerir una plaza de toros. Puede hacerse simplemente colocando una larga bandera española, o varias más cortas, insinuando un círculo.

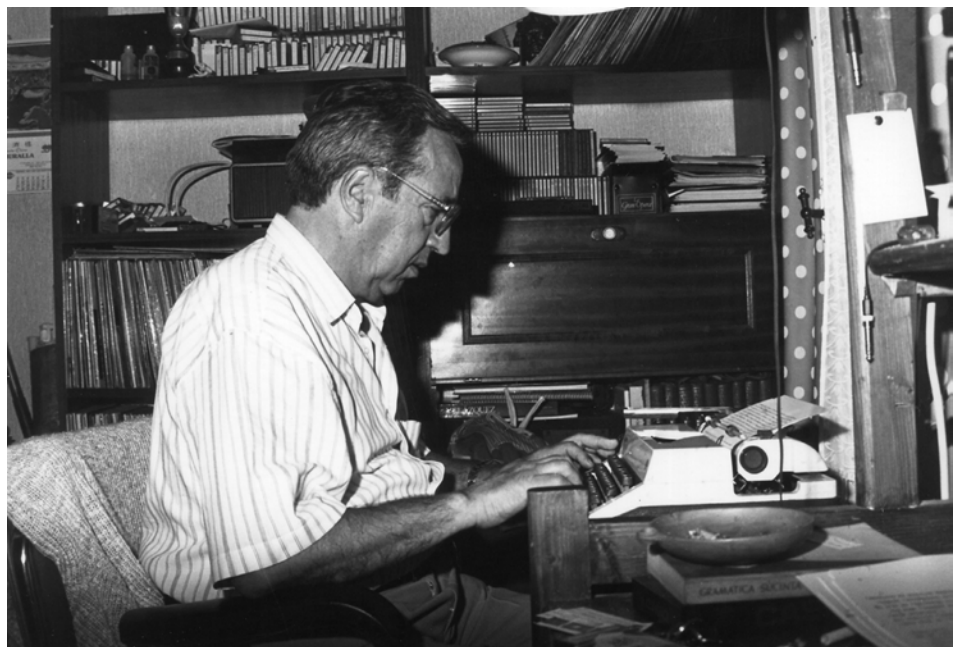
Suena la música de un pasodoble torero, a ser posible mezclado con clamor de voces.

Se inicia el paseíllo. El protagonista realizará todos los gestos y movimientos propios, saludos, preparación de la capa, etc. Se oye el clarín que anuncia la salida del toro.

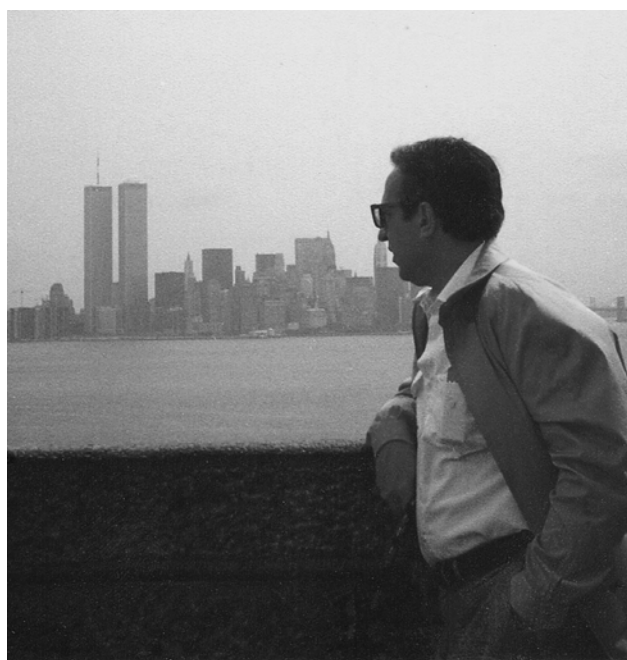
Sale el toro. El torero lo observa, lo estudia, mientras el animal va corriendo por el ruedo. Y luego sale a su encuentro. Lo espera para darle el primer pase, se lo da, le da dos o tres. Pero el toro no quiere seguir entrando. El torero lo incita, va detrás de él, le insiste. Pero el bicho no embiste más. El toro se sienta en el ruedo. El torero se sorprende. Y se sienta también frente a él. Hace unos gestos de pensar, se levanta, va hacia la barrera, pide algo: un manojo de hierbas. Se dirige hacia el toro y se lo ofrece. El toro lo va comiendo en su mano, mientras él lo va acariciando con la mano libre, habiendo dejado la capa en el suelo.

Se levanta de nuevo e invita al toro a embestir. Da varios pases de diferentes clases. Después de ellos, se acerca al toro, lo acaricia, lo abraza, lo besa.

Toma de la barrera la muleta y la espada para entrar a matar. Da nuevos pases. Se prepara para entrar a matar, apunta la espada... Pero se conmueve. Lo intenta otra vez, y vuelve a desistir. El público le abronca. Se dirige al toro, lo acaricia, lo abraza, lo besa y le indica que debe retirarse al corral. Le insiste con gestos. El toro se va yendo. El torero le va diciendo adiós. Bronca del público mientras el torero se retira satisfecho.



OBRA POÉTICA



POEMAS AÑOS 40

OFRECIMIENTO

Toma y lee
que son mis rimas muy leves...

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

DINTEL

Si me has dado un alma
y un corazón
¿qué culpa tengo, Señor?
.....
Alma,
ve qué trinidad de amor:
¡Dios... ella... y yo!

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

LLAMADA

Alma mía, gemela mía, te busco.
Sé que un día –no sé cuál– habré de hallarte
y será nuestra comunión entonces
vendimia alegre de sinceridades.

Los ecos de tus risas y de tus cantos
dejarán en mí resonancias suaves.
Iré feliz a tu lado y juntos
sembraremos sueños bajo los sauces.

Alma mía, gemela mía, te busco.
Sé que un día – no sé cuál – habré de hallarte

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

INICIACIÓN

Yo dormía en el camino
mi sueño blanco de paz,
y al rozarme tu sandalia,
peregrino,
me despertaste al pasar.

La noche – racimo abierto de estrellas –
se quedó presa en mis ojos.
Me diste a beber la plata fresca
de no sé qué nuevo arroyo,
y con el alba
seguiste, caminante de otra senda.

A la mañana,
un sabor de fresa amarga
se me quedaba en la boca;
en el alma
una sensación extraña
y loca.

Yo dormía en el camino
mi sueño blanco de paz
y perturbaste mi sueño,
peregrino,
aquella noche al pasar.

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

TE ESPERABA

Te esperaba.
Sentado en un recodo del camino
te esperaba...
El día se apagaba mortecino,
la noche temblorosa se llegaba,
y en la sombra,
con estática mudez de peregrino
te esperaba...

No sé cuándo llegaste.
Lo mismo fue una tarde
que una noche,
o quizás una mañana...
Tan solo sé que llegaste
cuando menos te esperaba.

Vestías de blanco.
Y me miraban tus ojos
como dos luceros claros.
—¿Me conoces?— preguntaste.
—Sí. ¡Te estaba esperando!...
Una campana,
lejana,
se abrió en volteos de paz.
Y el eco nos vibró en el alma
diciéndonos: “amad... amad...”

Calló todo: el mar, la brisa... Tan solo
como estela de sonidos, tras nosotros,
resonaron en la noche nuestros pasos.

Caminábamos despacio
concentrada la mirada en lo lejano,

en silencio, sin mirarnos.
El haz de luz de un farol que adelantamos
recortó nuestras siluetas, generoso.
Al verlas tan juntas, los dos ¿qué pensamos?

Color de flores
color de cielos,
yo tengo un sueño
rosa y azul:
¡tú!

Solo yo, solo tú,
¡un mundo para los dos!
Solo tú, solo yo...
con nosotros... ¡sólo Dios!

Son nuestras almas dos rimas
en un poema de amor.
Latimos en él tú y yo,
como dos rimas escritas
en un poema de Dios.

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

CONFIDENCIA

—Madre, ¡son tantas
las estrellitas del cielo!...
—Hijo, ¡y están tan altas!...
—¿Sabes?...
Tengo en cada una un sueño.
—¿En cada estrella?
—¡Sí, madre!... ¡Ella!

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

DENTRO DE TI

Dentro de ti,
con la gota más preciosa de tu sangre,
con la idea más secreta de tu mente.
Cuando goces, cuando rías, cuando cantes,
cuando sufras, cuando llores, cuando reces.
Y aunque todo cuanto exista nos separe
dentro de ti, corazón, llévame siempre.

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

BENDITA

Porque Dios me hiciera verte
cuando más yo lo pidiera,
mujer,
¡bendita seas mil veces
y otras mil bendita seas!

Porque llegaste un día
sonriendo por la senda,
y llenaste de alegría
mis caminos de tristezas.

Porque hiciste que cantara
mis aleluyas mejores,
porque entraste en mi alma
cantando salmos de amores.

Porque tú fuiste creyente
de mis sueños de poeta,
porque me hiciste quererte
como nunca yo quisiera,
mujer,
¡bendita seas mil veces,
y otras mil bendita seas!

Ven, ven...
oigo decir a mis labios.
Y un eco dice también:
ven... ven... ven...
Cerré los ojos, y lentamente
mis labios musitaron dos palabras.
Y las aguas repitieron suavemente:
¡Ven amada!... ¡Ven amada!...

En mi pecho
un callado santuario
construí.
Allí dentro
con soledad de ermitaño
te adoro siempre yo a ti.

En estancias de leyenda,
en un mundo más azul.
más allá de las estrellas...
¡junto a Dios!... ¡allí estás tú!...

Sentí un instante en mi piel
el tibio roce de un beso,
abrí los ojos... ¡nada!,
¡sólo el viento pasajero!

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

DOS PARÉNTESIS

(Amor, ¿Por qué has venido
a turbar mi reposo?)
(Amor, ¿por qué te has ido?
¡Tan hermoso!...)

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

INTERMEDIO MÍSTICO

Dijo Jesús: seguidme sufriendo
y un día,
¡todo el Cielo será vuestro!

Piedra hecha carne y carne hecha nervio,
asceta inmóvil,
esculpido en roca de sufrimiento...
Pena hecha llanto y llanto hecho rezo,
dolor callado,
penitente ahogándose en el silencio...

¡Oh, alma!... ¿Eres capaz de ser eso?
¿Sí?... Entonces, ve... ve...
¡y bendita tú, que hallarás el Cielo!

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

RETAZOS

¿Recuerdas?...
Te prometí una diadema
con flores de almendro.
¡Corona nueva
dicen que llevan
los mis amores!

Era una noche de mayo
y sin embargo,
palomas negras me la llevaron.

Espera... espera...
¡con trocitos de mi alma
construiré otra diadema!
¡Ay!... ¡Corona nueva

los mis amores
dicen que llevan!

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

SOPORTALES

Soportales de la calle,
testigos de mis amores...
¡cuántas veces la arcada de piedra
nos vieron, reír a mí,
llorar a ella!

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

QUISIERA

Quisiera decirte adiós
y levantar mi pañuelo
hecho jirones al viento,
sin lágrimas en los ojos,
ni temblores en la voz.

Quisiera verte marchar
sin sentir dentro del pecho
esta congoja tan honda,
que el alma me está mordiendo
como si fuera un chacal.

Quisiera no recordar
que te he querido... ¡y te quiero!
porque entonces, si lo pienso,
¡tal vez sobre alguna piedra
me sentaría a llorar

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

REMANSO

Dormida quedaba el alma
en un remanso de plata...
Allá
donde los sauces temblaban
y las aguas arrullaban
con sonatas de cristal.

Mecimos sobre las ondas
nuestras almas de poetas...
¿Recuerdas?
¡Y luego las olvidamos
como durmientes princesas
en la quietud del remanso!

Volvamos a despertarlas
de su letargo de nieves,
amada,
antes que el invierno llegue
y como el agua se hielen
nuestras almas olvidadas...

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

CAMINO LARGO

Caminito viejo y largo
—estela parda y añosa
con linderos de naranjos—
¡qué juntos en tus arenas
se marcaron nuestros pasos!

Cortejo lento de muerte
sordo pasa por el llano.
—Penachos de plumas negras

y marchitas livideces
camino del camposanto—

Cinco tortolicas turban
atardeceres callados.
Aromas de vida joven,
botoncitos de azahares
abriéndose en los naranjos.

Luz y vida por los campos,
gotas frescas de rocío,
brotes tiernos en los prados.
Y yo, —¡qué pena Dios mío!—
solo en el camino largo...

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 31 de diciembre de 1947)

ROMANCILLO EN A

Tiré monedas al mar...
—Los pececillos de plata
las miraban al pasar—
Las monedas que tiraba
¡quién me las recogerá!...

Mis ilusiones marchaban,
moneditas a la mar.
¡Eran las aguas tan claras
que las dejé yo marchar!

Tiré monedas al mar...
Mis ilusiones de plata,
¡quién me las devolverá!..

(Diminutas: rimas de amor y dolor, 1947)

ATLANTE

He llevado
– como Atlante –
un mundo gigante
sobre mis hombros cansados.

He marchado
vacilante
llevando a cuestas mi mundo
y, caminando incesante,
he cantado...
¡Vagabundo!...
He trepado por alcores y montañas,
he bajado al fresco valle,
he cruzado por caminos y cañadas...
Un día
la bola sentí rodar
de mis hombros extenuados.

(“Falta el final”: anotación manuscrita de Juan Díaz Fernández)

POBREZA

Qué pobres somos a veces
cuando vemos pasar a la gente, en la tarde larga,
y sentimos
que sus voces y sus risas nos producen daño
y que, incluso,
hasta aquella golondrina que anidó en nuestro tejado
nos parece extraña.
¡Tan pobres somos, Dios mío,
que ni la risa de un niño
nos inspira nada!...

(PÁJAROS)

Todos pasan.
Con el mismo gesto y la misma prisa.
Yo quisiera detenerlos
y gritarles: ¿dónde vais?
Y luego: ¡llevadme!
Pero siempre que lo intento
me dejan atrás, con la voz ronca
y los brazos inertes.
Son como pájaros que cruzan:
queremos que se posen a cantarnos, pero siguen,
sin saber que tras ellos
nuestras miradas van tristes.
Si alguno se detuviese,
y se sentase conmigo, hablaríamos de todo.
De la vida, del amor y de la muerte,
en la quietud de la tarde.
Mas ninguno se detiene:
son extraños, como los pájaros mudos.

POEMA ÍNTIMO

Espera, espera, corazón, que el tiempo
madura los plazos de la esperanza.
Las penas son nubes que pasan. Y sobre las nubes,
como una promesa, el cielo está siempre azul.

¿Por qué estás triste?... Espera, espera, corazón.

PAISAJES EN EL CAFÉ

Tras un velo de cristales
llora gris, muy gris, la tarde.
Rincón... Silencio...

Bajo el cielo entristecido
no se siente la sonrisa de algún sol.
Corre el viento , fugitivo.
En un rincón, pensativo, solo yo.

Pasa la gente,
loco el paso.
Una mosca lentamente
muere callada en un vaso.

Tras un velo de cristales,
triste y gris llora la tarde.

(LA BELLEZA VERDADERA)

La belleza verdadera
no se encuentra en la ligera
superficie de las cosas.
Es como una perla,
más hermosa
y de más esplendor
si para cogerla,
más al fondo bajó el pescador

EL BOSQUE (meditación)

El bosque parece un templo
—columnas de pino y cedros
alrededor del crucero—.
Nada turba su silencio,
si no es el eco sonoro
de los pájaros a coro
con la brisa y con el viento.
Por eso he pensado yo

que el bosque entero es un templo
donde pájaros y vientos
cantan solo para Dios.

POEMA DE LA FRATERNIDAD

Te busco a ti, hombre cualquiera, y te digo
que tus ojos son iguales que los míos.
Te busco a ti, hijo de mi madre,
porque somos hermanos y es nuestro hogar
esta buena tierra en que los dos nacimos.

¿Que no te conozco? Sí, y te digo que hace tiempo
en lo tierno de mi alma, como el amor y el recuerdo,
ya te llevaba conmigo.

(MARIPOSILLAS)

Crisálidas de esperanzas
cuidé un día en mi jardín,
anhelando para mí
mariposillas muy blancas.

Se abrieron una mañana
como capullos de abril.
Besaron el aire,
besaron las flores, besaron la luz...
y yo no tuve ni un beso
de gratitud.
Escondido en mi rincón,
sigo persiguiendo aún
mariposillas muy blancas
que vuelan, y juegan...
¡y engañan!

EVOCACIÓN DEL “LARGO” DE HÄNDEL

Es la tarde. La brisa huele a romero
y a hierbabuena.

Hay un rayo de sol
clavado en un pino, como una saeta.

El crepúsculo sabe a regresos.
El dardo de luz busca dianas tiernas.
(Hincado en el centro del paisaje,
yo, poeta).

Cruza ligera una alondra, y al paso
deja su canto en la aldea.

Pregonan las campanas el horario.

Un nido han trenzado las cigüeñas
en el campanario.

El día se ha ido.

La noche se llega.

La brisa huele a romero y a hierbabuena...

POEMA DE LA PEREZA

¡Qué me importa que en lo alto
me señalen una ruta las estrellas!
Si esta noche
hay un duende que musita en mis oídos
sortilegios de pereza.
Y mis ojos
—navecillas impacientes—
han anclado ya en el mar de la indolencia.

POEMA DE LA ARMONÍA

Pasaba –vagabundo de los ecos–,
y amé el sonido, sentado en el umbral de tu aposento.
Hoy, fugitivos los instantes,
pienso
si fue el sonido en tu estancia
o solo en mí las sonoridades...
Y, sin duelos, voy hallando la armonía
sentado en los umbrales del silencio.

(YO QUISIERA VOLAR SOLO)

Yo quisiera volar solo
por espacios infinitos,
traspasar los negros velos
de los dominios de Dios;
mecirme en las brumas rojas
de otros mundos de misterio,
y envolverme en la caricia
de los rayos de algún sol.
Seguir siempre caminando
sin poder nunca acabar;
sentir que a un lado está el Tiempo,
y al otro la Eternidad.
Y allí arriba, suspendido
entre esferas de cristal,
volver la vista a la Tierra
y verla lejos flotar.
Comprender las mil esencias
misteriosas de la vida;
confundirme con la Ciencia,
empaparme en el Amor.
Y, aislado de la materia,

ordenar desde mi Trono
que se agite entre los mundos
un fantasma destructor.

(Madrid, 20 de febrero de 1946)

SUEÑOS

Vagos recuerdos gloriosos
de victorias ya pasadas,
áureos reflejos de tronos
bajo el perfil de una arcada;
besos de amor y de muerte
de alguna blanca sultana,
blando rumor quejumbroso
—rumor de aguas que cantan—,
en la verde somnolencia
de alguna fuente olvidada.

El alma se adormecía
en la tenue luz de nácar;
en la umbría sonora
soñaba ilusiones blancas;
bajo el dosel de los arcos
sentía rumor de alas,
y, soñando, creía ver
los dulces ojos oscuros
de una niña muy amada,
mirando al cielo muy tristes,
en la verde somnolencia
de alguna fuente olvidada.

Ahora, cuando sus ojos
han quebrado mi esperanza,
me digo yo, sonriente,

—sonrisa hecha de lágrimas—:
ellos miraban al cielo,
pero a mí... ¡no me miraban!

(Granada, 27 de marzo de 1946)

(YO QUISIERA QUE UNA NOCHE)

Yo quisiera que una noche
mis párpados se cerraran;
que no viera más la luna,
ni las estrellas, ni el mar;
que tus ojos, muy abiertos,
mudos sobre mí pesaran;
que tus labios me arrullasen
con susurros de coral;
que mil flores de tristezas
sobre mí se deshojasen,
y, en los brazos de la Muerte,
viese yo la Inmensidad.

(Ceuta, 15 de abril de 1946)

LA CORTA (Improvisación)

Los pinos —mudos cartujos del bosque—
están llorando lágrimas doradas.

Allá arriba, en un claro del pinar
—donde los árboles parecen monjes—
hirió el hacha en la veta centenaria
y un pino —asceta de figura alta—
doblóse al suelo cual si rezara.
La brisa tuvo ecos de plegarias
como si fuese el bosque un monasterio.

Mil pájaros volaron hasta el cielo,
y por cada duro golpe del acero,
en mi alma puse un rezo sin palabras.

Los pinos –como hermanos del convento–
estaban llorando lágrimas doradas.

(Ketama, 28 de julio de 1947)

LA CAMPANA ROTA (Improvisación)

Está en silencio la torre alta que quiebra el cielo
como un gigante ciprés de piedra.
Está en silencio, y junto al nido de las cigüeñas,
están llorando los campaneros.

Se va perdiendo la tortolita que lleva el eco
–como dormida la tarde queda–.
Se va perdiendo, y con la noche que lenta llega
la torre alta viste de negro.

¡Campana rota, campana muerta!
¡Qué triste quedan los campaneros!

(11 de enero de 1948)

ALLEGRETTO

¡Dieciséis!...

¡Diecisiete!...

¡Dieciocho primaveras!...

Capullos delicados de mujer
que unas gotas de rocío, mañaneras,
deslían amorosas al caer.

Princesitas juveniles
de miradas cristalinas
que no dejan de soñar.

¡Infantiles
golondrinas
que comienzan a volar!...

¡Sueños!...

¡Esperanzas!...

¡Ilusiones!...

¡Alocadas cabecitas!

¡Saltarines corazones

de mujer!...

ROMANCILLO MARINERO

I

De la mar era su padre,
de la mar era su abuelo...

Con arrullos de mareas,
mil noches velara sueños
—sabores de limo y algas,
compaña de vela y remos—.

De la mar era su padre,
de la mar era su abuelo...

Se marchó con la resaca
de una mañana de enero.
Su madre desde la playa
le vio partir en silencio.
De tanto llorar al hijo
sus ojos quedaron secos;

de tanto esperar, la nieve
vistió de albores su pelo.

De la mar era su padre,
de la mar era su abuelo...

II

Guirnaldas de caracolas
la anciana prende en su cuello,
y un pañuelo que bordara
y un delantalico nuevo...
El barco ya está en la playa,
¡ya bajan los marineros!
—¿Dónde se quedó mi hijo,
dónde está que no le veo?
¿Qué es aquello que me traen
cuatro hombres en silencio? —
Tronchada quedó su vida
sobre el hijo amado muerto.

De la mar era su padre,
de la mar era su abuelo...

(Ceuta, 16 de julio de 1948)

ROMANCILLO DEL LOCO

¡Ya me llevan por la calle,
ya me llevan a encerrar!
Los chiquillos, por mirarme,
corriendo vienen detrás:
¡loco, loco, mira el loco,
mírale por donde va!
Y me chillan, y me gritan

como al mismo Satanás.
Se asoman a las ventanas
para mirarme pasar,
y una vieja se santigua
por miedo o por caridad.
¡Loco, loco, mira el loco,
mírale por donde va!
¡Que Dios se lo lleve pronto,
hágase su voluntad!
Y no se da cuenta nadie
que los ojos de los locos
lloran como los demás,
y que yo mientras me llevan,
¡ay, qué pena, madre mía!,
me río por no llorar...

PROFECÍA A UN NIÑO MORIBUNDO

Y vendrá para ti una muerte niña,
con guadaña de juguete y esqueleto de princesa.
Vendrá con una canción pequeña,
por la olvidada ventana de tu alcoba de colores.
En tu frente de muñeco dejará un beso
—mordisco de hueso tierno—,
y, por que no escape tu grito de grillo,
anudará a tu garganta un rayo de luna.
Luego,
irá a decir a tu madre que llore
y vista de blanco tu carne amarilla.

ALAS

A un futuro as de los pilotos

¿Sabes la leyenda?

Un hombre partió

con alas de cera

camino del sol.

¡Volaba!

¡Subía!

El cielo ante sí parecía

animarle a subir.

Atrás son ya las montañas

escondidas entre nubes,

¡abiertos a su mirada

los horizontes azules!

Su ilusión le hace seguir

mas

la cera de sus alas

el sol que las acariciaba

no pudo ya resistir.

Como un despojo cayó

igual que cae la paloma

que artero el plomo mató.

Las águilas imperiales

le vieron caer,

y los cóndores reales

y los pájaros también.

¿No sabías la leyenda del Ícaro que voló?

¡Si son tus alas de cera

no quieras llegar al sol!

Tú quieres volar,

rasgar

el celeste velo

siguiendo el allá
donde se besan
el cielo y el mar.
Ya ves en tus sueños
aves de acero;
ya anhelas el vuelo
inquieto y audaz.
Son tus bellas ilusiones
el cantar de los motores
de tus aves al volar.
Mas
yo tengo dos alas
de cuyo vuelo no sabes tú.
Con ellas
puedes cruzar el azul
y llegar a las estrellas.
Puedes volar sobre el mar
hasta alcanzar el allá.
en donde el cielo y el agua
se van a besar.
Con ellas puedes volar
hacia un lejano país
de leyendas y de hadas.
Puedes cruzar por un cielo
más bello y azul.
¡Yo tengo dos alas
de cuyo vuelo
no sabes tú!

VAGABUNDO

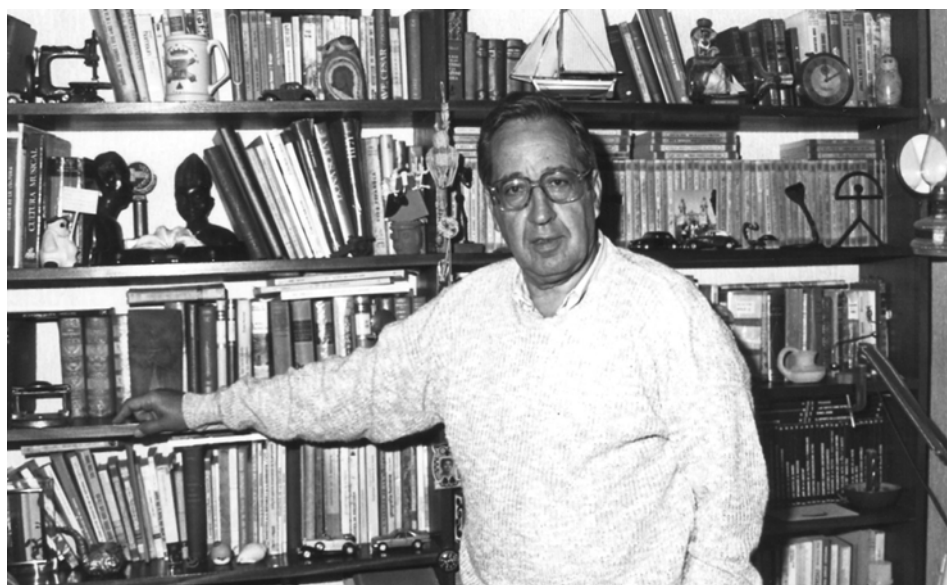
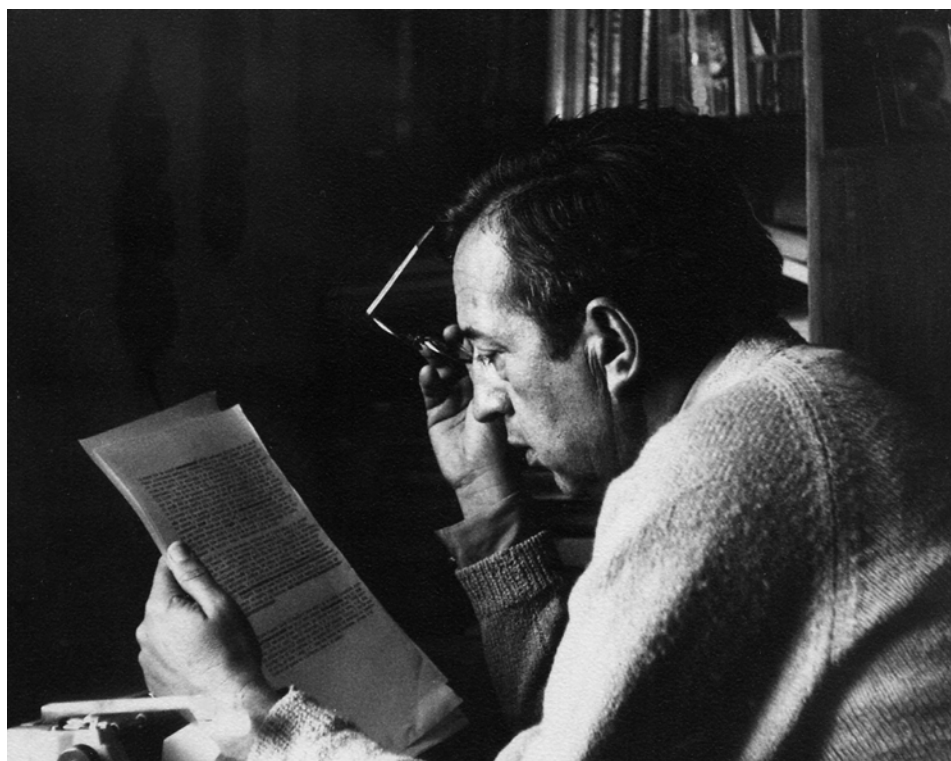
He llevado
como Atlante
un mundo gigante
sobre mis hombros cansados.
He marchado vacilante
llevando a cuestas mi mundo
y caminando incesante.
He cantado...

¡Vagabundo!...

He trepado por alcores y montañas,
he bajado al fresco valle,
he cruzado por caminos y cañadas.
Un día,
la bola sentí rodar
de mis hombros extenuados.
Desde entonces
el alma llevo a pedazos
en mi largo caminar.

¡Vagabundo!...

—me dice la gente boba—,
¿a quién vendiste tu mundo
que no lo llevas ahora?



POEMAS AÑOS 50

CANCIÓN TONTA DE ATARDECER

Tres niños están jugando...
(Grumete en un barco verde,
mi voluntad se ha escapado)

Dos niños están jugando...
(clavado sobre la luna
se me quedó un sueño alto)

Solo un niño está jugando...
(No me digas que te aburres,
corazón)

(Calle de niños; Granada, 26 de mayo de 1950)

POEMAS DE LOS NIÑOS LEJANOS

I

Os fuisteis. La tarde era ancha,
vuestro corazón, estrecho,
y no entraron la torre y la arboleda en vuestros ojos.
Huisteis con vuestros perros,
las blusas flotando al aire,
con mi adiós y con mis besos.
Ya no volváis. Nunca.
La tarde aquí es siempre ancha:
¡seguid jugando a lo lejos!

II

Si no te fueses con ellos,
te enseñaría mi casa, y la ermita y el huerto,

y un nido de alondras que entre los trigales tengo.
Subiremos a la torre por ver desde arriba el pueblo
que, cuando atardece,
parece más bonito y hasta más pequeño.
Luego, cuando volvamos,
por el caminito largo te contaré muchos cuentos.
Acaso prefieras irte con ellos, que tienen un burro,
pero quédate si quieres:
tú ya sabes lo que tengo.

(Calle de niños)

RECUERDOS DE UNA MADRE

Primer recuerdo:

Eras pequeño
como el sueño de un pájaro.
Apenas si la cuna de una hormiga
sería como tú.
Y ya jugabas,
y reías,
y llorabas,
en mi corazón.

Segundo recuerdo:

Abriste los ojos, y una estrella diminuta
te bajó a la frente.
Jugaron en tus pupilas dos insectos de luz,
y tus manos
—sin desliar aún, como florecillas tempranas—
quisieron ya coger el aire.

(Calle de niños)

POEMA DEL NIÑO ENTERRADO

Tierra, hermana tierra,
aprieta mucho mis huesos, que hace frío
y así me calientas.
¿Oyes?... Ya están cantando los grillos.
Ábreme un hueco pequeño bajo la hierba,
que esta noche,
por entre los tallos tiernos y las hojas verdes,
quiero mirar las estrellas.

Me da miedo este silencio: tierra, tierra,
¡ que no se callen los grillos
cuando me duerma!

(Calle de niños)

NOCTURNO A UN NIÑO

Duerme... Sueña...
Ya eres pájaro: vuela.
(Una estrella en tus pestañas
se ha clavado).

Duerme... Sueña...
Ya eres ángel:
¡Sé tú el ángel, esta noche,
de mi guarda!

(Calle de niños)

CANCIÓN PEQUEÑA

Todo ha pasado. En el cielo
hay tendido un arcoíris de esperanza,
corazón.

El pájaro que estaba muerto
un ángel lo resucitó.

(Calle de niños)

OFRENDA DE LOS GRITOS

Fue tuyo, Señor, mi grito de niño.
Mi grito que se hizo pájaro una mañana
en que era el aire de malva y azucena.

Fue tuyo mi grito de muchacho
que se hizo lucero
una tarde en que era el aire canción
y era verso jugando en otros mis ojos.

Esta noche, que no sé odiar ni sé querer,
y te voy perdiendo
hincados en la tierra el sueño y el deseo,
toma, Señor, con cuidado,
como un lirio de cenizas, mi grito de hombre
hecho oración y hecho llanto.

(Granada, 5 de junio de 1950)

MENSAJE AL HIJO PRÓDIGO

A Manuel Capel Margarito

No te encuentro, mi niño deseado,
las veces que te busco en la llanura.
Y llevo en las pupilas tu figura
tapando el hondo llanto no llorado.

Caminas por camino transitado
y sientes en tu carne la estrechura;

yo tengo para ti guardada anchura
y campo de sosiego recatado.

Abierta la heredad, y estremecida,
espera, como virgen, tu embeleso.
En vela, con el ansia contenida,

oteo en las almenas tu regreso,
y el viento por los cauces de tu huida
te lleva la tristeza de mi beso.

*(Ceuta, 28 de abril de 1951. Publicado en el numero 1 de la revista
CABRIA en 1955)*

ORACIÓN POR UNOS HOMBRES

A Juan Orozco, pintor de ideas

Aquellos hombres,
Dios mío,
¡qué solos en sus callejones!

No duermen a la puerta de sus casas.
Pero allí están ellos,
en sus sillas,
como cosas olvidadas.

La sombra cuelga de los techos
y de las frentes.
Y en las espaldas
cava grietas la monotonía.

Aquellos hombres,
Dios mío,
¡qué solos en sus pensamientos!

¡Que no pasen de largo los pájaros,
y haya en los aleros canciones de amanecida.

(Publicado en la Revista Ketama. Tetuán, 1958)

POEMA DE LA LAGUNA

Ven a bañarte conmigo.
Y desnúdame en mi alma
como yo en la tuya me desnudo.

¿Por qué tiembles, corazón? Nada temas,
que aunque veas que es muy breve ya la noche,
todavía chapotean en el agua
las estrellas.

POEMA DEL NIÑO GEMIDOR

Siempre dentro de mí, llorando en las esquinas
—alacranes en los ojos
picándote las pupilas—.

Siempre dentro de mí, la misma lluvia siempre
encharcando tus mejillas,
el mismo soplo siempre en la flauta de tu voz.

Y yo sigo, buscando las llanuras donde el viento
esparce los gritos y seca las lágrimas el sol.

¡Ay, niño,
que tú lloras y yo canto,
porque nadie sabe que te llevo dentro,
siempre dentro de mí, gimiendo!

(Ceuta, 13 de abril de 1951)

VEN, HERMANO

Ven hermano,
que yo quiero que me mires esta tarde
—tú que entiendes el secreto de mis ojos
y descifras las arrugas de mi frente—
pues mañana
ya la lluvia habrá tallado muchos cauces
en la arcilla blanda y virgen de mi rostro
y, quizás, ya no has de ver, aunque te acerques,
mis pupilas enterradas bajo el polvo.

POEMA DE LAS CALLES

Estas calles, tan gastadas,
son las calles de todos los días
y de todos los hombres.

Yo las llevo en mis pies
y en mis ojos, con sus tiendas y faroles,
sus aceras,
y sus viejas paredes, que no han muerto
como murieron ya
los que allí pusieron sus nombres.

Estas calles, tan gastadas,
son las calles de todos los días
y de todos los hombres.
Hoy, que vuelvo a verlas,
en ellas me reconozco.
Pero ya no soy el mismo:
¡que el tránsito arruga las piedras
y los corazones!

(17 de junio de 1951)

(BARQUILLA)

Cuando tú partas,
barquilla,
seguiré tu vela blanca
surcando la lejanía.

Buscaré en el horizonte
las estelas plateadas
que en el azul de los mares
irás dejando bordadas.

Y cuando vuelvas,
barquilla,
te esperaré en las arenas
de nuestra playa dormida.

PRESENTIMIENTO DEL HIJO

La veta soterrada que me aflora,
el río que me brota y que me fluye,
la ola que me inunda y me diluye,
la torre en que mi ansia te avizora,

la sangre que en mi carne te atesora,
la idea de mi mente que te intuye,
el germen de tu vida que me huye
camino de tu luz y de tu aurora,

me avisan de tu alcance. Voy alerta.
Despliego mi esperanza en el acecho
del ruido de tu leve marcha cierta.

Y te sueño. Y te indago. Y te sospecho.
Y busco en cada sombra descubierta
tu imagen y tu voz, tu limpio pecho.

(Diciembre de 1955)

(ANTORCHA)

Soy portador de una antorcha que llevo
hincada en mi raíz. Y es mi destino
alzar este fanal con que ilumino
el sendero y el aire en que me elevo.

Ángel de luz, me extingo y me renuevo
en cada luminaria que germino;
voy así, derramando en el camino
calor y claridades sin relevo.

La llama que me arde y me consume
dejarla en otros fuegos yo pretendo,
y el día en que apagado ya me ahúme,

prosigan tras mi muerte aún ardiendo
mi luz y mi calor y mi perfume
en las ramas o leños que ahora prendo.

(1956)

CALLES

A Meli, mi amor

Las calles de nuestros paseos,
con sus aceras, sus tiendas, sus faroles
y sus viejas paredes
donde, niño, escribía mi nombre
con un trozo de carbón,

las llevo en el cofre del recuerdo,
como igualmente conservo
las tardes en que juntos
caminábamos por ellas.
Ya la lluvia y el tiempo
gastaron sus piedras,
y en nosotros la vida dejó su huella.
Pero todavía,
cuando por ellas te llevo,
igual de niña te veo,
igual de niña,
que en aquellos días
en los que fue creciendo
el amor nuestro.

ROMANCE DEL PRESO

*A mis amigos los “cantaos” Pepe Escobedo y “Lolo” Díaz,
para que lo cantéis alguna vez*

Carcelero, carcelero,
te lo pido por favor:
tráeme la carta que espero,
a ver si tengo su amor.
En la pared de mi celda,
escrito con lápiz está:
“Prisionerito aquí dentro
yo me quisiera quedá,
que si su amor ya no tengo,
pá qué quiero salir ya”.
La justicia me condena
a estar aquí encerrao,
pero es más grande mi pena

porque ella me ha olvidao.
Carcelero, carcelero,
te lo pido por favor,
dímelo aunque sea mentira
que no he perdío su amor.
Treinta duros he guardao
para darte de propina
si me haces el favor,
pues no me queda en la vida
más consuelo que su amor.
¡Carcelero, carcelero,
alíviame este dolor!

RONDEÑAS

Por el Salto del Tambor
se tiró un enamorao
porque no quiso vivir
con un amor desgraciao.

Cuando te veo pasar
y no me miras siquiera,
siento ganas de llorar
y me quisiera quedar
como una estatua de piedra.

Ni el Levante ni el Poniente
cuando soplan sobre Ceuta
me pueden traer tu nombre
porque saben que te llaman
“desgracia para los hombres”.

SEVILLANAS “CABALLAS”

Primera

Por las calles de Ceuta, ¡y olé!
van las “caballas”
y parece que andan, ¡y olé!,
por sevillanas.
Eso me gusta,
eso me gusta,
porque así van diciendo, ¡y olé!,
Ceuta es España.

Segunda

Cuando voy de paseo, ¡y olé!
por la Marina,
yo contemplo los barcos, ¡y olé!
en la Puntilla.
Eso me gusta,
eso me gusta,
porque así me lo paso, ¡y olé!
de maravilla.

Tercera

Tiene Ceuta una cosa, ¡y olé!
muy especial:
que por todos los lados, ¡y olé!
la besa el mar.
Eso me gusta,
eso me gusta,
porque así las “caballas”, ¡y olé!
tienen más sal.

Cuarta

En el puerto de Ceuta, ¡y olé!

yo vi un velero,
que tenía por nombre, ¡y olé!
“Ceuta te quiero”.
Eso me gusta,
eso me gusta,
porque a Ceuta la quieren, ¡y olé!
los marineros.

CANCIÓN PARA UN SUEÑO DE NAVIDAD

Otra vez la Navidad
y se repite el milagro
de soñar el puro sueño
de la ternura y la paz.
Gira el mundo y pasa el tiempo
mientras la vida y la muerte
con su eterna zarabanda
continúan sin parar.
Mas yo quisiera soñar
—mundo y tiempo detenidos,
vida y muerte adormecidas—
mi noche de Navidad,
y en el Belén de mi sueño
ver al Niño que sonrío,
que palmotea y que brinca
sobre mi culpa y mi afán.
Y quisiera despertar
hecho otro niño de nuevo
para cantar mi alborozo
por estar en Navidad.

VILLANCICO DEL VIEJO PASTOR

Niño sonriente,
mírame a tu lado.

Cerca del pesebre
quiero yo sentarme,
si se aparta el asno,
porque estoy cansado.

Niño sonriente,
tiéndeme las manos.

De tu estrella dame
un pequeño rayo
para calentarme
porque vengo helado.

Niño sonriente,
súbete a mis brazos.

Quítame el sombrero,
tira de mi barba
y ponte de pie
sobre mi regazo.

Niño sonriente,
no traigo regalos,
que el lobo en el monte
mató mi rebaño.

Traigo solamente
mi viejo cansancio,
mi tos, mi reuma,
mi tiempo acabado.

Pero estoy alegre

por haber llegado
al Portal a verte
de nuevo otro año.

ROMANCE

Mi amor tiene en los ojos
cielos limpios de verano
y en su boca el dulce aroma
de las flores del naranjo.
Por los ojos de mi amor
van los pájaros volando,
y una tierna mariposa
en su boca se ha posado.
La suave piel de mi amor
es un mar donde mis manos,
como dos barcos de vela,
están siempre navegando.
¡Mi amor llena de paz
los caminos que yo ando!

.....

A mi amor un negro insecto
con su aguijón ha matado.
Están mis ojos llorando,
están sin besos mis labios
¡Y son mis manos dos barcos
sin velas ni marineros,
en la playa abandonados!

(El presente "Romance" forma parte de la novela corta "Juicio y Condenación de Sísipho Smith")



OTROS GÉNEROS LITERARIOS

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO POR LA CONCESIÓN DEL “FARO DE ORO”

Queridos amigos y amigas.

Como ya sabéis, no suelo defenderme bien con mi máquina de escribir. Precisamente a mi máquina y a los muchos años que llevo escribiendo para El FARO debo gran parte del pequeño prestigio que, por suerte, he llegado a tener aquí en Ceuta, y ahora, el gran honor que supone poder lucir este Faro de Oro en mi solapa.

Pero esta noche no puedo disponer de mucho tiempo para largaros mi rollo con todo lo que acude a mi pensamiento y a mi corazón. Así que, como hace Curro Romero cuando se ve ante un toro de respeto, lo mejor que podría hacer yo sería abreviar la faena diciendo sólo estas cuatro palabras: MUCHAS GRACIAS, QUERIDO FARO.

Sin embargo, el público, en este caso un público de amigos predispuestos a ser comprensivos y tolerantes con el matador, se merece que yo me arriesgue y diga algo más, aunque siempre me da miedo. Pero, en fin, ¡va por vosotros!

Lo primero, como es lógico, dar las gracias a quien tuvo la idea de concederme este Faro de Oro, a quienes la llevaron a cabo y la promocionaron como si fuera la más importante corrida del año. Y a vosotros, por asistir a este acontecimiento. No quisiera rebuscar las palabras y las frases de agradecimiento. Pero sabed que me siento muy feliz y os doy las gracias de todo corazón.

Yo no considero este Faro de Oro como un premio merecido, ni mucho menos como un pago por algo que se me debía, sino como una muestra de amistad que se corresponde con la que yo tengo con este periódico tan unido a mi vida. Pues EL FARO es también para mí, como Ceuta, una cuestión de fidelidad: una fidelidad que va de mí hacia él a lo largo de cuarenta años y que ahora viene de él hacia mí, en esta preciosa insignia de oro. ¡Un viaje de ida y vuelta que nos une mucho más!

Esta noche, mientras miraba a todos los aquí reunidos, pensaba que EL FARO es como una gran familia: una gran familia formada por la Empresa, la Redacción, los fotógrafos, el taller, el laboratorio, los colaboradores, la Gerencia, la Administración, Publicidad, y hasta los lectores y los anunciantes.

Y, como siempre ocurre cuando por algún motivo se reúne una familia, me he puesto a recordar a los ausentes, a los que ya murieron o están lejos de Ceuta. Muchos nombres y rostros me han venido a la memoria: Saura, Paco Lería, Joa-

quín Ferrer, Simón de Roda, Pepe Guerra, Lopera, Lomas, Cruz Bolea, Maciste, Baldomero Hoyos, Juanito Cabrera Guadarramas, Vicente J. Amiguet, Alfonso Martínez Garrido, Eduardo Buscató, etc., etc. «

Como ellos, vosotros, los que estáis aquí, habéis hecho la historia de EL FARO. Todos habéis dado al periódico mucho más de vosotros mismos, de vuestro talento, de vuestros conocimientos y de vuestros esfuerzos para que EL FARO saliera adelante, día tras día, durante cincuenta y ocho años ya.

Pero EL FARO es algo más que una familia, es algo más que un periódico y que una historia: es un destino que se va cumpliendo, a veces contra viento y marea; y sobre todo, es también una cuestión de fidelidad a la ciudad que le da vida y amor.

Por eso pienso que lo que se hace aquí esta noche, no es tanto un homenaje a Juan Díaz Fernández, que no hizo más que satisfacer su propia vocación periodística, sino una demostración de que EL FARO es algo vivo que sigue latiendo con bríos juveniles puestos al servicio y la defensa de Ceuta. Y el homenaje a mí lo entiendo como un pretexto que nos permite a todos estar aquí reunidos, orgullosos de pertenecer a esta gran familia.

Nuevas personas, nuevas voluntades e ilusiones, y nuevos locales y tecnologías, permiten que EL FARO continúe alumbrando con fuerza y claridad a Ceuta, y que su luz no se extinga. Porque no puede extinguirse. No debe extinguirse. Pues si esto llegara a ocurrir algún día, ¡Dios no lo quiera!, sería entonces la infausta señal de que había sonado para Ceuta el definitivo «Apaga y vámonos».

EL FARO no es el Gobierno de España, ni una fuerza política poderosa, ni siquiera es la gran mayoría del pueblo español: es sólo un modesto periódico local, un puñado de hombres y mujeres fieles a un destino llamado Ceuta. Sin embargo, estoy seguro de que, mientras a este FARO le quede un rayito de luz, seguirá alumbrando para que esa oscuridad total no se produzca.

Para terminar ya, y viendo que aún queda champán en nuestras copas, quiero brindar por las tres dimensiones que tiene EL FARO en el tiempo: el pasado, que son los muchos recuerdos que EL FARO nos trae a la memoria; el presente, que es su realidad periodística de cada día, y el futuro, que es la esperanza.

¡Por el pasado, por el presente y por el futuro de EL FARO!... ¡Muchas gracias a todos!

(7-VII-1992)

PREGÓN DE LA NAVIDAD CEUTÍ 1991¹

Dignísimas autoridades, señoras, señores, convecinos y amigos todos.

La Concejalía de Festejos de nuestro Ilustre Ayuntamiento me encargó hace diez días este pregón que habría de ser el primero de este tipo que se pronuncia en Ceuta. Y yo acepté el encargo, a pesar del poco tiempo disponible, porque ningún regalo mejor me podían haber hecho en estas fechas que elegirme para hacer de heraldo de la Navidad en mi tierra. Yo que no soy más que un aficionado a escribir cosillas, a pesar de todo lo que acaba de deciros mi presentador y amigo Higinio Molina, me siento muy orgulloso y agradecido a la citada Concejalía de Festejos, por hacerme ir en cabeza de la serie de pregoneros que irán haciendo de este acto una costumbre tradicional en Ceuta.

La Navidad es una fiesta muy entrañable, y sé muy bien que mis recursos van a ser insuficientes para pregonarla como se merece, y más no teniendo precedentes que me puedan servir de guía para lo que debo hacer. Por eso me pongo bajo la

-
- 1.- *Este pregón, el primero de Navidad que se celebró en Ceuta, fue pronunciado por Juan Díaz Fernández en la Santa Iglesia Catedral, el 20 de diciembre de 1991. El texto íntegro aquí recogido, fue publicado en el diario El Faro de Ceuta el 12 de enero de 1992. No obstante, fueron diversas las reseñas periodísticas del pregón, antes y después de la celebración del mismo. El diario El Faro, en su edición del 12 de diciembre, ya anunciaba el acontecimiento con el titular “Juan Díaz Fernández es el primer pregonero de las Fiestas de Navidad” y un artículo firmado por Carmen Jesús Isla. El 20 de diciembre, el mismo diario volvía a anunciar el pregón con un artículo de F.L Jiménez sobre Juan Díaz, con el titular “Es una satisfacción y un desafío pregonar la Navidad en mi tierra”. Ese mismo día, el diario El Periódico, en sus páginas de Actualidad, incluyó un artículo titulado “Juan Díaz Fernández, primer pregonero de la Navidad ceutí”, firmado por Jesús Bravo-Burguillos. La página incluía una columna firmada por Antonio Bernal Roldán, titulada “Al bisoño pregonero navideño”, en la que expresaba su alegría por el que sería sin duda, en su opinión, un gran acontecimiento. Tras el pregón, el diario El Faro, en su portada del día 21 de diciembre recogió la noticia como “Un pregón y un pregonero de lujo: Juan Díaz Fernández contagió al público de espíritu navideño”, y en páginas interiores le dedicó un extenso artículo firmado por F.L. Jiménez. Por su parte, también el 21 de diciembre, El Periódico dio cuenta de la celebración del pregón con un extenso reportaje titulado “Los tópicos son necesarios: Pregón de Navidad a cargo del profesor Juan Díaz Fernández”, firmado también por Jesús Bravo-Burguillos.*

Hay que remarcar también que, en el acto celebrado en la Santa Iglesia Catedral, el pregonero fue presentado por el director de Radio Popular, Higinio Molina, que elogió ante el numeroso público asistente la figura del profesor Díaz Fernández, destacando que no podía haber mejor heraldo para la Navidad de Ceuta. Igualmente hay que señalar la actuación, tras el pregón, de la Banda Municipal y el Coro de la Hermandad del Rocío de Ceuta, que pusieron un brillante broche musical a las palabras del escritor y profesor Juan Díaz Fernández, primer pregonero de la Navidad en Ceuta.

protección de nuestra querida Patrona, la Virgen de África, para que me saque con bien de este compromiso. A Ella, pues, me encomiendo.

Quiero que mis primeras palabras sean para recordar al primer pregonero de la Navidad que tuvo el mundo: aquel ángel que una noche de hace casi dos mil años fue anunciando a los pastores de Belén que, en un mísero establo, había nacido un Niño que era el Mesías prometido por Dios al pueblo de Israel.

Ya ha transcurrido mucho tiempo desde entonces; la Historia de la Humanidad se ha ido desarrollando entre paces y guerras; millones y millones de seres humanos como nosotros han pasado por la vida y duermen ya el sueño definitivo; el progreso tecnológico ha alcanzado unas cimas altísimas que hace sólo cien años no podían imaginar más que unos pocos visionarios; pero todavía, en aquellos mismos lugares donde tuvo lugar el Nacimiento del Hijo de Dios, y en muchos otros del mundo, la sangre de muchos hombres, mujeres y niños sigue regando la tierra por el odio de los pueblos. Es por eso precisamente por lo que la Navidad reviste un carácter tan especial, tan contrario a las dramáticas circunstancias del mundo en que vivimos. Los fusiles, las metralletas, las pistolas y los explosivos son el instrumento homicida de uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Sin embargo, como un mensaje de esperanza para todos los humanos, sin distinción de razas, creencias o ideologías, sigue aún resonando el eco de las palabras jubilosas de aquella primera Nochebuena en Belén: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra para los hombres de buena voluntad!

Sean, pues, estas mismas palabras mi saludo inicial para todos vosotros, que habéis acudido esta noche a nuestra Santa Iglesia Catedral a escuchar mi quizás torpe pregón.

Por toda la ciudad se ve, se oye, se huele y se palpa el ambiente navideño: las calles y plazas lucen ya sus iluminaciones extraordinarias; a la entrada del muelle España se levanta el acostumbrado tinglado luminoso en forma de árbol de Navidad; muchos comercios han dispuesto ya con arte y esmero sus escaparates; en los hogares se hacen todos los preparativos para estas fiestas, se montan belenes y árboles luminosos, se cuelgan adornos y guirnaldas, y las amas de casa de afanan infatigablemente en disponer todo lo necesario; por todas partes resuenan ya los villancicos y las canciones navideñas; un tufillo delicioso a roscos fritos y pestiños flota en el aire por muchos sitios; los estudiantes y familiares que están fuera comienzan a llegar; y mañana, desde muy temprano, estaremos oyendo el cantarino sonsonete de los niños del Colegio de San Ildefonso repartiendo premios a muchos afortunados. Todo igual que hace un año por esta fecha: son las vísperas de la Navidad. Y nos parece que fue ayer cuando ocurría todo esto mismo el año pasado. ¡Hay que ver cómo pasa el tiempo!, decimos, ¡lo pronto que han

transcurrido los trescientos sesenta y cinco días!, ¡lo aprisa que se va la vida! Y es que el tiempo huye, como el viento, como las nubes, y se nos escapa, casi sin darnos cuenta. Estamos ya metidos otra vez en la Navidad, y enseguida dejaremos de estar en ella para volver de nuevo a los trabajos y los días del resto del año, a los afanes e inquietudes de siempre, y a las penas o alegrías que la vida nos vaya deparando. Así hasta que Dios quiera. Pues como dice un viejo villancico español, preñado de una filosofía popular incuestionable:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va.
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Esta es la primera reflexión que se me ocurre, la de la fugacidad del tiempo y la transitoriedad de la vida. En cierto modo, la Navidad es una especie de meta hacia la que todos queremos siempre poder llegar, aunque muchos, desgraciadamente, se quedan sin hacerlo.

La Navidad llega todos los años a fecha fija, en el tiempo del solsticio, cuando el sol parece que se frena en su carrera y las noches son las más largas del año. Y llega con su cortejo de ritos, costumbres, sentimientos y emociones. A fuerza de repetirse la celebración, puede ser que todo cuanto a ella se refiere se nos haya ido convirtiendo en una especie de tópico. Pero aunque así sea, a mí me parece que es un tópico necesario e imprescindible en nuestra vida, porque entraña todo un mensaje que necesitamos y una esperanza de la cual no podemos prescindir: el mensaje de paz y felicidad que todos nos dirigimos unos a otros como un ferviente deseo compartido, y la esperanza de que esa paz y felicidad sean el preciado regalo que el Niño que nace nos traiga bajo el brazo.

Y si me atrevo a insinuar que la Navidad tiene algo de tópico, es solo por las muchas cosas que no cambian de un año para otro: las mismas ceremonias en las iglesias, las mismas costumbres en las casas y en las calles, las mismas alegrías y tristezas, los mismos sentimientos y deseos, los mismos gestos, las mismas añoranzas y recuerdos... Todo viejo, todo usado, todo ya vivido. Y, sin embargo, todo muy entrañable y digno de volverlo a vivir. Los únicos que cambiamos somos nosotros. Y ahora también los polvorones. Nosotros, porque cada año somos menos jóvenes y estamos más estropeados, como esas figuritas de barro de nuestro viejo belén que conservamos desde la infancia, a las que les faltan piernas, patas, orejas, etc., y sin embargo las seguimos colocando porque les tenemos cariño. Y los polvorones, porque antes venían envueltos en un papel fino y con flecos que resultaba muy fácil desliar, y en cambio ahora, la mayoría vienen con una envoltura resistente

de celofán o papel plastificado, tan herméticamente cerrada que, si pretendemos abrirla con los dedos, lo más probable es que acabemos despanzurrando el contenido, por lo que tenemos que recurrir a cortarlas con unas tijeras. ¡Inconvenientes de la tecnología de ahora frente a la artesanía de antes!

Así que resulta difícil hacer un pregón de Navidad en el que se digan cosas nuevas. Porque, la verdad, todo se ha dicho ya antes. Las homilías de los sacerdotes en los templos, los mensajes de los gobernantes, los comentarios de los medios de comunicación, las frases con las que nos felicitamos..., no hacen más que repetir poco más o menos lo mismo que en las navidades anteriores. Y es que los humanos somos tan olvidadizos que necesitamos la insistencia en las mismas reflexiones. Y no solo esto, sino que también necesitamos volver a experimentar las mismas emociones y sentimientos. Pero todo eso forma parte del encanto, de la magia de la Navidad. Y de ahí que, por muchas navidades que hayamos pasado, nunca nos sentimos hartos, como si cada vez fuese la primera. Y nos adentramos en ella con unas ilusiones renovadas en las que se mezclan los recuerdos y la fidelidad a unas tradiciones muy arraigadas en nuestra conciencia: la ilusión, por ejemplo, de preparar nuestras casas, la de ir sacando de las cajas donde las teníamos guardadas las figuras del belén, las ristras de bombillas de colores, los adornos, y el árbol de plástico plegable que compramos otro año y todavía nos sirve; la de salir a comprar los polvorones, el mazapán, los turrones; la de hacer los rosquillos y los pestiños; la de enviar y recibir los «christmas»; la de volver a estar juntos toda la familia; la de cantar los villancicos y tocar las panderetas y las zambombas; la de ir a la Misa del gallo... Incluso, la ilusión del Ayuntamiento, de las empresas, la de los comercios, etc., por iluminar las calles, adornar los locales y los escaparates, organizar concursos de belenes y de coros, repartir aguinaldos o bolsas de comida a los más necesitados... ¡Ilusión!: esta es una buena palabra para una Navidad. Sin la ilusión, a la Navidad le faltaría la levadura principal para romper la posible rutina de una fiesta tan repetida.

¿Pero qué es en definitiva la Navidad? Fundamentalmente, no lo olvidemos, se trata de una fiesta religiosa, aunque tiene también una dimensión familiar o social: una fiesta en la que conmemoramos el nacimiento de Cristo. En este sentido, la Navidad es ya un motivo de júbilo y una ocasión en la que se renueva o se ratifica la fe heredada. Y por lo tanto, la Iglesia admite, e incluso recomienda, que estemos alegres, cuando nos pide que entonemos cánticos de aleluya por ese milagro repetido de que el Hijo de Dios vuelva a nacer litúrgicamente.

Según los Evangelios de San Mateo y de San Lucas, el verdadero nacimiento que en estas fechas conmemoramos, tuvo lugar en la pequeña aldea de Belén, cerca de Jerusalén, y fue anunciado por algunos acontecimientos prodigiosos: la

aparición de una gran estrella refulgente en el cielo, el anuncio de un ángel a los pastores, y la llegada de unos magos del Oriente para rendir homenaje al Niño recién nacido. Por cierto, y lo digo entre paréntesis, no se sabe por qué la tradición convirtió a los tres magos en reyes, si en los Evangelios no consta que lo fueran. En realidad eran unos grandes sacerdotes de Mesopotamia, sabios en Astronomía y en otras ciencias. Sin embargo, resulta hermoso que se les haya convertido en reyes, como un símbolo de la sumisión de los poderes terrenales ante el supremo poder de Dios.

En cuanto a la fecha de aquel nacimiento, hubo bastante confusión a principios del Cristianismo. Aunque se hizo coincidir con ella el comienzo de nuestra era, lo más probable es que el Nacimiento ocurriera seis u ocho años antes, según las conjeturas de la investigación histórica realizada por algunos monjes antiguos. Y lo mismo en cuanto al mes y el día: en los primeros siglos se aceptaron el 18 de noviembre, el 28 de marzo y el 2 de abril. Fue finalmente en el siglo IV, con el Papa Julio I, cuando se estableció como fiesta litúrgica la Navidad y se fijó para ella el día 25 de diciembre.

Hay mucha gente que dice que la Navidad es en el fondo una fiesta triste. Yo lo creo así también, pero solo en parte. Y la verdad es que para muchas personas puede resultar muy triste por diversos motivos particulares. En realidad, en todas las fiestas, si se las mira bien, podemos descubrir algo triste al que se sobrepone la alegría, aunque solo sea el que haya alguien que no puede estar tan alegre como los demás. ¿Y por qué la Navidad puede ser una fiesta triste en parte, si como fiesta religiosa es una ocasión para el júbilo? Pues, simplemente, porque la Navidad tiene también una vertiente humana, familiar y social. Y ahí precisamente, en esa otra vertiente o dimensión no religiosa, es donde se puede asentar la tristeza, porque los motivos de pena se cuelan en ella como intrusos indeseables, mezclándose con los motivos de alegría. Yo creo que es sencillamente una cuestión de contrastes que se destacan más a la luz de esta ocasión: la opulencia y la miseria, la abundancia y la escasez, la dicha y la desgracia, la presencia y la ausencia, la compañía y la soledad... Sobre todo esta última, porque la Navidad es una ocasión para estar acompañados de aquellos a los que queremos y que nos quieren. Indudablemente hay muchas personas que sufren en estos días, porque están enfermas, porque tienen un ser querido enfermo, porque han perdido a alguien de la familia recientemente, porque se les ha arruinado el negocio o se han quedado sin trabajo, porque tienen hambre o frío, etc. Y muchas otras personas que no estarán con los suyos por razones de su trabajo, o por cualquier otra causa. Pero todas ellas pueden estar acompañadas por alguien y celebrar la Navidad de alguna manera. En cambio los solitarios, los que no tienen a nadie en el mundo que los quiera o los acompañe, esos sí que son dignos de lástima en estos días. Pero, así y todo, esos contrastes

que decía antes no son ni privativos ni mucho menos exclusivos de la Navidad, sino que se dan igual en todos los días del año, en la sociedad, en la familia, y hasta en la propia intimidad de las personas. Lo que ocurre es que en la Navidad, por ser una fiesta tan entrañable, se hacen más visibles. Por eso, para paliarlos y hacerlos menos acusados, al menos durante estas fiestas, es precisa la solidaridad, no la compasión de la limosna que se da sin acercar la mano ante la insistencia o el estado lastimoso del pedigüeño.

Es una verdad comprobada que la Navidad ejerce una acción poderosa sobre las conciencias y las voluntades. Y hay que ser muy frío, o muy desalmado, para sustraerse a esa acción, al influjo conmoviente de la Navidad. A veces, basta una simple frase de felicitación, o una ingenua costumbre, o una canción emotivamente alegre y bonita, para que vibren las fibras sensibles que puedan convertir a alguien en una persona distinta a la que es durante todo el año. Ese es uno de los efectos mágicos de la Navidad: que nos ablanda, que nos hace más propicios a la ternura y a la generosidad. Es lo que podríamos denominar “la tregua de Navidad”, algo así como aquellos pactos antiguos entre contendientes por los que se interrumpían las batallas, una especie de paréntesis en la agresividad que se lleva dentro como un tigre dispuesto a saltar contra algo o contra alguien. Durante esa tregua, la ternura, la generosidad y las buenas intenciones se tienen a flor de piel. Es, como digo, la magia de la Navidad, su sortilegio, su milagro. Por eso se nos hace tan necesaria y bienvenida, para poder conocer en estos días cómo se vive en un mundo sin malicia. Gracias a esa magia, a ese sortilegio, o a ese milagro, todo lo que la Navidad puede tener de tópico adquiere la grandeza y la sublimidad que la caracterizan. Esto es evidente.

Por otro lado, a mí se me ocurre que, así como el pretexto o el fundamento de la Navidad es un Niño que nace, la fiesta que celebramos tiene mucho de fiesta para los niños. Bueno, para los niños y para todos aquellos que sean capaces de desprenderse de su condición de adultos. Y explico esto último. La Navidad es una fiesta que en muchos aspectos requiere las grandes dosis de inocencia y de ternura que poseen los niños. Y quienes no consiguen hacerse como ellos, tal como pide Cristo en el Evangelio, recuperando así la ternura y la inocencia perdidas, asisten a la Navidad con un cierto esfuerzo mental, con una sensación de rutina, sin estar convencidos de que para participar en el prodigio hay primero que creer en él. Y entonces se quedan con medio espíritu fuera, embutidos en su sentido crítico de las cosas y en su inercia racionalista. Con lo cual toda la fiesta se les queda reducida a sus aspectos lúdicos y gastronómicos. Por eso digo que la Navidad es una fiesta para los niños y para los que sepan reencontrarse con la ingenuidad y sencillez que alguna vez tuvieron. A mí en particular, y supongo que a muchos de vosotros también, la Navidad nos devuelve a la infancia a base de recuerdos: cuando iba-

mos al monte Hacho en busca de ramajes y musgo para nuestro Belén; cuando veíamos a nuestra madre hacer los dulces en la cocina y nos metíamos allí junto a ella, a estorbar y a que nos diera alguno recién hecho para que nos quitásemos de en medio; cuando nos llevaban a la Misa del Gallo, encantados de estar a tan altas horas de la noche por la calle, y esperábamos cándidamente a que un gallo de verdad apareciese por alguna parte durante la ceremonia; cuando íbamos de casa en casa con otros niños a cantar villancicos y que nos dieran un aguinaldo... Hace ya unos años, yo solía felicitar las Pascuas con pequeños poemas que mandaba imprimir en mis «christmas». Uno de ellos se titulaba «Canción para un sueño de Navidad», y decía así:

Otra vez la Navidad
y se repite el milagro de soñar el puro sueño
de la ternura y la paz.

Gira el mundo y pasa el tiempo
mientras la vida y la muerte
con su eterna zarabanda
continúan sin parar.

Mas yo quisiera soñar
—mundo y tiempo detenidos,
vida y muerte adormecidas—
la noche de Navidad.

Y en el Belén de mi sueño
ver al Niño que sonrío,
que palmorea y que brinca
sobre mi culpa y mi afán.

Y quisiera despertar
hecho otro niño de nuevo
para cantar mi alborozo
por estar en Navidad.

Ya he dicho que la Navidad es fundamentalmente una fiesta religiosa, la Pascua Grande de los cristianos. Pero hay otras religiones que tienen también su gran Pascua. Aquí en Ceuta, una ciudad en la que coexisten cuatro religiones, podemos presumir de que conocemos de cerca otras Pascuas no cristianas y que incluso nos invitan a compartir sus manifestaciones no litúrgicas, como nosotros

invitamos igualmente a los de las otras comunidades religiosas. Así la Pascua del Yon Kippur de los hebreos, el Aid El Kebir de los musulmanes y el Diwali de los hindúes. Esta noche, por ejemplo, me consta que hay aquí con nosotros algunas personas de otras religiones. Esto me parece hermoso y me anima a seguir pensando que en los seres humanos aún quedan, a pesar de las diferencias, muchas cosas que nos unen: sobre todo, ese anhelo común de paz y felicidad que ahora en nuestra Navidad se nos hace tan presente.

Vivimos en un mundo atormentado donde la aventura de vivir y de convivir nos exige, cada día más, esa buena voluntad que se dice en el cántico navideño y que aparece escrita en nuestros belenes sobre el Portal. Por otro lado, tenemos siempre un cierto miedo a lo que cada día nos pueda traer de malo; nos preocupan las ganancias de nuestros negocios o trabajos; nos obsesionan las posibles enfermedades; nos inquietan las amenazas a la paz social, el porvenir de nuestros hijos y nuestra propia felicidad; y nos conmueve el sufrimiento de quienes son víctimas inocentes de las circunstancias del mundo y de nuestro propio país. Por todo eso, y por muchas cosas más, la Navidad tiene también una carga de peticiones que le hacemos al Niño del Portal. En esto se basa el segundo villancico mío que voy a leer. Se titula «Villancico del viejo pastor», y dice así:

Niño sonriente
mírame a tu lado.

Cerca del pesebre
quiero yo sentarme,
si se aparta el asno,
porque estoy cansado.

Niño sonriente
tiéndeme la mano,
de tu estrella dame
un pequeño rayo
para calentarme
porque vengo helado.

Niño sonriente
súbete a mis brazos,
quítame el sombrero,
tira de mi barba
y ponte de pie
sobre mi regazo.

Niño sonriente,
no traigo regalos,
que el lobo en el monte
mató mi rebaño:

Traigo solamente
mi viejo cansancio,
mi tos, mi reuma,
mi tiempo acabado.

Pero estoy alegre
por haber llegado
al Portal a verte
de nuevo otro año.

¡De nuevo otro año!... ¡Haber podido llegar otra vez a la Navidad!... Esa pudiera ser una de nuestras alegrías, como la del viejo pastor de mi villancico. Así que dispongámonos a pasar nuestra Pascua grande con fe en el acontecimiento que se conmemora, con sano regocijo y sencillez, y con el espíritu abierto a la magia de la Navidad, disfrutando de todo en paz con nosotros mismos y concordia con los demás, contentos de tener a nuestro lado a los que amamos y nos aman. Después, cuando todo haya pasado; desmantelada la decoración; quitadas las guirnaldas de luces de las calles y plazas; guardadas de nuevo en sus cajas las figuritas del belén, las casitas de corcho, las pequeñas bombillas de colores, y la estrella plateada del Portal; extinguidos los ecos de los villancicos y regresados a otros lugares los que vinieron a pasar las fiestas con nosotros, la vida seguirá como antes, con los afanes y trabajos de todos los días, con sus alegrías y sus penas, con sus anhelos y esperanzas. Pero nos quedará el recuerdo de la Navidad vivida, hasta que llegue otra nueva Navidad y podamos nosotros llegar a vivirla también si Dios quiere. Que así sea.

Y por último, a nuestra Virgen de África, la Santa Madre del Niño que va a nacer y que luego lo tendrá muerto en sus brazos, le pido humildemente desde aquí que tenga siempre a Ceuta bajo su amparo, y que a nosotros los ceutíes, los otros hijos de su amor de Madre, nos mantenga unidos, con las energías y la constancia necesarias para continuar trabajando día tras día, a fin de superar las adversidades de todo tipo que aquejan a nuestra ciudad.

Y ahora, acabado ya mi Pregón, ¡que resuenen jubilosos los bien cantados villancicos de los rocieros! Yo me despido con estas cuatro palabras, tópicas pero sinceramente entrañables: ¡FELIZ NAVIDAD PARA TODOS!...

PAISAJE CON ABOGADO

(Conferencia impartida en Ceuta, en el Salón de Actos de Caja Madrid, en un acto organizado por el Colegio de Abogados de Ceuta. Febrero de 1994)

Érase una vez, allá por el año 2500 aproximadamente, antes de Jesucristo, que en un lugar de Mesopotamia llamado Sumeria, una pobre mujer fue acusada de un grave delito que no había cometido. Ella no sabía cómo defenderse de la acusación, y ya el soberano de aquel lugar estaba dispuesto a condenarla a muerte, tal como se lo pedía la gente. Pero entonces ocurrió algo que a lo largo de la Historia habría de repetirse muchas veces en parecidas circunstancias: un varón de gran prestigio, dignidad y sabiduría, tomó la palabra y la defendió. Y aquella mujer se salvó al fin de una muerte innecesaria. De aquel hombre no conocemos ni su rostro, ni su nombre, ni ningún otro detalle de la vida que tuvo. Tan solo sabemos de él que en un momento preciso estuvo allí, donde hizo falta que estuviera, como elegido por el destino para llevar a cabo aquella noble acción.

Esto no es una parábola, ni una leyenda, ni algo que yo me acabo de sacar de la manga para empezar esta charla de una manera original. Se trata simplemente de un hecho histórico rigurosamente comprobado con testimonios arqueológicos. Aquel sabio varón fue el caso más antiguo de abogacía del que tenemos noticia. Desde entonces hasta nuestros días, miles y miles de otros hombres y mujeres vienen haciendo lo mismo: estar en la escena social, preparados siempre para tomar la palabra en defensa de personas, bienes, intereses, derechos, etc., para que la justicia impere en las relaciones humanas.

Antes de entrar de lleno en el tema de esta charla, PAISAJE CON ABOGADO, conviene que hagamos una pequeña digresión de Antropología Cultural y de Sociología que nos sirva de base para destacar la necesidad e importancia del papel que interpreta el abogado en esta gran comedia o drama que es la vida humana en sociedad, un papel bastante difícil en ocasiones y que tiene el riesgo de ser injustamente reconocido muchas veces por el público.

La cultura se puede definir de muchas maneras. Yo voy a escoger aquella que la define como el conjunto de soluciones que el hombre ha ido creando a lo largo de la Historia para atender a todas las necesidades y problemas que le plantea su existencia.

El ser humano está compuesto, como se sabe, de dos partes bien diferenciadas: el cuerpo y el alma o espíritu. El cuerpo tiene unas necesidades, a las que llamamos primarias, porque, sin que sean cubiertas, no se puede subsistir. Por ejemplo, alimentarse, descansar, o preservarse de la naturaleza y del clima. El alma, por su

parte, tiene también las suyas que se consideran más elevadas y que, si bien no son indispensables para sobrevivir, sí que lo son para tener una vida más plena. Por ejemplo, encontrar respuestas a los misterios preocupantes de la propia vida, de la naturaleza, de lo sobrenatural, de la muerte, etc., y dar satisfacciones a las propias inquietudes espirituales.

Pero el hombre tiene algo muy valioso para enfrentarse a todas esas necesidades y problemas: su inteligencia. Gracias a ella, y por medio de la observación, de la experiencia, y de la comunicación con los demás, ha ido creando desde la antigüedad más remota toda una serie de soluciones con las que poder atender a todo lo que necesita. Estas soluciones o productos culturales van desde el más primitivo hacha de piedra del Paleolítico hasta el más moderno y sofisticado ingenio de la electrónica y de la informática, pasando por las múltiples formas de la alimentación, las viviendas, los utensilios, las armas, los idiomas, las artes, las ciencias, las religiones, etc. Todo eso que, naturalmente, se va perfeccionando e incrementando a través de los siglos, constituye la cultura humana. Y cada pueblo tiene su propio acervo cultural por el cual se individualiza y se distingue de los demás.

Por otro lado, ocurre que el ser humano no vive aislado y solo, sino que se halla formando parte de un grupo, ya sea la familia o uno de mayor amplitud, como la tribu, el clan, el pueblo, la ciudad, la nación, el Estado, etc. Esos grupos constituyen lo que entendemos por sociedad. Pues el ser humano es un ser sociable por naturaleza que necesita vivir en compañía de los demás de su especie. Ya el filósofo griego Aristóteles calificó al hombre de “animal político”, y no precisamente por dedicarse a la política, sino por vivir en una “polis”, en una ciudad, o sea, en el seno de una sociedad.

Casi todos los pensadores y sabios están de acuerdo en que esa sociabilidad es esencial y connatural en el ser humano. Pero también hay algunos que opinan lo contrario, como por ejemplo el filósofo inglés del siglo XVI Thomas Hobbes, que decía que el hombre es, por naturaleza, un ser aislado, egoísta y enemigo de los demás. Y justificaba esta insociabilidad argumentando que todos los hombres aspiran a conseguir lo que desean y necesitan, pero, como todos no pueden alcanzar las mismas cosas, se convierten así en competidores, en adversarios, en enemigos naturales, y por lo tanto hay siempre entre ellos un estado latente de violencia y engaño. Suya es la célebre frase “Homo homini lupus”, el hombre es un lobo para el hombre. Y la verdad es que, observando las cosas que ocurren en la sociedad y en el mundo, uno llega a pensar a veces que al señor Hobbes no le faltaba la razón.

La sociabilidad es la tendencia o apertura del individuo hacia sus semejantes, de modo que llegue a constituir con ellos algún tipo de sociedad. Este concepto

de sociedad se puede tomar, en un sentido general, como la reunión de personas formando familias, pueblos, Estados, etc., o en un sentido particular, como la agrupación de un cierto número de personas que se asocian con un fin determinado: conseguir unos objetivos concretos que a todas ellas interesa y conviene, como por ejemplo, una sociedad mercantil, una sociedad recreativa, una sociedad de filatélicos, etc.

La vertiente social del ser humano le plantea también otros problemas y otras necesidades que le obligan a crear las oportunas soluciones para atenderlas.

O sea, y resumiendo: el hombre se encuentra determinado por dos coordenadas que condicionan su existencia sobre la Tierra. Por un lado, la supervivencia; y por otro la convivencia. Las dos le son absolutamente necesarias, porque fatalmente está condenado a vivir y a vivir en sociedad con los demás. Pues, como decía Wolfgang von Goethe, “nadie es fuerte para vivir a solas”. El mito de Robinsón Crusoe no deja de ser una ficción literaria que muy raramente se da en la realidad; y la vida del ermitaño o anacoreta que se retira de la sociedad, es una vida anormal que solo se puede sobrellevar cuando se está animado por un sentimiento religioso extraordinario.

Por otra parte, y en esto sí que Thomas Hobbes tenía razón, cada individuo o cada grupo tiene sus apetencias e intereses que, muchas veces, entran en colisión con los intereses y apetencias de los demás. En este sentido, convivir es competir, o sea, enfrentarse unos a otros en disputa por algo. Por lo tanto, y con el fin de que esa competición y ese enfrentamiento no se resuelvan por la razón de la fuerza, como entre los animales irracionales, sino por la fuerza de la razón, surge también la necesidad de que las relaciones humanas se organicen y regulen mediante unas normas racionales que se impongan a la voluntad de los individuos y grupos. El conjunto de esas normas o leyes constituye el Derecho. Así pues, el Derecho es, en definitiva, un producto cultural creado por el hombre, que se va desarrollando y perfeccionando a lo largo de la Historia.

El Derecho organiza y regula las relaciones humanas, protege y defiende los intereses de los individuos y de los grupos, establece los deberes y obligaciones de cada uno para con los demás y para con la sociedad, y viene a ser uno de los pilares básicos sobre los que se asienta cualquier comunidad social. Es por lo tanto uno de los más trascendentales logros de la cultura humana. Hay un aforismo latino que dice: “Ubi societas, ibi ius”, “donde hay sociedad hay derecho”. Y esto es cierto porque, si bien el Derecho supone la existencia de una sociedad que lo crea, la sociedad requiere a su vez, para poder seguir existiendo, la existencia del Derecho. Y puede afirmarse que no es posible imaginar una sociedad civilizada que no tenga un ordenamiento jurídico. Tal vez en una sociedad ideal, utópica, en

la que todos sus miembros fuesen intrínsecamente puros, nobles buenos y justos, no serían necesarias las leyes, ni los abogados, ni los fiscales, ni los jueces: bastaría con que cada uno ajustase su conducta a una estricta conciencia de lo que es justo, noble, bueno y puro moralmente. Pero esa sociedad no existe, ni ha existido nunca, ni podrá existir jamás, porque la naturaleza humana es como es: viciada e imperfecta. Juan Jacobo Rousseau culpaba a la sociedad de esa imperfección cuando afirmaba que el hombre nace bueno por naturaleza, pero la sociedad lo corrompe. Yo creo que esta afirmación sólo es cierta a medias. El hombre nace bueno, sí, pero con la bondad de la inocencia. Sin embargo, desde el momento en que empieza a sentir que algo le pertenece y descubre el sentido de la propiedad, defiende a toda costa lo que es suyo y lo que, sin serlo, se le apetece y puede hacerlo suyo, aun perjudicando a quien se lo dispute. El niño de pecho se aferra tenazmente a la teta materna y se resiste a que se la quiten de la boca. Pero en esto no hay maldad, por supuesto, porque es un instinto natural el que le anima. Sin embargo, más tarde le pegará a su hermanito menor por cualquier pequeño motivo, o para quitarle un juguete o cualquier otra cosa que se le antoje. A partir de ahí, tenderá siempre a imponer su “yo” al “yo” de los demás, e incluso llegará a ser cruel con los otros niños. Y, ya de mayor, todo eso se manifestará con más o menos virulencia en muchas ocasiones. En ese sentido sí que la presencia de otros corrompe la bondad primigenia. Pero eso es, como digo, porque la naturaleza humana es imperfecta, limitada, y con muchas necesidades y apetencias. Así que, volviendo a lo que decía antes en cuanto a la cultura entendida como conjunto de soluciones con las que atender a las necesidades y problemas de la existencia, hemos de convenir en que el Derecho es un valioso producto cultural, fruto de la sabiduría y previsión humanas.

Y ahora es cuando llegamos por fin, tras esta quizás un poco larga pero conveniente introducción, al importantísimo papel que le toca interpretar al abogado en la sociedad como uno de los instrumentos humanos del Derecho.

Para considerar la importancia y trascendencia de la abogacía en toda su magnitud, hay que partir de una verdad incuestionable: que todos los componentes de una sociedad están sometidos a las leyes que emanan precisamente de ella, y por lo tanto deben conocerlas, no sólo para saber cuáles son sus derechos, sino también para tener en cuenta cuáles son sus deberes y obligaciones con respecto a los demás y para con la propia sociedad a la que pertenecen. Pero es tal la complejidad del Derecho moderno, tal la abundancia de leyes, y tales el lenguaje y los intrínquilos de los actos y procedimientos jurídicos o administrativos que, necesariamente, han de existir, hoy más que nunca, unos expertos o peritos en leyes que asistan a quienes no lo son. Y aquí es donde entra en juego la figura del abogado. El abogado es precisamente una persona experta en leyes, perito en Derecho positivo, que se

dedica profesionalmente a defender en los juicios, de palabra o por escrito, los derechos e intereses de quienes no están capacitados ni autorizados a hacerlo por sí mismo. Y además, se dedica también a dar su dictamen sobre las cuestiones o puntos legales que se le consulten, y a prestar las ayudas necesarias que el cliente le solicite en relación con esas cuestiones.

Hay cuatro profesiones que a mí me parecen de una vital importancia para el hombre, individualmente considerado: la del médico, que lo protege de los males físicos y contribuye a que su vida se prolongue; la del maestro, y por extensión la de todo el que se dedica a enseñar algo útil, porque lo prepara para poder valerse por sí mismo; la del sacerdote, que le pone en contacto con la divinidad y le instruye para que adopte una actitud moral en la vida y se enfrente con serenidad al fenómeno inevitable de la muerte; y la del abogado, porque defiende su persona, sus bienes y sus intereses, ante el posible acoso de los demás, y le ayuda a cumplir con todas las exigencias legales a las que está sometido por vivir en una sociedad reglamentada y controlada por las leyes.

La sociedad en su conjunto es un enorme ser vivo muy complejo que desarrolla su vida en el tiempo y en el espacio que la Tierra le ofrece. Y necesita que todos los miembros que la forman, lleven a cabo toda una amplia serie de actividades profesionales que aseguren la supervivencia y la convivencia, y contribuyan a alcanzar los niveles y calidades de vida que proporcionen para todos el mejor bienestar y la mayor felicidad posible en este mundo. Pero de todas esas actividades profesionales, muy pocas o casi ninguna abarca un campo tan amplio de las relaciones humanas como el que abarca la abogacía. El abanico de sus competencias comprende cuestiones y problemas de la familia, de los comportamientos sociales, de las actividades económicas, laborales, administrativas, políticas etc. Y es que no sólo vivimos formando parte de grupos, expuestos a los malos entendimientos con los demás, a relaciones difíciles e incómodas, y sometidos en ocasiones a los acosos y agresiones de otros, sino que, además, vivimos inmersos en un mar de obligaciones y exigencias legales que a veces nos abruman y nos aturden. Por todo eso, necesitamos la asistencia o la ayuda de alguien que, llegada la ocasión, nos defienda, nos oriente, y nos acomode a los mecanismos y funcionamientos legales que imperan en la sociedad. Ese alguien es el abogado. Pues a veces ocurre que la simple redacción de un contrato o una transferencia legal de bienes y derechos constituye algo arduo y complicado que no sabemos cómo afrontar. De ahí que mucha gente tenga ya su abogado de cabecera, lo mismo que se suele tener un médico. En los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo, el país donde más abogados hay, más de ochocientos mil, se recurre a ellos para una infinidad de cuestiones, algunas tan domésticas y menudas como la de exigir una indemnización al vecino porque su perro causó un pequeño estropicio en el jardín. Y en cada casa

se tiene siempre muy a mano el número de teléfono del abogado familiar, junto al del médico o el de los bomberos.

Pero la abogacía, mucho antes de convertirse en una profesión, fue solo una actividad que llevaban a cabo, de una manera altruista, algunas personas de sabiduría y prestigio, acreditadas por su honradez y dignidad, para actuar en defensa de quien lo necesitase o de alguna causa social o política justa. Ya cité al principio a aquel hombre de Sumeria que, hace más de cuatro mil quinientos años, salió a defender a una mujer injustamente acusada. En la India milenaria, un mítico legislador llamado Manú estableció un código, según el cual los sabios en leyes estaban obligados a ilustrar, sin cobrarles nada por ello, a quienes lo necesitasen para una alegación ante las autoridades o los tribunales. Esto mismo pasa al pueblo hebreo y se halla recogido en la Biblia. Y así ocurre igualmente en el Egipto de los faraones. Pero en ninguno de estos casos constituía una verdadera profesión, sino solamente una actividad ocasional que generosamente desarrollaban algunas personas sin ánimo de lucro, solo por el prestigio y el honor que eso les otorgaba.

De ahí pasó a Grecia, donde era un privilegio que se reservaba solamente a ciudadanos libres y selectos, con limpieza de origen y de costumbres, prestigiados por su sabiduría y su prudencia. Pero se exigía tan rigurosamente la honestidad en la actuación que en una ocasión se llegó a condenar y expulsar del Areópago, el alto consejo ateniense de la justicia, a uno de los más brillantes oradores que se ocupaban de esos menesteres, un ciudadano llamado Isócrates, por haber cometido una prevaricación.

De Grecia pasó a Roma, la cuna de nuestro Derecho. Aquí, al principio, los patricios tenían el deber de defender a sus parientes y a los que de alguna manera dependían de ellos por una relación de servidumbre o de clientela. Pero luego esa posibilidad de defender a alguien se extendió a los plebeyos. Los padres, e incluso los amigos, podían tomar la palabra en nombre de los litigantes para defenderlos. Y algunos alcanzaban tal reputación en esa actividad que eran solicitados por otras personas extrañas a su familia o a su amistad. También las mujeres podían hacerlo, pero, no sé por qué razón, un edicto se lo prohibió, quizá porque también entonces eran demasiado locuaces o se aprovechaban de su condición femenina para persuadir. En Roma esta abogacía primitiva también empezó siendo un honor y un motivo de prestigio, no un medio de lucro. Sin embargo, con el tiempo, acabó convirtiéndose en una profesión. Esto ocurrió ya en el siglo VI, en la etapa bizantina, cuando el emperador Justino I, tío precisamente de otro gran legislador, el emperador Justiniano, obligó a que todos los que fueran a actuar en el Foro se inscribiesen en él y cumpliesen unos requisitos muy rigurosos: tener más de 17 años, aprobar un examen de Jurisprudencia, acreditar una buena reputación,

comprometerse a defender a quien se le asignase y a no pactar de antemano con el cliente ninguna cuota por llevar el litigio, cosa que se consideraba deshonrosa porque suponía un interés económico por parte del defensor. El cliente no estaba obligado, pues, a pagar nada, ni el abogado tenía derecho a pedirlo. No obstante, casi siempre se le daba algo en concepto de “honoris causa”, y de aquí viene el nombre de honorarios que se le da a veces a la minuta que cobra el abogado por su servicio. Además de estos abogados llamados “oratores”, existían en Roma los llamados jurisconsultos, cuya actividad consistía en responder a las consultas legales que se les hacían. Y era tan alto el magisterio que se les reconocía a estos jurisconsultos, que sus respuestas y opiniones se tenían muy en cuenta a la hora de decidir un juicio. Así nació el dictamen, que es otra de las competencias del abogado actual.

Durante la Edad Media, ya la profesión está decantada por Europa. El creciente desarrollo de las ciudades y de la burguesía, el auge de las actividades comerciales, y el nacimiento de las universidades, en las que una de las principales enseñanzas era la del Derecho, hizo que el abogado se convirtiese en un personaje de cierta relevancia y de necesidad social. Por otro lado, como las legislaciones se iban haciendo cada vez más complejas, esto obligaba a los litigantes a valerse de expertos que acudiesen a los tribunales a representarlos y defender sus intereses.

En España, el ejercicio de la abogacía propiamente dicha no aparece hasta la época de Alfonso X el Sabio de Castilla, ya en el siglo XIII. Anteriormente, las fórmulas judiciales eran sencillas y muy ajustadas al *Liber Iudiciorum* o Libro de los Juicios, también llamado Fuero Juzgo, y a otros semejantes en Aragón y Cataluña, por lo que cualquiera podía y debía defenderse a sí mismo. Un marido podía defender a su mujer, un padre a sus hijos, y un señor a sus criados. Los alcaldes estaban obligados a defender a las viudas, a los huérfanos y a las doncellas. En cambio, las altas personalidades no podían hacerlo, como una garantía de la libertad de la justicia, y tenían que recurrir a los asertores, que eran una especie de procuradores o testigos. Fue Alfonso X, como digo, el que convirtió a la abogacía en un oficio público, para el cual se exigía también un examen previo, un juramento de fiel y honesto desempeño del oficio, y la inscripción en un registro o matrícula profesional.

Desde la Edad Media hasta nuestros días, la profesión de abogado va definiendo más detalladamente sus caracteres, sus competencias y funciones, sus derechos y deberes, las condiciones académicas y legales para ejercerla, y la organización y atributos de los colegios profesionales. Pero todo esto no ocurre por igual en todos los países, pues cada uno tiene sus peculiaridades nacionales que establecen notables diferencias entre unos y otros, aunque coinciden en casi todo lo esencial. No

obstante, es de esperar que algún día, en consecuencia con el espíritu universalista y unificador que parece estar imponiéndose en el mundo, esas diferencias vayan siendo cada vez menores. Por lo pronto, ya en la Europa comunitaria, después del Tratado de Maastricht, los abogados de los países miembros de la Comunidad están autorizados a ejercer en todos ellos. Claro que, al ser diferentes todavía las legislaciones, esto supone un importante hándicap que los abogados tienen que salvar para actuar en países distintos al suyo. Pero también confío en que no han de transcurrir muchos años para que se llegue igualmente a una uniformidad en las leyes. El mundo camina en esa dirección. Pero, indudablemente, para alcanzar esa uniformidad, tan necesaria y conveniente, habrá que vencer muchas idiosincrasias nacionales y particularismos ideológicos y morales. Ejemplos como la pena de muerte, que aún subsiste en muchos lugares, o las legalizaciones del aborto libre, de la eutanasia, o de las drogas, que ya se han establecidos en otros, marcan por ahora algunas de esas notables diferencias.

Así pues, en el paisaje humano de la sociedad, podemos observar que la figura del abogado no está al fondo, ni confundida con la multitud de personas que lo forman, sino que se halla en uno de los primeros planos, participando de una manera destacada en múltiples episodios de la peripecia social. Su voz se escucha, y se consideran sus palabras como portadoras de argumentos y verdades que, inquietantes a veces para unos y esperanzadoras para otros, tratan siempre de contribuir al reinado de la Justicia. Y si, por una especie de cataclismo social, su presencia desapareciera del cuadro, pienso que un gran caos le sobrevendría a la sociedad. Tal es la imperiosa necesidad de que la figura del abogado esté donde está. Y la importancia del papel que representa.

El abogado, como servidor del Derecho, es fundamentalmente un técnico cuyos conocimientos se hallan respaldados por un Título universitario de Licenciado o Doctor en Derecho. Pero, además, si está animado de una honda y verdadera vocación, se convierte en un humanista que vive y siente profundamente los problemas humanos con los que toma contacto por su profesión, y sobre los que asume algunas responsabilidades. En bastantes ocasiones verá muy de cerca auténticos dramas familiares, graves querellas, enconados enfrentamientos por motivos económicos, sucios tejemanejes, y repugnantes delitos contra la propiedad y la vida. Y no podrá pasar junto a todo eso con la frialdad de un simple técnico. Hace poco, comentando yo esto con un amigo abogado, le pregunté que cómo se sentía él ante esos dramas. Y él me respondió que todo era cuestión de estar familiarizado con ellos. “Los abogados somos muchas veces como los médicos —me dijo—, que a fuerza de costumbre ya no se impresionan apenas con los sufrimientos o la muerte de un enfermo”. Pero a mí me parece que, por lo general,

ni en los médicos ni en los abogados es así totalmente, a no ser que se tenga una sensibilidad de paquidermo.

Lo que sí que es cierto es que el abogado, por su trabajo, tiene muchas posibilidades de profundizar en las miserias, contradicciones y debilidades del alma humana. Y su consulta es en ocasiones como un confesionario: en ella se ponen de manifiesto los pecados y los tormentos de unas relaciones humanas difíciles y penosas. Y no es extraño, pues, que las experiencias de un bufete le sirvan a un abogado con vocación y aptitudes literarias para escribir interesantes relatos o novelas, sin tener que realizar muchos esfuerzos de imaginación.

Ya he dicho que el abogado está en medio de la sociedad y presta un servicio absolutamente necesario e imprescindible. ¿Pero qué condiciones o cualidades personales ha de reunir para ello? ¿Qué hace falta para asumir un papel tan noble como difícil? ¿Cualquiera con sólo buena voluntad puede interpretarlo? En la vida se presentan a veces ocasiones en las que una persona se encuentra metida entre dos partes antagónicas que discuten o se pelean, y tiene que mediar para ponerlas de acuerdo o tratar de evitar males mayores, convirtiéndose así en abogado y juez a la vez, como le tocó hacer a Sancho Panza en su ínsula Barataria, con grandes aciertos.

Pero las condiciones o cualidades que debe reunir el abogado que pretenda serlo como es necesario, van mucho más allá del simple sentido común de Sancho Panza y de la buena voluntad de quien trata de poner paz entre dos que se enfrentan por alguna cuestión. Esas condiciones o cualidades podemos clasificarlas en dos grupos complementarios: las técnicas y las éticas. Son cualidades técnicas, en primer lugar, las que se adquieren en la Universidad y están refrendadas por el título correspondiente, como por ejemplo, el conocimiento del Derecho, de las leyes, de los procedimientos, de las funciones, etc. Pero hay otras muy importantes que no se adquieren en la Universidad, sino que se tienen por naturaleza o no se tienen, y éstas sí que establecen las diferencias entre unos abogados y otros, como por ejemplo, el talento, la astucia, las dotes psicológicas, la facilidad oratoria y de redacción, la fuerza dialéctica, la tenacidad, la capacidad de trabajo, la constancia en el estudio, el autocontrol, la buena memoria, y, por supuesto, la experiencia. Con todas ellas podemos tener un excelente técnico. La carencia o el déficit en alguna o algunas de ellas limitan bastante las posibilidades de un profesional de la abogacía. Pero, como dije antes, el abogado es, además de un técnico, un ser humano en el que la sociedad y los clientes tienen que confiar porque es mucho lo que depositan en sus manos. Y para merecer esa confianza ha de reunir también unas cualidades éticas imprescindibles: honradez, seriedad, formalidad en sus compromisos profesionales, fidelidad al cliente o al defendido, respeto a la verdad,

paciencia, ecuanimidad, espíritu de justicia y de concordia, vida privada intachable, y, en definitiva, absoluta observancia del código deontológico o de conducta profesional. La sociedad es muy consciente de todas estas cosas, y no perdona al abogado que la defraude en ellas.

De todo lo dicho hasta ahora se deduce fácilmente que la abogacía es un actividad hermosa y noble que prestigia a quien la ejerce. Pero es además una profesión, un medio de vida para el abogado. Y esto condiciona también su ejercicio. La cuestión está en saber hasta qué punto es capaz el abogado de poner por encima de sus posibles ganancias económicas los altos y puros ideales de servicio a la justicia y a la sociedad con los que nació esa actividad hace varios miles de años. Es simplemente un cuestión de autenticidad vocacional y de fidelidad a un destino sublime. Pues desde el momento en que el abogado pone su norte y su guía sólo en la rentabilidad pecuniaria de su trabajo, se expone a tentaciones peligrosas, y desvirtúa asimismo el sentido de su altísima misión social. A mí me parece, y lo digo sin pretensiones retóricas, que el abogado es algo así como una persona consagrada, una especie de sacerdote de un culto trascendente: el culto a la justicia y a la concordia entre los seres humanos. Así al menos lo entendían aquellos primitivos abogados que se consagraban a la defensa de algo o de alguien sin pensar en estipendios y remuneraciones, sino sólo en el honor y dignidad de lo que hacían. Sin embargo, como también el abogado tiene que vivir, y vivir además en consonancia con la categoría social que le corresponde, es muy justo que se le paguen sus servicios. No obstante, la abogacía puede ser considerada también como un arte. Yo pienso que el abogado debe sentirse muchas veces como un artista al que la contemplación de su obra bien acabada le tiene que resultar placentera y gratificante. Lo demás, la recompensa económica, los agradecimientos, las felicitaciones, etc., le llegarán como añadiduras necesarias y convenientes.

A tenor de lo anterior, bueno es recordar lo que el Código Internacional de Ética de la I.B.A. (International Bar Association) dice en su regla 16: “Un abogado no debe olvidar nunca que no ha de poner en primer lugar su derecho a que le paguen sus servicios, sino el interés de su cliente y las exigencias de la administración de justicia”. De todas formas, yo creo que no exagero mucho si digo que la profesión de abogado es una de la más controvertidas que existen. De los abogados se dicen y se escriben muchas cosas, no todas favorables y halagüeñas. La Historia de la abogacía abunda en ejemplos que contribuyen a esa controversia y a que se carguen sobre la figura del abogado algunos sambenitos y un cierto estigma de malignidad. Ya cité antes el caso del griego Isócrates que fue condenado y expulsado del Areópago. Y en la Edad Media española eran frecuentes los acuerdos tomados en la Corte de entonces contra los abogados que abusaban de sus funciones. Concretamente, los

Reyes Católicos se vieron obligados a promulgar unas Ordenanzas “para evitar –decía textualmente– la malicia y tiranía de los abogados”.

Y es que se espera tanto de ellos, son tantas las esperanzas que se depositan en sus manos cuando se les confía la defensa de una persona o de unos intereses muy vitales, que la defraudación o el fracaso producen a veces reacciones muy enconadas contra su gestión, e incluso desconfianza en cuanto a su capacidad o su decencia. Pues los clientes, por lo general, difícilmente admiten con ecuanimidad y comprensión que su abogado perdió el caso porque no había posibilidad de ganarlo. Y casi siempre se quedan con la duda de si tal vez un abogado mejor o más granuja se lo hubiera podido ganar.

Esto me recuerda un célebre juicio que presencié aquí en Ceuta hace años. Se trataba de una querella por injurias en la que estaban implicados dos personajes muy conocidos en la ciudad. El juicio se celebró en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento ante la Sala de la Audiencia de Cádiz. En mi opinión, la causa estaba ganada de antemano por la acusación, pues los hechos eran muy evidentes. Pero la parte acusada trajo de Madrid, para que se encargara de su defensa, a uno de los más prestigiosos y veteranos abogados de España, que por cierto sigue todavía en activo y con gran notoriedad. Frente a él estaba por la acusación el fiscal de la Audiencia y el abogado de la acusación particular, ambos bastante jóvenes. El fiscal cumplió su cometido como era de esperar. Pero el abogado de la acusación particular, que parecía un recién salido de la universidad y que además había sido alumno del prestigioso defensor, comenzó su alegato reconociendo y agradeciendo a este todo lo que le había enseñado, y llamándole maestro. Pero a continuación le dio un revolcón impresionante. Y el veredicto final fue, como se esperaba, condenatorio para la parte acusada que el famoso abogado había defendido.

Esta anécdota viene a significar que no es la fama, ni siquiera la maestría, las que se imponen normalmente en un juicio, sino la posesión de la razón. Pues si el resultado de un litigio se decide a favor de quien sabe utilizar mejor la palabrería, las argucias, las artimañas, los trucos legales y la espectacularidad, para conseguir que lo injusto parezca que es lo justo, no es precisamente la justicia lo que prevalece. Si esta dependiera más que nada de esos recursos, cualquier charlatán de feria con algún conocimiento de leyes podría convertirse en un abogado con éxitos, y los juicios serían como patios de Monipodio donde quien más grita y trampea se lleva el gato al agua, como vulgarmente se dice. Afortunadamente no es así, pero a veces ocurre también.

La sociedad, que por vieja sabe mucho de estas cosas, expresa sus recelos a través de dichos populares, refranes, chistes, ironías, sátiras, censuras, etc. Y así, desde autores como Shakespeare con la célebre escena de las calaveras de su drama

HAMLET, hasta aquel gitano que maldecía diciendo “¡Pleitos tengas y los ganes!”, hay todo un amplio repertorio en contra de los abogados. Shakespeare, en el Acto quinto de HAMLET, sitúa al atormentado Príncipe en un viejo cementerio junto a unos sepultureros que están amontonando unos restos humanos. Hamlet coge una calavera y dice: “He aquí otra. ¿Por qué no podría ser la calavera de un abogado? ¿Dónde están ahora sus sutilezas y distingos, sus argucias, subterfugios y artimañas? ¿Cómo puede tolerar ahora que ese grosero ganapán le dé con su inmunda pala en la mollera sin atreverse a lanzar contra él una querrela por lesiones?”

Hace poco, mientras preparaba esta charla, he leído en un periódico un chiste que viene de los Estados Unidos. Allí los abogados tienen mucho poder y son muy temidos, aunque nadie puede pasar sin ellos. Pues bien, dos ciudadanos están charlando y uno le dice al otro: ¿Tú sabes que Washington tiene la mayor concentración de abogados de todo el país, y Nueva Jersey el mayor número de industrias contaminantes? El otro pregunta: ¿Y eso por qué? Y le responde el anterior: Pues porque a Nueva Jersey le dieron la oportunidad de elegir primero, y prefirió la contaminación.

Aquí en España no tenemos ese mismo temor a los abogados. Se les considera bien, se les concede una categoría social y se les respeta. Pero mucha gente tiene algunos prejuicios hacia ellos que me parecen discutibles. Por ejemplo, se piensa que ganan mucho dinero y que son muy lentos en sus gestiones. En cuanto a lo primero, hay que decir que eso depende de varias circunstancias favorables, que desgraciadamente no se dan en todos: tener muchos clientes, encargarse de asuntos y casos de gran magnitud e importancia, ganarlos casi siempre, y conseguir muy buena fama y reputación profesional. Cuando todo eso concurre en un abogado, es muy probable que gane mucho dinero. Pero esa suerte no la tienen la mayoría, que sólo consiguen un buen vivir, y muchos ni siquiera eso.

Don Cándido Cerdeira, un abogado de Sevilla fallecido hace años, y tío abuelo de los abogados ceutíes del mismo apellido, contaba en un libro titulado LA CARA ALEGRE DE LA JUSTICIA la siguiente anécdota. Una vez defendió el caso de una mujer que se dedicaba al más viejo oficio femenino del mundo. Eran tiempos de retraso económico en España que afectaba a todas las profesiones liberales. Y el caso de aquella mujer se presentaba difícil porque tenía enfrente nada menos que a los jesuitas. Pero Don Cándido lo trabajó muy bien y lo ganó. Entonces aquella prostituta, después de abrazarle muy efusivamente, le dijo: “Bueno, don Cándido, usted dirá lo que le debo, pero sepa que yo no le puedo pagar más que con carne”. Y aquel buen abogado, que debía de tener sentido del humor, va y le contesta: “No te preocupes, mujer, y mándame a mi casa un par de pollos, que tenemos hambre”.

Respecto a lo de la tardanza, esto depende también de circunstancias ajenas a la propia voluntad del letrado. Los procesos judiciales suelen ser largos, los Juzgados están hoy día muy saturados y, además, con escasez de personal generalmente. Por esos motivos se suelen alargar las resoluciones de los casos. Esto tiene también su anécdota. Un matrimonio acudió a un modesto abogado por cuestión de una herencia. Como el asunto tardaba en resolverse, volvían muchas veces al despacho del abogado a ver qué pasaba, y el letrado les decía siempre lo mismo: “Ustedes tranquilos, que todo va por su camino”. Pero aquel matrimonio acabó cansándose, y le retiró el caso, encargándose después a otro que tenía mucha más fama aunque suponían que les iba a cobrar más. Pero esto no les importaba, pues ellos lo que querían era que les solucionase pronto lo de la ansiada herencia. Y, como también transcurría el tiempo sin que el asunto se resolviese, el impaciente matrimonio volvió a preguntarle a su nuevo letrado que cómo iban las cosas. Y este les dijo lo mismo que le había estado diciendo su colega anterior: “Tengan ustedes calma, que todo marcha por sus pasos contados”. Y cuando el matrimonio salió del despacho, el marido fue diciéndole a su mujer por la escalera: “Hay que ver: estos abogados son todos lo mismo, unos tardones! ¡Así está España...”.

Por otro lado, el cine, esa poderosa industria de mentalización de las masas, ha contribuido mucho a mitificar favorablemente la figura del abogado. Por lo general lo suele presentar como un adalid inteligente y hábil que con una brillante oratoria y unos sorprendentes recursos lógicos saca adelante las causas que defiende. Pero también nos presenta a veces la cara opuesta de la moneda, abogados corruptos o vinculados con las mafias, sobre todo en el cine norteamericano, tan crítico con las propias instituciones de su país. Las películas con abogados y juicios tienen siempre garantizado el éxito. Por citar algunas, recordemos TESTIGO DE CARGO, con el inolvidable gordo Charles Laughton, que hacía de un abogado viejo y enfermo que se tomaba el güisqui en un frasco de jarabe para engañar a la enfermera que lo cuidaba; o la estupenda MATAR A UN RUISEÑOR, con Gregory Peck, un dramático alegato contra el racismo; o LA COSTILLA DE ADAN, con la pareja Spencer Tracy y Katharine Hepburn, en la que ella hace de una abogada que se enfrenta a su marido que es el fiscal; o KRAMER CONTRA KRAMER, con Dustin Hoffman y Meryl Streep, en un caso de divorcio; y una muy reciente, LA TAPADERA, que está siendo muy bien acogida. Por si no fuera bastante, también la Televisión nos ha metido en casa todo un nutrido bufete de abogados con la serie LA LEY DE LOS ÁNGELES, como nos metió hace años las aventuras de Perry Mason.

En fin, y para ir terminando, han transcurrido ya varios miles de años sobre este paisaje humano y terrenal en el que todos estamos metidos. Millones de hombres y mujeres han ido desapareciendo del cuadro, reemplazados por otros. Pero

hay figuras que no desaparecen, porque hace falta que estén ahí para conservar la armonía del conjunto. Una de ellas, sin nombre ni rostro, es la que hace el papel de defensor de los derechos atropellados y la ayuda legal a quien la necesita. Y ahí sigue, de pie sobre el tiempo y la Historia, desafiando a las injusticias, a los abusos, y a las amenazas que se ciernen sobre las personas y la sociedad. Para proporcionarle rostro, identidad y vida, años tras años se van encarnando en ella unos hombres y unas mujeres a los que su destino les lleva a eso. Son los abogados y abogadas. Si lo hacen bien o mal, la propia sociedad los juzga, los condena o los honra. Pero ningún veredicto adverso contra algunos de ellos puede destruir la imagen y el símbolo que todos representan.

Hace poco más de treinta años, en 1958, se reunieron en La India 160 juristas de todo el mundo que redactaron la llamada Declaración de Nueva Delhi. De ella extraigo estos fragmentos que me parecen muy significativos: “En una sociedad basada en el respeto a la justicia, el abogado tiene un papel fundamental, pues tiene la obligación de defender los derechos y las libertades”. “Cuántas veces esté en juego la vida, la libertad, los bienes, o el buen nombre de una persona, ésta tiene derecho a hacerse representar por un abogado. Y para que este principio tenga efectividad, es preciso que los abogados estén a menudo dispuestos a asegurar la defensa de personas que incluso estén vinculadas a causas impopulares o que profesen opiniones con las que él no coincide en absoluto.”. Esta es la grandeza de una profesión en la que muchas veces el abogado ha de sobreponerse a sus repugnancias y sentimientos personales para llevar a cabo objetivamente la defensa que se le haya encomendado.

Y aquí termino. Pero no quisiera dejar sin contestación la pregunta que tal vez algunos de ustedes se puedan estar haciendo: ¿Cuál es, en definitiva, el abogado ideal? ¿Qué pinceladas definen su figura? La respuesta se la podrían imaginar ustedes mismos con todo lo que tan torpemente les he ido diciendo. Sin embargo, para que les sirva de ayuda, acabo con estas palabras que dejó escritas un francés del siglo pasado que se apellidaba Paillet: “Dad a un hombre todas las dotes del espíritu; dadle todas las del carácter; haced que todo lo haya visto, que todo lo haya aprendido y retenido; que haya trabajado treinta años de su vida; que sea un literato, un crítico y un moralista; que tenga la sabiduría de un viejo y la infalible memoria de un niño. Y tal vez con esto formaréis un abogado completo.”

Esto es todo. Muchas gracias por haberme concedido su atención.

JOSÉ MARÍA ARÉVALO ENTRE DOS PRIMAVERAS

(Prólogo a la edición póstuma de una antología de obra poética de José María Arévalo, realizada por Juan Díaz Fernández y publicada por el Instituto de Estudios Ceutíes en 1995 bajo el título de “La Catedral Destruída”)

Hace cinco años, la Dirección Provincial del Ministerio de Cultura inició una publicación semestral bajo el epígrafe de “Cuadernos Del Revellín”, y a mí me fue encargado el primer número de la serie, que se dedicó precisamente a contemplar la figura del poeta ceutí José María Arévalo, cuatro años después de su muerte. Aquel trabajo consistió solo en una exposición breve de su vida y de su obra, un estudio muy somero de esta y una recopilación de comentarios, críticas, artículos y testimonios de diversas personas y míos. Confieso que llevé a cabo aquel encargo con más amor que prolijidad (si bien tampoco se trataba de hacer una obra exhaustiva) pero con el pensamiento y la intención de que todo aquello fuera como el embrión de una obra posterior más amplia, concienzuda y definitiva. Aquel primer Cuaderno del Revellín tuvo mucho éxito y se agotó pronto la edición. Desgraciadamente, por circunstancias que no viene al caso citar ahora, yo no llegué a cumplir mi propósito de emprender la obra de mayor envergadura que aquel embrión me animó a llevar a cabo. Sin embargo, considerándome en deuda con el poeta y amigo desaparecido, nunca dejé de pensar en la conveniencia de contribuir a que se conociera la mayor parte posible de su producción inédita, sobre todo los sonetos que componían los dos libros que al morir dejó sin acabar de pulir, organizar y editar, de los cuales yo conocía algunas muestras. Dispuesto a cumplir con eso al menos, me puse en contacto con Elena Hernández, la viuda de Arévalo, y con José Riquelme Sánchez, de La Línea de la Concepción, gran amigo del poeta. Gracias a ambos me hice con los originales de esos dos libros, pensando que en el Instituto de Estudios Ceutíes encontraría una actitud propicia para su publicación. Como así ha sido.

Aquellos dos libros, que por cierto fueron revisados y corregidos con devoto interés por su viuda y por la poetisa y académica chilena Rosa Cruchaga de Walker, llevan por títulos, en los originales recibidos por mí, “Levanto en catedral mi pensamiento” y “Los ojos derramados”. Respecto al primero de los dos, Arévalo escribía en una carta a su amigo Constantino Manuel Pleguezuelos lo siguiente: «Esta Editorial (*se refería a Editions du Genil, de París*) me iba a publicar mi poemario “La Catedral Destruída” (su título *primitivo*) traducido al francés por Cándida Isabel del Castillo (*madre del escritor francés Michel del Castillo, autor de “Tanguy”*) y prologado por Léopold Senghor, por aquel entonces catedrático de

la Sorbona y diputado de la Asamblea francesa (*y que más tarde sería Presidente de la República del Senegal*). Pero mi traductora murió al poco tiempo, quedando por tierra todos mis sueños».

Conocida esta carta por mí, y puesto que yo trataba de hacer una Antología con los dos libros, ya que me parecía algo difícil su publicación al completo a causa de su extensión (108 sonetos), amén de otras consideraciones, opté por rescatar para la antología el título que primero surgió en la mente del poeta, LA CATEDRAL DESTRUIDA, manteniendo no obstante los otros títulos para cada una de las dos series de sonetos que había seleccionado de cada libro.

Hacer una selección es siempre algo muy subjetivo, por supuesto. Y a la injusticia que me suponía discriminar cuáles sí y cuáles no, dada la pareja calidad e interés de todos los sonetos que componen ambos libros, había que sumar la necesidad de limitar la extensión de la obra. Y yo me vi obligado a ello, con harto pesar por tener que condenar a muchos a quedarse fuera. Pero tuve que hacerlo así, pues se trataba de eso o nada.

Y ante esa disyuntiva preferí lo primero, con la esperanza de que algún día se pueda recompensar con su publicación a los ahora apartados.

José María Arévalo nació en Ceuta en la primavera de 1922 y falleció en Madrid pocos días antes de que se iniciara la de 1985. Así pues, la florida estación se constituye en el Alfa y el Omega de su vida. Pero, a pesar de ese prometedor sortilegio, conoció más los abrojos que las rosas, sobre todo en sus primeros tiempos. Cuando aún era casi un niño perdió trágicamente a su madre, a la que adoraba, y este tremendo impacto le dejó marcado para siempre, de tal manera que sus consecuencias afloran muchas veces en su poesía, donde la muerte es como un “leit motiv” reiterativo, un persistente bajo continuo que solo se amortigua cuando aparecen el contrapunto del amor a Elena y la pasión por el mar, la naturaleza y la vida.

Así, como en una contienda que se le va desarrollando en el subconsciente y que repercute en su inspiración poética, el recuerdo de la madre muerta y la presencia vitalista de su mujer, entrelazándose, constituyen la urdimbre sobre la que teje la mayor parte de su universo lírico personal. Junto a estas dos determinantes, aparecen también algunas otras, suscitadas naturalmente por su realidad vital e histórica: su infancia y juventud en Ceuta, su fidelidad a esta ciudad, sus entusiasmos andalucistas, su pasión por los paisajes, las gentes, lo popular, la fiesta taurina, etc. Por otro lado, son evidentes su profundo y sincero sentimiento religioso con las frecuentes alusiones a Dios, su amarga decepción en cuanto a la condición humana, y su rebeldía ante circunstancias sociales o políticas que le disgustan.

Estas son, en mi opinión, las claves más importantes para entender la poesía de Arévalo.

“Levanto en catedral mi pensamiento” y “Los ojos derramados” constituyen toda una apoteosis del soneto. En ambos libros, José María Arévalo se muestra dominador de la técnica sonetística. Hábil versificador al que no le asustan las rimas difíciles, y poseedor de un rico léxico que no excluye la utilización de términos de uso infrecuente, va esculpiendo sus sonetos con minuciosidad preciosista, con “exactitud parnasiana”, según diría de ellos José María Pemán. Su estilo se podría decir que se inscribe en una especie de neogongorismo, sobre todo por el empleo, quizás un tanto abusivo, del hipérbaton. Pero su barroquismo, brillante y rico en imágenes y metáforas de una sensualidad colorista y sugerente, conforma todo un mundo estético en el que subyacen reminiscencias del movimiento modernista de Rubén Darío, Salvador Rueda y Juan Ramón Jiménez, o tal vez de los poemas de Rabindranath Tagore que él leía en su juventud.

La necesaria limitación de esta antología no permite llegar a tener la idea plena y precisa del contenido emocional de esos dos libros, ni yo puedo transmitirla con este torpe prólogo. El complejo panorama de sus sentimientos, pensamientos, inquietudes, amarguras, gozos y esperanzas ante la vida y sus circunstancias, solo puede aparecer aquí a retazos, como piezas sueltas de un puzzle que el lector habrá de recomponer llenando los espacios vacíos con todo lo que la paciente lectura de esta antología y de los dos libros anteriores le permita intuir. En los cuatro libros de Arévalo, dos publicados (“Del umbrío pinar de la marea” y “De los hombres vengo”) y dos inéditos, se halla la síntesis de toda la trayectoria vital del poeta. Y casi siempre, como ya he dicho, con la muerte omnipresente fluyendo por sus poemas, desapareciendo y volviendo a aparecer como un Guadiana obsesivo en su mente creadora. O más aún: como un presentimiento de su proximidad, tal como expresara en los siguientes versos con un símil taurino:

Como un toro sangrando por la arena,
con mi angustia al caballo embisto fuerte
cuando el filo clavado de la muerte
me muerde el corazón con tanta pena.

... y qué profundo se hace mi lamento:
que herido estoy de muerte y ya presiento
que en mis ojos me arrastran las mulillas.

José María Arévalo murió inesperadamente en la mañana del séptimo día de marzo de 1985. Todavía no había cumplido los sesenta y tres años. Pero se sentía muy joven, muy ansioso de vivir, y era feliz. Empezaba otra primavera.

EDUCACIÓN Y TIEMPO ACTUAL

(“Última Lección” del profesor Juan Díaz Fernández. Celebrada el 16 de mayo de 1990 en el Salón de Actos de la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de EGB)

Si tuviéramos que destacar entre todas las actividades humanas la más perentoria y digna de preocupación en este tiempo en que vivimos, yo no me lo pensaría mucho para elegir a la actividad educativa. Porque si de la Filosofía y de la Experiencia se dice que son “la madre de las Ciencias”, lo mismo se puede afirmar de la Educación, que no solo es la madre, sino la base, la energía, el motor y hasta la herramienta principal de todas las demás actividades que los hombres han de realizar para tratar de conseguir el bienestar y la felicidad en la vida. Pero antes de una actividad, la Educación es una necesidad humana a la que hay que atender a toda costa. Esto último quiere decir que si para atenderla es preciso prescindir de todo aquello que no satisfaga una necesidad vital o que no contribuya a mejorar la condición humana y la sociedad, se prescinde. Con lo cual, la Educación no es solo la actividad más perentoria y preocupante hoy, sino también la más prioritaria.

Cuando hablamos de Educación, todo el mundo tiene enseguida una idea más o menos precisa de lo que se quiere significar con esa palabra. Pero, tal vez, muchos crean que consiste solamente en una serie de normas de cortesía y respeto a los demás. Es decir, todo aquello que cuando yo era niño aprendíamos en los manuales de una vieja asignatura que se llamaba urbanidad. Recuerdo que además nos hacían leer un libro cuyo título me resulta todavía antipático porque servía para que mis compañeros del colegio se estuvieran metiendo continuamente conmigo, pues se llamaba aquel libro “Juanito, el niño bien educado”. ¡Dios haya perdonado a su autor!...

Pero la Educación, considerada a un nivel universitario, es otra cosa. No consiste precisamente en saber saludar, ceder el asiento, utilizar los cubiertos en la mesa, y no meterse el dedo en la nariz. Y cualquier alumno de esta escuela, haya aprobado o no la Pedagogía de primero, sabe muy bien que el número de definiciones que se han dado de Educación, es casi infinito, ya que no solo pesan para ello los criterios ideológicos, políticos y religiosos, sino que además se tienen en cuenta multitud de factores, elementos, objetivos, finalidades, y hasta circunstancias socio-culturales. Y por eso resulta siempre muy arriesgado elegir una definición que sea por sí misma tan absoluta y taxativa que posea la exclusividad definitoria. Y es que hay tantísimas definiciones que forzosamente hemos de llevar a cabo una labor de selección y síntesis para dar con una que no repugne a nadie y que lo más acertadamente posible exprese en pocas palabras la esencia del concepto. Además,

existe otra complicación: que el idioma resulta a veces tan pobre, al menos el nuestro, que un mismo vocablo se utiliza para designar dos fenómenos distintos. Y así, por ejemplo, el término “educación” lo empleamos tanto para referirnos a una actividad, la de adquirir o impartir conocimientos, como para un resultado, el conjunto de los conocimientos que se adquieren o reciben.

Todo esto, hace que cualquier definición que se quiera dar con pocas palabras, resulte siempre incompleta, por no decir inexacta, o al menos que no recoja toda la amplitud y variedad que se contiene en el fenómeno educativo.

No obstante, y dando por sentado todo lo anterior, voy a ofreceros una muestra de las definiciones que me parecen más significativas, sin pretender ser exhaustivo, por supuesto:

En primer lugar la de Platón, el filósofo griego del siglo V a. de C., por ser esta la inspiradora de muchas otras. “Educar –dice Platón– consiste en dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección de que son capaces”. Conviene aclarar aquí, para que nadie tome esto de la belleza en otro sentido, que Platón identificaba la Belleza con el Bien, entendiendo como Bien aquella cualidad o cualidades del ser que lo hacen que sea ese ser y no otro parecido. Así, la Belleza de un ser humano, según la doctrina platónica, estará en que sea plenamente un ser humano, diferenciado de los otros seres animales.

Veintidós siglos más tarde, otro filósofo el alemán Emmanuel Kant, coincidió con Platón al afirmar que “la Educación es el desenvolvimiento de toda la perfección que el hombre lleva en su naturaleza”. Con esta definición, Kant introduce, al emplear el término “desenvolvimiento”, la idea de Educación como proceso dinámico, algo que se pone en marcha para aprovechar mejor las cualidades naturales de la persona. Y ya en nuestros días, el gran maestro de la Pedagogía española contemporánea, Víctor García Hoz, recoge el testigo que le llega desde Platón y viene a decir que “La Educación es el perfeccionamiento intencional de las facultades específicamente humanas”.

Estas tres definiciones, tan alejadas históricamente unas de otras, coinciden desde luego en un mismo principio categórico: que el perfeccionamiento del hombre depende de la Educación que recibe o adquiere por sí mismo.

Con una visión más teológica, Dante, el poeta de “la Divina Comedia”, diría en el siglo XIV que la Educación “tiene por objeto asegurar al hombre la Eternidad”. Y el Papa Pío XI, dentro del mismo espíritu religioso, proclamaría que “educar es cooperar con la gracia divina en formar al perfecto cristiano”.

Otros pensadores esclarecidos se han ido manifestando en la misma línea que arranca desde Platón. Así Herbert Spencer, un filósofo inglés del siglo pasa-

do, afirmaba que “la Educación es la preparación para la vida plena”. Y nuestro Gregorio Marañón, decía a su vez que “la Educación es la superación ética de los instintos”, con lo cual entroncaba también con la idea platónica de que la belleza o el bien del hombre consiste en diferenciarse de los demás animales.

Como fácilmente podréis apreciar, todas estas definiciones hacen hincapié en el perfeccionamiento, en cuanto que este perfeccionamiento que proporciona la Educación convierte al humano en plenamente humano, lo capacita para alcanzar la mayor felicidad posible en este mundo, le ayuda a dominar sus más bajas inclinaciones y le proyecta hacia su más alto destino. Por supuesto que ninguna de esas definiciones me parece desdeñable, pero todas ellas contemplan el fenómeno educativo limitándose al hombre como ser individual. Sin embargo, ya sabéis que el hombre es también, por naturaleza, un ser que vive y se desarrolla en el seno de un grupo.

Por lo cual es preciso que la Educación admita igualmente esta otra dimensión de los seres humanos: su dimensión social. Y en este sentido, hay muchas otras definiciones, de las cuales he seleccionado tres: Una la de Willman, que dice así: “La Educación es el influjo previsor, directriz y formativo que ejercen los hombres maduros sobre la juventud, con objeto de hacerla participar de los bienes que sirven de fundamento a la Sociedad”. Otra, la de Durkheim: “La Educación tiene por misión desarrollar en el educando los estados físicos, intelectuales y mentales que exigen de él la sociedad política y el medio social al que está destinado”.

Y por último, la del francés Hubert: “La Educación es el conjunto de las acciones e influencias que ejerce un ser humano sobre otro (en principio un adulto sobre un joven) y que están orientadas hacia un objetivo que consiste en la formación de disposiciones de toda índole que corresponden a los fines para los que esos jóvenes están destinados cuando lleguen a la madurez”.

Estas definiciones pecan también de incompletas y son susceptibles de ser analizadas e incluso corregidas. Pero no temáis, que no lo voy a hacer ahora: dejo esta labor a mis dos buenos compañeros y amigos, los profesores de esta Escuela D. Juan Lara y D. Eudaldo Corchón, que lo podrían hacer con más autoridad que yo. Sin embargo, sí que me voy a atrever a sintetizar las principales ideas que han ido apareciendo y a pergeñar una definición más, la mía, que se puede concretar así: “La Educación es el cultivo y desarrollo de las aptitudes (con pe) que el hombre lleva consigo, para que pueda por sí mismo aportar soluciones propias a los problemas vitales y profesionales que encuentre en su vida, y sea capaz asimismo de adoptar una actitud (con ce) provechosa ante el mundo, la sociedad y el fin último en el que crea”. (Advierto a los alumnos de Pedagogía que esta definición no está

recogida todavía en los textos, pero la pueden utilizar en el próximo examen, pues ni D. Juan ni D. Eudaldo se la van a tachar).

Dicho todo esto, y para adentrarme ya en la segunda parte de esta lección, echaré mano de una última que viene a representar, en cierto modo, lo que hoy se piensa de la Educación. Es lo que dice el ruso Suchodolsky, y os pido que la recordéis bien: “El conjunto de la Educación estriba sobre todo en formar hombres capaces de elevarse al nivel de la sociedad moderna, o sea, de encontrar el sentido de la vida en este mundo nuevo”.

No hace falta ser un lince en la observación para darse cuenta de que vivimos actualmente en un mundo aquejado de problemas que ponen sombras en nuestra vida. Estos problemas van desde la convivencia pacífica entre los hombres y entre los pueblos, hasta aquellos que se generan en cada persona en su búsqueda del bienestar y la felicidad. Los primeros son una consecuencia, principalmente, de la desigual e injusta distribución y disfrute de los beneficios que se obtienen de la explotación de los recursos naturales, del trabajo, y del progreso tecnológico; los segundos nacen de causas muy complejas que tienen mucho que ver con las aspiraciones íntimas de cada persona y con la respuesta que, según su educación, es capaz de dar a los avatares de su propia vida y a las circunstancias en medio de las cuales transcurre su existencia.

No obstante, recordando el título de una conocida película de Stanley Kramer, podríamos decir sin exageración que el mundo está loco, loco, loco... Pues la verdad es que no hay quien lo entienda: todo anda desequilibrado, inestable, cambiante, imprevisible, y yo diría que histérico. Y, lo que es peor, cabalgando sobre una especie de péndulo loco que tan pronto va de un lado para otro como se detiene y echa a andar de nuevo. No es extraño, pues, que muchas veces no sepamos qué pensar, ni a qué atenernos, y que nuestras actitudes, aquellas que nos propicia la educación recibida, nos resulten ineficaces ante tanto desmadre como vemos cada día a nuestro alrededor. Esto nos provoca una cierta sensación de desconcierto y de inseguridad que nos enturbia los posibles gozos que hayamos podido alcanzar y nos lleva a perder la confianza en las personas y también a veces en las instituciones.

Y no me preguntéis que a qué se debe todo esto, pues no soy ningún sociólogo autorizado, ni un oráculo que tiene respuestas para todo... Sin embargo, intuyo que las posibles causas, al menos las causas remotas, no andan muy lejos de todo lo relacionado con la evolución tecnológica y con una evolución humanística que no sigue el mismo ritmo que aquella. Se está pasando de un tipo de civilización y cultura a otro nuevo: nos hallamos en pleno período de transición desde una era que podemos llamar agrícola-industrial, e incluso post-industrial, a la era que se

denomina tecnológica; y de una sociedad jerarquizada a una sociedad igualitaria, aunque todavía quedan fronteras y distancias, que se establecen por el patrón dinero, como antiguamente: la educación no abre todavía todas las puertas, y el dinero sí.

Muchos valores, modos de vida, costumbres, estructuras sociolaborales, y actitudes personales se van quedando obsoletas, pasadas de moda, y van siendo desplazadas por otras. Estamos asistiendo, cada vez con más estupor, a la crisis de lo tradicional y al avance arrollador de las innovaciones. Además, todos estos cambios innovadores hacen que muchas cosas se precipiten, de tal manera que a nada que uno se descuide y pierda comba, puede pasar en muy poco tiempo de ser un “progre” a convertirse en un “carroza” como dice la gente joven, o se queda anclado en el pasado rumiando nostalgias. Yo pienso que este fenómeno no es nada nuevo en la Historia, sino que igual ha ocurrido en todas la épocas. Lo que ocurre ahora es que todo está sucediendo con inusitada rapidez. La Historia de la Humanidad ha estado caracterizada siempre por un continuo proceso evolutivo de la cultura, y más concretamente de las técnicas necesarias al hombre para el desarrollo de su vida sobre el planeta Tierra. Pero si hasta hace un par de siglos ese proceso se había producido con un ritmo más o menos lento o pausado, desde entonces para acá se ha ido acelerando cada vez más hasta convertirse en vertiginoso y frenético. Pensad en los cientos de siglos que se tardó en llegar desde el hacha de piedra a la máquina de vapor y a la electricidad aplicada; y cómo en apenas cien años se ha pasado del quinqué y la luz de gas al rayo láser, del barco de vela y los coches de caballos a la propulsión a chorro y a las naves espaciales, de la linterna mágica a la televisión, y de la pluma y el tintero a los ordenadores. En estos instantes, un ingenio creado por el hombre camina por los espacios interplanetarios con rumbo a Júpiter en un primer viaje exploratorio de varios años, equipado con los más sofisticados aparatos e instrumentos de investigación y comunicaciones, como un nuevo y prodigioso “Clavileño” mágico que al de Don Quijote deja convertido en un simple caballito de tiovivo. Y mientras tanto, aquí abajo, se penetra cada vez más adentro en los misterios de la genética, con descubrimientos tan alucinantes como la posibilidad, que ya se vislumbra, de poder manipular con los cromosomas humanos para hacer que nazcan seres clónicos, o sea, totalmente idénticos, e incluso seres perfectos física e intelectualmente, con lo cual el mito de una raza de superhombre con el que soñaba Hitler, está cada día más cerca, “a la vuelta de la esquina”, al alcance de la mano de los científicos.

Todo esto, que quizá pueda pareceros una broma o un cuento de viejas para entretener o asustar a los niños que se quieren dormir, no está tomado de los relatos de ciencia ficción de Isaac Asimov o de Ray Bradbury, ni de la novela “Un mundo feliz” de Aldous Huxley, sino que está ya ahí mismo, como están ya aquí la

energía termonuclear, la microelectrónica, la informática o los niños probeta. Es lógico, pues, que se haya generado una nueva cultura, la llamada enfáticamente “postmodernidad”, para la cual se hace necesaria una nueva educación.

Erich Fromm, en su libro “La revolución de la esperanza”, dice que nos encontramos en una encrucijada: “uno de los caminos nos lleva hacia una sociedad completamente mecanizada, en la cual el hombre sólo será el desvalido diente del engranaje de una máquina..., el otro conduce a un renacimiento del humanismo, a una sociedad que ponga la técnica al servicio del hombre”.

Y esto me recuerda la conferencia que pronuncié en este mismo salón hace pocos años y cuyo título era “Del hacha de piedra al cerebro electrónico”. En aquella conferencia, yo hacía unas reflexiones en torno a la falta de sincronización que percibía entre el progreso tecnológico y la evolución humanística. ¿Qué le espera al hombre el día en que las máquinas y los robots realicen todo el trabajo que él realiza ahora?, preguntaba. Indudablemente, será entonces la civilización del pleno ocio, el “*dolce far niente*” que dicen los italianos, el cómodo y supongo que delicioso no hacer nada. El peligro que podría cernirse entonces sobre la Humanidad, es que los hombres se abandonen a la satisfacción de sus instintos más primarios y a la ebriedad consiguiente, en vez de entregarse al cultivo de las aptitudes superiores del espíritu, a la búsqueda de lo trascendente y a la mejora de la convivencia. En definitiva, al ejercicio del humanismo más depurado como único camino hacia el bienestar y la felicidad. Yo no sé si tenemos razones para esa esperanza que dice Fromm, pero quiero creer que sí, pues si no creemos y esperamos en eso, ¿en qué podremos creer y esperar?... ¿En otra máquina que fabrique esperanzas?...

Y hay una cosa curiosa: se piensa con cierta expectación, e incluso temor, en una posible invasión de seres extraterrestres, cosa que me parece aún demasiado fantástica, pero nadie piensa ni teme a esa otra invasión de la electrónica y la robótica que ya ha llegado a invadir hasta la cocina de nuestros hogares. Y es que verdaderamente resulta cómoda y nos ofrece además muchas posibilidades de disfrute. Sin embargo, también es cierto que nuestra felicidad y nuestra seguridad dependen más cada día de factores tecnológicos en vez de factores humanísticos. Y que el gran poder que hoy día nos protege, nos ayuda y a la vez nos controla y nos avasalla, no es ya la divinidad sino una computadora.

Por otro lado, la acelerada evolución de los conocimientos tecnológicos relacionados con nuestras necesidades materiales no está teniendo todavía una réplica paralela en cuanto a las necesidades espirituales y a la ética o doctrina de la conducta. Existe, por lo tanto, un cierto desnivel entre tecnología y humanismo.

Esa misma rapidez y ese desnivel producen también diferencias de actitudes entre una generación y la siguiente, e incluso dentro de una misma generación,

diferencias que van siendo cada vez más acusadas y ostensibles. Así, entre mayores y jóvenes, y entre padres e hijos, se abren grietas que a veces se convierten en profundos abismos que los separan y los distancian. Esto, que hasta cierto punto es lógico y natural, pues cada uno es fruto de su tiempo, entraña también sus riesgos, sobre todo cuando esas diferencias se producen con demasiada celeridad y con violencia. Entonces sobreviene lo que se ha llamado “el conflicto generacional”, de tan funestas y dolorosas consecuencias en muchas familias, por defectos de comunicación y comprensión entre las partes, aferrada cada una a su postura ante la vida y las cosas. Confieso que entre mis hijos y yo hay más diferencias de ideas y actitudes que las que hubo entre mi padre y yo. Pero afortunadamente no ha llegado nunca a estallar el conflicto, y sólo se produjeron ligeras escaramuzas sin trascendencias.

Bueno, aparte de estas breves consideraciones sobre la aceleración del proceso tecnológico-cultural, se podrían hacer otras muchas que reflejan igualmente la complejidad de este mundo y esta sociedad que nos está tocando vivir. Yo voy a destacar dos: las contradicciones y el individualismo.

Lo contradictorio parece estar a la orden del día. A manera de ejemplos sirva lo siguiente: Hay países muy desarrollados y países que permanecen todavía en un penoso subdesarrollo; gentes que han superado con creces la cuestión alimenticia y gentes que mueren de inanición; existen guerras y carreras de armamentos, y movimientos pacifistas que se oponen a los gastos y servicios militares; se emprenden campañas de protección y defensa de la naturaleza, y al mismo tiempo se sigue agujereando la capa de ozono; se pone el énfasis publicitario en el consumo de bienes superfluos, y hay quienes carecen de los mínimos artículos básicos para sobrevivir; existe un desarrollo creciente de las industrias y ofertas para el ocio, y a la vez una búsqueda desesperada de puestos de trabajo; se avanza considerablemente en las comunicaciones, y muchas personas sufren crisis de soledad; se preocupa la gente madura por aferrarse a la juventud y parecer joven a base de vestirse y comportarse como los jóvenes, de observar dietas adelgazantes, de hacer “footing” y de atiborrarse de vitaminas, jalea real o hierbas de todo tipo, mientras se detecta un aumento escalofriante de las muertes por enfermedades cardiovasculares...

En cuanto a lo del individualismo, este es uno de los caracteres más acusados de la sociedad actual, en detrimento por supuesto de la proyección social, sobre todo en nuestro país. Por lo general, el hombre de hoy se adora en primer lugar a sí mismo. Es la soberbia del Yo: yo soy, yo digo, yo hago, yo quiero, yo exijo... Juan Cueto, en un libro titulado “Mitologías de la modernidad”, llama a esto “el mito del Narciso”, y dice lo siguiente: “La mirada del Narciso no refleja ya el universo

exterior, sino su propio ombligo. Es una mirada engolfada en su yo de marfil, que excluye lo social, huye de lo político, devalúa lo colectivo, ignora lo solidario, y sólo está atenta a los avatares minúsculos de su propia identidad”.

Pero lo más grave es que este individualismo se da también a niveles colectivos, presentando sus más claras manifestaciones en los nacionalismos, los regionalismos, los localismos y los “chauvinismos” exaltados. Y así, viviendo como vivimos en un mundo que cada vez está más necesitado de una conciencia universalista, y en una Europa que busca su unidad paso a paso, estamos asistiendo aquí en España a una serie de brotes disgregadores y separatistas que incluso tiñen de sangre la vida del país.

Como conclusión de estas reflexiones que os he ido hilvanando, creo firmemente que la mejor solución para todos los retos que nos plantea la complejidad del tiempo actual está en la Educación; en ese cultivo y desarrollo de las aptitudes que cada hombre lleva consigo, como os dije al principio de esta lección que, para mí va a ser la última. Pero no quiero terminar sin señalaros que la Educación, la definamos como la definamos, es una responsabilidad que concierne especialmente a todos los que sintáis la hermosa vocación de educar y que, por ello, estáis dispuestos a enfrentaros a la tarea diaria de inculcar en las nuevas generaciones una cultura que, sin despreciar los favores y exigencias de los avances tecnológicos, no le vuelva la espalda a la formación humanística, ni desdeñe materias como la Literatura, la Historia, el Arte y todas aquellas que contribuyan al perfeccionamiento moral y espiritual de la persona.

No quisiera finalizar sin tener un recuerdo emocionado para dos alumnas mías, María José Mata Rivas y Donna Israel, desgraciadamente fallecidas hace muy pocos años a mitad de curso.

¡Ea!, nada más. Esto se ha terminado. Os abrazo a todos.

Juan Díaz Fernández

26 de mayo de 1990

LECCIÓN (“EL REENCUENTRO”)

(Reunión de I Promoción del Plan 1967 de la E.U. de Magisterio)

Han ido pasando los años, creo que unos veinticinco, desde que un día salisteis de nuestra Escuela Universitaria con el Título de Profesores y Profesoras de E.G.B. Y este sábado de Primavera, os reunís todos los componentes de la I Promoción del 67 que habéis podido venir, para reencontraros unos a otros y a los pocos miembros del profesorado que aún quedamos aquí de todos los que os impartimos nuestras enseñanzas

Ahora todos y todas pertenecéis a una de las categorías profesionales más santas, sacrificadas y hermosas de cuantas hay, un verdadero sacerdocio puesto al servicio sublime de mejorar la condición humana, pues vivimos en un mundo atormentado y confuso que sólo puede salvarse por la educación, y, por lo tanto, los que nos dedicamos a esa tarea, puede decirse que tenemos una responsabilidad extraordinaria que va más allá de la simple solución económica a nuestras vidas. La sociedad pone en nuestras manos su futuro, y de lo que nosotros seamos capaces de hacer depende su progreso, su paz y su felicidad. Y si un día escogisteis este destino por un impulso vocacional que os honra y dignifica, creo que podéis sentirlos orgullosos.

La idea de este reencuentro ha sido estupenda, más que nada porque, aparte de lo que significa de emocionante vuelta atrás en el tiempo, a nadie se le ha ocurrido celebrar algo igual. Por eso os puedo asegurar que, tanto yo como mis compañeros, nos sentimos muy complacidos.

Hoy os vais a reencontrar con los que compartieron con vosotros las aulas y con los lugares que fueron testigos de vuestros afanes estudiantiles, de vuestras ilusiones, de vuestros amores tal vez, y –¿por qué no decirlo también?– de vuestras fatigas y penalidades, pues de todo hubo. Muchos venís de vuestros lugares de residencia en la Península, en una especie de peregrinación sentimental; otros, quizás los menos, permanecisteis aquí en Ceuta. Pero todos pensáis que el hecho de reencontraros en esta ciudad puede ser como volver a vivir por unas horas la experiencia de una etapa que fue muy importante en vuestras vidas. Y esto, no os quepa duda, es siempre muy emocionante. La pena es que si bien podemos retornar a los lugares del pasado, nos resulta imposible el retorno a ese tiempo, aunque sí podamos retornar a cuanto de él nos quedó en el recuerdo.

En el programa de la jornada está una visita al Santuario de nuestra Virgen de África, a la que probablemente le pedisteis más de una vez que os ayudara en un examen. Visitaréis también nuestra inolvidable Escuela y trataréis de encontrar

de nuevo las sensaciones de antaño, los olores, sonidos y luces que, día tras día, impresionaban vuestros sentidos. Os imaginaréis en sus aulas y por sus pasillos, trataréis de descubrir las imperceptibles huellas de vuestros pasos en ellos, y de recuerdo en recuerdo iréis reconstruyendo ese trozo de vuestra historia que allí se desarrolló. Cumpliréis con la cortesía de visitar el Ayuntamiento, que posiblemente os ayudó con becas y subvenciones. Realizaréis un pequeño recorrido turístico en autocar, y después nos reuniremos todos en una comida de hermandad.

Vais a comprobar, con una mezcla de alegría y tristeza, cómo todo ha ido cambiando, tanto los lugares como las personas. Encontraréis bastante cambiados los rostros y figuras de los compañeros y compañeras a los que no veíais desde hace mucho tiempo, así como de nosotros los profesores y profesoras. Veréis algunas o muchas canas, incipientes o acusadas calvas, indisimulables gorduras y deterioros, como huellas del paso inexorable de los años, y quizás también algo de cansancio y pérdida de ilusiones. Y echaréis de menos a los ausentes que no pudieron venir y a los que ya no están en este mundo. Pero, eso sí, beberéis de nuevo la embriagadora copa del compañerismo. Y, cuando al finalizar la jornada regreséis todos y todas a la cotidianeidad de siempre y a las distancias que os separan, estoy seguro de que os quedará en el espíritu el regusto agri dulce de los reencuentros y el propósito de repetirlos. Porque, como dice un poema de Wordsworth, “aunque ya nada pueda devolvernos la hora del esplendor en la hierba, de la gloria y de las flores, no debemos afligirnos, porque siempre la belleza subsiste en el recuerdo”. Así pues, que el reencuentro os sea una auténtica jornada de esplendor, plena de recuerdos y amistad.

(¿1992?)

LECCIÓN

(Reunión de XXV aniversario de la promoción de 1971 de Magisterio)

Me gustaría empezar esta clase imitando a Fray Luis de León con estas palabras: “Decíamos, hace veinticinco años...”, pero la verdad es que ya no me acuerdo de lo que estábamos diciendo entonces... !Ah, sí: era algo de Historia!

Pero la Historia –ahora os lo puedo confesar– a mí no me gusta mucho, porque es una larga fila de cadáveres. A mí me gustan más la Geografía y el Arte, que tienen más vida y belleza. Vida y belleza que hay también en el hecho de habernos vuelto a reencontrar todos en este día. Y, por eso precisamente, es de esto de lo que os voy a hablar ahora, con la tranquilidad para vosotros de que nada de esto irá a examen. Pero, aun en el caso de que lo fuera, no necesitaríais las “chuletas” que en otros tiempos utilizabais para engañarme, !que no me engañabais!, ni echar una ojeada a lo que escriba el compañero o la compañera de al lado.

Parece a primera vista que nada ha cambiado desde entonces: la misma Escuela, las mismas aulas, el mismo paisaje por las ventanas, los mismos sonidos y olores, el mismo profesor, los mismos alumnos... Y, sin embargo, fijaos bien: en la Escuela y en las aulas se han hecho algunas obras; los pupitres son otros; por las ventanas se ve el mismo paisaje pero con algunas modificaciones. Ya no se ve por los pasillos a la buena de Julia, tan seriecita, agradable y siempre dispuesta a ayudar, ni tampoco a África, tan guapa, ni a Gerardo, tan “cachondillo” él, siempre dispuesto a tomarse un tinto con cualquier alumno que le invitase. Tampoco andan por aquí don Jaime, don Teófilo, ni las hermanas Raigada, doña Gloria y doña Pilar, ni don Jesús, ni don Óscar...

Sí, el tiempo ha pasado, veinticinco años han ido pasando por nuestras vidas. Y, como se dice en el Quijote, “en los nidos de antaño, ya no hay pájaros hogaño”, que quiere decir que nada es como era. En cuanto a nosotros mismos, ya lo veis: más kilos encima, gorduras y arrugas más o menos disimulables, canas y calvas, maridos, esposas, hijos, problemas para ahorrar algo de dinero a fin de mes... y quizás un cierto cansancio de tanto trabajar, pues, aunque dicen que el trabajo de un profesor no mata, sí que cansa y desgasta, ¿o no? Quizás tengamos el mismo espíritu, más experiencias y sabiduría, más ilusión y satisfacciones en el trabajo porque eso no nos lo puede quitar el tiempo, ya que depende de la vocación y de saber que estamos haciendo algo bueno en favor de nuestros alumnos y de la sociedad a la que pertenecemos. Pero quizás también, ¿a qué negarlo u ocultarlo?, aniden en muchos de nosotros los pájaros del desencanto, los de la nostalgia y los de las incertidumbres: los del desencanto, porque no todo a nuestro alrededor y

en nuestra vida es como hubiéramos querido que fuese; los de la nostalgia, porque nos llegan muchas veces con los recuerdos de otros tiempos en que éramos jóvenes estudiantes; y los de las incertidumbres, porque empezamos ya a no tener tantos sueños y esperanzas como hace veinticinco años, a no saber qué nos espera cada día de bueno o de malo, cosa que antes no nos preocupaba tanto, al menos a vosotros que, con menos dinero, lo teníais todo: la *jucundam juventuten* que dice nuestro himno, el *Gaudeamus igitur*; la vida por delante; las energías; las ilusiones; la fe, incluso, en las personas y en las cosas.

Sin embargo, habéis decidido reuniros otra vez y venir aquí. Y yo me pregunto: ¿Venir a qué? ¿Venir en busca de qué? Os lo diré. Hay un libro, una joya de la literatura universal que escribió un escritor francés, Marcel Proust. Su título lo dice todo: “En busca del tiempo perdido”. Vosotros, seguramente, habéis venido a reencontraros con aquel tiempo que se fue perdiendo en la lejanía, con aquellos lugares de vuestra vida estudiantil, con aquellos compañeros y profesores (los que seguimos vivos). Pero, no nos engañemos: el tiempo no vuelve hacia atrás, no se rebobina como una cinta de casete. Solo se puede recordar. Y esto es lo que significa esta conmemoración, conmemorar, o sea, recordar juntos. Y esto es lo importante. Porque, como dice el poema de Wordsworth, “Aunque ya nada pueda devolvernos la hora del esplendor en la hierba, de la gloria y de las flores, no debemos afligirnos, porque la belleza subsiste en el recuerdo”. Así que recordemos el antiguo esplendor de vuestra vida juvenil en esta Escuela, en la que si bien pasasteis algunos malos ratos, también vivisteis otros muy buenos. Y estos son los que se tarda más en olvidar. Los otros, se olvidan pronto.

Yo había pensado daros una clase de Historia, recordando los acontecimientos de aquel año 1971, en el que en España ocurrían cosas que anunciaban ya una nueva era histórica. Pero desistí de hacerlo, al considerar que lo más importante para vosotros es lo que a vosotros os ocurrió: que conseguisteis terminar vuestra carrera y abrir en vuestras vidas nuevos caminos, nuevos estudios algunos y algunas, el trabajo profesional, el matrimonio, los hijos... Todo eso es la vida, la belleza del vivir. Y la Historia, como os dije antes, no es más que una larga, larguísima fila de muertos.

Por eso, ¡hala!, alegrémonos de que estamos vivos y recordemos juntos todo lo bueno que haya que recordar. Y, si Dios quiere, los que quedéis volved a reuniros cuando transcurran otros veinticinco años. No sé si para entonces seguirá aquí la Escuela, ni siquiera si Ceuta seguirá siendo de España. De lo que sí que estoy seguro es de que yo no estaré presente. Y de verdad que lo siento. ¡Ea, la clase ha terminado!

(Junio de 1996)

LOS MAJARAS

(Breve estudio sobre unos ejemplares humanos que no se extinguen)

Advertencia previa:

Este trabajo, mitad en serio y mitad en clave de humor, tiene la calificación de SÓLO PARA INTELIGENTES. Absténganse, pues, de echarle la vista encima los cretinos, los pedantes y los circunspectos.

Otra advertencia:

Cualquier parecido o semejanza entre lo que aquí se dice y la realidad, no es pura casualidad, desgraciadamente, sino la misma triste realidad que yo he podido conocer, logrando sobrevivir para contarla.

Y otra más:

Queda autorizada la reproducción total o parcial, pues con algo hay que entretener y distraer al personal, hartos ya de las muchas cosas graves y serias que están ocurriendo en este puñetero mundo (y en esta ciudad, claro).

Ya no hay más advertencias: que cada cual se las apañe.

EL AUTOR

Y empiezo.

Lector amigo: si por ventura eres también de los que disfrutan observando a los seres vivos, y sueñas con poder realizar algún día un safari fotográfico a Zimbabue, a los bosques de la Amazonia, o al “Yellowstone National Park” de Wyoming (USA), que son unos sitios como Disneylandia pero con bichos de verdad, has de saber que aquí en Ceuta la madre Naturaleza pare también unas curiosas criaturas que resultan muy interesantes de observar *in situ* y a su aire. Me refiero a los majaras. Aquí precisamente, sin ir más lejos, y sin correr el riesgo de que te empitone un rinoceronte metiéndote su *cuernazo* por entre las cachas, o se encapriche de ti una anaconda de doce metros y se te lie al cuerpo a la manera de un guayabo de los de ahora, reventándote como a un cucurucho de merengue, o te salga al paso un chacal hambriento y te atrinque un mordisco en un glúteo para ir haciendo boca, o te caigas de una piragua en mitad del Amazona y las pirañas no dejen de ti ni las raspas, podrás gozar igualmente contemplando las manías y trajines de esos ejemplares de la fauna local que no están, ni mucho menos, en trance de extinción.

No vayas a pensar que estos majaras son extrañas aves de exuberantes plumajes, raros peces de colores psicodélicos, juguetones ositos pandas o cangrejos gigantes y peludos, ¡ni tan siquiera lince ibérico o cabra hispánica que se trajeron de la Península los moros de Boabdil! Se trata sencillamente de unos mamíferos humanos que, o bien porque sus genes sufrieron una mutación atípica, o bien porque con los frecuentes vientos de Levante se les ponen en zarabanda las neuronas, o quizá porque alguna lejanísima conjunción de astros interfiere los circuitos del artefacto cerebral que Dios colocó en sus cabezas con la habilidad de un operario japonés de la “CASIO COMPUTER Co. Ltd.”. El caso es que se comportan de forma heterodoxa, arbitraria y disparatada, como si se les trastabillase el programa de funcionamiento sin que haya manera de pararlo.

La verdad es que son seres inofensivos, salvo complicaciones, y a veces hasta cariñosos, pero es aconsejable mantenerse a prudente distancia de ellos, evitando contactos e intimidades, no sea que puedan transmitir algún virus desconocido, sin nombre ni apellidos, que contagie su misma condición.

La Real Academia Española de la Lengua aceptó, no hace demasiado tiempo, el término “majareta”. Según los doctos académicos, “majareta” tiene el mismo significado que “chiflado” cuando acompaña al verbo “estar”. O sea, que “estar majareta” equivale a “estar chiflado” o, lo que es lo mismo en acertada metáfora popular, “tener fundidos los plomillos de la azotea”, que traducido para que todos lo entiendan quiere decir “estar a oscuras en el *torrao*”, o dicho de otro modo: “ver menos que Pepe Leche en las cosas importantes de andar por la vida como Dios manda, derecho y sin tropezar.

Del término “majareta”, y por aquello del ahorro de energías al que se es tan proclive en estas tierras del sur, procede el vocablo “*majara*”, que resulta más económico y se puede además usar sin el verbo. También se emplea el aumentativo “*majarón*” para los casos agudos e irreversibles. Y más modernamente se viene usando el vocablo “*gallareta*” con idéntica significación. Todos estos, según los entendidos de la Academia, tienen un origen desconocido o espurio, pero, a mi modesto entender y colegir, son frutos del orgasmo filológico de algún cachondo mental, tras una noche de vino y francachela cuando aún no existía en España la Televisión.

Los sabios de la R.A.E. no nos aclaran mucho más, ni nos ofrecen una definición más amplia que pueda ser aplicable con propiedad a estas criaturas que digo. No obstante, por mi cuenta y riesgo, a fuerza de insistir en la observación del comportamiento de los majaras y en el análisis de las muestras de “*majaronería*” que presentan, he podido confeccionar un cuadro de peculiaridades que te describo

a continuación, y al que me he atrevido a denominar “síndrome de Don Quijote”, en honor del más sublime majara que imaginar se pudo.

Antes que nada, es justo advertir que el majara no es un individuo aquejado de taras o anormalidades patológicas por las cuales pudiera incluirse entre los locos de atar o entre los tontos de remate, ni en ninguno de los otros grupos de la amplia gama intermedia, aunque tengo que admitir que muchos majaras presentan claros indicios de chaladura, susceptibles de pasar a males mayores si no se les pone remedio a tiempo. Por ello es aconsejable que, como medida preventiva, si tal cosa ocurre, el paciente sea sometido al detenido examen de un psiquiatra, por si acaso. Esto no tiene más objeto que preservar a la sociedad en que vive, pues al tal –en el caso de que el diagnóstico sea de chaladura crónica– no hay quien lo salve ya ni con un trasplante *sesual* (¡ojo!: quiero decir de sesos).

En fin, a lo que iba:

1º.– El majara no nace, se hace. Es posible que exista alguna predisposición congénita, un factor hereditario o un elemento atávico. Esto es difícil de comprobar: habría que rastrear mucho en los antecedentes familiares y raciales. Así que dejemos tranquilos en su paz a los muertos de cada uno, y no nos metamos más con las cosas de la Historia, que bastante manoseo ha habido ya para que, al final, cada cual la cuente según le conviene.

2º.– El majara se va haciendo poco a poco, como los mejillones y los percebes, en circunstancias ambientales, culturales o sentimentales que actúan de caldo de cultivo para que el fenómeno se produzca y desarrolle. En algunos ejemplares, el desarrollo de su majaronería es excepcional, lo cual puede ser imputable al consumo de bebidas alcohólicas, al tabaco, y a los alimentos desnaturalizados.

3º.– Se percibe en el majara un corto complejo de superioridad o propensión a la megalomanía. Esto es detectable por su tendencia a mostrarse con actitudes, gestos, palabras y acciones que intentan dar a entender a los demás que él se halla en posesión de valores elevados y aptitudes meritorias, muy superiores en ambos casos a cuanto realmente posee (esto le ocurre también a muchos individuos normales, pero estos saben disimularlo mejor. En el majara, en cambio, es muy acusado y manifiesto).

4º.– A tono con lo anterior, el majara es un autoconvencido de que posee en verdad tales valores y aptitudes. Por ignorancia o por narcisismo carece de una mínima exigencia de autocrítica. Y si alguien, con la mejor buena voluntad o con cierta dosis de mala uva, pretende hacerle ver que está equivocado en la apreciación que tiene de sí mismo, el majara se resistirá a aceptar las razones que se le presenten. Y, lo que es peor, el no reconocimiento por los demás de sus cualidades

le producirá una dolorosa frustración irritante. Así que lo más prudente o misericordioso es decirle a todo que sí y seguirle la corriente hasta donde se pueda resistir, cosa que no será mucho, salvo en aquellas personas que gozan de una capacidad de paciencia y sufrimiento a prueba de cualquier tortura.

5º.— El majara siente un impulso constante e irreprimible de ejercitar sus aptitudes y demostrar sus valores. Y no solo lo hace por imperativos de su especial condición, sino porque cree que los demás tienen necesidad de que él actúe así. A veces esta creencia adquiere caracteres de auténtico mesianismo. Es terrible entonces: Moisés, a su lado, se queda en un pobre diablo del Sinaí. Y tanto es así que, si llegara el caso, el majara estaría dispuesto a asumir cualquier tipo de heroísmo.

6º.— El majara se halla inmunizado contra cualquier sentimiento de pudor, respeto ajeno o temor al rechazo y al desprecio. Y en consecuencia carece del sentido del ridículo, lo cual hace que él sea el último en darse cuenta, si es que se da, de que alguien se ríe de él ante sus propias narices.

7º.— Pero la característica más notable de todo majara es la ausencia de realismo. Por lo general, vive desconectado de la realidad, o más bien se fabrica la suya propia y en ella permanece como dentro de una cápsula aislante o flotando sobre una nube, inmerso en un mundo de fantasías y figuraciones, en la noosfera, casi en otra galaxia. Cuando ocurre que se le rompe la cápsula o se le desvanece la nube, la caída vertical contra el duro suelo de la realidad llega a desintegrarlo. Por eso, la piedad de los demás le suele dejar que siga en su inocente ingravidez.

Estas son, en síntesis, las principales características o peculiaridades observadas por mí en los muchos majaras que he podido conocer. Debo aclarar que todo este síndrome no es imputable al sexo, ni a la edad, ni al estado civil, ni a la situación económica que se disfruta o se padece. Hay majaras machos y majaras hembras, y hasta majaras gais que, por cierto, suelen ser muy divertidos en sus travesuras, hasta el punto de que llegan a gozar de gran simpatía y popularidad; hay majaras casados, viudos, solteros y también divorciados; los hay viejos, maduros, jóvenes, adolescentes, y hasta niños en su más tierna infancia, pero a estos últimos no se les considera majaras sino prodigios, con gran satisfacción y orgullo de sus progenitores a los que sí que cabría aplicarles el calificativo; y los hay ricos, pudientes, modestos, y pobres de solemnidad (en estos es disculpable y hasta conveniente: así se dan menos cuenta de su miseria). Pero lo más alarmante de este abanico de posibilidades es que todos los mamíferos humanos son potencialmente majaras, de donde deduzco que ni tú, querido lector, ni yo, ni nadie, estamos libres de llegar a serlo alguna vez.

Así que, lector amigo, antes de que se te venga el alma a los pies, lee con atención las distintas variedades de majaras que te voy a presentar ahora, y si

compruebas que en ninguna de ellas te ves ni remotamente reflejado, concédete un voto de confianza y hazte el firme propósito de no escurrirte hacia ninguna. De todas formas, sospecho que, tal como están las cosas en este puñetero mundo, difícil será que no terminemos todos *majarones* perdidos. La única posibilidad de que no lleguemos a serlo es que a cualquier líder de país nuclear, se le resbale el dedo hacia el pulsador de su bomba de neutrones y nos envíe a todos a hacer puñetas en otro mundo donde ninguna majaronería será posible, salvo la de creernos que estuvimos antes en un mundo normal y fuimos normales nosotros mismos.

Y voy con las variedades de majaras. Ya te he insinuado que existen muchas, pues cada una depende del objeto al que cada majara está polarizado. Seguramente tú, que deduzco que eres inteligente ya que llegaste hasta aquí en la lectura, serás capaz de añadir algunas más, pues –como se lee en la Biblia– “el número de los necios es infinito”. Si esto ocurre, toma nota del tipo y envíamela: lo incluiré en la próxima edición.

A.– Majara artístico (*Majara musarum*).

Esta variedad es una de las más abundantes. Es totalmente inofensiva, pero resulta ciertamente insoportable para cualquiera que posea una leve noción de lo que es la creación artística.

El majara artístico se siente tocado por el dedo mágico de alguna Musa, y da en parir engendros que endilga a quien pille por delante, con la intención no ya de proporcionar a su víctima un placer estético, sino de obtener de ella el elogio y el aplauso que más satisfaga a su vanidad. La presa del majara artístico accede la primera vez porque ignora lo que le espera, o por timidez; la segunda vez se resigna por caridad; la tercera se sacrifica y ofrece su inmólación a cuenta de la redención de penas; pero a partir de entonces se espabila y procura escapar en cuanto ve al otro. Esta es quizá la solución: la huida. Mas si, como decía Napoleón, la mejor defensa es un buen ataque, mejor sería echarle arrojo o cara dura al asunto, y atacar sin ninguna piedad, diciéndole al majara de turno después de leer o contemplar su obra: “¡Esto es un bodrio, y tú no tienes ni pajolera idea de esta cuestión!...” El majara artístico te odiará a partir de entonces, pero al fin te dejará en paz.

Unos hacen poemas, o escriben novelas, cuentos o artículos periodísticos. Lo peor es cuando consiguen con sus ahorros editar un libro de lo que sea: entonces te obligan a comprar un ejemplar que no piensas leer ni sabrás dónde colocarlo. Y para colmo se empeñan en ponerte una dedicatoria que te trae sin cuidado.

Otros pintan. Y tal vez consiguen abrir una exposición, poniéndote en el compromiso de tener que adquirirles un cuadro, que tampoco sabrás qué hacer con él y terminarás por regalárselo al primero que se ponga a tiro.

Los hay que cantan, que bailan, que tocan algún instrumento, o que recitan aquello de “Oigo, Patria, tu aflicción...” y cosas por el estilo. Muchos sueñan con hacer carrera en el mundo del espectáculo, y para ello no vacilan en sacrificar familia, dinero y virtud, por lo que son fácil presa para sinvergüenzas y ligones.

B.– Majara cultista (*Majara eruditus*)

Es igualmente inofensivo, pero mucho más plúmbeo. El majara cultista es, por lo general, un autodidacta que accedió con retraso al nivel de los estudios medios o que se leyó un buen montón de libros del tipo de aquellas “SELECCIONES del Reader’s Digest”. También pudiera ser que con un admirable esfuerzo de voluntad esté cursando el Bachillerato Nocturno. El caso es que con unos cuantos conocimientos científicos y literarios adquiridos, se considera ya poseedor de todos los secretos y verdades. Recién llegado a la antesala de la cultura superior, el majara cultista se convierte en un pedante, y atiborrado de datos mal digeridos se empeña en hacer a los demás partícipes de su sabiduría o catecúmenos de su enseñanza. La única defensa contra ellos es también la huida o, si se puede, apabullarles con muchos más conocimientos que los suyos.

Algunos majaras cultistas llegan a pronunciar conferencias, y si te invitan a asistir a ellas, no te queda más remedio que ir, hacerte visible al majara antes de que el acto empiece, sentarte luego cerca de la puerta y escapar en la primera ocasión propicia. O resignarte y pedir a Dios que aquello acabe pronto.

C.– Majara místico (*Majara religiosus*)

Una digestión anormal de las verdades religiosas da origen a un tipo de majara algo más molesto, a pesar de sus ribetes de celo apostólico y santidad. El majara místico se considera elegido por la Providencia Divina, y es capaz de los mayores sacrificios, penitencias y caridades. Esto, que indudablemente puede ser positivo para la Comunión de los Santos, para ejemplo de los descreídos y para la salvación de los infieles, se torna en ocasiones en una pejuguera para los que ni son ni descreídos ni infieles. El majara místico ve en todos los demás a pecadores y futuros condenados, lo cual, si bien puede ser verdad, no le gusta a nadie que se lo estén echando en cara continuamente con afectados aires de cartujo o capuchino.

Por lo general, el majara místico practica una religiosidad externa y ostensible. Contra él no hay más remedio que el cinismo a ultranza, aunque a veces esto resulta contraproducente porque le excita su celo apostólico y no parará hasta conseguir llevarlo a uno a un Rosario de la Aurora, a la fuerza.

D.– Majara parapsicológico (*Majara telepaticus*)

Esta es una variedad reciente, aunque sus precedentes se remontan a la Edad Media. El majara parapsicológico tiene avidez por lo ultrasensorial y ultraterreno. Cree en los poderes sobrenaturales de la mente humana y se afana en conocerlos y poseerlos. Es propenso a la Astrología, a la Taumaturgia y a las prácticas espiritistas. Y sueña con ver aparecer en la paredes de su habitación otras “caras de Bélmez”. Como lector empedernido de Lobsang Rampa que es, espera despertarse una mañana con un tercer ojo en mitad de la frente. Practica el yoga y la meditación trascendental. Procura mantener una dieta vegetariana, pero cuando nadie le observa se engulle unos bocatas de jamón o mortadela para no perder la costumbre.

El majara parapsicológico no resulta peligroso ni molesto, salvo cuando le da por decir que ha recibido un mensaje de la 3ª fase. Entonces es mejor darle crédito, y que sea lo que Dios quiera. Por lo demás resulta hasta divertido. Y hasta, ¡quién sabe!, es bueno tenerlo por amigo, por si alguna vez se produce una invasión de extraterrestres.

E.– Majara político (*Majara rerum publicarum*)

Con la democracia ha proliferado esta nueva variedad. Ciertamente es que ya los había anteriormente, pero es que ahora te salen hasta de debajo de la cama. Y muchos son los mismos, aunque con distinta apariencia.

El majara político es semejante al majara místico, pero con otros intereses más inmediatos y terrenales. Ignora, por lo general, los postulados profundos y básicos de las ideologías políticas, incluso los de la suya propia, y solamente conoce tres o cuatro consignas superficiales.

El majara político se da en todas las opciones o partidos, sin excepción alguna. Dentro del grupo al que pertenece comienza siendo borrego y aspira a ser pastor, pero mientras tanto se las ingenia para lograr un buen prado donde pastar.

Llega a creerse que la sociedad le necesita y de que puede hacer mucho por ella, pero en realidad se afana en hacer algo para sí mismo. Y si tiene suerte lo consigue.

Muy dado a la demagogia, se excede en los gestos y palabras proselitistas o fehacientes de su convicción. Pero, en definitiva, es un pobre diablo que no significa más para sus propios líderes que un instrumento al que le dan cuerda para que se mueva, una especie de “donNicanortocandoeltambor”. Algunos, por los misterios y absurdos de los tejemanejes políticos, llegan a escalar posiciones más elevadas que las que ocupaban al empezar: de simples miembros del rebaño pasan a ser portadores de las esquilas. Y van con ellas, tan felices, en cabeza de la manada.

EPÍLOGO

Eso es todo, mi querido lector. Quizá sigas pensando que tu soñado safari a Zimbabue, a la Amazonia, o al “Yellowstone’s National Park” de Wyoming (USA) es más atrayente y seguro, a pesar de los rinocerontes, de las anacondas, de los chacales y de las pirañas. No te preocupes: yo estoy empezando a creer lo mismo. Y si me apuras un poco, hasta llegaré a poner mis esperanzas en la bomba esa de neutrones. Cualquier cosa es preferible a que te pille por su cuenta un majara. Salvo que uno se haya vuelto tan majara como él, de lo cual ¿quién está libre?

(Fecha indeterminada, pero probablemente de principio de los 80)

CONFERENCIA EN LA CASA DE CEUTA DE BARCELONA

(2 de septiembre, Día de Ceuta, de 1992)

Hace cuatro meses, con ocasión de nuestra Feria de Agosto, un grupo de socios de esta Casa, con su presidente al frente, se desplazó a Ceuta. El Ayuntamiento de la ciudad les ayudó y los trató como se merecían. Y en uno de los actos, un señor hizo un comentario que a mí se me ha quedado grabado en la memoria. Dijo que Ceuta era para él como una madre que no se sabe cuánto se la quiere hasta que se la pierde. Esto, que es una verdad más grande que el Hacho y el Tibidabo juntos, me va a servir de punto de partida para esta charla. Pero también es verdad que vosotros, mis queridos paisanos de Barcelona, no habéis perdido del todo a Ceuta, aunque el destino, o las circunstancias de la vida, hayan hecho que ahora residáis aquí, tan alejados de ella. Y no la habéis perdido porque, afortunadamente, la conserváis viva en la mente y en el corazón. Pues vosotros sois lo que yo llamo “caballas de la ausencia”, o sea, unos ceutíes que ya no viven en Ceuta, pero siguen pensando en ella, la quieren entrañablemente, la recuerdan con emoción, la defienden como sea y ante quien sea, y siempre que pueden se meten un largo viaje en el cuerpo para poder verla de nuevo y estar allí aunque solo sea unos pocos días.

Y de la misma manera que cuando se pierde a una madre se conserva en la memoria el recuerdo inolvidable de su cara, el sonido de su voz y hasta el olor que tenía, así vosotros recordáis de Ceuta su imagen física, sus calles y plazas, sus playas, sus paisajes, su luz, sus maravillosos atardeceres, y también los sonidos, los ruidos y los olores que percibíais cuando vivíais allí. Pues aunque llevéis ya muchos años residiendo aquí, y tengáis aquí organizada definitivamente vuestra vida, y aquí os hayan ido naciendo y creciendo vuestros hijos, estoy seguro de que no se habrán borrado de vuestra memoria la casa donde vivíais en Ceuta ni los lugares que frecuentabais: la Plaza de África, el Puente Almina, la calle Real, la Plaza de los Reyes, la de Azcárate, Maestranza, San Amaro, la Marina, el Recinto, las Puertas del Campo, el Morro, Hadú, la Almadraba, Villajovita, etc.; ni las playas: el Chorrillo, la Ribera, la Peña, el Sarchal, San Amaro, Benítez, Calamocarro, el Tarajal; ni los cines de entonces: el Cervantes, el Apolo, el África, el Astoria, el Avenida; ni el Estadio Alfonso Murube o el Campo del 54; ni el puerto con sus cinco muelles: el de la Puntilla, el de Alfau, el muelle España, el del “Cañonero Dato”, el de Pescadores; ni los pinares del Hacho, ni las excursiones a San Antonio, a Benzú, a Calamocarro; ni la Feria de Agosto, ni las procesiones de Semana Santa, ni el Día de la Mochila; ni los edificios, iglesias, colegios, cafés y bares,

tiendas, etc.; ni las caras y los nombres de la gente que conocíais aunque solo fuera de vista, ni las muchas experiencias o vivencias que allí os ocurrieron.

Aunque muchos españoles consideren, desgraciadamente, que Ceuta no es más que una pequeña, lejana e insignificante ciudad por la que no vale la pena preocuparse, y una especie de Cenicienta que no merece el mismo trato que las demás, para vosotros es como una madre a la que no se quiere perder. Por lo tanto, podéis sentir os muy orgullosos de haber nacido o vivido allí, y decir en voz alta que sois “caballas”, y a mucha honra.

La vida de una persona puede escribirse en un libro. Y hay muchos libros que nos cuentan las vidas extraordinarias de personas que protagonizaron grandes hazañas o realizaron cosas importantes para su país o para la humanidad. Pero hay también muchas otras vidas que son corrientes y vulgares, vidas de hombres y mujeres que no hicieron más que nacer, crecer, trabajar, vivir como pudieron y, algún día, morir. Estas vidas grises y sin ningún relieve especial, no están por supuesto en ningún libro. Pero son vidas que también se pueden contar, pues cada una tiene su pequeña historia. Así pues, yo os voy a contar algo de la vida de unos hombres de Ceuta que no han llegado a ser famosos, pero merecen que su historia se sepa. Y lo que os quiero contar no es fruto de mi imaginación, sino la pura realidad.

Ocurrió hace ya unos cuantos años, diez, quince, veinte, y en algunos casos, más. Esos hombres vivían en Ceuta. Allí nacieron y crecieron, allí trabajaron, y allí tenían su familia, sus amigos, sus novias, etc. Pero por las circunstancias particulares de cada uno, se tuvieron que marchar de allí. Una mañana cogieron el barco, uno de aquellos barcos blancos a los que llamábamos “el correo” y “la paloma”. Al muelle bajaron a despedirlos sus familiares y amigos. Ya sabéis cómo son las despedidas en el muelle de Ceuta: son lentas, largas e interminables. Eso es lo que les pasaba a aquellos hombres: el amargo sabor de la despedida, la tristeza de tener que dejar atrás una ciudad y unas gentes que hasta entonces habían formado parte de su existencia cotidiana. Desde la borda del barco estuvieron contemplando a los suyos sin saber con certeza si los volverían a ver pronto, o tarde, o nunca. Luego, cuando ya el barco traspuso la bocana del puerto, y se iba alejando rumbo a Algeciras, miraban silenciosamente todo lo que se iba quedando a lo lejos: el caserío desde las bajuras de la Marina hasta las alturas del Recinto Sur y de Hadú, las torres de la Catedral, la casa grande amarilla de Trujillo, Villajovita, las playas, el monte Hacho coronado de murallas y pinares, la “mujer muerta”, el rectángulo blanco del cementerio..., hasta que ya todo se fue difuminando en la lejanía o se quedaba entre la bruma.

Yo me imagino que más de uno sentiría en aquellos momentos que se le hacía un nudo en la garganta y que incluso unas lágrimas asomaban a sus ojos. Porque

partir es morir un poco, y para aquellos hombres moría una etapa de sus vidas y empezaba otra, llena de incógnitas e incertidumbres.

Muchos de ellos vinieron a parar aquí, en esta tierra prometedora de Cataluña o en esta acogedora ciudad de Barcelona. Al principio, como era lógico, todo les resultó duro y difícil, porque aquí tampoco regalaban nada a nadie ni ataban a los perros con longanizas. Tuvieron que trabajar de firme en lo que pudieron encontrar, y esforzarse, y acostumbrarse a vivir en un ambiente distinto, y resistir todo lo que hiciera falta para no tener que regresar derrotados a Ceuta.

Poco a poco, aquellos hombres se fueron abriendo caminos, se aseguraron puestos de trabajo, crearon sus propias empresas, tiendas, talleres, etc.; formaron familias y tuvieron hijos que eran catalanes de nacimiento pero con sangre ceutí corriendo por sus venas. En fin, aquellos hombres, que un día salieron de Ceuta con cierta pena, acabaron integrándose más o menos en el seno de la comunidad social, económica y cultural de esta tierra o de esta ciudad. Pero nunca olvidaron sus raíces y todo lo que en Ceuta habían dejado. Y cuando se reunían, no paraban de hablar de Ceuta. A sus mujeres y a sus hijos les contaban muchas cosas de Ceuta para que ellos pudieran sentirse también “caballas”, sin dejar por eso de sentirse catalanes. Y cuando un equipo de Ceuta venía a jugar por aquí, ellos acudían con pancartas y todo a animarlo.

Fueron transcurriendo los años. Y hoy muchos de aquellos hombres se encuentran aquí esta noche. Naturalmente, tienen más edad, más barriga, más canas en la cabeza o menos pelos, más cansancios y menos energías. Pero no podían faltar a esta fiesta del amor a Ceuta y a nuestra Patrona, la Virgen de África. Y estoy seguro de que al oír nuestro himno y escuchar aquello de “Ceuta, mi ciudad querida, la siempre noble y leal...” no habrán podido evitar que la emoción les embargase.

Por eso, quiero rendir mi más sincero homenaje de admiración y simpatía a esos hombres, porque su historia, que quizás nunca se llegue a escribir en un libro, es la historia de los que supieron luchar y trabajar para conseguir un destino venturoso para ellos y su familia, aun a costa de no residir en la Ceuta donde nacieron o vivieron y que siempre llevan en la mente y en el corazón.

Os decía antes eso de que Ceuta es como una madre de la que, al perderla, se recuerda su imagen, su voz y su olor. Efectivamente, vosotros recordáis el aspecto físico de Ceuta, sus calles y plazas, sus edificios, sus paisajes, etc. Pero Ceuta es mucho más que simples imágenes: es su sonido, sus olores, es su historia de cada día, sus gentes, la que aún sigue viva y la que ya descansa en el cementerio de Santa Catalina, y son sus problemas para salir adelante y continuar siendo española siempre. De todo esto quiero hablaros ahora.

Es evidente que cada pueblo o ciudad tiene sus propios sonidos y sus propios olores. Aquí en Barcelona, como es tan grande, quizás no se note tanto, pero pienso que los ruidos y olores se repartirán por zonas, y no serán los mismos en las Ramblas, en el Barrio Gótico, en Montjuic o en el puerto. En Ceuta también. ¿Qué sonidos y olores podemos recordar de cuando vivíais en Ceuta? Veamos: el cañón del Hacho, las sirenas de los Parques de Artillería, de Intendencia y de Automovilismo, la “vaca” de debajo del Faro, las pitadas de los barcos, las trompetas y tambores, los pregones callejeros.... Y muchos otros, como las pitadas de los carteros por la tarde, o las canciones de las niñas jugando en las calles, etc. En cuanto a los olores, estos dependían también de los sitios y de las horas. Pero en general, Ceuta olía siempre a mar, a algas, a yodo, a mariscos... Y a veces el viento de Levante traía el aroma de los pinos del Hacho. Por la Almadraba se olía a pescado y a brea. Y lo mismo por los alrededores del muelle del Comercio. Por la mañana temprano se olía en muchos sitios a pan recién hecho, porque había muchas tahonas. Y también a churros, porque igualmente existían en Ceuta muchas churrerías. Seguramente os acordaréis de una célebre taberna llamada Casa Joroba. Allí preparaban muy bien la morena en adobo, y aquel olor a adobo se extendía por todos los alrededores del Puente Almina y llegaba hasta la calle Real. Más adelante por el paseo de las Palmeras se ponía todas las tardes un hombre que vendía almendras garrapiñadas. Y como las hacía él mismo allí en un caldero de bronce sobre un hornillo y le daba vueltas a la masa con una cuchara de palo, aquel embriagante olor a garrapiñada inundaba todo el paseo y entraba hasta la plaza de África. En la calle Real se olía en la primavera a naranjos en flor. Y muchas veces al sándalo que quemaban los indios en sus bazares. Por la Marina, se olía a café tostado, a chocolate y a vino o aguardiente, porque allí estaba la Casa Borrás que los elaboraba. Y cuando había marea baja y se quedaban las rocas al descubierto, se olía a limo marino, a cangrejos y a burgaílos. Luego, por la noche, en muchas calles pequeñas se olía a geranios, a jazmines y a galán de noche.

Pero todo esto era antes. Ahora estamos en 1992. Y no solo se han ido perdiendo muchos de aquellos ruidos y de aquellos olores, sino que la misma Ceuta es ya otra y otras son sus gentes. Todo ha ido cambiando con el paso de los años. Aún se sigue disparando el cañón del Hacho, pero ahora hay tantos ruidos de coches y motos que casi nunca lo oímos. Todavía se oye de vez en cuando la sirena de algún barco, pero suele haber tan pocos en el puerto que resulta raro escucharla. Tampoco suena ya la “vaca”, porque ya hasta los barcos de pesca tienen radar. Y se callaron para siempre las sirenas de los Parques de Artillería, de Intendencia o de Automovilismo porque ya quedan muy pocos obreros civiles trabajando en ellos. La taberna Casa Joroba desapareció. Y lo mismo el hombre que hacía las

almendras garrapiñadas. Apenas quedan ya tahonas y churrerías. Y hasta los pinos del Hacho se nos están muriendo por no sé qué enfermedad, y ya no huelen.

Así todo. Ahora Ceuta suena y huele de otra manera. Pero si os he hecho recordar los viejos sonidos y los antiguos olores, es porque también estos detalles sirven para evocar la Ceuta que dejasteis. Los recuerdos son parte de nosotros mismos, algo que llevamos en la mente y en el corazón. Si no fuera por todos esos recuerdos que conserváis de Ceuta, entonces sí que la habríais perdido del todo y no os importaría nada de lo que allí pueda ocurrir. Afortunadamente, porque os acordáis de Ceuta, estáis aquí esta noche.

Por eso, mis queridos paisanos y amigos de esta Casa, lo que más nos satisface y alegra a los ceutíes que seguimos en Ceuta, es saber que aquí en la península hay gente que piensa en ella, que la quiere, y que se preocupa por lo que le pueda ocurrir. Todavía quedan muchos españoles que creen que Ceuta es solo una especie de gran cuartel o campamento militar a donde iban los muchachos a hacer la “mili”. Pero vosotros sabéis que no es así. Aunque tiene una guarnición militar cada vez más reducida, Ceuta es una ciudad en la que viven muchos miles de familias que allí tienen sus raíces, sus casas, sus trabajos, su vida y sus muertos. Y si algún día, que Dios no quiera que llegue, España se desentiende de Ceuta y deja que se apodere de ella el vecino, ese día España habrá cometido una de las más funestas injusticias o necedades de su historia.

Y aquí termino. Pero antes quiero haceros un par de ruegos. El primero, que continuéis siendo tan fieles a Ceuta como hasta ahora; y el segundo, que transmitáis a vuestros hijos esa misma fidelidad. Porque Ceuta, la siempre noble y leal, está cada día más necesitada de cariño, de simpatía, de protección, y del reconocimiento de su españolidad frente a todos los que se empeñan en negársela. Que no le ocurra lo que dice el poeta ceutí Luis López Anglada en uno de sus poemas:

“Ceuta es una andaluza niñería
que si saltar pudiera, saltaría
la comba de agua y sal del océano.
Y allí está, entre la arena y la muralla,
como una niña que bajó a la playa
y se le fue a la madre de la mano”.

Pues –digo yo para acabar–, si Ceuta tiende la mano y toda España se la coge fuertemente, nunca podrá sentirse sola, ni olvidada, ni triste: será siempre la ciudad bonita y feliz que todos queremos que sea.

Nada más. ¡Que la Virgen de África os acompañe, y que proteja a esa querida Ceuta nuestra que llevamos en la mente y en el corazón.

Muchas gracias a todos por haberme escuchado.

